

Arthur Conan Doyle

PIRATAS Y MAR AZUL



ARTHUR CONAN DOYLE nace en el mismo lugar y apenas ocho años después que Robert Louis Stevenson: Edimburgo, 1859. Tal vez por ello, cuando aparecieron en la prensa algunos de los cuentos que aquí se publican, fueron atribuidos a la pluma del autor de La Isla del Tesoro, en lugar de al padre de Sherlock Holmes. Pero es la experiencia de Conan Doyle como médico a bordo de un ballenero por las aguas del Ártico la que le confiere ese gran conocimiento de la vida marinera. A través de estas páginas el lector volverá a ser un adolescente viviendo aventuras arriesgadas, donde el ron y la sangre son derramados de igual forma sobre las tablas de la cubierta de bajeles siniestros o veloces bergantines. Se verá salpicado por las gotas saladas del mar Caribe, sentirá el calor abrasador del sol de los trópicos, y temerá por su vida cuando vea ondear contra el cielo azul la bandera negra de los piratas más crueles y despiadados.



Arthur Conan Doyle

Piratas y mar azul

ePub r1.0
orhi 06.07.2017

Título original: *Pirates and Blue Water*

Arthur Conan Doyle, 1922

Traducción: Armando Lázaro Ros

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

El capitán Sharkey y el regreso a Inglaterra del gobernador de Saint Kitt

Cuando las grandes guerras de la Sucesión de España terminaron gracias al tratado de Utrecht, el inmenso número de corsarios que habían sido equipados por los bandos contendientes se encontraron sin ocupación. Algunos se dedicaron a las actividades del comercio normal, menos lucrativas que el corso; otros fueron absorbidos por las flotas pesqueras, y algunos, más temerarios, izaron la bandera negra en el palo de mesana y la bandera roja en el palo mayor, declarando por cuenta propia la guerra a toda la raza humana.

Tripulados por gentes reclutadas entre todas las naciones, batían los mares y desaparecían de cuando en cuando para carenar el casco en alguna caleta solitaria, o desembarcaban para correrse una juerga en algún puerto muy aislado, en el que deslumbraban a sus habitantes con su prodigalidad y los horrorizaban con las brutalidades que cometían.

Los piratas eran una amenaza constante en la costa de Coromandel, en Madagascar, en aguas africanas, y sobre todo en los mares de Indias Occidentales y de toda la América. Organizaban sus depredaciones con lujo insolente, adaptándose a las estaciones del año, acosando las costas de la Nueva Inglaterra durante el verano y bajando otra vez, cuando llegaba el invierno a los mares de las islas tropicales.

Eran mucho más de temer estos piratas de ahora porque carecían en absoluto de la disciplina y del freno que hicieron a sus predecesores, los bucaneros, tan formidables y tan respetables. Estos ismaelitas del mar no rendían cuentas a nadie, y trataban a sus prisioneros según el capricho de su borrachera. Los relámpagos de generosidad grotesca alternaban con largas épocas de ferocidad inconcebible, y el capitán de barco que caía en sus manos

estaba expuesto lo mismo a que le dejasen seguir viaje con su cargamento, después de alternar con ellos en alguna repugnante francachela, que a que lo sentasen delante de la mesa de su camarote para servirle en un plato su propia nariz y sus labios salpimentados. Había que ser en aquellos tiempos marino valeroso para ejercitar su profesión en el golfo del Caribe.

Uno de esos marinos valerosos era el capitán John Scarrow, de la nave *Morning Star*, pero con todo eso no dejó de lanzar un largo suspiro de alivio cuando oyó el chapoteo del ancla lanzada al agua y vio que su embarcación se balanceaba sujeta por sus amarres a menos de cien yardas de distancia de los cañones de la ciudadela de Basse-Terre. Era St. Kitt su puerto final de destino, y a la mañana siguiente muy temprano su bauprés apuntaría en dirección de la vieja Inglaterra. Estaba ya harto de aquellos mares plagados de piratas. Desde que salió de Maracaibo, en el continente con el barco a plena carga de azúcar y de pimienta, había temblado en cuanto la gavia de un velero saltaba en el horizonte violeta del mar tropical. Había ido costeando las islas de Barlovento, tocando aquí y allá, y escuchando en todas partes relatos de atropellos y de ruindades.

El capitán Sharkey, de la barca pirata *Happy Delivery* había recorrido la costa, dejándola sembrada de embarcaciones desfondadas y de hombres asesinados. Circulaban horribles anécdotas de sus burlas espantosas y de su inflexible ferocidad. Su embarcación pintada de negro, y bautizada con un nombre ambiguo, había llevado la muerte y otras muchas cosas peores que la muerte, desde las Bahamas hasta el continente. Tan nervioso se sentía el capitán Scarrow con la embarcación, cuyos aparejos eran todos nuevos y que iba a plena carga con artículos de mucho valor, que se salió por completo de la ruta comercial corriente, navegando en dirección a Occidente hasta la isla de Bird. Pero incluso en aquellas aguas solitarias descubrió las huellas siniestras del capitán Sharkey.

Una mañana izaron a bordo un esquife que navegaba al garete por la superficie del Océano, y que estaba ocupado únicamente por un marinero enloquecido que, al izarlo a bordo, se puso a gritar con voz ronca y les mostró su lengua seca que parecía un hongo negro y arrugado en el fondo de la boca. Le dieron de beber y a fuerza de muchos cuidados llegó a ser el marinero más fornido y valiente de la tripulación. Procedía, según parece, de Marblehead,

en la Nueva Inglaterra, y era el único superviviente de un bergantín que había sido echado a pique por el terrible Sharkey.

Hiram Evanson, que así se llamaba el marinero, llevaba una semana navegando al impulso de las corrientes bajo un sol tropical. Sharkey había dado orden de que «como provisiones para el viaje», le echasen en el esquiife los miembros destrozados de su difunto capitán; pero el marinero los lanzó inmediatamente a lo profundo del mar, para que la tentación no llegase a ser demasiado fuerte. Había vivido de las propias reservas de su organismo poderoso, y cuando lo recogió el *Morning Star* se encontraba en el estado de delirio que precede a esa clase de muerte. Para el capitán Scarrow no fue aquél un mal hallazgo, porque, con una tripulación de poca actividad, un marinero como aquel corpulento norteamericano era una valiosa alhaja. Reconoció el capitán Scarrow que él era el único hombre al que Sharkey había hecho mas un favor.

Encontrándose como se encontraban al amparo de los cañones de Basse-Terre, se habían acabado los peligros de ser atacados por el pirata; pero con todo eso, tan preocupado estaba aquel hombre de mar con la imagen de Sharkey que, viendo que la lancha del agente salía del muelle en que estaban las aduanas para dirigirse a bordo de su barco, dijo al primer contramaestre:

—Morgan, le hago una apuesta a que en las primeras cien palabras que pronuncie el agente nos hablará de Sharkey.

—Bien, capitán, le apuesto a todo evento un dólar de plata —dijo el rudo hombre de Bristol que estaba a su lado.

Los remeros negros pusieron la lancha junto al costado de la embarcación y el timonel vestido de blanco trepó escala arriba, y gritó:

—¡Bien venido, capitán Scarrow! ¿Oyó usted las noticias referentes a Sharkey?

El capitán miró al contramaestre con una sonrisa, y le preguntó:

—¿Qué diablura nos van a contar ahora?

—¡Diablura! Por lo que veo, usted no sabe nada. Lo tenemos guardado bajo llaves y cerrojos, aquí, en Basse-Terre. Fue juzgado el miércoles último, y lo ahorcaran mañana por la mañana. El capitán y el contramaestre dejaron escapar un grito de júbilo, que momentos después fue contestado y repetido por la tripulación. Se olvidaron de toda disciplina en su precipitación por

subir por el saltillo de cubierta para oír las noticias. El marinero de Nueva Inglaterra iba al frente de ellos, mirando a lo alto con cara radiante de fe, porque era de familia de puritanos.

—¡De modo que Sharkey va a ser ahorcado! —exclamó—. ¿No necesitarán un verdugo, señor agente?

—¡Retírense! —gritó el contramaestre, más molesto por aquella falta de disciplina que interesado, por mucho que lo estuviese, en la noticia—. Capitán Scarrow, yo pagaré ese dólar con mayor gusto de lo que pagué jamás una apuesta. ¿Y cómo fue el apoderarse de ese canalla?

—Pues verá usted: llegó a ser tan insoportable a sus mismos camaradas, y llegaron a sentir tal horror de su persona, que no quisieron tenerlo más en su embarcación. Por esa razón lo dejaron abandonado al sur del arrecife Misteriosa, en los Little Mangles, donde fue descubierto por una embarcación de comercio de Portobello, que lo trajo hasta aquí. Se habló de enviarlo a Jamaica para que lo juzgasen, pero nuestro pequeño y buen gobernador, sir Charles Ewan, no quiso ni oír hablar del asunto, diciendo: «Es bocado mío y reclamo el derecho de cocinarlo» Si se quedan ustedes aquí hasta mañana por la mañana, a las diez, lo verán balancearse al extremo de una cuerda.

—Me gustaría mucho poder hacerlo —dijo el capitán con gran interés—, pero voy ya con demasiado retraso, y no tendré más remedio que zarpar aprovechando la marea de la tarde.

—Eso sí que no lo podrá usted hacer —dijo muy resuelto el agente—, porque el gobernador vuelve a Inglaterra en este barco suyo.

—¡El gobernador!

—Sí, porque ha recibido un despacho del Gobierno ordenándole que regrese inmediatamente. El barco rápido que trajo el mensaje siguió viaje a Virginia. Sir Charles le ha estado esperando, porque yo le informe de que llegaría usted antes de la época de las lluvias.

El capitán contestó algo perplejo:

—Perfectamente, perfectamente. Yo soy un marino sencillo, y poco es lo que entiendo de gobernadores y de baronets, y de sus costumbres. No recuerdo haber hablado siquiera con uno de esos personajes. Pero siendo en servicio del rey Jorge, y pidiéndome que le lleve en el *Morning Star* hasta Londres, haré por él todo cuanto pueda. Puede disponer de mi camarote, y bienvenido

sea. En cuanto a cuestiones de cocina, aquí se le podrá servir un guiso de carne salada y patatas y un salmagundi; pero si nuestra cocina de a bordo es demasiado tosca para su gusto, puede traer su propio cocinero.

—No se preocupe por eso, capitán Scarrow —dijo el agente—. La salud de sir Charles es algo mala actualmente, porque acaba de salir de una fiebre de cuartanas, y es probable que no salga del camarote durante la mayor parte del viaje. El doctor Larousse afirma que ya se habría ido para el otro mundo si la perspectiva de ahorcar a Sharkey no le hubiese inyectado nueva vida. Sin embargo, es hombre de grandes arrestos, y no debe usted censurarle si lo encuentra algo corto de conversación.

—Que hable cuando quiera y que haga lo que quiera, con tal de que no zascandilee por mi escoben cuando yo estoy maniobrando el barco —dijo el capitán—. Él es el gobernador de St. Kitt, pero yo soy quien manda en el *Morning Star*, y, con permiso de ese señor, necesito levar anclas con la primera marea, porque si él debe lealtad al rey Jorge, yo se la debo al dueño del barco.

—Difícilmente podrá estar preparado esta noche, porque tiene que poner en orden muchas cosas antes de embarcar.

—Pues entonces, fijaremos la salida para la marea de mañana por la mañana.

—Perfectamente. Esta noche enviaré a bordo todas sus cosas, y él vendrá mañana temprano, si puedo conseguir que se decida a abandonar St. Kitt sin presenciarse con sus propios ojos cómo baila Sharkhey la danza del pícaro. Las órdenes del Gobierno eran apremiantes, de modo que a lo mejor embarca hoy mismo. Es probable que el doctor Larousse cuide de la salud del gobernador durante la travesía.

Abandonados a sí propios, el capitán y el sobrecargo hicieron los mejores preparativos que les fueron posibles para comodidad de su ilustre pasajero. Se desocupó y se adornó en honor suyo el camarote más espacioso, y se dieron órdenes de que se sacasen algunas barricas de frutas y algunos cajones de vino, para poner algo de variedad en los alimentos habituales de un barco de carga que cruza el Océano.

Al atardecer empezó a llegar el equipaje del gobernador. Consistía en grandes cajones con cierres de hierro a prueba de hormigas, y de cajones de

embalaje de tipo oficial, fabricados de latón, además de otros bultos de formas extrañas, que hacían pensar en tricornios y espadas guardados en su interior. A continuación llegó una carta, en cuyo grueso lacre rojo estaba dibujado un escudo heráldico; decía la carta que sir Charles Ewan saludaba al capitán Scarrow y le anunciaba que creía poder encontrarse en su compañía a la mañana siguiente, todo lo temprano que le permitiesen sus obligaciones y padecimientos.

Cumplió su palabra. Apenas el gris del alba había empezado a colorearse de rosa, cuando llegó una lancha que se colocó al costado del buque, y el gobernador trepó con alguna dificultad por la escalera. Le habían dicho al capitán que el gobernador era un hombre excéntrico, pero ni aun así esperaba encontrarse con aquella extraña figura de hombre que avanzó renqueando ligeramente hacia su alcázar, apoyándose en un grueso bastón de bambú. Llevaba en la cabeza una peluca, de las llamadas de Ramillies, toda ella llena de pequeños caracolutos, como el pelo de un perro de aguas, y que le bajaba tanto por delante, de parte a parte de la frente, que parecía que las gafas de cristal verde con que se cubría los ojos colgaban de la peluca. Una nariz orgullosa, muy larga y muy delgada y picuda, iba cortando el aire delante de él. Sus fiebres le habían obligado a envolver su garganta y su barbilla en una gruesa corbata blanca, y llevaba un amplio batín de damasco, sujeto a la cintura con un cordón. Levantaba muy en alto, al caminar, aquella nariz dominante, pero su cabeza se volvía lentamente a derecha e izquierda con la expresión temerosa del cegato. Preguntó al capitán con voz chillona y quejumbrosa:

—¿Llegó mi equipaje?

—Sí, sir Charles.

—¿Lleva usted vino a bordo?

—He mandado embarcar cinco cajas, señor.

—¿Y tabaco?

—Hay un barrilito de Trinidad.

—¿Qué tal juega usted al piquet?

—No del todo mal, señor.

—Pues entonces, a levar anclas, y al mar.

Soplaba un viento fresco de occidente, de modo que para cuando el sol

salió de entre la bruma matinal, el barco ya se alejaba de las islas. El decrepito gobernador seguía renqueando por la cubierta, agarrándose con una mano a las batayolas.

—Capitán, se encuentra usted ya al servicio del Gobierno —le dijo—. Le aseguro que en Westminster están contando los días que faltan para mi llegada. ¿Lleva usted el barco con toda la vela que puede aguantar?

—He largado hasta la última pulgada de trapo, sir Charles.

—Siga de ese modo, aunque el viento le arranque las velas. Me temo, capitán Scarrow, que este hombre ciego y quebrantado le resulte un lamentable compañero de viaje.

—Es para mi un honor disfrutar de la compañía de su excelencia —dijo el capitán—. Sí que lamento que su vista sea tan mala.

—Lo es, desde luego. El condenado resplandor del sol en las calles blancas de Basse-Terre me ha quemado las pupilas.

—Me dijeron también que acababa su excelencia de sufrir de cuartanas.

—En efecto, he sufrido una pirexia que me ha agotado mucho.

—Habíamos preparado un camarote para su médico.

—¡Ah, el muy bribón! No hay manera de arrancarlo de ahí, porque hace negocios muy bonitos entre los mercaderes. ¡Pero escuche!

Alzó en el aire su mano cubierta de anillos. Desde muy lejos, por el lado de popa, les llegó el profundo retumbo de los cañones. El capitán exclamó, lleno de asombro:

—¡Disparan desde la isla! ¿No será una señal para que regresemos?

El gobernador se echó a reír:

—Ya habrán oído ustedes decir que el pirata Sharkey iba a ser ahorcado esta mañana. Yo dí orden a las baterías de que disparasen salvas cuando ese bribón estuviese dando sus últimos pataleos, para que yo me enterase desde el mar. ¡Se acabó Sharkey!

—¡Se acabó Sharkey! —gritó el capitán.

Los hombres de la tripulación, repartidos en pequeños grupos por la cubierta, repitieron el grito y se volvieron a mirar hacia la línea de la tierra, baja y de color púrpura, que iba desapareciendo.

Era aquél un alegre augurio para su viaje a través del océano occidental, y el inválido gobernador se ganó de pronto la popularidad entre los hombres de

a bordo, porque todos creían que sin su insistencia en juzgarlo y sentenciarlo inmediatamente, quizá aquel bribón hubiese logrado influir en el ánimo de algún juez más venal, salvándose de la muerte. Durante la comida de aquel día, sir Charles relató muchas anécdotas del pirata muerto; fue tal la afabilidad que demostró y tan hábilmente supo adaptarse a la conversación con hombres de una categoría inferior a la suya, que el capitán, el sobrecargo y el gobernador fumaron en sus largas pipas y bebieron su vino clarete como tres buenos camaradas.

—¿Y qué aspecto presentaba Sharkey en el banquillo? —preguntó el capitán.

—Es hombre de bastante buena presencia —dijo el gobernador.

—Siempre oí decir que era un demonio feo y burlón.

—Sí, quizá en algunas ocasiones debió de parecer feo —comentó el gobernador.

—Le oí decir a un ballenero de New Bedford que nunca se olvidaría de sus ojos —dijo el capitán Scarrow—; me aseguró que eran de un color azul muy débil, con párpados ribeteados de rojo. ¿Es cierto eso, sir Charles?

—¡Pobre de mí, que con estos ojos míos puedo ver muy poco los de los demás! Pero, ahora que recuerdo, es cierto que el ayudante-general aseguró que los ojos de ese hombre eran tal y cual usted los describe, y agregó que la estupidez de los miembros del jurado llegó hasta el punto de que se descompusieron visiblemente cuando los clavó en ellos. Tienen suerte en que lo hayan ahorcado, porque era hombre que no olvidaba una ofensa y muy capaz, si alguna vez caían en sus manos, de vaciarles el vientre y rellenárselo de paja, colgándolos luego para que sirviesen de mascarones de proa.

Aquella idea pareció divertir al gobernador, haciéndole estallar en una risa aguda, como de relincha; también se rieron los dos marinos, aunque no tan cordialmente, porque recordaron que Sharkey no era el último pirata que corría los mares, y que ellos mismos podían acabar de una manera tan grotesca. Se descorchó otra botella para brindar por una travesía feliz, y el gobernador quiso que se bebiera otro vaso más. Los dos marinos se alegraron de poder salir de allí, ya tambaleantes, marchando el uno a su guardia y el otro a su litera. Pero cuando volvió a bajar el sobrecargo, después de sus cuatro horas de guardia, se quedó atónito viendo al gobernador, con todo su golpe de

peluca de Ramillies, con sus gafas y su batín, sentado tranquilamente delante de su mesa solitaria, con la pipa humeante y seis botellas negras a su lado. Y pensó: «He bebido en compañía del gobernador de St. Kitt cuando estaba enfermo, y que Dios me libre de tener que acompañarle en la bebida cuando esté sano.»

La travesía de la *Morning Star* fue sumamente afortunada y en cosa de tres semanas se encontraba en la entrada del Canal Británico. El inválido gobernador había empezado a recobrar fuerzas desde el primer día, y para mitad de la travesía gozaba de salud tan buena como el más sano de los hombres que iban a bordo, salvo su debilidad de la vista. Quienes sostienen que el vino posee cualidades nutritivas pueden citarlo como un ejemplo decisivo, porque no se pasaba noche que no repitiese su hazaña de la primera que pasó a bordo. Y con todo eso, salía a cubierta a primera hora de la mañana tan despejado y lleno de vida como el que más, y curioseaba por todas partes con ojos cegatos, haciendo preguntas acerca de las velas y de las jarcias, interesadísimo en aprender las cosas de navegación. A fin de compensar su miopía, consiguió permiso del capitán para que le sirviese de guía en sus andanzas el marinero de Nueva Inglaterra —el que Sharkey había abandonado en medio del mar—, y sobre todo, que permaneciese sentado junto a él cuando jugaba a las cartas y contaba el número de puntos, porque sin él no era capaz de distinguir un rey de una sota.

Era natural que Evanson se prestase a hacer esos servicios al gobernador, siendo como era el uno la víctima de Sharkey y el otro su vengador. Saltaba a la vista que constituía un placer para el fornido norteamericano el dar su brazo al inválido, y el mantenerse por la noche respetuosamente detrás de su silla en el camarote, para indicarle con su dedo índice de uña puntiaguda la carta que debía jugar. Entre el uno y el otro, era poco el dinero que les quedaba en el bolsillo al capitán Scarrow y a Morgan para cuando avistaron el Lizard.

Pero no pasó mucho tiempo sin que todos ellos comprobasen que cuanto habían oído decir acerca del genio violento de sir Charles Ewan quedaba muy por bajo de la realidad. Al menor síntoma de oposición o en cuanto se discutía cualquier orden suya, su barbilla salía bruscamente de la corbata, su nariz se alzaba formando un ángulo cada vez más altanero e insolente, y su garrota de bambú silbaba por encima de su hombro. En cierta ocasión la rajó sobre la

cabeza del carpintero que, caminando por la cubierta, había tropezado con él de una manera casual. En otra ocasión, en que hubo ciertas murmuraciones entre la tripulación y se habló incluso de que los tripulantes iban a amotinarse como protesta por el mal estado de las provisiones, el gobernador opinó que no debían esperar a que aquellos perros se insurreccionasen, sino que debían ellos marchar hacia la proa y castigarlos hasta hacerles vomitar su maldad.

—¡Dadme a mí un cuchillo y un cubo! —gritó lanzando una blasfemia, y a duras penas se pudo evitar que marchase él solo a entendedérselas con el vocero de la marinería.

El capitán Scarrow tuvo que recordarle que, si en St. Kítt no tenía el gobernador que responder ante nadie, en un barco y en alta mar, el matar estaba considerado como asesinato. En política, tal como correspondía a su cargo oficial, se declaraba ardiente defensor de la casa de Hannover, y cuando había empujado el codo, juraba que siempre que tropezó con un jacobita, lo mató en el acto a tiros de pistola. Pero, no obstante sus violencias y borracheras, era un compañero tan agradable y tenía tal abundancia de anécdotas y recuerdos extraordinarios, que Scarrow y Morgan no habían hecho jamás una travesía tan agradable.

Llegó por fin el último día de navegación. Después de dejar atrás la isla, volvieron a descubrir tierra en los altos acantilados blancos de Beachy Head. Cuando caía la tarde, el barco se balanceaba en medio de un mar que parecía una balsa de aceite, a una legua de distancia de Winchelsea, con el largo y negro hocico de Dungeness alargado hacia ellos. A la siguiente mañana recogerían en Foreland a su piloto, y antes de que llegase la noche podría sir Charles entrevistarse con los ministros del rey. El contramaestre estaba de guardia, y los tres amigos se reunieron para jugar su última partida de cartas en el camarote, con el fiel norteamericano sirviéndole de ojos al gobernador, como siempre. Había en el centro de la mesa una buena postura, porque los marinos habían tratado de recuperar aquella última noche el dinero que habían perdido. De pronto, el gobernador puso las cartas boca abajo sobre la mesa, y barrió todo el dinero de la postura dentro del bolsillo de su chaleco de seda de largas carteras.

—¡Yo gano! —dijo.

—¡Sir Charles, no tan de prisa! —exclamó el capitán Scarrow—. No ha

jugado sus cartas todavía, y nosotros no hemos perdido.

—¡Eres un embustero! —dijo el gobernador—. Te digo que yo he jugado mis cartas, y que tú has perdido.

Y diciendo y haciendo, se quitó peluca y gafas, y aparecieron la frente alta y calva, y un par de ojos azules astutos, ribeteados de rojo, como los de un bull-terrier.

—¡Santo Dios! —exclamó el primer oficial—. ¡Es Sharkey!

Los dos marinos se pusieron en pie de un salto, pero el corpulento norteamericano abandonado en el mar había apoyado su espalda en la puerta del camarote y empuñaba una pistola en cada mano. También el pasajero había apoyado una pistola encima de las cartas desparramadas delante de él y se reía con su risa chillona, de relincho.

—Capitán Sharkey me llamo, caballeros —dijo—, y éste es Ned Galloway, el Trueno, contramaestre del *Happy Delivery*. Los metimos en cintura y por eso nos dejaron abandonados: a mí, en el cayo Tortuga, en el que no había agua, y a éste, en un esquife sin remos. ¡Y ahora, perros —pobres perros, cariñosos y cobardes—, os tenemos a merced de nuestras pistolas!

—¡Dispare o deje de disparar, como le parezca! —gritó Searrow dándose golpes con el puño en su chaqueta de paño de frisa—. Aunque sean éstas mis últimas palabras, te digo, Sharkey, que eres un bribón asesino y un malandrín, y que te esperan el dogal y el fuego del infierno.

—Aquí hay un hombre valiente, de los míos, y que va a tener por ello una muerte hermosa —gritó Sharkey—. No hay en toda la popa nadie más que el hombre que está en el timón; de modo, pues, que es inútil malgastar el resuello, porque muy pronto lo vais a necesitar. ¿Está el chinchorro a popa?

—Está, capitán —contestó Ned.

—¿Y los demás botes desfondados?

—Los agujereé todos por tres sitios.

—Pues entonces, capitán Scarrow, no vamos a tener más remedio que separarnos. Parece que todavía no se da perfecta cuenta de lo que le ocurre. ¿Desea preguntarme algo?

—Creo que eres el demonio en persona —gritó el capitán—. ¿Dónde está el gobernador de St. Kitt?

—La última vez que vi a su excelencia estaba éste en la cama, degollado.

Cuando escapé de la cárcel supe por mis amigos —porque el capitán Sharkey tiene quien le quiera en todos los puertos— que el gobernador embareaba para Europa en un barco a cuyo capitán no le conocía de vista. Trepé a la terraza de su casa y saldé la pequeña deuda que con él tenía. Después embarque con los objetos de su equipaje que me pudieran hacer falta, y con unas gafas para ocultar estos ojos delatores míos, y he fanfarroneado como un auténtico gobernador. Y ahora, Ned, haz tu trabajo con ellos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡En guardia el buque! —gritó el primer oficial; pero la culata de la pistola del pirata cayó sobre su cabeza y el hombre se desplomó como un buey desnucado.

Scarrow se lanzó hacia la puerta, pero el centinela que había allí le tapó la boca con una mano y con la otra le rodeó la cintura.

—Es inútil, señor Scarrow —dijo Sharkey—. Veamos cómo se arrodilla y nos suplica que le perdonemos la vida.

—A ti sí que he de verte yo —gritó Scarrow, desembarazando la boca.

—Tuércele el brazo, Ned. ¿Va usted a pedir que le perdonemos?

—No, ni aunque me lo arranque.

—Métele una pulgada de cuchillo en el cuerpo.

—Ni aunque meta seis pulgadas te lo pediré.

—¡Vaya, que me gusta su valor! —gritó Sharkey—. Guarda tu cuchillo, Ned. Ha salvado su piel, Scarrow, y es una pena que un hombre de tanto corazón no se dedique a la única profesión en la que un individuo de agallas puede ganarse bien la vida. Scarrow, usted debe estar destinado a una muerte extraordinaria, puesto que, habiendo estado a merced mía, ha vivido para contarlo. Átalo, Ned.

—¿A la estufa, capitán?

—No me vengas con tus mañas de vagabundo, Ned Galloway, mientras yo no te lo mande. La estufa está encendida. Voy a tener que enseñarte cuál de nosotros dos es el capitán y cuál el contramaestre. Átalo a la mesa.

—Es que yo creí que usted se proponía asarlo —dijo el contramaestre—. Supongo que no querrá dejarlo escapar.

—Ned Galloway, aunque tú y yo estuviésemos abandonados solos en un cayo de las Bahamas, sería yo siempre quien mandase y tú el que tendrías que obedecer. ¿Tienes la audacia, grandísimo canalla, de poner en tela de juicio

mis órdenes?

—¡Vamos, vamos, capitán Sharkey, no lo tome con tanto acaloramiento, señor! —contestó el contramaestre.

Y levantando a Scarrow igual que si fuese un niño, lo tumbó encima de la mesa. Con la rápida destreza propia de un marinero, ató sus manos y sus pies extendidos valiéndose de una cuerda que luego pasó por debajo de la mesa y lo amordazó fuertemente con la larga corbata que hasta entonces había adornado la barbilla del gobernador de St. Kin.

—Y ahora, capitán Scarrow, tenemos que despedirnos de usted —dijo el pirata—. Si yo contase con una docena de mis valerosos muchachos para hacer lo que yo les mandase, me habría apoderado de su cargamento y de su embarcación; pero Ned, el Trueno, no pudo encontrar ni un solo hombre de trinquete con la valentía de un ratón. Veo que hay por ahí algunas embarcaciones pequeñas, y nos apoderaremos de una de ellas. Cuando el capitán Sharkey dispone de una lancha de remo es capaz de apoderarse de un barco de vela de un solo palo, y cuando tiene un barco de un solo palo puede apoderarse de un bergantín; cuando dispone de un bergantín es capaz de apoderarse de una barca de tres mástiles, y cuando tiene una barca de tres mástiles no tarda en hacerse dueño de una embarcación con todos los requisitos de velas y jarcias que pueda tener la mejor de todas... Dese, pues, prisa y métase en el puerto de Londres, porque pudiera ser que yo volviese todavía por aquí para apoderarme de la *Morning Star*.

El capitán Scarrow oyó el ruido de la llave cuando cerraron la puerta y salieron del camarote. Cuando empezó a forcejear con sus ligaduras, les oyó que subían la escalera de la escotilla y que cruzaban por la parte del alcázar hasta el sitio en que tenían colgado el chinchorro en el lado de popa. Siguió forcejeando y retorciéndose, y oyó el crujido de las poleas y cuerdas con que arriaban el chinchorro y el ruido que este hizo al caer al agua. Entonces, poseído de loco furor, se lanzó a tirar con desesperación de sus ligaduras, hasta que por último, con las muñecas y los tobillos despellejados, cayó de la mesa al suelo, saltó por encima del cadáver del primer oficial, abrió la puerta a puntapiés y se precipitó con la cabeza descubierta en el puente del barco, vociferando:

—¡Aquí todos! ¡Peterson, Armitage, Wilson! ¡Los machetes y las pistolas!

¡Arriad la falúa! ¡Arriad el bote pequeño! El pirata Sharkey está en ese chinchorro que se aleja allí. ¡Qué alerten al cuarto de babor y todo el mundo a los botes!

La falúa fue izada al mar y también fue izado el bote pequeño, pero un instante después los timoneles y los tripulantes trepaban a toda prisa por el cordaje para volver a cubierta, gritando:

—¡Los botes están desfondados! Hacen agua lo mismo que una criba.

El capitán dejó escapar un taco rencoroso. Le habían ganado y superado en ingenio en todos los detalles. El cielo estaba sin nubes y cuajado de estrellas, sin que soprase la más pequeña ráfaga de viento ni se advirtiese probabilidad de que se levantase pronto. Las velas aleteaban perezosamente bajo el claror de luna. Veíase a cierta distancia un barco pesquero de un palo, cuyos tripulantes andaban todos muy atareados en su red.

Ya estaba cerca de ellos el pequeño chinchorro, hundiéndose y alzándose en las aguas ondulantes y luminosas. El capitán gritó:

—¡Son hombres muertos! Vamos, muchachos, lancemos todos a una un grito para prevenirles del peligro.

Era demasiado tarde.

El chinchorro se metía en aquel mismo instante en la sombra proyectada por la embarcación pesquera. Se oyeron dos disparos de pistola casi seguidos, luego un grito, luego otro disparo de pistola y se produjo el silencio. Los pescadores que estaban agrupados junto a su red habían desaparecido. De pronto, cuando menos lo esperaban, empezaron a soplar desde la costa de Sussex las primeras ráfagas de la brisa de tierra, la botavara se columpió, la vela mayor se tensó y la pequeña embarcación empezó a deslizarse con la proa en dirección al Atlántico.

El trato que dio el capitán Sharkey a Stephen Craddock

La operación de carenar era sumamente necesaria para el empedernido pirata. Contaba con la mayor velocidad de su embarcación para dar caza a las embarcaciones mercantes y para escapar de los barcos de guerra. Pero era imposible que el barco del pirata conservase sus cualidades marineras si de una manera periódica —una vez al año, por lo menos— no limpiaba su casco de las plantas largas que arrastraba y de los percebes que se multiplicaban de una manera muy rápida en racimos aferrados al casco, como ocurre en los mares tropicales.

Cuando quería carenar, el pirata aligeraba de carga su embarcación y la metía en alguna abra o entrante estrecho de mar, en el que la marea baja lo dejaba muy adentro y en seco; entonces, por medio de poleas y matones que sujetaba en sus mástiles, hacía fuerza sobre la embarcación hasta que ésta quedaba apoyada en la sentina, y procedía a realizar un completo raspaje desde el palo del timón hasta el espolón del tajamar.

Como es natural, el barco quedaba indefenso durante las semanas que se necesitaban para realizar la operación; aunque, por otro lado, era imposible que ninguna otra embarcación se le acercase, como no fuese un casco vacío, y además siempre elegía el pirata lugares en los que pudiera realizarse en secreto la operación de carenar. Por eso el peligro no era grande.

Tan seguro estaba el capitán Sharkey, y lo mismo que él otros capitanes piratas, que era cosa corriente que dejasen sus embarcaciones provistas de una guardia suficiente y que se lanzasen en la falúa, bien para realizar una expedición aventurera, bien para visitar alguna población de aquellas costas, y una vez en ella se dedicaban a enloquecer a las mujeres con sus gallardías

fanfarronas o a espitar en la plaza del mercado barricas de vino, amenazando con sus pistolas a cuantos rehusaban beber con ellos.

A veces se presentaban en ciudades tan importantes como Charleston, y se paseaban por las calles haciendo sonar sus machetes colgados al cinto... con gran escándalo de toda la colonia respetuosa de la ley. No siempre tales visitas quedaban impunes. Por ejemplo, fue una de ellas la que despertó la indignación del teniente Maynard, decidiéndole a descabezar a Barba Negra, clavando luego su cabeza en la punta de una lanza que enarboló en el extremo de su bauprés. Pero, por regla general, los piratas reñían, fanfarroneaban y se rodeaban de mujeres de mala vida, sin que nadie les pusiese obstáculos ni los molestase, hasta el momento en que tenían que regresar a su embarcación.

Había, sin embargo, un pirata que jamás cruzó ni siquiera los bordes de la civilización: el siniestro Sharkey, del barco de tres mástiles *Happy Delivery*. Quizá eso se debía a su carácter melancólico y amigo de la soledad, aunque es más probable que lo hiciese porque sabía que su reputación en todas las costas era tal que las víctimas de sus atropellos se lanzarían contra él arriesgando su vida. Por eso no se dejó ver jamás en ninguna de las colonias o asentamientos.

Cuando su embarcación estaba carenando, dejábala a cargo de Ned Galloway, su contramaestre de la Nueva Inglaterra, y realizaba largos viajes en su falúa: unas veces, según se decía, para enterrar su parte del botín, y otras para dedicarse a matar toros salvajes en la isla Española, animales que, una vez salados y asados en una sola pieza, le servían de aprovisionamiento para su viaje siguiente. En este último caso, la embarcación de Sharkey, una vez carenada, dirigíase a un lugar convenido, para embarcar al capitán con el producto de sus cacerías.

En las islas se tuvo siempre cierta esperanza de que en una de esas oportunidades se lograría apresar a Sharkey, y un buen día llegaron noticias a Kingston que parecieron dar pie para intentar esa captura. Trajo las noticias un anciano leñador que había caído en manos del pirata y al que éste, llevado de un capricho de benevolencia de borracho, le permitió marcharse sin mayor perjuicio que una buena paliza y el haberle rajado la nariz de un corte. El relato de ese hombre era reciente y concreto. El *Happy Delivery* se hallaba carenando en Torbec, al sudoeste de la Española. Sharkey, con cuatro de sus hombres, estaba entregado a sus cacerías clandestinas en la isla de La Vache.

La sangre de un centenar de tripulaciones asesinadas estaba clamando venganza, y, por fin, parecía que ese clamor no iba a resultar vano.

Sir Edward Compton, el gobernador rubicundo y altivo, reunido en cónclave solemne con su comandante militar y el presidente de su consejo, estaba lleno de graves preocupaciones sobre la manera de aprovechar aquella coyuntura que se le presentaba.

El barco de guerra más próximo estaba anclado en Jamestown, y era una embarcación de poca marcha, que ni podía alcanzar al pirata en mar abierto ni llegar hasta él dentro de un estrecho brazo de mar. Tanto en Kingston como en Port Royal había fuertes y artilleros que manejaban sus cañones, pero no se disponía de soldados para realizar una operación de captura.

Podía equiparse una expedición de particulares —y eran muchos los que tenían cuentas de sangre que saldar con Sharkey—, pero ¿qué podía conseguir una expedición de esa clase? Los piratas eran numerosos y gente forajida. En cuanto a apoderarse de Sharkey y de sus cuatro compañeros, era cosa fácil si se lograba dar con ellos. Pero ¿cómo encontrarlos en una isla grande y muy poblada de bosques como la de La Vache, en la que todo eran cerros escarpados y maniguas impenetrables? Se ofreció una recompensa a quien presentase una solución, y ese ofrecimiento hizo que saliese al frente un hombre que presentó un plan muy extraño y que se manifestó dispuesto a realizarlo personalmente.

Stephen Craddock pertenecía a ese tipo formidable de personas de religión puritana que se descarrían. Hijo de una honrada familia de Salem, su mala conducta parecía ser el contragolpe de la austeridad de su religión, y aportó al vicio toda la energía y fortaleza físicas de que lo habían dotado las virtudes de sus ascendientes. Era un individuo no falto de ingenio, desconocedor del miedo y extraordinariamente tenaz en sus resoluciones, hasta el punto de que su nombre alcanzó fama en las costas de Norteamérica siendo todavía joven.

Se trataba del mismo Craddock para el que se pidió la pena de muerte ante un tribunal de Virginia por haber matado al jefe de los Seminolas, y aunque se libró y fue absuelto, era cosa de todos sabida que había corrompido a los testigos y comprado al juez.

Posteriormente dejó muy mal nombre en el golfo de Benin, como esclavista e incluso, según se susurraba, como pirata. Por último, regresó a

Jamaica con una fortuna considerable y se asentó en esa isla, dedicándose a una vida de tético libertinaje. Tal era el hombre sombrío, austero y peligroso que estaba esperando a que el gobernador lo recibiese para exponerle un plan que acabaría con Sharkey para siempre.

Sir Edward lo acogió con poco entusiasmo. A pesar de que habían circulado rumores en los que se aseguraba que Craddock se había convertido y corregido, el gobernador lo había mirado siempre como oveja sarnosa que podría contagiar a todo su pequeño rebaño. Craddock advirtió la desconfianza del gobernador detrás de su ligero velo de cortesía formulista y reservada.

—Señor, no tiene que sentir miedo de mí —dijo—, porque soy un hombre muy distinto del que usted ha conocido. En los últimos tiempos, y después de perder la vista durante muchos años ominosos, he vuelto a ver la luz, gracias a las lecciones del reverendo John Simons, que pertenece a nuestra religión. Señor, si el alma misma de usted estuviese necesitada de acicate, encontraría muy gratos los discursos de ese hombre.

El gobernador, que pertenecía a la iglesia episcopal, le miró altivamente y le dijo:

—Maese Craddock, usted ha venido aquí para hablar de Sharkey.

—Ese Sharkey es un bajel de venganzas —dijo Craddock—. Su trompa maldita ha resonado demasiado tiempo y yo he comprendido por luz divina que, si consigo aniquilarla y destruirlo totalmente, habré realizado con ello una buena acción que quizá sirva para compensar mis muchos negros pecados anteriores. Dios me ha inspirado un plan mediante el cual puedo acarrear la destrucción de ese hombre.

El gobernador se sintió vivamente interesado, porque en la cara pecosa de Craddock se veía la expresión adusta y resuelta de hombre que hablaba muy en serio. Después de todo, era un marino y un luchador, y si de verdad anhelaba hacerse perdonar su pasado, era el mejor de cuantos hombres podían elegirse para realizar aquel negocio.

—Maese Craddock, se trata de una empresa de mucho peligro.

—Si en ella encuentro la muerte, quizá sirva para limpiar el recuerdo de una vida mal empleada. Tengo mucho de que hacerme perdonar.

El gobernador no vio manera de contradecirle, y le preguntó:

—¿Qué plan es el suyo?

—Ya estará usted enterado de que el *Happy Delivery* es un buque que pertenecía a este mismo puerto de Kingston.

—Sí, perteneció a Mr. Codrington y fue tomado por Sharkey, que desfondó su propio balandro y transbordó a esta embarcación porque era más rápida — dijo sir Edward.

—En efecto; pero lo que quizá ignora usted es que Mr. Codrington posee un barco gemelo, el *White Rose*, actualmente en el puerto, y que tiene tal semejanza con la embarcación pirata, que nadie sería capaz de distinguirlas, a no ser por una franja blanca de pintura.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay con eso? —preguntó con vivo interés el gobernador, como si estuviese a punto de comprender su idea.

—Gracias a este barco, el pirata caerá en nuestras manos.

—¿Y de qué manera?

—Borraré la franja de pintura del *White Rose* y haré que no se diferencie en el más pequeño detalle del *Happy Delivery*. Después de eso, zarparé para la isla de La Vache, donde ese hombre está dedicado a matar toros salvajes. Cuando descubra mi barco lo confundirá con el suyo propio que tiene que ir a buscarle, y acudirá a bordo para su propia ruina.

Era un plan sencillo, pero el gobernador creyó que muy bien podría resultar eficaz. Dio permiso a Craddock, sin vacilar, para que lo llevase a cabo y adoptase cualquier medida encaminada a la mejor realización del proyecto. Sir Edward no se mostró muy optimista, porque habían sido muchas las tentativas realizadas para apoderarse de Sharkey, y sus resultados habían venido a demostrar que era hombre tan astuto como implacable. Pero aquel enjuto puritano de tan triste historia era también astuto e implacable.

La pugna de astucias entre dos hombres como Sharkey y Craddock interesó vivamente al gobernador, que era hombre de agudo espíritu deportivo, y aunque en su interior estaba convencido de que su hombre llevaba todas las de perder, lo apoyó con la misma lealtad con que se habría conducido con un caballo o con un gallo de su propiedad.

Ante todo era preciso darse prisa, porque la labor de carenar podía terminarse en cualquier momento, haciéndose los piratas a la mar. Pero la tarea de la preparación del buque no era grande, y fueron muchas las manos que se ofrecieron voluntarias, de modo que dos días después el *White Rose*

zarpaba y se lanzaba al mar abierto. Eran muchos los marinos de aquel puerto que conocían la línea y el aparejo de la embarcación pirata, y ninguno de ellos distinguió la más ligera diferencia en esta otra barca falsificada. Habían borrado la franja lateral blanca, los mástiles y vergas habían sido ahumados para darles el sucio aspecto de los del barco pirata, y en la vela de encima de la copa de trinquete se había incrustado un gran remiendo en forma de diamante.

La tripulación estaba compuesta de voluntarios, muchos de los cuales habían servido anteriormente a las órdenes de Stephen Craddock; el primer oficial, Josua Hird, antiguo traficante de esclavos, había sido cómplice suyo en muchos viajes, y ahora embarcó a petición de su antiguo jefe.

La embarcación vengadora navegó por el mar Caribe. En cuanto veían la vela cangreja remendada, las pequeñas embarcaciones con las que se cruzaban en alta mar escapaban a derecha e izquierda igual que en un estanque las truchas asustadas. Al atardecer del cuarto día estaban por el Norte y el Este a cinco millas del cabo Abacou.

El quinto día anclaron en la bahía de las Tortugas, en la isla de La Vache, donde Sharkey y cuatro hombres suyos habían estado cazando. Era un lugar muy boscoso, y las palmeras y el bosque bajo llegaban hasta la fina media luna de arenas plateadas que contorneaban la costa. Habían izado la bandera negra y el gallardete rojo, pero nadie les hizo señal alguna desde tierra. Craddock puso en tensión la vista, con la esperanza de que en cualquier momento saliese de la costa una lancha llevando a Sharkey sentado al timón. Pero pasó la noche, y pasaron otro día y otra noche, sin que se descubriera señal alguna de los hombres a los que habían tratado de hacer caer en una trampa. Se habría dicho que no estaban ya en la isla.

A la segunda mañana, Craddock se dirigió a tierra para ver si encontraba señales de que Sharkey y sus hombres seguían en la isla. Lo que descubrió lo tranquilizó mucho. Cerca de la playa había un armazón de madera verde, de los que se construyen para ahumar la carne, y un gran depósito de tiras de carne asada de buey que colgaban alrededor de aquél, atadas con cuerdas. El barco pirata no había cargado, pues, sus provisiones, y, por consiguiente, los cazadores seguían en la isla.

¿Por qué razón no se habían dejado ver? ¿Habían descubierto acaso que

aquél no era el barco suyo? ¿O se encontraban cazando en el interior de la isla y no esperaban todavía la llegada de su barco? Craddock estaba indeciso entre esas dos alternativas, cuando llegó un indio caribe con las noticias que necesitaban. Según les dijo, los piratas estaban en la isla, acampados a un día de marcha de la costa. Le habían robado la mujer, y todavía estaban frescas en su espalda las señales de sus latigazos. Los enemigos de aquellos hombres eran, pues, sus amigos, y estaba dispuesto a conducirlos hasta el lugar en que aquéllos se encontraban.

Craddock no podía desear mejor oportunidad, y a la mañana siguiente se lanzó tierra adentro guiado por el caribe y al frente de un pequeño grupo de hombres armados hasta los dientes. Durante todo el día se abrieron paso por entre el bosque bajo y treparon por las rocas, avanzando cada vez más hacia el corazón de aquella isla solitaria. Aquí y allá encontraban rastro de los cazadores, consistente unas veces en los huesos de un vacuno muerto o en las huellas de pies en un terreno pantanoso. En cierta ocasión, a punto ya de oscurecer, les pareció oír el traqueteo lejano de armas de fuego.

Aquella noche durmieron debajo de los árboles, y en cuanto amaneció siguieron avanzando. A eso del mediodía llegaron a las chozas de corteza que, según el caribe les había dicho, formaban el campamento de los cazadores; pero las encontraron abandonadas y en silencio. Seguramente que sus ocupantes habían salido de caza y que regresarían por la noche, en vista de lo cual Craddock y sus hombres permanecieron emboscados dentro del monte bajo que los rodeaba. Pero nadie acudió, y tuvieron que pasar otra noche en el bosque. No era posible hacer nada más, y a Craddock le pareció que, después de una ausencia de dos días, era tiempo de regresar a su embarcación.

El viaje de retorno fue menos difícil, porque siguieron el sendero que previamente habían abierto. Antes de que anocheciese llegaron otra vez a la bahía de las Tortugas y vieron que su barco seguía anclado donde lo dejaron. La lancha y los remos estaban entre los arbustos; procedieron, pues, a botarla al agua y se dirigieron remando hacia su embarcación.

—¿De modo que no hubo suerte? —les gritó Josua Hird, el primer oficial, mirando desde la popa con rostro pálido.

—Su campamento estaba abandonado, pero quizá vengan todavía hacia nosotros —dijo Craddock, con la mano en la escalera para subir a bordo.

De pronto alguien empezó a reír desde la cubierta, y el primer oficial dijo:

—Creo que es preferible que esos hombres se queden en la lancha.

—¿Por qué?

—En cuanto suba usted a bordo lo comprenderá, señor.

El primer oficial se expresaba con extrañas vacilaciones.

La enjuta cara de Craddock se cubrió de rubor y gritó, saltando de la lancha a la escalera:

—¿Cómo es eso, maese Hird? ¿Qué significa el dar órdenes a los hombres que tripulan mi lancha?

Pero en el momento mismo en que pasaba por encima de la borda, encontrándose con un pie en la cubierta y una rodilla en el antepecho, un hombre de barba blanca, al que no había visto nunca en su barco, le arrancó súbitamente la pistola de un tirón. Craddock agarró al individuo por la muñeca, pero en el mismo instante su primer oficial le arrancó el machete que llevaba al costado.

—¿Qué canallada es ésta? —gritó Craddock, mirando furioso a su alrededor.

Pero la tripulación formaba pequeños grupos por la cubierta, entre risas y cuchicheos mutuos, sin mostrar deseo alguno de acudir en su ayuda. Craddock observó en aquella rápida ojeada que esa tripulación vestía de una manera extraña, con largas levitas de montar, túnicas amplias de terciopelo y cintas de color en las rodillas, es decir, más como currutacos que como marineros.

Viendo aquellas figuras grotescas, frunció el ceño y apretó los puños para adquirir la seguridad de que estaba despierto. La cubierta parecía mucho más sucia que cuando él la dejó, y unas caras desconocidas y tostadas por el sol se volvían a mirarle desde todas partes. No conocía a nadie, fuera de Josua Hird. ¿Acaso el barco había sido capturado mientras él estuvo ausente? ¿Eran quizá los hombres de Sharkey aquellos que le rodeaban? Al ocurrírsele esta idea se abrió paso con ímpetu furioso y trató de saltar por la amurada hacia su lancha, pero un instante después se veía aferrado por una docena de manos y empujado hacia la popa, donde lo metieron por la puerta abierta de su propio camarote.

Pero dentro de este camarote era todo distinto al camarote que él había dejado: el piso, el techo, los muebles, todo era diferente. El suyo era sencillo

y austero; este de ahora era suntuoso, pero sucio, y los cortinajes de terciopelo estaban salpicados de manchas de vino, mientras que los ricos artesonados habían sido agujereados a balazos.

Encima de la mesa había una gran carta marítima del mar Caribe, y junto a la mesa, con compases en sus manos, se hallaba sentado un hombre de cara pálida y totalmente afeitado, que llevaba en la cabeza un gorro de piel y que vestía una levita de damasco del color del vino clarete. Craddock se puso lívido bajo sus pecas al contemplar aquella nariz larga, delgada, y de ventanas muy salientes, y aquellos ojos bordeados de rojo que le miraban con una mirada fija y divertida, propia de un jugador maestro que ha arrinconado a su adversario.

—¿Sharkey? —exclamó Craddock.

Los delgados labios de Sharkey se dilataron y estalló en la risa chillona y atolondrada que le caracterizaba. Luego gritó:

—¡Grandísimo idiota!

Adelantó el cuerpo hacia Craddock y le golpeó una y otra vez en el hombro con la punta de sus compases.

—¿Pero es que pretendías enfrentarte conmigo tú, pobre idiota sin ingenio alguno?

No fue el dolor de las heridas, sino el desprecio con que le hablaba Sharkey, lo que volvió a Craddock loco furioso. Se arrojó sobre el pirata, bramando de rabia, dando puñetazos y puntapiés, retorciéndose y espumajeando. Fueron necesarios seis hombres para derribarlo en el suelo entre los restos y astillas de la mesa, y ni uno sólo de los seis se quedó sin alguna señal de los golpes dados por el preso. Pero Sharkey seguía mirándole con el mismo desdén. Se oyó fuera un crujir de maderas y un clamoreo de voces sobresaltadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sharkey.

—Han desfondado la lancha, y los que en ella estaban han caído al agua.

—Pues que sigan allí —dijo el pirata—. Y ahora, Craddock, ya sabes dónde estás. Estás a bordo de mi barco, el *Happy Delivery*, y te encuentras a merced mía. Yo sabía que eras un marino valeroso, antes de que te lanzases a dar este paseito por alta mar, grandísimo bergante. En aquel entonces tus manos no estaban más limpias que las mías. ¿Quieres firmar contrato con

nosotros, como lo ha hecho tu primer oficial, para que trabajemos juntos, o quieres que te tire por la borda para que vayas a reunirte con el resto de tu tripulación?

—¿Dónde está mi barco? —preguntó Craddock.

—Desfondado y hundido en la bahía.

—¿Y los tripulantes?

—También en la bahía.

—Pues entonces, ¡a la bahía también yo!

—Desjarretadlo y tiradlo por la borda —gritó Sharkey.

Una cantidad de manos rudas arrastraron a Craddock a la cubierta, y el contraestre Galloway había sacado ya su alfanje para dejarlo inválido; pero en ese momento salió Sharkey precipitadamente de su camarote y gritó con expresión ansiosa:

—¡Podemos hacer algo mejor con este sabueso! ¡Que me maten si no es magnífica la idea que se me ha ocurrido! Arrojadlo dentro del cuarto de las velas, bien esposado, y tú, contraestre, ven aquí para que te diga lo que se me ha ocurrido.

Craddock, magullado y herido en cuerpo y en alma, fue encerrado en el oscuro depósito de las velas, tan bien esposado que no podía mover mano ni pie. Pero su sangre nortea hervía con fuerza en sus venas, y su espíritu adusto aspiraba únicamente a terminar su vida de un modo que pudiera servir de expiación a los daños que durante ella había causado. Permaneció toda la noche en aquella curva de la sentina escuchando el ruido de las aguas y el cimbreo de la madera que le anunciaba que el barco se había hecho a la mar y navegaba muy veloz. Durante las primeras horas de la mañana, alguien se le acercó reptando en la oscuridad por encima de los montones de velas.

—Aquí tiene ron y bizcochos —le dijo la voz de su antiguo primer oficial—. Se los traigo arriesgando en ello mi vida, maese Craddock.

—¡Fuiste tú el que me tendió la trampa y me hizo caer en el lazo! —dijo Craddock—. ¿Cómo vas a responder por lo que has hecho?

—Lo hice con la punta de un cuchillo entre mis dos omoplatos.

—Que Dios perdone tu cobardía, Josua Hird. ¿Cómo caíste en sus manos?

—El barco pirata llegó después de carenar el día mismo en que usted nos abandonó. Se lanzaron al abordaje, y como éramos pocos y usted se había

llevado a tierra los mejores hombres, fue poca la resistencia que pudimos presentarles. Algunos murieron a machetazos, y fueron los más felices. Los demás fueron muertos después. A mí me salvó la vida el haber firmado el contrato para servir con ellos.

—¿Y desfondaron mi barco?

—Lo desfondaron, y luego Sharkey y sus hombres, que nos habían estado acechando desde el bosque bajo de la orilla, vinieron al barco. Receló desde el primer momento, porque en el último viaje que hicieron se rompió su mastelero mayor y tuvieron que empalmarlo, mientras que el nuestro estaba entero. En vista de eso, pensó en hacerle caer a usted en una trampa igual a la que usted le había preparado a él.

Craddock dejó escapar un gemido y murmuró:

—¿Cómo no me fijé yo en ese detalle del mastelero mayor empalmado? ¿Y qué dirección llevamos?

—Norte y Oeste.

—¡Norte y Oeste! Pues entonces vamos en dirección a Jamaica.

—Con un viento de ocho nudos.

—¿Oíste qué es lo que piensan hacer conmigo?

—No he oído nada. ¿Por qué no firma usted el contrato?

—¡Basta ya, Josua Hird! Demasiadas veces he puesto mi alma en peligro de condenación.

—Como usted quiera. Yo he hecho lo que he podido. Adiós.

El *Happy Delivery* navegó durante toda aquella noche y el día siguiente, empujado por los alisios orientales, y Stephen Craddock permaneció tumbado en la oscuridad del depósito de velas, trabajando pacientemente en romper las esposas que le ceñían la muñeca. Consiguió desembarazarse de la de una mano, aunque le quedaron los nudillos sangrando y en carne viva; pero, a pesar de todo lo que hizo, no pudo desembarazarse de la otra, y sus tobillos siguieron fuertemente sujetos.

Hora tras hora escuchaba Craddock el palmoteo de las aguas, y comprendió que la embarcación navegaba a toda vela, empujada por los alisios. En tal caso debían de estar ya para entonces muy cerca de Jamaica. ¿Qué proyectos podía Sharkey traer metido en la cabeza, y de qué manera pensaba servirse de él mismo? Craddock apretó los dientes, y juró que si

había sido en tiempos un canalla por propia elección, por lo menos no lo sería nunca obligado por otros.

A la segunda mañana, Craddock se dio cuenta de que el barco había recogido una parte de su trazo y que navegaba dando bordadas lentamente, recibiendo de través el soplo de una brisa ligera. La distinta inclinación del depósito de velas y los ruidos que le llegaban desde la cubierta iban indicando a sus sentidos veteranos con toda exactitud lo que el barco hacía. Las bordadas cortas le indicaban que estaba maniobrando cerca de la costa, y que se dirigía a un punto bien determinado. En ese caso, con seguridad que habían llegado ya a Jamaica. ¿Pero qué podía estar haciendo el barco en ese lugar?

Súbitamente estalló en la cubierta un coro de saludos entusiastas, y retumbó de pronto por encima de su cabeza el disparo de un cañón, al que luego contestaron desde lejos, por encima de las aguas, los retumbos de otros cañonazos. Craddock se incorporó y aguzó el oído. ¿Había entrado el barco en combate? Sólo se había disparado un cañonazo, y aunque fueron muchos los de contestación, no percibió ninguno de los estrépitos que produce una bala que da en el blanco.

De todo eso dedujo que no se trataba de un combate, sino de un mutuo saludo. Pero ¿quién era capaz de saludar al pirata Sharkey? Únicamente podía hacer tal cosa otro barco pirata. En vista de eso, Craddock volvió a tumbarse con un gemido y continuó trabajando para soltarse de la esposa que seguía sujetándole la muñeca derecha.

Oyó súbitamente por la parte de fuera ruido de pisadas, y tuvo justamente el tiempo necesario para volver a enganchar los eslabones flojos alrededor de la mano libre. Abrieron el cerrojo de la puerta y entraron dos piratas, uno de los cuales, en el que Craddock reconoció al corpulento cabo de mar, preguntó al otro:

—¿Se trajo el martillo, carpintero? Pues entonces quítele las esposas de las piernas. Es preferible que siga con las muñecas esposadas, porque así está más seguro.

El carpintero le aflojó los hierros de las piernas a fuerza de martillo y cortafrío.

—¿Qué van ustedes a hacer conmigo? —preguntó Craddock.

—Ven a cubierta y lo verás.

El marinero le agarró de un brazo y lo arrastró brutalmente hasta el pie de la escalera de escotilla. Por encima de su cabeza descubrió un trozo cuadrado de cielo azul con la vela cangreja empenachada con una bandera que ondeaba al viento. Pero la vista de aquella bandera dejó a Stephen Craddock sin aliento. Era la de Inglaterra y ondeaba por encima de otra bandera, la de los piratas. ¡La bandera honrada por encima de la criminal!

Craddock se detuvo un instante, atónito; pero un empujón brutal de los piratas, que se habían colocado detrás, le hizo caminar por las escaleras de escotilla arriba. Al salir a cubierta, sus ojos se volvieron hacia el palo mayor, y también allí la bandera británica ondeaba por encima del gallardete rojo, y todas las jarcias y obenques estaban enguarnaldados de gallardetes.

¿Es que se habían apoderado del barco pirata? Eso era imposible, porque ante su vista estaban los piratas formando pequeños enjambres a lo largo de las amuras de babor, agitando jubilosos en el aire sus sombreros. El que se hallaba en el lugar más destacado era el renegado primer oficial, que estaba de pie en el castillo de proa, gesticulando alocadamente. Craddock miró por encima de la borda para ver a quién saludaban, y entonces comprendió, como en una visión relampagueante, lo crítico del momento.

Por el lado de babor, y a cosa de una milla de distancia, se veían las blancas casas y los fuertes de Port Royal, que tenían por todas partes sus tejados empavesados con banderas. Enfrente mismo estaba la boca de las empalizadas entre las que se entraba a la ciudad de Kingston. A menos de un cuarto de milla de distancia avanzaba un pequeño falucho luchando con un viento muy suave. En lo más alto de su palo llevaba la bandera británica y todas sus jarcias estaban adornadas con gallardetes. En la cubierta del falucho podía verse una apretada muchedumbre de personas que ovacionaban al barco pirata agitando sus sombreros. Las manchas de color escarlata daban a entender que en esa multitud estaban los oficiales de la guarnición.

La rápida percepción propia del hombre acostumbrado a actuar hizo comprender a Craddock al instante todo lo que ocurría. Con la astucia y audacia diabólicas, que eran una de sus principales características, Sharkey estaba representando el papel que el mismo Craddock habría representado si hubiese vuelto victorioso de su expedición. Las salvas se disparaban en honor suyo, y en honor suyo estaba todo embanderado. Aquel barco que se acercaba

trayendo al gobernador, al comandante y a los jefes de la isla venía a darle la bienvenida a él, a Craddock. Dentro de diez minutos estarían todos ellos bajo el fuego de los cañones del *Happy Delivery*, y Sharkey habría hecho la más grande de las presas que jamás había intentado hasta entonces pirata alguno.

—Traedlo aquí delante —gritó el capitán pirata, cuando Craddock apareció entre el carpintero y el cabo de mar—. Mantened cerradas las troneras, pero tened preparados los cañones de babor, y estad listos para disparar una andanada completa. En cuanto estrechemos dos cables más la distancia, son nuestros.

—Creo que nos han oído —dijo el contraestre— y que tratan de escapar.

—Eso se arregla pronto —dijo Sharkey, volviendo hacia Craddock sus ojos turbios—. A ver, colócate aquí..., aquí mismo, donde ellos puedan divisarte bien. Pon tu mano en la cuerda de retenida y salúdalos agitando el sombrero. Rápido, si no quieres que te vuele los sesos. Ned, métele en la carne una pulgada de tu cuchillo. ¿Qué, vas a saludarles con el sombrero? Vuelve a metérselo, Ned. ¡Mátalo de un tiro! ¡Detenlo!

Pero era demasiado tarde. El cabo de mar, fiado en las esposas que sujetaban a Craddock, había soltado un instante el brazo de éste, y en ese mismo instante Craddock se había soltado del carpintero, había saltado por encima de las amuras en medio de una granizada de balas de pistola, y nadaba desesperadamente. Había recibido varios balazos, pero se necesitaban muchas pistolas para matar a un hombre resuelto y fornido que ha hecho el propósito de llevar a cabo una cosa determinada antes de morir. Era un nadador magnífico. Y, a pesar de que iba dejando detrás de sí en las aguas una estela roja, aumentaba rápidamente la distancia que le separaba del pirata.

—¡Dadme un mosquete! —gritó Sharkey, lanzando una blasfemia salvaje.

Era un tirador afamado, y sus nervios de hierro no le fallaron nunca en los momentos decisivos. Al aparecer la negra cabeza sobre la cresta de una ola, para volver a hundirse por el otro lado de la misma, Craddock estaba ya a mitad de camino del falucho. Sharkey apuntó muy despacio antes de hacer fuego. Siguió el estallido del disparo, y en ese instante mismo el nadador se irguió por encima de las aguas, agitó las manos en el aire con un gesto de advertencia, y lanzó un grito tan estrepitoso que retumbó por toda la bahía.

Luego, cuando el falucho viraba muy cerrado, y el pirata descargaba una andanada impotente, Stephen Craddock, sonriendo tristemente en su agonía mortal, se hundió poco a poco para descansar en aquel lecho dorado que brillaba a gran profundidad por debajo de él.

Cómo castigó a Sharkey el capitán del *Portobello*

Sharkey, el odioso Sharkey, se había lanzado de nuevo a la mar. Después de pasar dos años en la costa de Coromandel, su negro buque de la muerte, el *Happy Delivery*, merodeaba a lo largo de las costas del continente español, haciendo que cuantos barcos mercantes y de pesca divisaban la amenaza de su vela cangreja remendada, al levantarse lentamente por encima del borde color violeta del horizonte del mar tropical, buscasen en la huida la salvación de sus vidas.

Tal y como todos los pájaros y aves se agachan cuando la sombra del halcón se proyecta sobre el campo, o tal como las criaturas de la manigua se agazapan y se estremecen cuando se deja oír durante la noche el bramido carraspeante del tigre, de la misma manera, por todos los barcos del mundo activo, desde los balleneros de Nantucket hasta los barcos tabaqueros de Charleston, y desde los barcos españoles que traían suministros de carne hasta los que transportaban azúcar del continente, se corrió el rumor de la negra maldición que recorría el Océano.

Algunos de esos barcos acariciaban las costas, dispuestos a lanzarse hacia el puerto más próximo, en tanto que otros se desviaban muchísimo de las rutas comerciales conocidas; pero no había ninguno tan valeroso que no respirase con mayor libertad cuando sus pasajeros y su cargamento se encontraban a salvo, defendidos por los cañones de algún fuerte que los tuviese bajo su cobijo.

Por todas las islas corrían los relatos de restos de buques calcinados que andaban al garette por el mar, de súbitos resplandores de incendios que se habían distinguido muy lejos durante la noche, y de los cadáveres en descomposición que yacían en las arenas de los cayos áridos de las Bahamas.

Eran los mismos síntomas de antaño, que delataban las nuevas actividades sangrientas de Sharkey.

Aquellas aguas hermosas y las islas rodeadas de un borde de playas amarillas y de palmeras cimbreantes son el campo tradicional de los merodeadores del mar. Aparecieron primero los caballeros de aventura, los hombres de buena estirpe y de honor, que peleaban como patriotas, aunque estuviesen dispuestos siempre a cobrar su parte en el botín hecho a los españoles.

Después, antes de que transcurriese un siglo, la figura despreocupada de ese tipo de hombres dejó paso a los bucaneros, a los pura y simplemente ladrones, pero que habían establecido una especie de código propio, que estaban mandados por jefes notables y que se lanzaban a grandes empresas combinadas entre ellos.

También esta clase de individuos pasó, y pasaron sus flotas y sus saqueos de ciudades, para dejar paso al tipo peor de todos ellos, al pirata solitario y forajido, al sangriento Ismael de los mares, en guerra con toda la raza humana. Ésta fue la miserable raza de hombres que brotó en los comienzos del siglo XVIII, y entre todos ellos ninguno pudo compararse en audacia, maldad y negra reputación con el indecible Sharkey.

En los comienzos del mes de mayo del año 1720, el *Happy Delivery* estaba a unas cinco leguas al oeste del Paso de Barlovento, con la verga del trinquete en facha, esperando que apareciese alguna embarcación bien provista y desamparada, a la que los alisios arrastrasen hasta el barco pirata.

Llevaba allí al paio tres días, siniestra mancha negra en el centro del gran círculo de zafiro del Océano. A lo lejos, del lado del Sudeste, surgían en la línea del horizonte las colinas azules de la Española.

Pasaban las horas sin ningún resultado, y el temperamento salvaje de Sharkey se estaba desbordando, porque su arrogancia se irritaba frente a cualquier contradicción, aunque ésta surgiese del mismo Destino. Aquella noche le había dicho a su cabo de mar, Ned Galloway, con la risa relinchante y repugnante que le caracterizaba, que la tripulación del primer barco que capturase se la tenía que pagar por haberle tenido esperando tanto tiempo.

El camarote del barco pirata era una habitación bastante espaciosa, tapizada y adornada de muchos artículos de lujo ya ajados, ofreciendo la más

extraña mezcla de lujo y desorden. El artesonado, de madera de sándalo, tallado y barnizado, ofrecía repugnantes manchones y estaba atravesado por agujeros de balas disparadas en horas de juerga y de borrachera.

Los sillones, tapizados de ricas telas, lucían magníficos terciopelos y encajes en confuso montón, y todos los nichos y rincones estaban abarrotados de trabajos de metal y cuadros de gran valor, porque todo lo que había despertado el capricho del pirata en el saqueo de un centenar de embarcaciones había sido amontonado de cualquier manera en aquella habitación. El suelo estaba revestido con una alfombra mullida y valiosa, aunque toda ella lucía un abigarramiento de manchas de vino y de quemaduras de tabaco.

Una enorme lámpara colgante de bronce proyectaba una luz amarilla brillante sobre aquella habitación extraordinaria y sobre los dos hombres sentados en mangas de camisa, con las botellas de vino entre ambos, los naipes en la mano y embebidos en una partida de piquet. Ambos fumaban en largas pipas, y la humareda azul llenaba el camarote y flotaba para salir al exterior por la claraboya del techo, que, a medio abrir, dejaba ver una franja de firmamento de vivo color violeta, salpicada de resplandecientes estrellas de plata.

Ned Galloway, el cabo de mar, era un bergante corpulento de la Nueva Inglaterra, único retoño podrido en el árbol genealógico de una honrada familia puritana. Sus miembros fornidos y su cuerpo gigantesco eran la herencia de una larga línea de antepasados que temían a Dios, pero su corazón salvaje y criminal le pertenecía por completo. Con barba que le llegaba hasta las sienes, ojos azules feroces, una melena enmarañada de león de negros cabellos rebeldes, y grandes pendientes de oro en las orejas, era el ídolo de las mujeres en todos los cubiles infernales de la costa, desde las islas Tortugas hasta Maracaibo en el continente. Una gorra encarnada, la camisa de seda azul, briches de terciopelo marrón con chillones cintajos en las rodillas, y altas botas de marinero, constituían el atuendo de aquel hércules pirata.

El capitán John Sharkey era un tipo muy diferente. Su rostro enjuto, tirante, completamente afeitado, tenía la lividez de un cadáver, y todos los soles de las Indias Occidentales sólo consiguieron darle un matiz de pergamino más cadavérico todavía. Era parcialmente calvo, con algunos bucles lacios de un

color de estopa, y una frente estrecha y casi recta. Su nariz delgada proyectábase en forma aguda hacia afuera, y sus ojos azules, encajados muy juntos a uno y otro lado de la misma, estaban bordeados de un círculo rojo, como los del perro bull-terrier blanco, e imponían miedo y repugnancia a no pocos hombres fuertes. Sus manos huesudas, de dedos largos y secos que temblaban constantemente como las antenas de un insecto, jugueteaban sin cesar con las cartas y con el montón de moidores de oro que tenía delante de él. Sus ropas eran de una mezclilla poco elegante, pero la verdad es que todos cuantos miraban aquel rostro espantable no tenían ojos para la ropa que vestía su propietario.

El juego se vio súbitamente interrumpido, porque la puerta del camarote fue abierta rudamente de par en par, y dos individuos de mala catadura, Israel Martin, el nostramo, y Red Foley, el artillero, penetraron violentamente en el camarote. Sharkey se puso instantáneamente en pie, empuñando una pistola en cada mano, y gritó clavando en los recién llegados sus ojos asesinos:

—¡Gente canalla! Estoy viendo que si de cuando en cuando no mato a tiros a uno de vosotros, no os vais a acordar de quién soy yo. ¿Qué es eso de entrar en mi camarote como si fuese una taberna de Wapping?

—Precisamente es esa manera de hablar suya la que nos ha hecho empinar las orejas. Ya estamos hartos de ella —dijo Martin, frunciendo amenazador el ceño en su cara de un color rojo ladrillo.

—Estamos más que hartos —dijo Red Foley, el artillero—. En un barco pirata no hay primero y segundo oficial, de modo que los oficiales son el nostramo, el artillero y el cabo de mar.

—¿Es que he dicho yo lo contrario? —preguntó Sharkey lanzando un juramento.

—Usted nos ha insultado y nos ha maltratado delante de la tripulación, y en este momento no sabemos ya si hay razón para que nos juguemos las vidas defendiendo el camarote en contra del castillo de proa.

Sharkey vio que flotaba en el aire algún conflicto serio. Dejó sus pistolas encima de la mesa, y se recostó en su sillón, mostrando sus colmillos amarillentos, y dijo:

—Es triste que dos hombres valerosos que han vaciado conmigo muchas botellas y han cortado muchos cuellos, riñan ahora por naderías. Yo sé muy

bien que vosotros sois unos muchachos alborotadores, capaces de pelear a mi lado contra el mismo diablo si yo os lo pido. Mandad al camarero que traiga vasos y ahogemos todas las palabras desagradables entre nosotros.

—Capitán Sharkey, ya no son momentos de beber —dijo Martín—. Los hombres de la tripulación están celebrando consejo alrededor del palo mayor, y pueden presentarse aquí de un minuto a otro. Traen malas intenciones, capitán Sharkey, y hemos venido a advertírselo.

Sharkey saltó hacia la espada de empuñadura de metal que colgaba de una pared, gritando:

—¡Los muy canallas! En cuanto haya despanzurrado a uno o dos se avendrán a escuchar razones.

Pero los demás le cortaron el camino cuando se lanzaba frenético hacia la puerta. Martín dijo:

—Son cuarenta y están a las órdenes de *el Señorito*, y si saliese a la cubierta, con seguridad que lo harían a usted pedazos. Quizá aquí, dentro del camarote, podamos hacerles frente a punta de pistola.

Apenas había terminado de hablar, cuando se oyeron sobre cubierta pasos de gran número de pies pesados. Luego se produjo un silencio, durante el cual sólo se oyó el suave palmoteo del agua contra los costados del barco pirata. Por último, resonó en la puerta un golpe estrepitoso como si la hubieran golpeado con la culata de una pistola, y un instante después entró en el camarote *el Señorito* en persona, hombre alto y moreno, con un antojo colorado de nacimiento en la mejilla. Su aire fanfarrón se aplacó un poco al cruzarse su mirada con la de aquellos ojos pálidos y turbios.

—Capitán Sharkey, vengo como portavoz de la tripulación —dijo.

—Ya me lo han dicho, Señorita —dijo el capitán con mucha suavidad—. Quizá viva yo lo suficiente para rajarlo de arriba abajo en pago de su faena de esta noche.

—Eso será lo que sea, capitán Sharkey —contestó *el Señorito*—. Pero si mira usted hacia arriba, verá que estoy respaldado por gente que no tolerará que yo sea maltratado.

—¡Que nos condenemos si lo toleramos! —gruñó una voz profunda desde lo alto, y los oficiales que había en el camarote descubrieron, al mirar hacia arriba, una hilera de rostros feroces, barbudos y curtidos por el sol, que los

contemplaban desde la claraboya abierta.

—Bien, ¿qué es lo que queréis? —preguntó Sharkey—. Explícalo con palabras y acabemos.

—Los hombres de la tripulación creen que usted es el demonio mismo, y que mientras naveguen en semejante compañía no pueden tener suerte —dijo *el Señorito*—. Hubo tiempos en que nos apoderábamos de dos o tres embarcaciones al día, y todos los hombres de la tripulación disponían de mujeres y de dólares a su satisfacción; pero ahora llevamos una semana sin haber levantado una vela, y desde que cruzamos por delante del Bahama Bank no nos hemos apoderado de un solo barco de importancia, fuera de tres miserables faluchos. Saben también que mató usted al carpintero Jack Bartholomew golpeándole en la cabeza con un cubo, y por eso todos nosotros tememos por nuestras vidas. También el ron se ha terminado y se nos hace duro el estar sin bebida. Además, usted se pasa la vida en su camarote, y en el contrato de todos está estipulado que debe acompañar a la tripulación cuando ésta bebe y se divierte. Por esta razón, y en una asamblea general que se ha celebrado hoy, hemos decidido...

Sharkey había levantado furtivamente los gatillos de una pistola escondida debajo de la mesa, de modo que el marinero amotinado tuvo mucha suerte en no acabar su discurso, porque cuando llegaba al final se oyó sobre cubierta un rápido pataleo, y un muchacho del barco, fuera de sí con las noticias que traía, se precipitó dentro del camarote, gritando:

—¡Un buque! ¡Un buque de gran porte, y que está casi encima nuestra!

En un segundo se olvidaron todos de la pelea, y los piratas corrieron a sus puestos. No cabía duda: llevado lentamente por el soplo de los suaves alisios, un gran barco, completamente aparejado y a velas desplegadas, pasaba muy cerca de ellos.

Era evidente que venía desde muy lejos e ignoraba lo que ocurría en el mar Caribe, porque no hizo esfuerzo alguno para esquivar al barco de casco negro y bajo que estaba al paio tan cerca de su proa, y seguía adelante como si le bastase su volumen para creerse a salvo de todo riesgo.

Demostraba tal atrevimiento, que los piratas, mientras corrían a destapar sus cañones e izaban sus linternas de combate, creyeron por un momento que los había pillado descuidados un barco de guerra.

Pero cuando vieron que se trataba de un barco de casco abultado y sin troneras laterales, con el aparejo de mercante, dejaron escapar un alarido de júbilo; un instante después habían hecho girar su cangreja, y lanzando su barco para colocarlo a la par del otro, aferraron el casco de éste con los garfios, y una lluvia de bergantes saltó a su cubierta lanzando gritos y maldiciones.

Media docena de marineros de la guardia de noche fueron muertos a hachazos en el lugar en que estaban; el primer oficial fue derribado por Sharkey, y Ned Galloway lo tiró al mar por la borda; antes de que la tripulación, dormida, pudiese sentarse en sus literas, el barco estaba en manos de los piratas.

La presa resultó ser el barco de aparejo completo *Portobello*, propiedad del capitán Hardy, que se dirigía de Londres a Kingston, en Jamaica, con un cargamento de telas de algodón y de llantas de hierro.

Una vez presa toda la tripulación y reunida, formando un grupo de hombres atontados y asombrados, los piratas se desparramaron por el barco buscando su botín, entregando todo cuanto encontraban al gigantesco cabo de mar, el que a su vez lo trasladaba a bordo del *Happy Delivery* y lo colocaba bajo guardia al pie del palo mayor.

El cargamento no podían aprovecharlo, pero encontraron un millar de guineas en la caja fuerte del barco; llevaba éste, además, ocho o diez pasajeros, tres de ellos, mercaderes ricos de Jamaica, que volvían a sus casas con cajas bien repletas después de su visita a Londres. Una vez reunido todo el botín, procedieron a registrar a los pasajeros y a la tripulación hasta la cintura, y luego los tiraban por la borda al mar, bajo la fría sonrisa de Sharkey. Mientras tanto, *el Señorito*, de pie junto al antepecho, les cortaba con su machete los tendones de las corvas, para que ningún nadador resistente pudiera un día presentarse ante un tribunal, acusándolos. Una mujer gruesa y de cabello blanco, esposa de uno de los mercaderes, estaba entre las cautivas, pero también la tiraron al mar, aunque ella gritaba y se agarraba a sus captores. Sharkey le gritó como un relincho:

—¿Que no te matemos, grandísima tal? Te sobran veinte años para eso.

El capitán del *Portobello*, hombre curtido, de ojos azules y barba blanca, fue el último que quedó sobre cubierta. Permaneció erguido, fuerte y resuelto, entre el brillo de las linternas, mientras Sharkey le hacía inclinaciones y

muecas de burla, diciendo:

—El capitán de un barco debe mostrarse cortés con el capitán de otro barco, y que me maten si el capitán Sharkey se queda a la zaga de nadie en cuanto a cortesía y buenas maneras. Lo he dejado a usted el último, porque ése es el lugar que le corresponde a un hombre valeroso; de modo, pues, valentón, que una vez que los ha visto morir a todos, puede usted tirarse de cabeza al mar muy tranquilo.

—Así lo haré, capitán Sharkey —dijo el anciano marino—, porque he cumplido con mi deber hasta donde me ha sido posible. Pero antes de saltar por la borda quisiera decirle al oído unas palabras.

—Si son para ablandarme, ahórreselas. Nos ha tenido aquí esperándole tres días, y que me maten si dejo con vida a uno sólo de ustedes.

—No; es para decirle algo que debe saber. Usted no ha descubierto aún el verdadero tesoro que hay a bordo de este buque.

—¿Que no lo he descubierto? Capitán Hardy, que me maten como no le parta en rebanadas el hígado si no hace usted buenas esas palabras. ¿Dónde está ese tesoro de que me habla?

—No se trata de monedas de oro, sino de una bellísima joven, que quizá le agrade tanto o más.

—¿Dónde está ella? ¿Por qué no se encontraba con los demás?

—Se lo voy a explicar. Esa joven es la hija única del conde y de la condesa de Ramírez, que estaban entre los que usted ha asesinado ya. Se llama Inés Ramírez, es del mejor abolengo de España, porque su padre era gobernador de Chagre, adonde se dirigía con su familia. Durante el viaje se enamoró, como les ocurre a las muchachas, de un hombre de condición muy inferior a la de su familia que venía en el barco; sus padres, que eran gente muy poderosa y a la que nada se podía negar, me obligaron a encerrarla en un camarote especial detrás del mío. Allí la tuvieron rigurosamente encerrada, sin que viese a nadie, y sirviéndole dentro de su mismo camarote los alimentos. Le digo esto como un último regalo mío, aunque no sé qué impulso me ha llevado a hacérselo, porque de verdad que es usted el rufián más sanguinario, y me consuelo al morir con el pensamiento de que será usted, con toda seguridad, carne de horca en este mundo y carne de infierno en el otro.

Dichas estas palabras, se acercó rápido a la amurada y se lanzó de cabeza

al mar tenebroso, pidiendo a Dios, mientras se hundía en sus profundidades, que no tomase como un grave pecado la traición que cometía con aquella joven.

No habría llegado aún el cadáver del capitán Hardy a cuarenta brazas de profundidad, cuando los piratas se precipitaban por el pasillo de los camarotes. Allí, al final del mismo, había una puerta cerrada, en la que no habían reparado durante su búsqueda anterior. No tenía llave, pero ellos derribaron la puerta a culatazos, mientras en su interior se oían alaridos y más alaridos de mujer. A la luz de sus linternas vieron una mujer joven, en lo más florido de su plena juventud, agazapada en un rincón, con los cabellos sueltos colgando hasta el suelo, sus negros ojos brillantes de temor, y su cuerpo magnífico retrocediendo horrorizado ante aquella invasión de hombres salvajes manchados de sangre. Unas manos rudas la aferraron, la hicieron ponerse en pie de un tirón y la arrastraron sollozante hasta donde John Sharkey estaba esperándola. Este último proyectó largo rato y con gran mimo la luz sobre aquella cara, y después lanzando una gran carcajada, se inclinó hacia adelante y le dejó en las mejillas la huella roja de su mano:

—Moza, ésta es la marca con que el pirata señala a sus ovejas. Llevadla al camarote y tratadla bien. Y ahora, muchachos, desfondad esa embarcación y salgamos otra vez en busca de fortuna. El magnífico barco *Portobello* se fue hundiendo antes de que transcurriese una hora, y no se detuvo hasta que se encontró junto a sus pasajeros asesinados sobre las arenas del fondo del mar Caribe, mientras la embarcación pirata navegaba hacia el Norte en busca de otra víctima, con su cubierta convertida en un revoltijo de todos los objetos del botín.

Aquella noche se celebró una francachela en el camarote del *Happy Delivery*, y tres hombres bebieron de firme. Esos hombres eran el capitán, el cabo de mar y el *calvo* Stable, médico, que estuvo establecido en Charleston hasta que huyó de la justicia por haber abusado de un enfermo, y dedicó su habilidad médica a los piratas. Era un hombre grueso y abotagado, con una gran papada y una gran calva brillante, que le había valido su apodo. Sharkey había dejado por el momento de pensar en el motín, sabiendo que ningún animal demasiado bien comido tiene instintos feroces, y que mientras el botín recogido en aquel gran barco constituyese una novedad para la tripulación,

nada tenía que temer de ésta. Se entregó, pues, al vino y a la francachela, gritando y vociferando con sus compañeros de juerga. Los tres estaban calenturientos y enloquecidos, maduros para cualquier diablura, cuando cruzó por la imaginación del pirata la imagen de la cautiva. Ordenó a gritos al camarero negro que se la trajese al instante.

Inés Ramírez lo había comprendido todo para entonces: la muerte de su padre y de su madre, y, su propia situación en manos de sus asesinos. Sin embargo, ese conocimiento le devolvió la tranquilidad y ya no hubo señal alguna de terror en su rostro altivo y moreno cuando la introdujeron en el camarote. Se advertía más bien una expresión extraña y resuelta en su boca y un brillo jubiloso en sus ojos, como si viese grandes perspectivas para el futuro. Sonrió al capitán pirata cuando éste se levantó y la abrazó por la cintura.

—¡Por vida de..., que es ésta una moza valiente! —exclamó Sharkey, estrechándola contra sí—. Nació para novia de un pirata. Ven acá, pajarita mía, y bebe por nuestra más íntima amistad.

—¡Artículo seis! —hipó el médico—. Todas las *bona robas* en común.

—Sí, capitán Sharkey; le exigimos que lo cumpla —dijo GalloWay—. Así está escrito en el artículo seis.

—A quien se interponga entre nosotros lo cortaré en pedacitos —gritó Sharkey, clavando sus ojos vidriosos primero en uno y luego en otro de sus acompañantes—. Sí, moza, no ha nacido el hombre que te aparte de John Sharkey. Siéntate aquí sobre mis rodillas y rodéame el cuello con tu brazo de esta manera. ¡Que me maten si no se ha enamorado de mí en cuanto me ha visto! Dime, hermosa, ¿por qué te maltrataron y te encerraron los de aquella embarcación?

La mujer movió la cabeza, se sonrió y jadeó:

—No hablo inglés, no hablo inglés.

Había bebido todo el vaso de vino que Sharkey le ofreció, y sus ojos negros relampagueaban mucho más que antes. Sentada sobre las rodillas de Sharkey, le rodeó el cuello con su brazo y le acarició con su mano los cabellos, la oreja y la mejilla. Hasta el extraño cabo de mar y el empedernido médico se horrorizaron mirándola, pero Sharkey lanzaba carcajadas de júbilo.

—¡Que me condenen si esta moza no es, de lo bueno, lo mejor! —exclamó,

al mismo tiempo que la apretaba contra sí y la besaba en su boca, que no lo rechazó.

Pero el médico que la estaba mirando adoptó una actitud de profundo interés, y su cara se puso rígida, igual que si le hubiese cruzado por el cerebro un pensamiento terrible. Por sus facciones de bulldog corrió una extraña palidez gris que abigarró todo el color rojo de los trópicos y el ardor del vino.

—¡Capitán Sharkey, mírele la mano! —gritó—. ¡Por amor de Dios, fíjese en su mano!

Sharkey se puso a mirar aquella mano que le había acariciado. Tenía una extraña palidez como de muerta, y entre los dedos un color amarillo brillante. Estaba toda ella cubierta de un polvillo blanco que parecía pelusa, como la harina de un pan recién sacado del horno. Ese polvillo cubría también por completo el cuello y las mejillas de Sharkey. Éste dejó escapar un grito de repugnancia y arrojó de sus rodillas a la mujer; pero ésta dio un salto como gato salvaje, y lanzando un grito de perversidad victoriosa, se precipitó hacia el médico. Éste desapareció dando gritos debajo de la mesa. Una de las manos engarabadas de la joven agarró a Galloway por la barba, pero éste se libró de un gran tirón, empuñó una lanza y la mantuvo a distancia, mientras ella farfullaba y hacía muecas, centelleándole los ojos como a una loca furiosa.

El camarero negro había acudido corriendo al oír el estrépito de aquella súbita zarabanda, y entre todos ellos obligaron a la enloquecida muchacha a meterse en un camarote, cuya puerta cerraron con llave. Luego, los tres compañeros de juerga se dejaron caer jadeantes en sus sillas y se contemplaron los unos a los otros con ojos de espanto. Los tres tenían en el pensamiento la misma palabra, pero fue Galloway el primero en expresarla:

—¡Una leprosa! ¡Nos ha tocado a todos la maldita!

—¡A mí, no! —exclamó el médico—. No logró tocarme siquiera con un dedo.

—Si a eso vamos, a mí sólo me tocó los pelos de la barba, y voy a hacérmela rapar antes de que amanezca —dijo Galloway.

—¡Qué idiotas hemos sido! —gritó el médico, dándose de puñetazos en la cabeza—. Contagiados o no, no disfrutaremos de un solo instante de tranquilidad hasta que se cumpla el año y haya pasado el peligro. ¡Vive Dios, que ese capitán mercante nos ha dejado señalados con su marca, y que hemos

sido unos estúpidos en creer que a una moza como ésta iban a tenerla en cuarentena por la razón que él alegó! Resulta fácil de comprender ahora que su podredumbre se manifestó durante el viaje, y que no les quedaba otro recurso, como no la tirasen por la borda al mar, que el emparedarla hasta que llegasen a un puerto que tuviese un lazareto.

Mientras hablaba el médico, Sharkey se había recostado en el respaldo de su silla y tenía una expresión cadavérica. Se pasó el pañuelo rojo por la cara, tratando de sacudir de ella el polvillo siniestro de que estaba tiznado.

—¿Y qué me va a pasar a mí? —refunfuñó—. ¿Qué me dices, *calvo Stable*? ¿Tengo alguna probabilidad de librarme? ¡Maldito seas, canalla! Di lo que piensas, o te daré una paliza que te deje a una pulgada de la muerte, y hasta más allá de esa pulgada. ¿Tengo, sí o no, alguna probabilidad de librarme?

Pero el médico movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Capitán Sharkey, yo cometería una mala acción si le dijese una mentira. Ha cogido usted la enfermedad. La persona sobre la que ha caído la escamilla o caspa de la lepra no logra ya limpiarse de ella.

Sharkey dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció en esa actitud, inmóvil, herido por aquella súbita y aterradora perspectiva, mirando hacia su temeroso porvenir con sus ojos como brasas. El cabo de mar y el médico se pusieron en pie y salieron furtivamente de la atmósfera envenenada del camarote al aire puro de los primeros amagos del alba, y recibieron en sus rostros la brisa suave y perfumada, mientras allá en lo alto, los primeros penachos de rojas nubes interceptaban los rayos avanzados del sol que doraba el horizonte, por encima de las cumbres coronadas de palmeras de la lejana isla de la Española.

Aquella mañana celebraron los piratas una nueva asamblea al pie del palo mayor, y enviaron una comisión para que se entrevistase con el capitán. Éste no les dio tiempo de llegar a los camarotes de popa, sino que salió a cubierta, con toda su antigua maldad asomándole a los ojos, y su bandolera a la espalda, con un par de pistolas.

—¡Sois todos unos canallas! —gritó—. ¿Os atrevéis a cruzaros en mi camino? Avanza, *Señorito*, que te voy a rajar de arriba abajo. ¡A ver, Galloway, Martin, Foley, acudid a mi lado, y vamos a meter a esos perros a

latigazos en su perrera!

Pero sus oficiales le habían abandonado y no hubo nadie que se pusiese de parte suya. Los piratas se abalanzaron sobre Sharkey, y aunque éste atravesó a uno de ellos de un balazo, pronto se vio sujetado y atado a su propio palo mayor. Sus ojos turbios fueron clavándose en todas las caras, y no hubo un solo pirata al que aquella mirada no intranquilizase.

El Señorito le dijo:

—Capitán Sharkey, usted ha maltratado a muchos de nosotros, y ahora ha pegado un tiro de pistola a John Masters, además de haber matado al carpintero Bartolomew abriéndole la cabeza con un cubo. Habríamos podido perdonarle todo esto por los años que lleva siendo nuestro jefe, y porque hemos firmado un contrato para servir bajo sus órdenes mientras dure este viaje. Pero ahora nos enteramos de la existencia de esta *bona roba* a bordo: sabemos que ha sido usted contagiado hasta la médula, y que no habrá seguridad para ninguno de nosotros al lado de un hombre podrido, sino que acabaremos pudriéndonos y corrompiéndonos todos. Por todo ello, John Sharkey, le comunicamos que nosotros, los piratas del *Happy Delivery*, reunidos en asamblea, hemos tomado la resolución de que, ahora que estamos todavía a tiempo, lo dejaremos al garete en un bote, para que encuentre el destino que la suerte quiera depararle.

John Sharkey no dijo una palabra, sino que fue girando la cabeza y maldiciéndolos uno a uno con su siniestra mirada. Habían arriado mientras tanto el chinchorro del barco, y luego lo descolgaron a él, sin soltarle las manos, y sujeto al extremo de una cuerda por un nudo corredizo.

—¡Soltad el chinchorro! —gritó *el Señorito*.

—Esperad un momento, maese *Señorito* —gritó uno de la tripulación—. ¿Qué hacemos con la moza? ¿La vamos a dejar a bordo para que nos contagie a todos?

—¡Larguémosla con su pareja! —gritó otro, y los piratas expresaron con un ruidoso clamor que aprobaban la idea.

La muchacha, a la que hicieron avanzar a punta de lanzas, fue empujada hacia el bote. Con toda la gallardía de española en su cuerpo putrefacto, la joven lanzaba a sus cautivadores miradas triunfantes.

—¡Perros! ¡Perros ingleses! ¡La lepra para vosotros, sí, la lepra! —gritó

jubilosa cuando la descolgaron dentro del chinchorro.

—¡Buena suerte, capitán! ¡Que Dios le bendiga en su luna de miel! —gritó un coro de voces burlonas en el momento de soltar el cable de amarre del chinchorro.

El *Happy Delivery*, cogiendo de lleno el soplo del alisio, dejó a popa la pequeña embarcación, que pronto fue sólo un minúsculo puntito en la inmensa superficie del mar solitario.

* * *

EXTRACTO DEL DIARIO DE NAVEGACIÓN DEL “Hecate”, BUQUE DE CINCUENTA CAÑONES DE LA ARMADA BRITÁNICA, QUE NAVEGABA COSTEANDO EL CONTINENTE DE AMÉRICA:

26 de enero de 1721

En esta fecha, como el tasajo se ha echado a perder y cinco miembros de la tripulación están enfermos de escorbuto, he dado orden de que dos de las lanchas se dirijan a la punta noroeste de la Española, en busca de fruta fresca, y para que al mismo tiempo maten a tiros, si se les ofrece ocasión, algunos de los toros salvajes que tanto abundan en la isla.

7 de la tarde

Las lanchas han regresado con una buena provisión de frutas y verduras y la carne de dos toros. Mr. Woodruff, nuestro patrón, me informa de que cerca del lugar del desembarco, y al borde de un bosque, fue encontrado el esqueleto de una mujer, con ropas europeas que parecen indicar que se trataba de una mujer de categoría. Tenía la cabeza aplastada, y la piedra con que el hecho había sido llevado a cabo estaba a su lado. Muy cerca de allí había una choza de ramaje con señales de que hubiese vivido un hombre bastante tiempo, a juzgar por la leña chamuscada, la cantidad de huesos y otras huellas. Se rumorea en la costa que el sanguinario pirata Sharkey fue abandonado el pasado año en aquellos lugares; pero no hubo medio de comprobar si se internó en la isla o si fue recogido por alguna embarcación. Si ese hombre ha

vuelto a hacerse a la mar, yo pido a Dios que lo ponga al alcance de nuestros cañones.

Cómo Copley Banks mató al capitán Sharkey

Los bucaneros constituían una organización de mayor altura que una simple cuadrilla de merodeadores. Formaban una república flotante, que se regía por leyes, costumbres y una disciplina propia suya.

Los jefes de los bucaneros, lo mismo si se trataba de ingleses que de franceses, igual que se apellidasen Morgan o Grandmont, eran siempre personas de responsabilidad, y sus países de origen podían admitirlos e incluso elogiarlos, mientras se abstuviesen de cometer actos capaces de sublevar demasiado a las conciencias bien curtidas del siglo XVII. Algunos de esos hombres tenían sentimientos religiosos, y se recuerda todavía que Sawkins arrojó por la borda los dados con que se jugaba un domingo, y que Daniel mató a tiros a un hombre delante del altar para castigar su irreverencia.

Pero llegó un tiempo en que ya las flotas de los bucaneros no dominaban las islas de las Tortugas, y ocuparon su lugar los piratas aislados y forajidos. Sin embargo, incluso con estos piratas subsistió cierta tradición de disciplina y de obediencia; entre los piratas primitivos, los Avory, los England, los Roberts, reinó cierto respeto hacia los sentimientos de humanidad. Eran más peligrosos para el mercader que para el marinero.

Pero después de esa clase de piratas vino otra de hombres más salvajes y más desesperados, que, sabiendo que en su guerra a toda la raza humana no conseguirían que se les diese cuartel, juraron no darlo ellos tampoco. Lo que de sus vidas sabemos es poco y no muy digno de crédito. No escribieron sus memorias y no dejaron rastro de sus hazañas, salvo alguno que otro casco de buque ennegrecido por el fuego y manchado de sangre, que quedó flotando al garette en la superficie del Atlántico. Pero esas hazañas pueden suponerse leyendo la larga lista de barcos que no llegaron nunca a puerto.

Repasando los documentos históricos, tropezamos aquí y allá con algunos juicios celebrados en el viejo mundo que parecen levantar por un momento el velo en que están envueltas las actividades de esos piratas, y descubrimos detrás la visión de brutalidades asombrosas y grotescas. A esa casta pertenecieron Ned Low, Gow el Escocés y el infame Sharkey, cuya embarcación pintada de negro, la *Happy Delivery*, era conocida desde los bancos de Newfoundland hasta las bocas del Orinoco como el trágico nuncio de la destrucción y de la muerte.

Tanto entre las islas como en el continente eran muchos los hombres con quienes Sharkey tenía contraídas deudas de sangre; pero con ninguno de ellos la tenía más sangrienta y enconada que con Copley Banks, de Kingston. Banks había sido uno de los principales comerciantes de azúcar de las Indias Occidentales. Era hombre de buena posición, miembro del Consejo, casado con una Percival y primo del gobernador de Virginia. Había enviado a sus dos hijos a Londres para que recibiesen allí su educación, y posteriormente embarcó su madre para volverlos a traer a Jamaica. En este viaje de regreso, el barco en que venían, que era el *Duchess of Cornwall*, cayó en manos de Sharkey, y toda la familia murió de una manera infame.

Cuando tuvo noticia del suceso, Copley Banks habló poco y cayó en una melancolía permanente y silenciosa. Abandonó sus negocios, esquivó el trato de sus amigos y pasó gran parte de su tiempo en las tabernas de baja estofa, frecuentadas por los pescadores y por los marineros. Allí, entre los alborotos y las francachelas, permanecía silencioso fumando en su pipa, con expresión adusta y ojos que parecían dos brasas. Era opinión general que aquella desgracia había perturbado su razón, y sus antiguos amigos le miraban de soslayo, porque las gentes con quienes ahora trataba eran como para que los hombres honrados evitasen su trato.

De cuando en cuando llegaban rumores de que Sharkey navegaba por los mares. Unas veces era una goleta que había distinguido sobre el horizonte un gran incendio, y al acercarse para acudir en socorro del barco que ardía, tuvo que salir huyendo al descubrir que la embarcación negra y astuta acechaba lo mismo que un lobo cerca de la oveja que ha destrozado. Otras veces era un aterrado barco mercante, que había venido a todo lo que daban sus velas henchidas por el viento, lo mismo que el corpiño de una mujer, porque había

visto alzarse por encima de la línea violeta del horizonte una vela cangreja remendada. Otras, en fin, era un barco de cabotaje que había descubierto en un cayo sin agua de las Bahamas una gran cantidad de cadáveres que se habían apergaminado al sol.

En cierta ocasión llegó un hombre que había sido cabo de mar de un barco de la Guinea, y que había logrado escapar de las manos del pirata. No le era posible hablar —por razones que Sharkey habría podido explicar mejor que nadie—; pero sí podía escribir, y escribió cosas que interesaron muchísimo a Copley Banks. Durante horas y horas ambos hombres permanecieron sentados juntos delante de un mapa, y el hombre mudo iba señalando aquí y allá los arrecifes y las tortuosas entradas del mar en la tierra, mientras que su acompañante fumaba en silencio con el rostro impasible y los ojos ardientes.

Cierta mañana, unos dos años después de su desgracia, Mr. Copley Banks volvió a sus oficinas con su antigua expresión de energía y de actividad. El gerente se le quedó mirando sorprendido, porque desde hacía muchos meses no había manifestado ninguna clase de interés en el negocio.

—Buenos días, Mr. Banks —le dijo.

—Buenos días, Freeman. Me he enterado de que el *Ruffling Harry* está en la bahía.

—Sí, señor, y el miércoles zarpa con destino a las islas de Barlovento.

—Tengo otro destino para ese barco, Freeman. He decidido realizar un viaje para traer una expedición de esclavos negros desde Whydah.

—Pero el barco tiene ya su cargamento, señor.

—Pues habrá que descargarlo, Freeman. Mi resolución está ya tomada, y el *Ruffling Harry* tiene que marchar en busca de esclavos a Whydah. Fueron inútiles los razonamientos y las persuasiones, en vista de lo cual el gerente, con gran pesar suyo, procedió a descargar el buque.

Entonces dio comienzo Copley Banks a sus preparativos para el viaje hasta el África, Por lo visto, fiaba en la fuerza más que en el trueque para llenar sus bodegas con el cargamento humano, porque no subió a bordo toda la vistosa bisutería de que tanto gustan los salvajes, y en su lugar equipó al bergantín con ocho cañones de nueve libras y con abundancia de mosquetes y de machetes. El depósito de velas de la parte de popa fue transformado en santabárbara, y cargó una cantidad de municiones tan completa como la de

cualquier corsario bien provisto. Cargáronse provisiones y agua para un largo viaje.

Pero el reclutamiento de la tripulación fue por demás sorprendente, hasta el punto de que el gerente, Freeman, comprendió que había algo de verdad en los rumores de que su amo había perdido la razón. Con uno u otro pretexto, empezó a despedir a los tripulantes antiguos y bien probados, que trabajaban con la firma desde muchos años atrás, y embarcó en su lugar a la escoria del puerto, es decir, a hombres de tan mala fama, que el más ruin de los reclutadores se habría avergonzado de ofrecerlos.

Figuraba entre ellos *el Señorito*, el del antojo, del que se sabía que había intervenido en la matanza de los balandros que transportaban palo de Campeche, habiendo gentes de fantasía que aseguraban que aquella fea mancha escarlata que desfiguraba su rostro era una consecuencia de sus grandes crímenes. A ese hombre lo tomó de primer oficial, y como segundo oficial contrató a Israel Martin, un hombre pequeño y quemado del sol, que había servido a las órdenes de Howell Davies en la toma del fuerte de la costa de El Cabo.

La tripulación fue seleccionada entre la gentuza con la que Banks se había codeado en los lugares de infamia que había frecuentado; su propio camarero de mesa era un hombre de cara hosca que cuando hacía mención de hablar con alguien parecía cloquear lo mismo que un pavo. A ese hombre le habían afeitado la barba, y era imposible reconocer en él al mismo individuo al que Sharkey había cortado la lengua y que logró escaparse para contarle a Copley Banks lo que le había pasado.

Todas estas cosas no pasaron desapercibidas, ni dejaron de ser comentadas en la ciudad de Kingston. El comandante de las fuerzas armadas —Harvey, del Cuerpo de Artillería— presentó serias objeciones al gobernador, diciéndole:

—Ese barco no puede considerarse como de comercio, porque es un pequeño barco de guerra. Creo que se debería arrestar a Copley Banks e incautarse de la embarcación.

—¿Qué recela usted? —preguntó el gobernador, hombre de cortos alcances, quebrantado por la fiebre y por el vino de oporto.

—Me parece que se va a repetir el caso de Stede Bonnet —dijo el militar.

Ahora bien, Stede Bonnet era un plantador que gozaba de muy buena fama y que era de un temperamento religioso; pero que, acometido de un acceso súbito y arrebatador de dedicarse a empresas temerarias, lo había abandonado todo para lanzarse a piratear en el mar Caribe. Aquel caso era todavía reciente, y produjo la máxima consternación en las islas. Antes de ahora hubo gobernadores a los que se había acusado de estar compinchados con los piratas y de recibir un tanto por ciento de comisión en el botín que ellos hacían, razón por la cual se daban interpretaciones siniestras a cualquier falta de vigilancia que se advirtiese.

—Comandante Harvey —dijo el gobernador—, me duele hacer ninguna cosa que pueda molestar a mi amigo Copley Banks, porque son muchísimas las veces que mis rodillas han estado debajo de la mesa de caoba de su comedor; pero, en vista de sus informes, no me queda otra alternativa que ordenarle que se persone a bordo de ese barco, para asegurarse de su verdadero carácter y punto de destino.

Por esa razón el comandante Harvey, en una lancha llena de soldados, hizo cierta mañana una visita por sorpresa al *Ruffling Harry*, sin más resultado que el de recoger, en el lugar en que el barco estaba anclado la noche anterior, un cable de cáñamo que flotaba en las aguas. El barco había cruzado ya las empalizadas, y navegaba contra los alisios del Nordeste, rumbo al estrecho de Barlovento.

A la mañana siguiente, cuando ya el bergantín había dejado muy atrás, como simple trazo de bruma en el horizonte del Sur, el cabo Morant, toda la tripulación fue convocada a popa, y Copley Banks les puso al corriente de sus proyectos. Les dijo que los había elegido porque sabía que eran muchachos activos y gente de agallas, dispuestos a correr algunos peligros en el mar antes que pasar hambre en tierra. Los barcos de la Marina Real eran pocos y débiles, y ellos eran capaces con el suyo de dominar a cualquier mercante que se les cruzase en el camino. Otros habían prosperado en aquel negocio, y no había razón para que ellos, con un buque muy manejable y bien equipado, no lograsen cambiar sus chaquetas embreadas en levitas de terciopelo. Si estaban dispuestos a navegar bajo la bandera negra, él, por su parte, estaba dispuesto a ser su jefe; pero si alguno de ellos quería retirarse, podían disponer de la canoa y regresar remando a Jamaica.

Únicamente cuatro hombres entre los cuarenta y seis pidieron que se les diese de baja; se embarcaron en la canoa, y se alejaron remando entre los gritos de mofa y los insultos de la tripulación. Los demás se reunieron en la popa y firmaron los contratos de su asociación. Se pintó la calavera blanca en un trozo cuadrado de lona embreada, y se izó esa bandera en el palo mayor, entre los vítores de todos.

Eligióse la oficialidad, y se señalaron a los elegidos los límites a que alcanzaba su mando. Copley Banks fue elegido capitán; pero como en los barcos piratas no hay oficiales primero y segundo, *el Señorito*, el del antojo, fue nombrado cabo de mar, e Israel Martín, contraamaestre. No costó ningún trabajo el enseñar las costumbres de la hermandad, porque la mitad por lo menos de la tripulación había servido anteriormente en barcos piratas. La comida sería idéntica para todos, y nadie coartaría la libertad de los demás para beber. El capitán dispondría de un camarote, pero todos los tripulantes podrían visitarlo cuando bien les pareciese, seguros de ser bien recibidos.

Todos participarían por partes iguales en el botín, salvo únicamente el capitán, el cabo de mar, el contraamaestre, el carpintero y el artillero mayor, que recibirían desde un cuarto hasta una parte completa más que el resto de la tripulación. Quien primero descubriese una presa recibiría la mejor de las armas que en ella se encontrase. Quien primero saltase a bordo del buque apresado recibiría el traje mejor de todos los que se encontrasen a bordo. Todos podrían tratar a los prisioneros que les correspondiesen, lo mismo si se trataba de hombres que de mujeres, a su propio capricho. Al hombre que no se mantuviese firme junto al cañón, el cabo de mar podría matarlo a balazos. Ésas eran algunas de las normas que la tripulación del *Ruffling Harry* suscribió, trazando cuarenta y dos cruces al pie del documento que habían redactado.

Así fue como empezó a navegar por los mares un nuevo barco pirata, cuyo nombre fue conocido antes de un año tanto y tan bien como el de el *Happy Delivery*. Desde las Bahamas hasta las islas de Sotavento, y desde las de Sotavento hasta las de Barlovento, Copley Banks llegó a ser el rival de Sharkey y el terror de los barcos mercantes. Durante mucho tiempo no tropezaron en el mar el bergantín y el bricbarca, cosa por demás extraña, puesto que el *Ruffling Harry* andaba siempre metiéndose en los refugios de

Sharkey; pero un buen día, cuando el bergantín se metía en el abra conocida con el nombre de Coxon's Hold, en la extremidad oriental de Cuba, con el propósito de carenar, encontraron allí al *Happy Delivery*, con sus matones y tiras de aparejo montadas ya para realizar idéntica operación.

Copley Banks disparó una salva de perdigones e izó la bandera verde de parlamento, según era costumbre entre los caballeros del mar. Acto continuo, arrió su bote y marchó a bordo del otro barco.

El capitán Sharkey no era hombre de genio comunicativo, ni sentía ninguna clase de simpatías hacia quienes se dedicaban a su misma profesión.

Copley Banks lo encontró sentado a horcajadas en uno de sus cañones de popa, en compañía del cabo de mar, Ned Galloway, y de una multitud de bergantes alborotadores que lo rodeaban. Pero ninguno de ellos seguía vociferando con igual seguridad en cuanto la cara pálida y los ojos turbios de Sharkey se volvían hacia él.

Estaba en mangas de camisa, con la chorrera de batista saliéndole por el chaleco abierto de raso encarnado con grandes carteras. El sol abrasador no parecía ejercer efecto alguno en su cuerpo enjuto, porque se cubría la cabeza con un gorro de piel, como si hubiesen estado en invierno. Le cruzaba el cuerpo una banda multicolor de seda, de la que colgaba una espada corta y homicida, en tanto que su ancho cinto, sujeto con hebillas de metal, estaba lleno de pistolas. Cuando vio que Copley Banks pasaba por encima de la amurada, le gritó:

—¡Valiente cazador furtivo está usted hecho! ¡Lo voy a apalear hasta dejarlo a una pulgada de la muerte, y luego lo seguiré apaleando! ¿Qué se propone viniendo a pescar en aguas que son más?

Copley Banks le miró, y la expresión de sus ojos fue la de un viajero que descubre al fin su propia casa. Luego le contestó:

—Me alegro de que pensemos de la misma manera, porque yo creo también que los mares no son lo bastante espaciosos para que quepamos nosotros dos. Pero lo que podemos hacer es que usted coja su espada y sus pistolas y desembarque conmigo en un banco de arena, y cualquiera de nosotros que caiga en el combate, habrá dejado libre al mundo de un condenado canalla.

—¡Eso es hablar! —gritó Sharkey saltando de su cañón y alargándole la

mano—. No he tratado con mucha gente que haya hablado en voz alta y como si tal cosa mirando a Sharkey a los ojos. ¡Que el diablo cargue conmigo si no lo elijo como socio! Pero si me traiciona, iré a bordo de su barco, y lo destriparé sobre su propia popa.

—¡Y yo juro hacer lo mismo! —dijo Copley Banks, con lo que los dos piratas quedaron convertidos en camaradas juramentados.

Aquel verano navegaron hacia el Norte, llegando hasta los bancos de Newfoundland, y atacaron a los mercantes de Nueva York y a los balleneros de la Nueva Inglaterra. Fue Copley Banks el que capturó al buque de Liverpool *House of Hannover*, pero fue Sharkey el que ató a su contraamaestre al cabrestante y lo mató tirándole botellas de clarete vacías.

Los dos barcos juntos trabaron combate con el barco de la Marina Real *Royal Fortune*, enviado en su persecución, y lo obligaron a retirarse después de una acción nocturna que duró cinco horas, y en la que las tripulaciones, enloquecidas, pelearon desnudas y a la luz de las linternas de batalla, teniendo en todo momento un cubo de ron y un cazo junto a los avíos de cada cañón. Después de lo cual, se dirigieron al abra de Topsail, en Carolina del Norte, para repostarse. Cuando llegó la primavera se encontraron en la isla del Gran Caicos, dispuestos para emprender un largo crucero por las Indias Occidentales.

Sarkey y Copley Banks se habían hecho por aquella época grandes amigos, porque al primero le gustaban los bergantes de pelo en pecho, y los hombres implacables, y le pareció que el capitán del *Ruffling Harry* reunía ambas cualidades. Tardó mucho en otorgarle su plena confianza, porque era profunda y fríamente desconfiado. Jamás iba al barco del otro y siempre estaba rodeado de sus propios hombres.

Copley Banks, en cambio, acudía con mucha frecuencia a bordo del *Happy Delivery*, agregándose a muchas de las ariscas francachelas suyas, y de ese modo logró que desapareciesen los últimos vestigios de recelo de Sharkey. Ignoraba por completo el daño que había causado a su nuevo compañero de juergas. ¿Cómo iba él a recordar, entre tantas víctimas suyas, a la mujer y a los dos muchachos que con tanta despreocupación había matado hacía tiempo? Por eso, cuando el capitán del *Ruffling Harry* lo desafió a intervenir en una parranda, junto con su cabo de mar, la última noche de su estancia en la isla de

Caicos, no vio razón alguna para negarse.

Una semana antes habían saqueado un barco de pasajeros bien provisto, de modo que la lista de platos fue de lo mejor y, terminada la cena, los cinco hombres se dedicaron a beber sin tasa. Esos cinco hombres eran los dos capitanes, *el Señorito*, el del antojo; Ned Galloway e Israel Martin, el antiguo bucanero. Les servía el camarero mudo, al que Sharkey le había hecho un chirlo en la cabeza con el vaso, porque había andado remiso en servirle.

El cabo de mar le había quitado furtivamente a Sharkey las pistolas, porque una de sus bromas de siempre consistía en cruzarlas por debajo de la mesa y hacer fuego a ciegas, para ver quién era el que más suerte tenía. Esta broma le había costado a su contramaestre una pierna, y por esa razón solían quitarle, por las buenas, las armas una vez que se levantaban los manteles, alegando el mucho calor, y las colocaban fuera del alcance de su mano.

El camarote del capitán del *Ruffling Harry* estaba instalado en una construcción sobre la cubierta, en el lado de la popa, y en la parte trasera de la misma estaba montado un cañón guardatimón. Todo alrededor de las paredes estaba almacenada la munición redonda, y tres grandes barricas de pólvora servían de estante para los platos y botellas. Dentro de aquella habitación tan adusta, los cinco piratas cantaron, alborotaron y bebieron, mientras el camarero mudo seguía llenándoles los vasos y les iba ofreciendo sucesivamente la caja del tabaco y la candela para sus pipas. A medida que transcurrían las horas, la conversación se iba haciendo más indecente, las voces más ásperas, los tacos y los gritos más incoherentes, hasta que tres de los cinco cerraron sus ojos inyectados en sangre y dejaron caer sus cabezas marcadas encima de la mesa.

Copley Banks y Sharkey quedaron frente a frente: el uno, porque había bebido menos, y el otro, porque ninguna cantidad de alcohol era capaz de quebrantar sus nervios de hierro ni de caldear su sangre perezosa. Detrás de él estaba, vigilante, el camarero, para seguir llenando su vaso, constantemente disminuido de líquido. Desde el exterior llegaba el suave palmoteo de las aguas, y por encima de las aguas una canción de marineros que entonaban en la embarcación de Sharkey. La letra llegaba con toda claridad en la noche tropical serena:

*De Stepney Town ha salido
un mercader con su barco.
¡Larga trapo! ¡Popa al viento!
Un mercader con sa barco,
con un cuñete de doblas
y un traje de rico raso.
Jack, el pirata valiente,
al paio le está esperando,
con el viento por avante,
frente a los Países Bajos.*

Los dos compañeros de francachela escuchaban en silencio. De pronto, Copley Banks dirigió una mirada al camarero, y éste cogió un rollo de cuerda del estante de las municiones que tenía detrás.

—Capitán Sharkey —dijo Copley Banks—: ¿Recuerda al *Duchess of Cornwall*, que procedía de Londres, y del que usted se apoderó hará tres años, hundiéndolo a lo largo de Statira Shoal?

—Que me lleven los diablos si soy capaz de recordar nombres —dijo Sharkey—. Por esa época llegamos a apresar hasta diez barcos en una semana.

—Entre los pasajeros de ese barco iba una mujer con sus dos hijos. Quizá ese detalle le haga recordar el caso.

El capitán Sharkey se apoyó en el respaldo y concentró su pensamiento, con su gran pico delgado de nariz proyectado hacia arriba. De pronto estalló en una risa atiplada y relinchante. Dijo que sí, que lo recordaba, y para demostrarlo refirió algunos detalles, agregando:

—¡Que me asen si no se me había olvidado por completo! Pero ¿cómo se le ocurrió pensar en ello?

—Es un hecho que me interesaba —contestó Copley Banks—, porque aquella mujer era mi esposa, y los muchachos eran mis únicos hijos.

Sharkey se quedó mirando fijamente a su acompañante, y vio que las brasas que ardían siempre en sus ojos se habían encendido súbitamente con una llama espeluznante. Leyó en ella la amenaza, y se llevó ambas manos al cinturón, vacío de sus pistolas. Volvió la cabeza para echar mano a algún arma, pero un lazo corredizo le rodeó, y un instante después sus brazos estaban

sujetos a uno y otro lado. Forcejeó como gato salvaje y pidió socorro a gritos:

—¡Ned! ¡Ned! ¡Despierta! ¡Esto es una maldita canallada! ¡Socorro, Ned, socorro!

Pero aquellos tres hombres dormían demasiado profundamente su sueño de cerdos para que ninguna voz fuese capaz de despertarlos. La cuerda se fue enrollando y enrollando alrededor del cuerpo de Sharkey, hasta que estuvo fajado lo mismo que una momia, desde los tobillos hasta el cuello. Rígido e impotente como estaba, lo arrimaron a un barril de pólvora y lo amordazaron con un pañuelo, pero sus ojos turbios y bordeados de rojo seguían descargando maldiciones con sus miradas. El mudo borboteaba de júbilo, y por primera vez parpadeó de terror Sharkey al ver ante sus ojos aquella boca sin lengua. Comprendió que la venganza lenta y paciente le había seguido los pasos durante largo tiempo y que, al fin, le clavaba los dientes.

Los dos aprehensores tenían preparados sus planes, y éstos eran algo complicados:

En primer lugar, desfondaron uno de los lados de las grandes barricadas de pólvora y amontonaron ésta encima de la mesa y por los suelos. La apilaron alrededor y debajo de los tres borrachos, hasta que éstos estuvieron como de bruces sobre un montón de ella. Luego condujeron a Sharkey hasta el cañón y lo sentaron y amarraron en la tronera, con el cuerpo a cosa de un pie de distancia de la boca del cañón. Por mucho que Sharkey quisiese retorcerse no conseguía ganar una pulgada ni a derecha ni a izquierda, y el mudo lo ató con toda la astucia de un marinero, de modo que no tuviese la más pequeña posibilidad de libertarse de sus ligaduras. Entonces Copley Banks le susurró al oído:

—Y ahora escucha, demonio asesino, lo que tengo que decirte, porque mis palabras serán las últimas que tú oigas antes de morir. Eres ya mío, y te he comprado a buen precio, porque he dado todo lo que un hombre puede dar en este mundo y, además, he dado mi alma. Para poder apoderarme de ti me he rebajado hasta tu mismo nivel. Luché por espacio de dos años contra esa tentación, con la esperanza de que se me ofreciese algún otro medio; pero me convencí de que no lo había. He robado y he asesinado —peor aún, me he reído y he vivido en tu compañía—, y todo ello lo hice con una sola finalidad. Pero llegó ya mi hora, y tú morirás como debías morir, viendo cómo las

sombras se van cerrando lentamente a tu alrededor, y cómo el demonio te espera envuelto en ellas.

A los oídos de Sharkey llegaron las ásperas voces de sus piratas que cantaban su canción sobre las aguas:

*¿Dónde está, para estas horas,
el mercader con su barco?
¡Larga el trapo! ¡Popa al viento!
¡La vela mayor se ha hinchado!
¿Dónde está para estas horas
el mercader con su barco?
El barril de doblas de oro
el cabrestante lo ha alzado,
la sangre del mercader
empapa el traje de raso.
Jack, el pirata valiente,
lo abordó por el costado
de barlovento, en el mar,
frente a los Países Bajos.*

La canción y la letra llegaban con toda claridad a su oído, y a poca distancia sobre la cubierta oía el ir y venir de dos hombres que montaban la guardia. Pero él estaba allí impotente, mirando por la boca del cañón de nueve libras, sin poder moverse y sin poder siquiera dejar escapar un gemido. Otra vez le llegó desde la cubierta de su embarcación el coro de voces que cantaba:

*Todo se acabó, y ahora
a nuestro nido volvamos.
¡Vuele la barca! ¡Larguemos
la rastrera y todo el trapo!
¡En línea recta hacia el nido
donde seguros estamos!
Hacia el refugio en que el vino*

*es bueno, y esperan brazos
de mujeres jubilosas
a Jack, pirata gallardo,
mujeres que esperan siempre
ver la vela de su barco
cuando cruza en línea recta
el mar de los Países Bajos.*

La letra alegre y las notas jubilosas amargaban aún más el destino que le esperaba al pirata moribundo, pero sus ojos azules venenosos no suavizaron ni un instante su mirada. Copley Banks había quitado el cebo y había esparcido pólvora fresca en el oído del cañón. Luego había cogido la vela y la había cortado, dejándola con una sola pulgada de largura. Colocó la vela encima de la pólvora suelta en el portillo del cañón. Luego desparramó pólvora en gran cantidad por el suelo, de manera que cuando cayese la Vela por efecto del retroceso, hiciese estallar el montón enorme en que los borrachos estaban como chapoteando.

—Sharkey, usted obligó a otros a que mirasen a la muerte de frente, y ahora le ha llegado su vez —le dijo—. ¡Usted y estos cerdos que hay aquí morirán juntos!

Mientras hablaba encendió el extremo de la vela y apagó las demás luces que había encima de la mesa. Luego salió con el mudo y cerró con llave la puerta del camarote por el lado de fuera. Pero antes de que la cerrase se volvió para dirigir una jubilosa mirada a los que allí quedaban, y recibió una última maldición de aquellos ojos inflexibles. La cara del color del marfil, con el brillo del sudor en la frente recta y calva, dentro del único círculo de luz vacilante, fue la última visión que tuvieron ojos humanos del pirata Sharkey.

Había al costado del barco un esquife, en el que Copley Banks y el camarero mudo se dirigieron a la playa; desde allí se volvieron a mirar al bergantín, que flotaba envuelto en el claror de luna, a muy poca distancia de la sombra que proyectaban las palmeras. Esperaron y esperaron, con la vista fija en la débil lucecita que brillaba a través de la tronera de popa. Por último, y de una manera súbita, se oyó el ahogado retumbo de un cañonazo, y un instante

después, el estallido de una explosión que lo sacudió todo. Una luz enceguedora iluminó la embarcación pirata, larga, estrecha y negra, las blancas arenas de la playa en toda su extensión, y la franja de palmeras gráciles y ondulantes, e inmediatamente volvió a quedar todo en tinieblas. Se oyeron en la bahía voces que gritaban y pedían socorro.

Entonces, Copley Banks, con el corazón latiéndole jubiloso en el pecho, dio un golpecito en el hombro a su acompañante, y ambos se metieron por la manigua solitaria de la isla de Caicos.

El *Slapping Sal*

Sucedió en la época en que había quedado ya quebrantado el poder de Francia en los mares y cuando los barcos franceses de tres puentes que se pudrían en la ría de Medway eran más numerosos que los que había dentro del puerto de Brest. Sin embargo, sus fragatas y corbetas seguían recorriendo el Océano, perseguidas de cerca por las de la nación rival suya. En los puntos más alejados de la tierra, esos barcos airosos, que tenían dulces nombres de muchachas o de flores, se destrozaban y se desfondaban unos a otros luchando por la gloria de las cuatro yardas de lanilla que ondeaban en la punta de sus picos de cangrejo.

Durante la noche había soplado un ventarrón, pero éste fue amainando al despuntar el día, y el sol naciente coloreaba los flecos de celajes de la tormenta a medida que iba avanzando hacia el Occidente, y centelleaba en las crestas sin fin de las olas largas y verdes. La línea del horizonte se descubría absolutamente lisa por el Norte, el Sur y el oeste, salvo allí donde dos grandes mares atlánticos chocaban el uno con el otro, levantando penachos de espuma. Hacia el Este se veía una isla rocosa, que se proyectaba fuera de las aguas, dividida en puntas escarpadas, con unos pocos bosquecillos de palmeras desparramados aquí y allí, y un penacho de bruma que iba apartándose del monte, desnudo y cónico, que surgía por encima de él. Una fuerte marejada rompía en la costa, y a prudente distancia de la misma, la fragata británica *Leda*, de treinta y dos cañones, mandada por el capitán A. P. Johnson, alzaba sobre la cresta de una ola o hundía en un valle esmeraldino su costado negro y reluciente, navegando hacia el Norte con poca vela. Desde su alcázar, pintado de un color blanco nieve, un hombre de poca estatura rígido, y de rostro moreno, recorría el horizonte con sus gemelos.

—¡Mr. Wharton! —gritó con voz que rechinaba lo mismo que un gozne mohoso.

Un oficial delgado y patizambo cruzó la popa balanceándose, en respuesta a aquella llamada.

—¿Señor?

—He abierto las órdenes que se me entregaron en sobre lacrado, Mr. Wharton.

En las enjutas facciones del primer teniente brilló una expresión de curiosidad. La *Leda* había zarpado la semana anterior desde La Antigua, junto con otra fragata, la *Dido*, y las órdenes del almirante les fueron entregadas bajo un sobre lacrado.

—Se nos dio orden de abrirlas al alcanzar la isla desierta de Sombriero, que queda a los dieciocho treinta y seis de latitud Norte, y sesenta y tres veintiocho de longitud Oeste. Cuando aclaró la tormenta quedaba Sombriero a cuatro millas al Noroeste por la amura de babor, Mr. Wharton.

El teniente se inclinó con solemnidad. Él y el capitán eran íntimos amigos desde la niñez; habían ido juntos a la escuela, habían ingresado al mismo tiempo en la Marina, pelearon una y otra vez juntos, contrajeron matrimonio con mujeres de las respectivas familias; pero, estando en la popa, la disciplina de hierro del servicio borraba en ellos toda condición humana, y sólo quedaban un superior y un subordinado. El capitán Johnson sacó de su bolsillo un papel azul, que crujió al desdoblarlo:

«Las fragatas de treinta y dos cañones, la *Leda* y la *Dido* (capitanes A. P. Johnson y James Munro), deberán cruzar desde el punto en que lean estas instrucciones hasta la entrada del mar Caribe, con la esperanza de que tropiecen con la fragata francesa *La Gloire* (cuarenta y ocho), que últimamente ha acosado a nuestros barcos mercantes en esa zona. También deberán dichas fragatas perseguir y acabar con la embarcación pirata conocida unas veces con el nombre de *Slapping Sal* y otras con el de *Hairy Hudson*, que ha saqueado los barcos británicos que se especifican al margen, infligiendo bárbaras penalidades a sus tripulaciones. Se trata de un bergantín pequeño, armado de diez cañones ligeros y de una carronada de veinticuatro libras en la proa. Fue visto por última vez el 23 del pasado al noroeste de la isla de Sombriero.

(Firmado) *James Montgomery*.
(Contraalmirante)
H. M. S. Calossus, Antigua»

—Parece que nuestra fragata consorte se ha perdido de vista —dijo el capitán Johnson, doblando sus instrucciones y recorriendo de nuevo el horizonte con sus gemelos—. Desapareció después de que nosotros acertamos velas. Sería una lástima que tropezásemos con esa gran fragata francesa sin estar acompañados de la *Dido*, Mr. Wharton. ¿No le parece?

El teniente parpadeó y se sonrió.

—Esa fragata va armada con cañones de dieciocho pulgadas en el centro y de doce en la popa, señor —dijo el capitán—. Puede lanzar cuatrocientas, por nuestras doscientas treinta y una. El capitán, De Milon, es el más valeroso de los marinos franceses en servicio. ¡Bobby, muchacho, yo daría mis esperanzas de ascenso por poner el costado de mi fragata junto al de ella!

El capitán giró sobre sus tacones, avergonzado de aquel olvido momentáneo de la disciplina, y dijo, volviendo la cara para mirar severamente por encima del hombro:

—Mr. Wharton, haga abrir esas velas redondas e incline el rumbo un punto más hacia el Oeste.

—¡Un bergantín por la amura de babor! —gritó una voz desde el castillo de proa.

—¡Un bergantín por la amura de babor! —dijo el teniente.

El capitán saltó encima de la amurada y se agarró a los obenques de la mesana; era una figurita extraordinaria con sus faldones volando y los ojos muy arrugados. El enjuto teniente estiró el cuello y cuchicheó algo a Smeaton, segundo teniente, mientras que toda la oficialidad y la tripulación iban saliendo a cubierta desde el interior del barco y se arremolinaba a lo largo de la amura de barlovento, haciendo pantalla con las manos a sus ojos, porque el sol de los trópicos brillaba ya por entre las copas de las palmeras. El bergantín desconocido se hallaba anclado en la garganta de un estuario que formaba curva, y era evidente que no podría salir de allí sin ponerse al alcance de los cañones de la fragata. Una punta de tierra larga y roqueña que penetraba en el mar en dirección Norte resguardaba al bergantín.

—Mr. Wharton, deje que la fragata siga navegando en estas mismas condiciones —dijo el capitán—. No vale la pena de que despejemos la cubierta en zafarrancho de combate, Mr. Smeaton; pero coloque a los hombres junto a los cañones por si el bergantín trata de escapársenos. Prepare los cañones de persecución de la proa, y que los hombres de las armas cortas ocupen el castillo de proa.

En aquellos tiempos, la tripulación de un barco de guerra británico ocupaba sus puestos con la tranquila serenidad de unos hombres que cumplen con su rutina diaria. En pocos minutos, sin barullo ni ruidos, se habían agrupado los marineros alrededor de sus cañones, los guardiamarinas estaban formados descansando en sus mosquetes, y el bauprés de la fragata apuntaba en línea recta hacia su pequeña víctima.

—¿Es el bergantín *Slapping Sal*, señor?

—No me cabe la menor duda. Mr. Wharton.

—Se diría que no les hemos hecho ninguna gracia, señor, porque han cortado su amarra y están largando velas.

Era evidente que el bergantín se proponía luchar para conservar su libertad. Los trozos de lona iban ondeando unos encima de otros y la tripulación se afanaba como loca manejando las jarcias. No trató de esquivar a su adversario, sino que se lanzó estuario arriba. El capitán se frotaba las manos.

—Está buscando aguas poco profundas. Mr. Wharton, y no tendremos más remedio que cortarle el camino, señor. Es un bergantín pequeño y de poco valor; pero yo creo que si tuviese el velamen de una goleta resultaría más manejable.

—Es que hubo un motín en el barco, señor.

—¿Ah, Sí?

—Me lo contaron en Manila, y fue una cosa fea. El capitán y dos oficiales resultaron muertos. Este Hudson, o Hudson *el velludo*, que es como lo apodan, encabezó el motín. Es natural de Londres, señor, y el canalla más cruel que ha caminado sobre dos pies.

—Su próxima caminata será el dique de las ejecuciones, Mr. Wharton. Parece que cuenta con mucha tripulación. Me gustaría poder entresacar de ella veinte gavieros, pero serían capaces de malear hasta a la tripulación del Arca

de Noé, Mr. Wharton.

Los dos oficiales examinaban el bergantín a través de sus catalejos. De pronto el teniente enseñó sus dientes con una sonrisa, mientras que el capitán se ponía rojo de indignación.

—Ése que está sobre la amura de proa es Hudson *el velludo*, señor.

—¡Canalla repugnante e impertinente! Va a tener que hacer otras bufonadas para cuando terminemos con él. ¿Le alcanzaría desde aquí con el dieciocho largo, Mr. Smeaton?

—En cuanto avancemos la largura de otro cable, señor.

El bergantín dio una guiñada mientras hablaban, y al girar se levantó de su cuadra de popa una bocanada de humo. Era un puro acto de desafío, porque la bala del cañón no alcanzaba ni a la mitad de la distancia. Acto continuo, el barquito volvió a coger viento con un borneo gallardo, y se lanzó a trazar una rápida curva en el ondulante lecho del estuario.

—La profundidad se está achicando rápidamente, señor —repitió el segundo teniente.

—Según el mapa, hay seis brazas.

—Según la sonda, son cuatro, señor.

—Cuando doblemos esta punta veremos cuál es la profundidad. ¡Hola! ¡Me lo esperaba! Vaya capeando, Mr. Wharton. Ya lo tenemos a nuestra merced.

La fragata estaba ya completamente fuera de la vista del mar, y de proa hacia el interior de aquel estuario que parecía un río. Al salir de la curva vieron que las dos costas convergían en un punto situado a cosa de una milla de distancia. En ese ángulo, todo lo más próximo que podía de la orilla, el bergantín estaba situado ofreciendo el costado a su perseguidora. Desde su mesana ondeaba al viento un trozo de tela negra. El enjuto teniente, que había reaparecido sobre cubierta con un machete al costado y dos pistolas encajadas en su cinturón, contempló lleno de curiosidad la bandera, y preguntó:

—¿No es la bandera pirata?

Pero el capitán estaba furioso, y contestó:

—Para cuando haya terminado yo de arreglarle las cuentas quizá estará colgado de donde cuelgan ahora sus briches. ¿Qué lanchas necesitará usted?

—Debería bastarnos con la falúa y el chinchorro.

—Tome cuatro lanchas y hágame un trabajo bien acabado. Dé usted en seguida el toque de silbato a la tripulación, y yo acosaré también al bergantín con mis cañones largos de dieciocho para ayudarle.

Las cuatro lanchas fueron arriadas entre chirridos de poleas y roce de maromas, chocando con fuerza en la superficie de las aguas. Dentro de las lanchas se apretujaron las fuerzas de ataque: marineros de pies descalzos, infantería de marina de caras impasibles, alegres guardiamarinas, y en la popa los oficiales veteranos, de caras severas de maestros de escuela. El capitán, con los codos en la bitácora, seguía escrutando el pequeño bergantín, cuya tripulación izaba las redes contra el abordaje, trasladaba a babor las piezas de estribor, abría troneras para ellas y realizaba todos los preparativos como para ofrecer una resistencia desesperada. En los puntos de mayor actividad veíase a un hombre corpulento, de cara cubierta de pelo hasta los ojos, y un rojo gorro de dormir en la cabeza, empujando, tirando y agachándose para hacer más fuerza en el arrastre. El capitán lo veía maniobrar y se sonreía con agria mueca. De pronto, cerrando sus gemelos, dio media vuelta..., y se quedó un instante mirando con ojos atónitos. Pero en seguida gritó con voz aguda y rechinante:

—¡Llamad a las lanchas y que vuelvan en seguida! ¡Despejad todo para entrar en combate! Soltad los cañones del puente principal. Agarroche hacia atrás las velas, Mr. Smeaton, y prepárese a virar en cuanto tenga vela suficiente.

Por la punta de la curva del estuario asomaba un buque muy grande. Su enorme bauprés amarillo y el mascarón de alas blancas de su proa emergían del bosque de palmeras, y muy por encima de las copas de éstas sobresalían tres enormes mástiles con la bandera tricolor ondeando orgullosamente sobre el de mesana. Fue contorneando la punta de tierra, levantando con su tajamar en las aguas azules una crema de espuma, hasta que quedó bien visible todo el barco, su costado negro, largo y en curva, la brillante línea cobriza debajo, las empavesadas de blancura de nieve encima, y mirando por las amuradas una multitud de hombres formando grupos. Llevaba izadas las velas bajas, sus troneras abiertas, y todos sus cañones en posición para entrar en combate. Era la fragata *Gloire*, que estaba anclada detrás de uno de los promontorios de la isla. Los hombres que tenía apostados de centinela en la costa habían visto

cómo la fragata inglesa se metía en aquel callejón sin salida, y el capitán De Milon hizo con la *Leda* lo que el capitán Johnson, que la mandaba, había hecho con el *Slapping Sal*.

Pero en un momento de crisis como aquél actuó en toda su perfección la magnífica disciplina de la Marina británica. Las lanchas regresaron a toda velocidad; sus tripulaciones subieron rápidas a bordo, y aquéllas fueron izadas a las serviolas, asegurándose el cordaje. Las empavesadas fueron arrizadas, los mamparos bajados, se abrieron las troneras y los almacenes, se apagaron los fuegos de los fogones y los tambores tocaron a colocarse en posición. Enjambres de marineros maniobraron con las velas delanteras e hicieron girar la fragata, en tanto que los artilleros se despojaban de sus chaquetas y camisas, se apretaban los cinturones y sacaban a toda prisa sus cañones de dieciocho libras, mirando por las troneras abiertas hacia el majestuoso barco francés. Apenas si alguna ola minúscula rizaba la superficie límpida y azul de las aguas; pero cuando la brisa sopló por encima de las orillas boscosas, las velas se hincharon con suavidad hacia adelante. También la fragata francesa había virado, y los dos barcos navegaban ahora con la proa hacia el mar abierto y las velas de proa a popa extendidas. *La Gloire* llevaba un centenar de yardas de ventaja. Orzó para cruzar por delante de la proa de la *Leda*, pero también la fragata británica giró, y las dos se fueron acercando en medio de un silencio tal, que los oídos percibieron con toda claridad el ruido de las baquetas de los artilleros franceses, que metían las cargas en sus cañones.

—Poco espacio para la maniobra, Mr, Wharton —comentó el capitán.

—En menos he combatido algunas veces, señor.

—Debemos guardar nuestra distancia y fiar en nuestros artilleros. La fragata francesa trae una tripulación muy numerosa, y si se nos aferrase al costado podríamos pasarlo mal.

—Distingo a bordo de ella los chacós de los soldados.

—Lleva dos compañías de infantería ligera, procedentes de la Martinica. ¡Ya la tenemos a punto! Acerquémonos y enviémosle todo el plomo en el momento de cruzar por detrás de su popa.

Los ojos del pequeño capitán, a los que nada se les escapaba, habían visto rizarse la superficie de las aguas lo que indicaba una ráfaga pasajera. La

aprovechó para cruzarse rápido por detrás del voluminoso barco francés, barriéndolo al pasar con todos sus cañones. Pero una vez que había pasado, la *Leda* tenía que maniobrar para volver a coger viento, a fin de alejarse de las aguas de poca profundidad. Esa maniobra la colocó a la par del costado de estribor de la fragata francesa, y el retumbo de la andanada que vomitaron todas las troneras abiertas pareció que iba a hacer zozobrar a la inglesa, pequeña y bien equilibrada. Un instante después, los gavios de ésta subían en enjambre hasta lo más alto para maniobrar con las gavias y sobrejuanetes, tratando de cruzar ahora por delante de la proa del buque enemigo para barrerlo con sus cañones. Pero el capitán francés hizo virar en redondo su fragata, y ambas avanzaron emparejadas a menos de tiro de pistola, descargándose mutuas andanadas, en uno de aquellos duelos feroces que, si pudieran señalarse todos en el mapa, cubrirían de sangre las cartas marinas.

En aquella pesada atmósfera tropical, con una brisa que apenas se dejaba sentir, el humo de la pólvora formaba un tupido remanso que cubría los dos buques, y únicamente sobresalían por encima del humo los mástiles superiores. Ninguno de los dos podía distinguir a su enemigo, fuera de las vaharadas de fuego de los disparos en medio de la oscuridad, y los cañones eran escobillados, apuntados y disparados en medio de un espeso muro de humo. Los soldados de infantería de Marina, formados en pequeñas líneas rojas sobre la popa y el castillo de proa, hacían fuego por descargas, sin que ni ellos ni los artilleros pudiesen ver los efectos de sus disparos. Y tampoco podían observar los efectos que en su fragata producía el fuego del enemigo, porque, quien estaba junto a un cañón, sólo veía, y eso con dificultad, lo que tenía a derecha e izquierda. Pero, por encima del retumbo de los cañones, se oían los silbidos de los proyectiles, el crujir de las chapas quebradas, y de cuando en cuando resonaba sobre cubierta el estrépito sordo de una verga o de un motón que caía con gran fuerza desde lo alto. Los tenientes iban y venían por la hilera de cañones, mientras el capitán Johnson trataba de apartar el humo con su tricornio y miraba ávidamente por entre el mismo. Cuando su primer teniente se le reunió, dijo:

—¡Qué cosa más rara, Bobby! —pero inmediatamente se dominó y preguntó—: ¿Qué daños nos han causado, Mr. Wharton?

—Hemos perdido la verga de nuestra gavia del palo mayor y nuestro pico

de cangrejo, señor.

—¿Dónde está la bandera?

—Cayó al mar, señor.

—¡Van a creer que hemos abatido el pabellón! Amarre usted una bandera de falúa en el brazo de estribor del popel de mesana.

—Sí, señor.

Una bala redonda de cañón hizo añicos la bitácora, que estaba entre ambos. Otra bala derribó a dos soldados de infantería de Marina, dejándolos convertidos en una papilla sangrienta y palpitante. Se levantó un instante el humo, y entonces el capitán inglés vio que los cañones más pesados de su adversario producían consecuencias espantosas. La *Leda*, era un conjunto de ruinas y destrozos. Su cubierta estaba sembrada de cadáveres. Varias de sus troneras habían quedado convertidas en un único agujero, y uno de sus cañones de dieciocho pulgadas había sido proyectado hacia atrás, sobre su recámara, y apuntaba recto hacia el firmamento. La delgada línea de soldados de Marina seguía cargando sus mosquetes y haciendo fuego, pero la mitad de los cañones habían sido silenciados, y sus servidores formaban un montón de cuerpos caídos a su alrededor.

—¡Prepararse para rechazar el abordaje! —gritó el capitán.

—¡Los machetes, muchachos, los machetes! —rugió Wharton.

—¡Esperad a hacer vuestra descarga hasta el instante mismo en que vayan a saltar! —gritó el capitán de los infantes de Marina.

Se vio surgir por entre el humo la mole enorme de la fragata francesa. En sus costados y sobre sus obenques formaban los asaltantes grupos numerosos. De sus troneras salió una última andanada, y el palo mayor de la *Leda*, roto a pocos pies de altura sobre la cubierta, giró en el aire y se derrumbó sobre los cañones de babor, matando a diez hombres y poniendo fuera de acción toda la batería. Un instante después los dos barcos se juntaron, y el ancla de leva de *La Gloire* se aferró a las cadenas de mesana de la *Leda* por el costado de babor. El negro enjambre de asaltantes lanzó un alarido y se preparó para dar el salto.

Pero sus pies no habían de llegar nunca a posarse en la cubierta manchada de sangre. Desde algún lugar ignorado se oyó el silbido de un ramillete de metralla bien dirigido, y luego otro, y otro. Los infantes de Marina y los

marineros ingleses, que esperaban con sus machetes y mosquetes, formados detrás de la línea silenciosa de los cañones, vieron con asombro que las masas negras se clareaban y se alejaban, dispersándose. En el mismo instante retumbó una tremenda andanada de todos los cañones franceses de babor.

—¡Retirad lo destrozado! —rugió el capitán—. ¿Contra qué diablos están haciendo fuego ahora?

—¡Preparad los cañones! —jadeó el teniente—. ¡Todavía vamos a poder con ellos, muchachos!

Todo lo destrozado se arrancó, se cortó a hachazos y se hizo astillas, hasta que primero un cañón y luego otro retumbaron de nuevo. Para entonces se había logrado cortar el ancla francesa, y la *Leda* se había libertado de aquel abrazo fatal. Pero de pronto *La Gloire* empezó a escabullirse, y un centenar de ingleses se pusieron a gritar hasta enronquecer:

—¡Se fugan! ¡Se fugan! ¡Se están fugando!

Era cierto. La fragata francesa había dejado de disparar y sólo se preocupaba de largar todas las velas de que disponía. Pero aquel centenar de vociferadores no podía atribuirse toda la gloria. Cuando se despejó el humo no fue difícil ver la razón de la huida. Los dos barcos habían llegado durante el combate hasta la boca del estuario, y allí, a cosa de cuatro millas mar adentro, estaba la fragata consorte de la *Leda*, avanzando a toda vela hacia donde se oían los cañonazos. El capitán De Milon había hecho su tarea por aquel día, y *La Gloire* se alejaba rápida hacia el Norte, seguida por la *Dido*, que le ladraba con sus cañones de caza de la proa. Una punta de tierra las ocultó a las dos.

Pero la *Leda* había recibido dolorosas heridas; estaba sin su palo mayor, las amuradas eran un destrozo, el mástil superior de mesana y el pico de cangrejo habían caído al mar, sus velas parecían los harapos de un mendigo y un centenar de hombres de su tripulación habían resultado muertos y heridos. Junto al casco de la *Leda*, se veía flotar sobre las olas una masa de restos destrozados de un buque. Era la popa, arrancada del resto, y en ella, con letras blancas sobre fondo negro, leíase este rótulo: *Slapping Sal*.

—¡Válgame Dios! ¡Fue el bergantín el que nos salvó! —exclamó Mr. Wharton—. Hudson atacó a los franceses, y la andanada de éstos lo destrozó.

El pequeño capitán se dio media vuelta, paseándose de un lado para otro

por la cubierta. Su tripulación estaba ya tapando los agujeros de los proyectiles, anudando, empalmando y remendando. Cuando volvió a donde estaba el teniente, observó éste que se habían suavizado las severas arrugas en torno a sus ojos y a su boca.

—¿Desaparecieron todos?

—No se ha salvado ni uno solo. Debieron de hundirse con el casco.

Los dos oficiales se quedaron contemplando aquel nombre siniestro del barco pirata y el muñón de restos náufragos que flotaban en el agua descolorida. Junto a un pico de cangrejo hecho astillas y a una maraña de drizas llevaban traían las aguas una cosa negra. Era la infame bandera pirata, junto a la que flotaba un gorro de color rojo. El capitán dijo, por último:

—Era un canalla pero era también un británico. En vida fue un perro, pero ¡vive Dios que supo morir como un hombre!

El cofre pintado a franjas

-¿Qué saca usted en consecuencia de esa embarcación, Allardyce? —le pregunté.

Mi segundo oficial estaba a mi lado en la popa, con sus piernas cortas, gruesas y abiertas en ancho compás, porque el ventarrón había dejado en pos de sí una considerable marejada, y las dos lanchas de cuarta tocaban casi la superficie de las aguas a cada balanceo de la embarcación. Asentó sus gemelos en los obenques de mesana, y miró largo rato fijamente al barco desconocido y lamentable, cuando lo levantaba la cresta de una ola y permanecía en alto durante algunos segundos, antes de hundirse por el lado contrario de aquélla. Estaba tan hundido en el agua que sólo pude vislumbrar en algunas ocasiones la línea verdosa de las amuradas.

Era un bergantín, pero su palo mayor había sido arrancado de cuajo a unos diez pies por encima de la cubierta, y no parecía que se hubiese hecho ningún esfuerzo para cortar y desembarazarse de aquella ruina, que flotaba, con sus velas y vergas, lo mismo que un ala rota de una gaviota herida junto al costado de la embarcación. El palo de trinquete seguía en pie, pero la vela cangreja flotaba en libertad, y las delanteras ondeaban como largos gallardetes blancos. Jamás he visto embarcación más maltratada que aquélla.

Sin embargo, eso no podía sorprendernos, porque durante los últimos tres días hubo momentos en que dudamos de si nuestra embarcación llegaría jamás a ver tierra. La mantuvimos proa a la tormenta por espacio de treinta y seis horas, y si la Mary Sinclair no hubiese sido tan marinera como la mejor de cuantas embarcaciones salieron del Clyde, no habríamos podido aguantar aquella tormenta. Sin embargo, allí estábamos sin que hubiésemos sufrido otra pérdida que la de nuestro chinchorro y una parte de la amurada de estribor.

Con todo ello, una vez que salimos del apuro, no nos causó ningún asombro descubrir que otros habían sido menos afortunados, y que aquel bergantín destrozado, que se bamboleaba sobre el mar azul y bajo un cielo sin nubes, hubiese quedado, igual que un hombre cegado por el brillo de un relámpago, para relato de las horas espantosas transcurridas.

Allardyce era un escocés lento y metódico, y permaneció contemplando mucho tiempo y con gran atención el pequeño bergantín, en tanto que nuestros marineros se alineaban a lo largo de la amura, o se amontonaban en los obenques delanteros para ver mejor el barco desconocido. Cuando se navega por los 20° de latitud y 10° de longitud, que era más o menos donde nosotros nos encontrábamos, se siente un poco de curiosidad por las embarcaciones con las que uno se cruza, ya que esa situación supone haberse salido de las rutas principales del comercio del Atlántico, que quedan más al Norte. Llevábamos diez días navegando por un mar solitario. El segundo oficial dijo:

—Creo que se trata de un barco abandonado.

Yo había llegado ya a idéntica conclusión, porque no había podido distinguir sobre cubierta ningún signo de vida, y nadie contestaba a los saludos amistosos de nuestros marineros. Era probable que la tripulación hubiese abandonado el barco bajo la impresión de que estaba a punto de irse a pique. Allardyce siguió diciendo con sus reposadas maneras:

—No tardará mucho en hundirse. De un minuto a otro hundirá su nariz y levantará en alto su cola. El agua lame hasta los bordes de su antepecho.

—¿Qué bandera lleva? —pregunté.

—Es lo que estoy tratando de descubrir. Está toda ella enredada y retorcida con las drizas. Sí, ahora la veo con bastante claridad. Es la bandera brasileña, pero invertida.

Por lo visto, había izado la señal de petición de socorro antes de que la tripulación abandonase el barco. Quizá sólo hacía un momento que lo habían abandonado. Miré con los gemelos del primer oficial por toda la superficie tumultuosa del Atlántico azul oscuro, cruzado todavía de venas blancas y de salpicaduras de espuma. Por ninguna parte logré descubrir ningún otro ser humano fuera de nosotros mismos.

—Quizá haya a bordo algunas personas vivas —dije.

—Quizá se podría salvar alguna parte del cargamento —refunfuñó el

segundo oficial.

—Nos acercaremos por su lado de sotavento y lo abordaremos.

No estábamos a más de un centenar de yardas de distancia, cuando echamos hacia atrás nuestra vela delantera y realizamos con éxito la maniobra; nuestra embarcación y el bergantín se inclinaban de proa y luego de popa, lo mismo que dos payasos que interpretan un baile.

—Echad al agua una de las lanchas de la cuadra de popa —ordené—. Mr. Allardyce, lleve cuatro hombres, y vea lo que se puede saber acerca de ese barco.

Pero en aquel preciso momento se presentó en la cubierta mi primer oficial, Mr. Armstrong; porque habían sonado siete campanadas, y sólo faltaban unos minutos para que terminase su guardia. Quizá me interesase a mí ir al barco abandonado para tratar de ver lo que ocurría dentro del mismo. Por eso, después de dirigir unas palabras a Mr. Armstrong, pasé por encima del antepecho, me deslicé por una de las cuerdas de tira de aparejo y me coloqué en mi puesto, a popa de la lancha.

La distancia que nos separaba era pequeña, pero nos llevó algún tiempo atravesarla; eran tan fuertes las olas, que muchas veces, cuando nos encontrábamos en lo más hondo de ellas, no veíamos ni siquiera nuestra propia embarcación, ni el bergantín al que nos acercábamos. El sol que se estaba hundiendo en el horizonte no llegaba hasta allí con su luz, y en los huecos de una ola a otra reinaban el frío y la oscuridad; pero la ola que llegaba nos subía nuevamente hasta la altura en que reinaban el calor y el claror del sol. En esos instantes, flotábamos en lo más alto de un lomo de ola cubierto de espuma y veíamos a cada lado dos valles negros; entonces, y por un momento, divisaba yo la línea larga y verdosa de las amuras y el palo de trinquete del bergantín que se balanceaba hacia adelante, y maniobraba con el timón para rodear la embarcación por la popa, a fin de fijar la mejor manera de subir a bordo. Al cruzar por detrás de la popa leí el nombre de *Nossa Senhora da Vittoria* pintado a todo lo ancho de la curva de la popa.

—Señor, ya estamos a barlovento —dijo el segundo oficial—. Carpintero, prepárese con el bichero.

Un instante después habíamos saltado por encima de las amuradas, que estaban muy poco más altas que nuestra propia lancha, y pisábamos la cubierta

del barco abandonado.

Nuestro primer pensamiento fue tomar las disposiciones necesarias para nuestra propia seguridad, en el caso, que parecía muy probable, de que la embarcación se hundiese bajo nuestros propios pies. Con este objeto, dos de nuestros hombres se agarraron a la cuerda de amarre de la lancha y apartaron a ésta del costado del bergantín, a fin de que pudiéramos pasar a ella en caso de que nos viésemos obligados a emprender una retirada rápida. Enviamos al carpintero a que comprobase la cantidad de agua que había embarcado el bergantín y si ésta iba subiendo de nivel; mientras tanto, el otro marinero, Allardyce y yo realizamos una inspección rápida del barco y de su cargamento.

La cubierta estaba sembrada de restos y de jaulas de gallinas, dentro de las cuales flotaban las aves muertas. Las lanchas habían desaparecido, con excepción de una que había sido desfondada; era, pues, seguro que la tripulación había abandonado el barco. El camarote del capitán se hallaba en la construcción de cubierta, y uno de sus lados había sido destrozado por el fuerte oleaje. Allardyce y yo entramos en el camarote y encontramos la mesa del capitán tal y como éste la había dejado, con sus libros y documentos desparramados, todos en español o en portugués, y también con montoncitos de ceniza de cigarrillos por todas partes. Yo busqué el Diario de navegación, pero no pude encontrarlo. Allardyce explicó:

—Es muy probable que no lo hayan llevado nunca, porque a bordo de los mercantes sudamericanos reina bastante negligencia, y no hacen sino lo que no tienen más remedio que hacer. Si aquí lo hubo, seguramente que el capitán se lo llevó cuando embarcó en la lancha.

—Me gustaría llevarme todos estos libros y documentos —dije yo—. Pregunte al carpintero cuánto tiempo podremos permanecer aquí.

El informe del carpintero fue tranquilizador. El barco estaba lleno de agua, pero una parte de su cargamento flotaba, y no había peligro inmediato de hundimiento. Lo más probable era que no llegase a hundirse nunca del todo, y que marchase al garete, formando uno de tantos arrecifes terribles y que no figuran en ninguna carta, pero que han echado a pique a tantas sólidas embarcaciones.

—Siendo así, Mr. Allardyce, no hay peligro en que baje usted al interior

—le dije—. Fíjese bien, por si se puede sacar en limpio lo que le ha ocurrido a este barco, y la cantidad de cargamento que se puede salvar. Mientras tanto, yo examinare estos documentos.

Los conocimientos de embarque y las cartas que había encima de la mesa bastaron para informarme de que el bergantín brasileño *Nossa Senhora da Vittoria* había zarpado de Bahía un mes antes. El apellido del capitán era Texeira, pero no había ningún rol de la tripulación. Navegaba con destino al puerto de Londres, y me bastó echar un vistazo a los conocimientos de embarque para comprender que no íbamos a beneficiarnos mucho con la carga que pudiera salvarse. Consistía ésta en nueces, jengibre y madera, esta última en forma de grandes troncos de valiosas calidades tropicales. Sin duda que esos troncos eran los que habían impedido el hundimiento de la desgraciada embarcación, pero su tamaño nos hacía imposible trasladarlos a nuestro barco. Había, además de esto, algunos artículos de fantasía, tales como pájaros disecados para adorno de sombreros, y un centenar de cajones de conservas de frutas. De pronto, cuando estaba repasando los documentos, tropecé con una breve nota en inglés, que atrajo mi atención. Decía así:

«Se solicita que los distintos objetos raros y antiguos, españoles e indios, que proceden de la colección de Santarem, y que van consignados a Prontfoot y Neuman, de Oxford Street, Londres, sean colocados en un lugar en que no haya peligro de que piezas tan valiosas y únicas sufran daño o sean maltratadas. Esta solicitud se hace especialmente por lo que respecta al cofre de caudales de don Ramírez di Leyra, que no deberá ser colocado, por ningún motivo, al alcance de la mano de nadie.»

¡El cofre de caudales de don Ramírez! ¡Artículos únicos y valiosos! Allí teníamos alguna probabilidad de salvamento de carga, después de todo. Me puse en pie con el documento en mi mano, y en ese instante apareció en la puerta el oficial escocés y me dijo:

—Estoy creyendo, señor, que en este barco ha ocurrido algo que no está bien.

Aunque el oficial escocés era hombre de rostro impassible, pude ver que había visto algo que le había sobresaltado.

—¿De qué se trata?

—De un asesinato, señor. He encontrado el cadáver de un hombre que

tiene levantada la tapa de los sesos.

—¿No habrá sucumbido durante la tormenta? —dije yo.

—Es posible, señor; pero me sorprendería que siguiese usted opinando así después de que lo vea.

—¿Dónde está, pues?

—Por aquí, señor; en la casilla del puente principal.

En el bergantín no había, por lo visto, alojamientos en el interior del casco. El capitán tenía su camarote en la casilla de popa; en la escotilla mayor había otra casilla a la que estaba adosada la cocina, y en el castillo de proa, otra para la tripulación. Fue a la que estaba al lado de la escotilla mayor hacia donde me llevó el segundo oficial. Al entrar en la casilla, y al lado derecho, estaba la cocina, con todas sus cacerolas y platos en el suelo, formando un revoltijo; a la izquierda había un cuarto pequeño, provisto de dos literas para los oficiales; al fondo había un espacio como de veinte pies cuadrados, en el que estaban revueltas banderas y velas de reserva. En torno de las paredes de ese depósito había una cantidad de paquetes recubiertos de un paño tosco y amarrados a la obra de madera. Al fondo mismo veíase un gran arcón o cofre, pintado de franjas rojas y blancas, aunque el color rojo estaba tan desteñido, y el blanco tan sucio, que sólo se distinguían donde la luz les daba directamente. Tenía el arcón, según las medidas que más adelante se tomaron, cuatro pies y tres pulgadas de largura, tres pies y dos pulgadas de altura y tres pies de fondo, es decir, que era mucho mayor que un arcón de marinero.

Pero, cuando entré en el depósito, mis ojos y mis pensamientos no se dirigieron hacia el arcón. En el suelo, cruzado sobre el revoltijo de banderas, había un hombre de pelo negro, de barba corta y ensortijada. Yacía todo lo más lejos que era posible del arcón, con los pies hacia éste y la cabeza en el lado opuesto. En la lona blanca sobre la que descansaba su cabeza veíase un manchón rojo, y unos pequeños surcos rojos se alargaban alrededor de su cuello moreno y se prolongaban por el suelo; pero no se advertía, a primera vista, ninguna herida, y la expresión de su rostro era tan plácida como la de un niño que está durmiendo.

Sólo al agacharme hacia él pude descubrir la herida, y al verla me aparté, lanzando una expresión de horror. Tenía un golpe de hacha de marinero que, por lo visto, debió de descargar contra él una persona que estaba a su espalda.

El golpe había sido tan tremendo, que le había destrozado la parte superior del cráneo, penetrando profundamente en los sesos. Nada de extraño tenía la plácida expresión de su cara, porque la muerte debió de ser instantánea, y la situación de la herida demostraba que no pudo ver a la persona que se la infligió.

—¿Fue accidente o maldad, capitán Barclay? —preguntó mi segundo oficial, muy preocupado.

—Tiene usted muchísima razón, Mr. Allardyce. Este hombre fue asesinado, y lo fue por un golpe descargado desde arriba con un arma afilada y pesada. Pero ¿quién era él, y por qué le asesinaron?

—Era un simple marinero, señor —dijo el primer oficial—. Le bastará mirarle a los dedos para convencerse.

Mientras hablaba, le volvió hacia fuera los bolsillos y salieron a relucir una baraja, un trozo de cordel embreado y un paquete de tabaco brasileño.

—¡Hola! Fíjese usted en esto —dijo el oficial.

Lo que había encontrado en el suelo era un cuchillo de resorte, grande y con la hoja abierta. El acero estaba pulimentado y brillante, de modo que no era posible asociarlo con el crimen; pero el muerto lo empuñaba, por lo visto, cuando recibió el golpe, porque estaba en el suelo al alcance de su mano.

—Me produce la impresión de que sabía que se encontraba en peligro y tenía el cuchillo preparado —dijo el oficial—. Pero ya nada podemos hacer por este pobre hombre. No adivino lo que puedan ser esos objetos que están amarrados a las paredes. Parece que se tratase de ídolos, armas y antigüedades de varias clases, envueltas en viejas telas de embalar.

—Así es, en efecto —dije yo—. Son los únicos objetos de valor que quizá podamos salvar del naufragio. Llame a nuestra embarcación y dígales que nos envíen la otra lancha de la cuadra de popa para que nos ayude a llevar todo esto a bordo.

Mientras el oficial marchaba a cumplir la orden, me puse a examinar aquel extraño botín que había caído en nuestras manos. Todas las antigüedades se hallaban embaladas con tal esmero, que sólo pude hacerme una idea general de su clase; pero el cofre a franjas estaba bien a la luz, y me fue posible examinarlo detenidamente. Sobre la tapa, que estaba empalmada y reforzada con ángulos de metal, veíase grabado un complicado escudo de armas, y

debajo del mismo había una línea de palabras en español, cuyo sentido conseguí descifrar: «Cofre de caudales de Don Ramírez de Leyra, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de Tierra Firme y de la provincia de Veraguas.» En un ángulo leíase la fecha de 1606, y en el otro había una etiqueta grande, blanca, en la que estaba escrito en inglés, y repetido debajo en castellano: «Se suplica insistentemente que no se abra este cofre bajo ningún pretexto». En cuanto a la cerradura, era muy complicada y de mucho peso, de acero, en el que estaba grabada una empresa superior a la comprensión de un marino.

Mientras yo daba fin al examen de tan curioso arcón, llegó la otra lancha de la cuadra de popa, mandada por el primer oficial, Mr. Armstrong, y nos pusimos a trasladar a ella todos aquellos objetos antiguos, que parecían ser lo único que valía la pena de salvar del buque náufrago. Cuando la lancha estuvo llena, le ordené que transportase todo el cargamento hasta nuestro barco, y luego, Allardyce y yo, con la ayuda del carpintero y un marinero, levantamos en vilo el arcón a franjas, que era lo único que quedaba ya, lo llevamos hasta nuestra lancha y lo pusimos a lo ancho, equilibrándolo sobre los dos bancos de remeros del centro, porque era tan pesado que si lo hubiésemos colocado hacia la proa o hacia la popa habría dado a la lancha una peligrosa inclinación. En cuanto al muerto, lo dejamos en el mismo lugar en que lo habíamos encontrado.

El segundo oficial había expresado la creencia de que cuando se disponían a abandonar el buque, aquel hombre se había dedicado al saqueo, y entonces el capitán, en un esfuerzo por mantener la disciplina, lo había derribado de un hachazo o con un golpe descargado con otra arma pesada. Esta hipótesis parecía la más probable de todas, pero tampoco resultaba completamente satisfactoria. Pero el Océano está lleno de misterios, y nos limitamos a dejar que la muerte del marinero del bergantín brasileño quedase agregada a la extensa lista que todos los marinos pueden recordar.

El pesado arcón fue izado por medio de cuerdas a la cubierta de la *Mary Sinclair*, y fue transportado por cuatro marineros al camarote, donde había espacio justo para colocarlo entre la mesa y las cajonadas de atrás. Allí estuvo mientras cenábamos, y los dos oficiales me acompañaron de sobremesa para hablar del acontecimiento del día, mientras bebíamos un vaso de grog.

Mr. Armstrong era un hombre alto, enjuto, de aspecto de ave de presa, excelente como marino, pero célebre por su avaricia y su roñosería. Nuestro hallazgo lo había excitado mucho y ya había empezado a calcular con ojos brillantes la cantidad que podría correspondernos cuando llegase el momento de hacer la partija de lo salvado.

—Mr. Barclay, si la nota aquella aseguraba que se trata de ejemplares únicos, entonces valen cualquier precio que uno quiera ponerles. No tienen ustedes idea de las cantidades que pagan los coleccionistas ricos. Un millar de libras no es nada para ellos. O mucho me equivoco, o vamos a sacar algo lucido de este viaje.

—No opino yo así —le contesté—. Por lo que he podido ver, se diferencian poco de todas las curiosidades sudamericanas.

—Pues yo, señor, que he hecho catorce veces la travesía a los países de Sudamérica, le digo que jamás he visto nada que se parezca a este arcón. Tal y como está a la vista, vale un gran montón de dinero. Pero pesa tanto, que seguramente encierra dentro algún objeto de gran valor. ¿No cree usted que deberíamos abrirlo y ver lo que contiene?

—Lo más probable es que, si lo abrimos, lo estropeemos. Armstrong se puso en cuclillas delante del cofre, con la cabeza a un lado y la nariz a pocas pulgadas de la cerradura. De pronto dijo:

—Es de roble, y la madera se ha encogido un poco al cabo de los años. Si yo tuviese un cincel o un cuchillo de hoja fuerte, podría hacer correr el pasador de la cerradura sin causar el menor daño al cofre.

Aquella mención de un cuchillo de hoja fuerte me trajo el recuerdo del marinero muerto a bordo del bergantín, y dije:

—¿No estaría aquel hombre ocupado en esa tarea cuando alguien vino a interrumpirle?

—Yo no sé nada de ese asunto; pero de lo que sí estoy seguro es de que soy capaz de abrir ese cofre. Aquí en el estante hay un destornillador. Alúmbreme con la lámpara, Allardyce, y haré el trabajo en un par de empujones.

—Espere un momento —dije yo, al ver que él se agachaba para examinar la tapa con ojos en los que brillaban la curiosidad y la avaricia—. No veo que haya ninguna prisa por realizar la operación. Ya ha leído usted la nota en la

que se nos avisa que nos abstengamos de abrir el cofre. Quizá encierre esa nota algún secreto, o quizá no; pero yo me siento inclinado a tenerla en cuenta. Después de todo, tenga dentro lo que tenga, si es cosa de valor, tanto monta que se abra en las oficinas de su propietario como en el camarote de la *Mary Sinclair*.

El primer oficial se mostró muy amargado por mi resolución, y dijo, con una ligera mueca de burla:

—Me imagino, señor, que no adoptará esa actitud por temores supersticiosos. Si el cofre sale de nuestras manos sin que nos hayamos cerciorado de su contenido, pudiéramos resultar burlados en nuestros derechos; además...

—Basta ya, Mr. Armstrong —le contesté con brusquedad—. Puede tener usted la seguridad más absoluta de que recibirá todo lo que en derecho le corresponde; pero no estoy dispuesto a que el arcón sea abierto esta noche.

—¿Pero no ve usted que la etiqueta misma demuestra que ha sido ya examinado por europeos? —agregó Allardyce—. El que sea un cofre de caudales no quiere decir que contenga en su interior ningún tesoro. Con seguridad que han sido muchas las personas que lo han examinado desde los tiempos del antiguo gobernador de Tierra Firme.

Armstrong tiró el destornillador encima de la mesa y se encogió de hombros, diciendo:

—Como usted quiera.

Pero durante todo el resto de la velada, y aunque hablamos de muchos temas, me fijé en que los ojos de Mr. Armstrong se volvían a cada momento hacia el cofre pintado a franjas con la misma expresión de curiosidad y de avaricia.

Paso ahora a la parte de mi relato que hoy mismo, cuando me pongo a recordarla, me llena con un estremecimiento de horror. Los cuartos de los oficiales estaban a uno y otro lado de la cabina principal, pero el mío estaba al fondo de la misma, donde terminaba el pequeño pasillo que conducía a la escotilla. Salvo en casos graves, yo no hacía guardias con regularidad, y los tres oficiales se las dividían entre ellos. Armstrong tenía la guardia de en medio, que termina a las cuatro de la madrugada, hora en la que era relevado por Allardyce. Yo fui siempre un hombre de sueño profundo, y rara vez me

despertaba como no me sacudiesen por el hombro.

Sin embargo, aquella noche me desperté, o más bien, me desperté cuando empezaba a despuntar el día. Eran justamente las cuatro y media, según mi cronómetro, cuando algo hizo que me sentase en mi litera, completamente despierto y con todos los nervios vibrando. Se había oído un ruido especial un estrépito rematado con un alarido de voz humana que todavía me arañaba los oídos. Permanecí sentado y escuchando, pero todo estaba en el más profundo silencio. Sin embargo, aquel alarido horrible no podía ser cosa de mi imaginación, porque seguía resonando todavía dentro de mi cabeza, y yo estaba bajo la impresión de que lo habían lanzado muy cerca de mí. Salté de mi litera, medió me vestí, y entré en la cabina.

En el primer momento no advertí nada de particular. A la luz fría y gris del amanecer distinguí la mesa cubierta de un mantel rojo, los seis sillones giratorios, la cajonada de nogal, el barómetro oscilante, y allí, al fondo, el gran cofre de franjas.

Me alejaba ya, con el propósito de salir a cubierta para preguntar a mi segundo oficial si había oído algo, cuando mis ojos tropezaron súbitamente con un objeto que se proyectaba por debajo de la mesa. Aquello era la pierna de un hombre; una pierna con una alta bota marinera. Me agaché, y descubrí un cuerpo caído de bruces, con los brazos hacia adelante y el cuerpo retorcido. Me bastó una mirada para reconocer en aquel cuerpo a Armstrong, el primer oficial, y me bastó un segundo para comprobar que estaba muerto. Me quedé unos instantes atónito y jadeante. Acto continuo me precipité a la cubierta, llamé a gritos a Allardyce para que acudiese en mi ayuda, y entramos los dos en la cámara.

Entre los dos sacamos al infortunado compañero de debajo de la mesa, y en cuanto vimos su cabeza chorreando sangre, nos miramos el uno al otro, sin que yo pueda decir cuál de los dos estaba más pálido.

—Exactamente igual que el marinero del buque brasileño —dije.

—Exactamente igual. ¡Que Dios nos guarde! Es cosa de ese cofre infernal. Fíjese lo que Armstrong tiene en la mano.

Levantó la mano derecha del primer oficial, y tenía en ella el destornillador que la víspera había querido emplear.

—Ha estado manipulando en el cofre, señor. Sabía que yo estaba en el

puede y usted dormido. Se arrodilló delante del cofre y empujó hacia atrás el pasador de la cerradura con esta herramienta, y entonces debió de ocurrirle algo, y lanzó aquel grito oído por usted.

—Allardyce —le cuchicheé—, ¿qué ha podido ocurrirle?

El segundo oficial me agarró de la manga y me llevó a su camarote.

—Señor, podemos hablar aquí, porque no sabemos quién puede estar escuchándonos ahí fuera, en la cámara. ¿Qué se imagina usted que hay encerrado dentro de ese cofre, capitán Barclay?

—Le doy mi palabra de honor de que no tengo la menor idea, Allardyce.

—Pues bien: yo sólo encuentro una explicación que comprende todo lo ocurrido. Fíjese en el tamaño del cofre. Fíjese en todo el trabajo de talla y de metal, que puede disimular un gran número de agujeros. Observe el peso del cofre; fueron necesarios cuatro hombres para transportarlo. Además de todo eso, recuerde que dos hombres han tratado de abrirlo, y que los dos encontraron la muerte en ese empeño. Pues bien, señor: ¿qué puede significar todo eso, más que una sola cosa?

—¿Supone usted que dentro del cofre hay un hombre?

—Naturalmente que lo hay. Ya sabe usted las cosas que ocurren en estos países de Sudamérica. Hoy tiene usted a un hombre de presidente de la República, y a la semana siguiente se ve fugitivo y acosado lo mismo que un perro. Se pasan la vida huyendo para que no los maten. Según mi manera de ver, hay escondido en el interior del cofre un individuo armado y dispuesto a todo, que es capaz de matar a cualquiera antes de dejarse apresar.

—Pero ¿dónde tiene la comida y la bebida?

—Señor, el cofre es muy espacioso y quizá introdujo en él algunas provisiones. En cuanto a la bebida, debió de tener entre la tripulación del bergantín algún amigo que le proveía de la que necesitaba.

—Según eso, usted cree que la etiqueta en la que se pide que por ningún concepto se abra el cofre ha sido colocada mirando por el hombre que se esconde en su interior.

—Sí, señor; eso es lo que yo pienso. ¿Encuentra usted alguna otra explicación de lo que ocurre?

Tuve que confesar que no la encontraba, y le pregunté:

—¿Y qué vamos a hacer? Ésa es la cuestión.

—El individuo escondido es un bergante peligroso que no se detiene ante nada. Estoy creyendo que no obraríamos mal rodeando el cofre con una cuerda fuerte y dejándolo caer al mar por un costado de nuestra embarcación, arrastrándolo de ese modo por espacio de media hora; luego podríamos proceder tranquilamente a su apertura. También podríamos atar el cofre de manera que no hubiese medio de levantar la tapa, con lo cual impediríamos que consiguiese agua. O también podría el carpintero darle una mano de barniz por todo, de forma que quedasen tapados los agujeros de respiración.

Yo le contesté, colérico:

—Vamos, Allardyce, no me va usted a decir en serio que toda la tripulación de un barco va a permanecer aterrorizada por un solo hombre encerrado en un cofre. Sí está ahí dentro, voy yo a obligarle a salir.

Me dirigí a mi camarote y regresé con el revólver en la mano, diciendo a mi oficial:

—Y ahora, Allardyce, abra la cerradura, y yo permaneceré en guardia.

—¡Por amor de Dios, señor, medite en lo que quiere hacer! —exclamó el oficial—. Dos hombres perdieron ya su vida en el intento, y la sangre de uno de ellos no se ha secado aún sobre la alfombra.

—Razón de más para que lo vengamos.

—Bien, señor; permítame por lo menos que llame al carpintero. Tres hombres son mejor que dos, y el carpintero es fuerte y valeroso.

Marchó en busca del carpintero, y yo permanecí a solas dentro de la cámara con el cofre a franjas. No creo ser nervioso, pero coloqué la mesa entre mi persona y aquella sólida reliquia antigua del continente español. Las franjas rojas y blancas empezaron a dibujarse a medida que les daba la creciente luz de la mañana, y también se fueron destacando las curiosas volutas y guirnaldas de metal y el trabajo de talla en el que se advertía el esfuerzo amoroso que hábiles artesanos habían puesto en su obra. Volvieron al rato el oficial y el carpintero, este último con un martillo en la mano.

—Es éste un mal negocio, señor —dijo el carpintero, moviendo la cabeza y mirando el cadáver del primer oficial—. ¿De modo que ustedes creen que hay alguien escondido dentro del cofre?

—No tenemos la menor duda a ese respecto —contestó Allardyce, recogiendo el destornillador y apretando la mandíbula, igual que un hombre

que precisa reunir todo su valor—. Yo descorreré el pasador de la cerradura si ustedes están preparados para cualquier cosa que se presente. Si ese hombre se pone en pie, dele usted un martillazo en la cabeza, carpintero; y si levanta la mano, dispare usted el revólver en el acto. ¡Vamos a ello!

Se arrodilló delante del cofre a franjas y metió la hoja de la herramienta por debajo del borde de la tapa. La cerradura saltó con un fuerte chasquido. «¡Prepararse!», gritó el oficial, y levantó de un empujón la tapa maciza del cofre. En el momento de alzarse ésta, dimos los tres un salto hacia atrás: yo, apuntando con mi revólver, y el carpintero, con el martillo levantado por encima de su cabeza. Entonces, viendo que no ocurría nada, dimos los tres un paso hacia adelante y miramos al interior del cofre. Estaba vacío.

Pero tampoco estaba completamente vacío, porque en uno de los rincones veíase un viejo candelabro amarillo, de dibujos muy complicados, que parecía tan antiguo como el cofre mismo, y que estaba caído de costado. Su color amarillo brillante y su artística forma sugerían que se trataba de un objeto de valor. Fuera del candelabro, no había dentro del cofre de valores, a franjas rojas y blancas, nada que lo tuviera mayor que el polvo que lo cubría.

—¡Válgame Dios! —exclamó Allardyce, mirando desconcertado al interior—. ¿De dónde, pues, le viene el pesar tanto?

—Fíjese en lo gruesas que son las paredes, y fíjese también en la tapa, que tiene cinco pulgadas de espesor. Y fíjese también en ese gran muelle de presión que lo cruza de un lado a otro.

—Ese muelle de presión está destinado a mantener levantada la tapa —dijo el oficial—. Vea cómo no hay modo de volver a cerrarla. ¿Qué es lo que dice este papel impreso en alemán que tiene dentro?

—Dice que lo fabricó Johann Rothstein, de Augsburgo, el año 1606.

—Pues hizo un trabajo bien sólido. Todo esto arroja poca luz sobre lo que ha ocurrido, ¿verdad, capitán Barclay? El candelabro parece de oro. En fin de cuentas, algo habremos sacado por nuestras molestias.

Se inclinó hacia adelante para coger el candelabro. Desde entonces yo no he dudado nunca de que la inspiración es un hecho real, porque en ese instante me lancé hacia Allardyce, le agarré por el cuello de la chaqueta y volví a enderezarlo de un tirón. Quizá en ese instante me vino a la memoria alguna leyenda de la Edad Media, o quizá mis ojos percibieron en la parte superior

de la cerradura algo que era de color rojo, pero no del rojo propio de la herrumbre; pero, para el oficial y para mí, aquello fue un acto de inspiración, que me hizo obrar de una manera súbita y rápida, diciendo:

—Aquí hay alguna cosa de diablura. Deme el bastón de puño retorcido que tengo en aquel rincón.

Era un simple bastón de paseo con el puño encorvado. Metí el puño por debajo del candelabro y di un tirón hacia arriba. Con la rapidez de un relámpago surgió de debajo de la tapa una hilera de colmillos de acero pulimentado que se proyectaron hacia afuera, como si el gran cofre a franjas nos lanzase una dentellada de fiera salvaje. Acto seguido, la pesada tapa volvió a cerrarse con estrépito tal, que los vasos que había en el aparador oscilante tintinearón. El oficial se sentó en el borde de la mesa, temblando igual que caballo asustado, y me dijo:

—Me ha salvado usted la vida, capitán Barclay.

Ése era, pues, el secreto del cofre de valores pintado a franjas de Don Ramírez de Leyra, y así era como guardaba sus mal habidas ganancias de la Tierra Firme y de la provincia de Veraguas. Por muy astuto que fuese el ladrón, no podía ver en aquel candelabro ninguna diferencia con otros artículos de valor; en el instante mismo en que ponía su mano en el candelabro se soltaba el terrible muelle, y los asesinos dientes de acero se le clavaban en el cráneo, al mismo tiempo que la fuerza del golpe rechazaba hacia atrás a la víctima y permitía que el cofre volviera a cerrarse automáticamente. ¿Cuántas personas habrían resultado víctimas de la habilidad del mecánico de Augsburgo? Meditando en la posible historia de aquel criminal cofre a franjas, tomé muy rápidamente mi resolución:

—Carpintero, tráigame tres hombres y que saquen el cofre a cubierta.

—¿Lo va usted a tirar por la borda, señor?

—Sí, Mr. Allardyce. Por regla general no soy supersticioso, pero hay cosas que un marino es incapaz de tolerar.

—No tiene nada de particular, capitán Barclay, que el bergantín lo pasase mal con este artilugio a bordo. Capitán Barclay, el barómetro está bajando con mucha rapidez y vamos a disponer del tiempo justo.

En vista de eso, ni siquiera aguardamos la llegada de los tres marineros, sino que entre el carpintero, el oficial y yo lo sacamos a cubierta y lo tiramos

al mar por la borda con nuestras propias manos. Levantó un borbollón de espuma, y desapareció. Y allí descansa el cofre a franjas en una profundidad de mil brazas. Si, según dicen, el mar será algún día tierra seca, compadezco al hombre que lo encuentre y que trate de averiguar el secreto que contiene.

El capitán del *Polestar*

(Extracto del curioso diario de John M'Alister Ray, estudiante de medicina)

Septiembre 11

Lat., 81° 40' N.; long., 2° E. Seguimos rodeados de enormes campos de hielo. El que se extiende hacia el norte de nosotros, y al que está aferrada nuestra ancla de hielos, no puede tener una extensión menor que un condado de Inglaterra. A derecha e izquierda se extienden, hasta el horizonte, superficies ininterrumpidas. El oficial informó esta mañana que hacia el Sudoeste se advertían señales de témpanos flotantes. Si éstos se juntasen adquiriendo fuerte grosor, como para impedirnos el regreso, nuestra situación será peligrosa, porque, según he oído decir, nuestros víveres empiezan a escasear algo. La estación está muy avanzada y empiezan a reaparecer las noches. Esta mañana vi una estrella que brillaba justamente encima de la verga del trinquete, y ha sido la primera, desde el principio de mayo. Reina descontento entre la tripulación, porque muchos de sus hombres desean vivamente regresar a sus puertos con tiempo suficiente para dedicarse a la pesca del arenque, época en la que se pagan altos salarios en la costa de Escocia. Su disgusto sólo se ha exteriorizado hasta este momento en la adustez de sus rostros y en sus miradas amenazadoras; pero esta tarde le he oído decir al segundo oficial que piensan enviar una comisión para que exponga al capitán su desagrado. Yo tengo grandes dudas sobre la acogida que el capitán les dispensará, porque es hombre de genio violento y muy sensible a todo cuanto represente quebrantamiento de su autoridad. Me arriesgaré, después de comer, a hablarle

algunas palabras acerca de este asunto. He comprobado que a mí me tolera cosas que le molestarían dichas por cualquier otro miembro de la tripulación. Desde nuestra cuadra de estribor se distingue la isla de Ámsterdam, en el ángulo noroeste de Spitzbergen; es un conjunto de rocas volcánicas, entrecortadas por vetas blancas, que son otros tantos glaciares. Resulta curioso pensar que los seres humanos más próximos a nosotros en el actual momento son los que viven en las colonias dinamarquesas establecidas al sur de Groenlandia, es decir, que están a sus buenas novecientas millas en vuelo directo. El capitán que arriesga su embarcación en tales circunstancias carga con una gran responsabilidad. Ningún ballenero permaneció nunca en semejantes latitudes a estas alturas del año.

9 de la mañana

He hablado al capitán Craigie, y aunque los resultados de mi conversación no puedan considerarse satisfactorios, no tengo más remedio que reconocer que me escuchó muy tranquilamente y con gran deferencia. Cuando acabé de hablar, adoptó el aire de férrea resolución que yo he observado muchas veces en su rostro, y se puso a pasear de un lado para otro durante algunos minutos por la estrecha cámara. Al principio temí haberle molestado gravemente; pero él me quitó ese temor volviéndose a sentar y poniendo su mano sobre mi brazo con un gesto que casi parecía una caricia. También en el fondo de sus ojos negros y selváticos observé una expresión de ternura que me sorprendió considerablemente.

—Escuche, doctor —me dijo—; estoy muy pesaroso de haberlo tomado a usted a bordo, créamelo, y en este mismo instante daría cincuenta libras por verlo sano y salvo en el muelle de Dundee. Esta vez me lo juego todo a cara y cruz. Al norte de donde estamos nosotros hay pesca. ¿Cómo se atreve usted a hacer ese gesto de duda con la cabeza, si yo le aseguro que desde el tope del mástil he visto las ballenas lanzando su chorro al aire?

Todo esto lo dijo en un súbito arrebató de cólera, a pesar de que yo no me había dado cuenta de haber realizado ningún ademán de duda.

—He distinguido veintidós ballenas en otros tantos minutos, y ninguna de ellas de menos de diez pies de barba^[1], tan cierto como que yo estoy aquí, y

ahora, doctor, ¿cree usted que puedo abandonar esta región cuando sólo me separa de la riqueza una condenada franja de hielo? Si por casualidad soplase mañana viento del Norte, podríamos llenar el barco y alejarnos antes de que los hielos nos encerrasen. Si sopla del Sur...; bien, yo creo que a los hombres de la tripulación se les paga para que arriesguen sus vidas, y en cuanto a mí, es cosa que me importa poco, porque son más los lazos que me unen al otro mundo que a éste. Sin embargo, confieso que estoy pesaroso por usted. Preferiría tener a Angus Tait, que me acompañó en el último viaje, porque era hombre al que nadie echaría en falta, mientras que usted... Me dijo en cierta ocasión que estaba comprometido para casarse, ¿verdad?

—Sí —le contesté, haciendo funcionar el resorte del medallón que colgaba de la cadena de mi reloj, y mostrándole la pequeña fotografía de Flora.

—¡Váyase al diablo! —bramó, poniéndose en pie de un salto, y con su barba misma erizada de furor—. ¿Qué me importa a mí su felicidad? ¿Qué tengo yo que ver con esa joven para que usted me balancee su fotografía delante de los ojos?

Creí que estaba a punto de golpearme; llevado del frenesí de furor; pero después de lanzarme otra imprecación, abrió la puerta de la cámara y se precipitó fuera, dejándome atónito, ante aquella violencia extraordinaria. Hasta ese momento me había tratado siempre con cortesía y afabilidad. Lo estoy oyendo ir y venir muy excitado por la cubierta, encima de mi camarote, mientras escribo estas líneas.

Me agradaría trazar un bosquejo del carácter de este hombre; pero parece presuntuoso intentar ponerlo sobre el papel cuando todavía no tengo en mi mente sino una idea confusa e insegura. En varias ocasiones he creído que, por fin, tenía en mis manos la clave que podría explicarme ese carácter, pero siempre me vi defraudado al presentármese con posterioridad el capitán bajo alguna faceta nueva que echaba por tierra todas mis conclusiones. Es posible que ningún ojo humano, fuera de los míos, se pose nunca sobre estas líneas; pero, a pesar de ello, trataré de dejar constancia de cómo era el capitán Nicholas Craigie, aunque sólo sea como tema de estudio psicológico.

Por regla general, la parte externa del hombre proporciona ciertas indicaciones de cómo es el alma que tiene en su interior. El capitán es hombre alto y bien formado, de cara morena y hermosa, y tiene una curiosa manera de

contraer sus miembros, que puede ser consecuencia de nerviosismo o simplemente un resultado de su exuberante energía. Su mandíbula, todo su porte, es varonil y resuelto, pero el rasgo distintivo de su rostro son los ojos. Tienen un color avellana oscurísimo, son brillantes y de expresión ávida, con una extraña mezcla de temeridad y de algo más que en ocasiones me ha parecido a mí producto más bien del horror que de ningún otro sentimiento. Por regla general, lo que predominaba era la dureza; pero en ciertos momentos, y especialmente cuando estaba pensativo, se extendía por ellos la expresión de temor que se iba profundizando hasta dar un nuevo carácter a todo su rostro. En esos momentos es cuando está más propenso a los arrebatos tempestuosos de cólera, y parece tener conciencia de ello, porque le he visto a veces encerrarse para que nadie se acercase a él hasta que hubiese pasado aquella hora negra. Duerme mal, y le he oído gritar durante la noche; pero su camarote está a cierta distancia del mío, y nunca entendí las palabras que pronunciaba.

Ésta es una de las fases de su carácter, y la más desagradable. Sin embargo, si yo la he observado, se debe únicamente a mi estrecho contacto con él, ya que tenemos que alternar por fuerza un día y otro. Fuera de eso, es un compañero agradable, que ha leído bastante y que entretiene con su conversación; es, además, un marino tan valeroso como el que más de cuantos pisaron una cubierta de buque. No olvidaré fácilmente la manera que tuvo de maniobrar con el barco en una ocasión en que una galerna nos sorprendió entre el hielo flotante a comienzos del mes de abril. Nunca lo he visto más satisfecho y hasta jubiloso como aquella noche, paseándose por el puente de mando entre los resplandores de los relámpagos y el ulular del viento. En varias ocasiones me ha dicho que le agrada pensar en la muerte, cosa que resulta triste oír de la boca de un hombre joven, porque no tendrá mucho más de treinta años, aunque sus cabellos y su bigote empiezan a blanquear.

Con seguridad que ha sufrido algún gran dolor que ha agostado su vida entera. Es posible que a mí me ocurriese lo mismo si perdiese a mi Flora. ¡Sólo Dios lo sabe! Pienso que si no fuese por ella, me preocuparía muy poco que el viento soplase mañana desde el Norte o desde el Sur. Bien; le oigo bajar por la escotilla, y ahora advierto que se ha cerrado en su camarote, lo cual demuestra que está de humor poco simpático. Vamos, pues, a acostarnos,

como diría el viejo Pepys porque la vela se está consumiendo (hemos tenido que recurrir a las velas desde que empiezan a cerrar las noches), y ya el camarero se retiró, de modo que no tengo probabilidad de que me traiga otra.

Septiembre 12

Día tranquilo y sereno, y nosotros seguimos en el mismo lugar. El viento, muy suave, sopla del Sudeste. El capitán está de mejor humor, y se ha disculpado durante el desayuno por la manera que tuvo de tratarme. Sin embargo, sigo encontrándolo algo distraído, y conservan sus ojos aquella expresión extravagante que en un escocés de las tierras altas significaría que estaba embrujado; eso fue, por lo menos, lo que me hizo notar el mecánico mayor, hombre que, entre la parte céltica de nuestra tripulación, lleva fama de vidente y de explicador de presagios.

Resulta extraño que la superstición haya conseguido tal predominio sobre esta raza terca y de sentido práctico. Jamás hubiera creído que llegase a tales extremos si no lo hubiese visto por mi mismo. Durante esta expedición hemos padecido una verdadera epidemia, hasta el punto de que hubo momentos en que me pareció que debía suministrar a los hombres productos sedantes y tónicos nerviosos, junto con su ración de grog de los sábados. El primer síntoma, poco después de dejar atrás Shetland, fue que los hombres del timón se lamentaban de oír en la estela del barco gritos plañideros y lamentos, como si alguien nos siguiera sin conseguir alcanzarnos. Durante todo el viaje se ha mantenido esta ficción, y las noches oscuras, en los comienzos de la pesca de focas, sólo con grandes dificultades se podía lograr que los hombres realizasen sus cuartos de guardia. Seguramente que lo que ellos oían era el crujir de las cadenas del timón, o los gritos de algún ave marina que volaba cerca. En varias ocasiones me hicieron salir de la cama para que yo también los escuchase; pero no hará falta que diga que a mas oí nada que se saliese de lo natural. Pero los hombres de la tripulación hablan del asunto con una seguridad tan absurda, que resulta inútil discutir ellos. En cierta ocasión hablé del caso con el capitán, y con gran sorpresa mía lo tomó muy en serio, e incluso me pareció que lo dicho por mí le había turbado muchísimo. Yo esperaba que, al menos él, estuviese por encima de fantasías tan vulgares.

Todo este párrafo acerca de las supersticiones me lleva a decir que nuestro segundo oficial, Mr. Manson, vio la noche pasada un fantasma..., o, por lo menos, dice que lo vio, lo cual viene a ser lo mismo, para el caso. Resulta satisfactorio encontrar algún tema nuevo de conversación después de la inacabable rutina de osos y de ballenas que nos lo ha proporcionado por espacio de tantos meses. Manson jura que el barco está embrujado, y que no permanecería en el mismo ni un solo día si tuviera otro empleo. Desde luego, ese hombre está sinceramente asustado, y esta mañana tuve que darle un preparado de bromido de potasio y de cloral para calmarlo. Cuando me permití apuntarle la idea de que quizá la noche anterior había bebido algún vaso de más, se indignó, y para sosegarlo me vi en la necesidad de escuchar su relato con toda la seriedad de que fui capaz. Desde luego, él narró la historia sin titubeos y como quien cuenta un sucedido indiscutible. Dijo así:

—Estaba yo en el puente a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, es decir, cuando la oscuridad de la noche era más completa. Había en el cielo un retazo de luna, pero las nubes pasaban constantemente por delante de ella, de modo que era muy poco lo que podía distinguirse más allá del barco. John M'Leod, el arponero, vino hacia la parte de popa desde la punta del castillo de proa a comunicarme que por la cuadra de estribor se oía un ruido extraño. Marché con él hasta allí, y los dos escuchamos el ruido de que hablaba, que unas veces parecía el llanto de un niño y otras el de una moza en pena. Llevo veinte años viniendo a estas regiones, y nunca oí que ninguna foca, vieja o joven, hiciese un ruido como aquél. Estábamos, pues, en la parte delantera del castillo de proa cuando la luna salió de detrás de una nube, y el arponero y yo vimos una especie de figura blanca que se movía por el campo de hielo en la misma dirección en que nosotros habíamos oído llorar. La perdimos de vista durante un rato, pero volvió por la parte de proa, a babor, y apenas si pudimos distinguirla como una sombra sobre el hielo. Envié a un marinero a popa en busca de los rifles, y M'Leod y yo bajamos al banco de hielo, pensando que quizá se tratase de un oso. Una vez en el campo de hielo, perdí de vista al arponero, pero yo avancé hacia el lugar desde el que seguían llegando los lamentos. Caminé un trayecto de una milla o quizá más, hasta que al rodear, corriendo, un montículo, descubrí aquella cosa en lo alto del mismo de pie y como si me estuviese esperando. Yo no sé lo que era. Desde luego, no

se trataba de un oso, porque era alto, blanco y recto, y yo apostaría cualquier cosa a que si no se trataba de un hombre ni una mujer, era algo mucho peor. Volví al barco a todo correr, y me sentí muy satisfecho cuando puse los pies a bordo. Yo firmé mi compromiso de servir en este barco, y en este barco me quedaré, pero no habrá nadie que me lleve al hielo después de la puesta del sol.

He repetido lo que se me dijo, procurando hacerlo con las mismas palabras. Yo, a pesar de que él lo niegue, creo que lo que Mr. Manson vio fue un oso joven levantado sobre sus patas traseras, que es la actitud que suelen tomar con frecuencia al sentirse alarmados. A la luz indecisa de la luna ofrecería cierto parecido con una figura humana, especialmente si el hombre que lo veía tenía sus nervios algo alterados. Sea lo que sea, es un suceso desgraciado, porque ha influido de manera muy desfavorable en la tripulación; las caras de los hombres son más adustas que antes, y su descontento se expresa más abiertamente. Este doble agravio de que se les impide tomar parte en la pesca del arenque y de que tienen que seguir sirviendo en un buque que ellos se empeñan en llamar embrujado, puede llevarlos a dar algún paso temerario. Hasta los arponeros, que son los hombres más antiguos y más seguros, empiezan a participar de la agitación general.

Con independencia de este estallido absurdo de superstición, parece que las cosas se presentan bastante más satisfactorias. El campo de hielo que se formaba hacia el sur de donde estamos ha desaparecido en parte, y el agua está tan caliente que me siento inclinado a creer que nos encontramos en una de las ramas de la corriente del golfo que pasa entre Groenlandia y Spitzbergen. Alrededor del barco hay en abundancia pequeñas medusas y limones de mar, con gran cantidad de camarones, de modo que hay muchas probabilidades de que se descubra alguna ballena. A decir verdad, hacia la hora de la comida vimos que una de ellas lanzaba su soplido, pero la situación en que se encontraba hizo imposible que nuestras lanchas la persiguiesen.

Septiembre 13

He tenido una conversación interesante en el puente con el primer oficial, Mr. Milne. Por lo visto, nuestro capitán resulta un enigma tan completo para

los hombres de mar, e incluso para los propietarios de esta embarcación, como lo ha sido para mí. Mr. Milne me cuenta que cuando, al rendir viaje, se paga a todo el mundo, el capitán Craigie desaparece, y ya no se le vuelve a ver hasta que se aproxima otra estación; entonces entra tranquilamente en las oficinas de la Compañía y pregunta si serán necesarios sus servicios. No tiene ningún amigo en Dundee, ni hay nadie que afirme conocer su vida en épocas anteriores. El cargo que se le confía depende por completo de su habilidad como hombre de mar, y de la fama de hombre valiente y sereno que se ganó en su calidad de oficial, antes de que le confiaran el mando supremo de un barco. Según opinión unánime, no es escocés, y el nombre y apellido que usa son supuestos. Mr. Milne piensa que se ha dedicado a la pesca de ballenas únicamente porque es ésta la más peligrosa de las ocupaciones que le era posible elegir, y asegura también que nuestro capitán busca la muerte de cuantas maneras puede. Citó varios casos en apoyo de su afirmación; uno de ellos es bastante curioso si, en efecto, es cierto. Según parece, uno de los años no se hizo presente por las oficinas, y se eligió en sustitución suya a otro hombre. Eso ocurrió allá durante la última guerra entre rusos y turcos. Cuando a la primavera siguiente volvió a comparecer, tenía en un lado del cuello la cicatriz de una herida, y acostumbraba ocultarla con su corbata. Yo no estoy en condiciones de afirmar que el oficial estaba en lo cierto al sacar de ese hecho la consecuencia de que nuestro capitán había estado en la guerra. Desde luego, la coincidencia es extraña.

El viento está rolando en dirección Este, pero es todavía muy suave. Tengo la impresión de que el campo de hielo se va acercando más que ayer. Por todas partes y hasta donde alcanza la vista se extiende una inmensa llanura de un blancor absoluto, roto únicamente por alguna grieta o por la negra sombra de un montículo. Por el lado del Sur se nos ofrece el estrecho camino de agua azul que constituye nuestra única posibilidad de huida, y que se va estrechando más cada día. El capitán está tomando sobre sí una grave responsabilidad. Me dicen que el depósito de patatas se ha agotado y que también el bizcocho anda escaso, a pesar de lo cual mantiene el mismo rostro impassible, y se pasa la mayor parte del día en el puesto del vigía de lo más alto del mástil, recorriendo el horizonte con sus gemelos. Su genio es muy variable; se diría que rehúye ahora mi compañía, pero no se ha repetido la escena violenta de la

otra noche.

7,30 de la mañana

Mi opinión, muy meditada, es que estamos mandados por un loco. No hay manera de explicar de otro modo las extraordinarias extravagancias del capitán Craigie. Es una suerte que yo lleve este Diario de nuestra expedición, porque servirá para que nos justifiquemos en el caso de que tengamos que someterlo a alguna coerción, cosa a la que yo no accederé si no es en último extremo. Resulta curioso que haya sido él mismo quien ha apuntado la posibilidad de que el secreto de su extraña conducta esté en la locura y no simplemente en la excentricidad. Hará cosa de una hora, y mientras yo iba y venía paseándome por el alcázar, él estaba en el puente, oteando como siempre el mar con sus gemelos. La mayoría de la tripulación está abajo tomando el té, porque en estos últimos días no se han cumplido las guardias con toda regularidad. Cansado de pasear, me recosté en la amurada y me quedé mirando el suave resplandor que el sol poniente proyectaba sobre los grandes campos de hielo que nos rodean. Una voz áspera me sacó bruscamente de la ensoñación en que había caído, y al volverme sobresaltado, me encontré con que el capitán había bajado a cubierta y estaba a mi lado. Miraba por la superficie del hielo con una expresión en la que el horror, la sorpresa y algo que se acercaba al júbilo pugnaban por sobreponerse. A pesar del frío, le caían de la frente gruesas gotas de sudor, y saltaba a la vista que se encontraba muy excitado. Sus miembros se contraían lo mismo que los de un hombre que se encuentra al borde de un ataque de epilepsia, y las líneas de ambos lados de su boca estaban tensas y duras.

—¡Mire! —jadeó, agarrándome de la muñeca; pero sus ojos permanecían mirando hacia los hielos lejanos y su cabeza se movía lentamente en dirección horizontal, como siguiendo algún objeto que se movía cruzando su campo de visión—. ¡Mire! ¡Allí, hombre, allí! ¡Entre aquellos montículos! ¡Ahora sale de detrás del más lejano! ¿La ve usted, la ve usted? ¡Tiene que verla! ¡Allí todavía! ¡Huye de mí, vive Dios, huye de mí! ¡Ya desapareció!

Pronunció estas dos palabras últimas en un cuchicheo de angustia concentrada que no se me borrará jamás de la memoria. Se aferró a los

flechastes y trató de trepar encima del antepecho, como si esperase obtener una última ojeada de la visión que desaparecía. Pero sus fuerzas no se lo permitieron y cayó contra las claraboyas del salón, en las que se apoyó, jadeante y agotado. Su rostro estaba tan lívido, que creí que iba a perder el conocimiento, por lo que me apresuré a ayudarlo a bajar por la escalera de escotilla, y lo acosté en uno de los sofás de la cámara. En seguida le vertí un poco de aguardiente entre los labios, apoyando en ellos la botella, y eso ejerció un efecto tan admirable, que le subió de nuevo la sangre a la cara lívida y aquietó los respingos de sus pobres miembros. Se incorporó sobre un codo, miró en torno suyo para ver si estábamos solos, y me hizo señal de que me acercase y me sentase a su lado.

—Usted la vio, ¿verdad que sí? —me preguntó, hablando siempre en el tono de voz apagado y temeroso en que antes se expresó y que tan ajeno era al carácter de aquel hombre.

—No, yo no vi nada.

Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás sobre los almohadones, y murmuró:

—Claro, no podía verla sin gemelos. No podía verla. Si yo la vi fue gracias a los gemelos, y gracias a éstos vi también los ojos amorosos..., los ojos amorosos. Doctor, no deje que entre el camarero. Va a creer que estoy loco. Corra por dentro el cerrojo, hágame el favor.

Me levanté e hice lo que me pedía.

Permaneció un rato en silencio, embebido en sus pensamientos, y luego volvió a incorporarse sobre el codo y pidió un poco más de aguardiente.

—Usted, doctor, no cree que estoy loco, ¿verdad? —me preguntó en el momento en que yo volvía a colocar la botella en el estante—. Dígame ahora, de hombre a hombre: ¿cree usted que estoy loco?

—Lo que creo es que tiene usted en el alma alguna preocupación que le excita y que le hace muchísimo daño —le contesté.

—¡Ha dado usted en el blanco, muchacho! —exclamó él, con los ojos centelleantes por efecto del aguardiente—. Tengo muchas cosas en el alma, muchas. Pero todavía soy capaz de calcular la latitud y la longitud, y manejo mi sextante y mi tabla de logaritmos. ¿Verdad que ante un tribunal de justicia no podría usted presentar pruebas suficientes de que estoy loco?

Resultaba curioso oír a aquel hombre, que estaba tumbado de espaldas, plantear fríamente el problema de si su razón regia o no regia. Yo le contesté:

—Es posible que no; pero sigo pensando que haría usted bien en regresar cuanto antes a puerto, y asentarse para vivir una vida tranquila durante algún tiempo.

—De manera que volver a puerto, ¿eh? —murmuró con una mueca de burla—. Una frase en mi favor y dos en favor de usted. Asentarme para vivir con Flora, con la linda Florita. ¿Son síntomas de locura las pesadillas?

—A veces, sí —le contesté.

—¿Y qué otros síntomas hay? ¿Cuáles serían los primeros síntomas de locura?

—¡Los dolores de cabeza, los zumbidos en las orejas, centelleos de luz delante de los ojos, engaños visuales...

—¿Ah, sí? ¿Qué hay acerca de esto último? —me interrumpió—. ¿A qué llamaría usted un engaño visual?

—A ver lo que no existe en la realidad.

—¡Pero si ella estaba realmente allí! —dijo quejumbroso y como hablando consigo mismo—. ¡Ella estaba realmente allí!

Se levantó, descorrió el cerrojo de la puerta y se encaminó con paso lento e inseguro a su propio camarote, del que estoy seguro que no saldrá hasta mañana por la mañana. Cualquiera que sea la visión que él creyó ver como realidad, lo cierto es que su organismo ha recibido un choque terrible. Ese hombre se convierte para mí cada día en un misterio mayor, aunque me temo que la solución que él mismo ha sugerido es la exacta y que tiene perturbada la razón. No creo que tenga nada que ver con su comportamiento una conciencia culpable. Esta idea corre entre los oficiales, y, según tengo entendido, es la más aceptada entre la tripulación; pero yo no he advertido nada en que pueda apoyarse. No tiene el aspecto de un culpable, sino el de un hombre que ha sido terriblemente maltratado por la suerte, y al que habría que mirar como a un mártir más bien que como a un criminal.

El viento rola esta noche hacia el Sur. ¡Que Dios nos proteja si llega a cerrar el estrecho paso que constituye nuestro único camino hacia la salvación! Situados como estamos al borde del principal campo de hielo del Ártico, es decir, en lo que los balleneros llaman la barrera, cualquier viento

del Norte contribuye a romper el hielo a nuestro alrededor, permitiéndonos la fuga, mientras que todo viento del Sur empuja hacia arriba los hielos flotantes que hay a nuestra espalda y nos encierra entre dos campos helados. ¡Que Dios nos proteja, vuelvo a decir!

Septiembre 14

Domingo, y día de descanso. Mis temores se han visto confirmados, y la estrecha faja de aguas azules ha desaparecido del Sur. A nuestro alrededor le ven sólo grandes campos de hielo inmóviles, con sus extraños montículos y sus fantásticos pináculos. Reina por toda la ancha extensión de hielo un silencio de muerte, que produce una sensación horrible. Ya no se oye el palmoteo de las olas, el grito de las gaviotas ni el crujir de las velas hinchadas por el viento, sino que reina un profundo silencio universal, en el que los murmullos de los marineros y el crujir de sus botas sobre la cubierta de un blancor brillante parecen desentonar y estar fuera de su sitio. Nuestro único visitante fue un zorro ártico, animal que resulta extraño en los campos de hielo, aunque abunda bastante en tierra. Sin embargo, no se acercó al barco, sino que, después de escrutarlo desde alguna distancia, huyó rápidamente a través del hielo. Esta actitud resultó extraña, porque esos animales no saben nada del hombre, y como son por naturaleza curiosos, llegan a familiarizarse tanto que resulta cosa fácil su captura. Incluso este pequeño incidente produjo mala impresión en los tripulantes, por increíble que parezca. El comentario de uno de los principales arponeros, al que los demás otorgaron su aquiescencia con movimientos afirmativos de cabeza, fue éste: «Ese pobre animal barrunta más, sí, señores, y ve más que ustedes y que yo».

Resulta inútil tratar de razonar contra supersticiones tan pueriles. Ellos han formado ya su criterio de que este barco lleva encima una maldición, y no habrá nada capaz de convencerles de lo contrario.

El capitán permaneció recluido durante todo el día, menos una media hora por la tarde, que salió al alcázar. Me fijé en que no apartaba su vista del lugar donde se le había aparecido la visión del día anterior, y me preparé a otro acceso por el estilo, pero éste no sobrevino. No dio señales de que me veía, aunque yo me encontraba junto a él, se leyeron como de costumbre los oficios

divinos por el mecánico principal. Es una cosa curiosa el que se emplee siempre en los barcos balleneros el libro de oraciones de la Iglesia de Inglaterra, aunque no haya jamás ni un solo adepto de dicha Iglesia ni entre los oficiales ni entre la tripulación. Los de la nuestra son exclusivamente católicos romanos o presbiterianos, predominando aquéllos. Como se emplea un rito extraño a ambos, ni unos ni otros pueden quejarse de que hay preferencias, y escuchan los rezos con toda atención y devoción. Tiene, pues, el sistema algo de recomendable.

La puesta del sol fue magnífica, y los campos de hielo parecían un lago de sangre. Jamás he contemplado un efecto más maravilloso y al propio tiempo más raro. El viento está rolando. Si durante veinticuatro horas sopla del Norte, nuestra situación será todavía buena.

Septiembre 15

Hoy es el cumpleaños de Flora. ¡Querida muchacha mía! Mejor es que no pueda contemplar a su muchacho, como ella me llamaba, encerrado entre los campos de hielo, a las órdenes de un capitán loco, y con provisiones para unas pocas semanas solamente. Estoy seguro de que ella lee todas las mañanas la lista de entradas y salidas de barcos en el Scotsman para ver si da noticias de nuestra llegada desde Shetland. Yo tengo que dar ejemplo a la tripulación y mostrarme alegre y despreocupado; Dios sabe, sin embargo, que hay momentos en que me pesa muchísimo el corazón.

El termómetro marca hoy 19° Fahrenheit. El viento es escaso, y cuando sopla lo hace desde un cuadrante desfavorable. El capitán está de un humor excelente; yo creo que se imagina haber visto algún otro agujero o visión durante la noche, porque a primera hora de la mañana entró en mi camarote, e inclinándose sobre mi litera, me cuchicheó: «No era un engaño visual, doctor. Todo es verdad».

Después de desayunarnos, me pidió que hiciese el inventario de la cantidad de alimentos que quedaban, y me dediqué a ello con la ayuda del segundo oficial. Son más escasos todavía de lo que habíamos calculado. A proa disponen de medio tanque de bizcocho, tres barriles de carne salada y una cantidad muy pequeña de café y de azúcar. En la despensa y estantería de

popa hay una gran cantidad de artículos de lujo, tales como salmón en lata, sopas, carnero con vainas de judías, etcétera, pero darán para muy poco al repartirlas entre una tripulación de cincuenta hombres. Hay en el almacén dos barricas de harina y una cantidad ilimitada de tabaco. Cuando le llevamos el informe de esas existencias al capitán, dio orden de que se tocase el silbato llamando a toda la tripulación, y les dirigió la palabra desde el alcázar. Nunca lo vi desenvolverse mejor. Con su figura alta y bien formada y su rostro moreno y expresivo, parecía un hombre nacido para mandar, exponiendo la situación a la manera fría propia de un marino y demostrando que, al mismo tiempo que medía todo el alcance del peligro, no se le escapaba tampoco ninguna de las posibilidades de salir del mismo.

Habló de esta manera:

—Muchachos: Estoy seguro de que pensáis que os he metido en una situación de la que es difícil salir, y quizá alguno de vosotros sienta rencor contra mí por esa razón. Pero recordad que ningún barco regresó a nuestro puerto, en muchísimas de las últimas temporadas, con tanto dinero en aceite como este viejo *Polestar*, y que todos vosotros recibisteis la parte que correspondía del mismo. Vosotros habéis podido dejar en casa a vuestras mujeres sin que les falte nada, mientras que otros pobres marineros las encuentran recogidas en un asilo de caridad cuando regresan al país. Si tenéis que estarme agradecidos por lo primero, también tenéis que estarme agradecido por lo segundo, de manera que estamos a mano. Antes de ahora hemos intentado aventuras audaces y hemos salido de ellas con bien, de modo que, aunque en esta ocasión hayamos intentado una de esas aventuras, fracasando en ella, no hay razón para que protestemos por ello. Si lo malo se convierte en lo peor, siempre podremos encaminarnos hacia tierra a través de los campos de hielo, y reunir un stock de focas como para mantenernos con vida hasta la primavera. Sin embargo, no llegaremos a eso, porque vosotros y yo descubriremos las costas de Escocia antes de que huyan transcurrido tres semanas. Por ahora todos tendremos que ponernos a media ración, y esa media ración será para todos igual, sin preferencia para ninguno. Manteneos animosos y saldremos de este paso lo mismo que hemos salido con bien de muchos peligros antes de ahora.

Septiembre 16

El viento ha rolado durante la noche hacia el Norte, y se advierten en el hielo síntomas de que se está abriendo. La tripulación muestra buen humor, a pesar de la corta ración a que están sometidos.

En el cuarto de máquinas se mantienen las calderas a presión, a fin de que no se pierda un momento si se presenta la oportunidad de escapar. El capitán se muestra de un genio exuberante, aunque alguna que otra vez se advierte aquella extraña expresión de embrujamiento de que he hablado anteriormente. Este estallido de buen humor me intriga más aún que su anterior melancolía. No logro comprenderlo. Creo haber mencionado en la primera parte de este Diario que una de las rarezas del capitán consiste en no permitir que entre nadie en su camarote, hasta el punto de que él mismo se hace la cama y atiende a todos los detalles de su comodidad.

Con gran sorpresa mía, hoy me entregó la llave de ese camarote y me pidió que bajase y tomase el tiempo por su cronómetro, mientras él calculaba la altura del sol a mediodía. Se trata de una habitación pequeña y sencilla, en la que los únicos lujos, fuera de algunos cuadros que cuelgan de sus paredes, son un lavabo vertical y algunos pocos libros. La mayor parte de los cuadros consisten en pequeñas oleografías baratas; pero uno de ellos intacto en acuarela, representaba la cabeza de una mujer joven que atrajo mi atención. Era evidentemente un retrato, y no uno de esos caprichosos ejemplares de belleza femenina a que tan aficionados son los hombres de mar. Ningún artista habría sido capaz de sacarse de su propia imaginación una mezcla tan curiosa de energía y de debilidad. Los ojos lánguidos, ensoñadores, de pestañas largas, y la frente ancha y baja, sin arrugas de preocupaciones ni de pensamientos, presentaban un fuerte contraste con la mandíbula, recta y abultada y con lo tenso del labio inferior. Debajo del retrato había escrito en uno de los ángulos: «M. B., aet. 19». En aquel entonces me pareció cosa increíble el que en el corto espacio de los diecinueve años de vida fuese capaz nadie de desarrollar la energía de voluntad que estaba retratada en aquella cara. Debió de ser una mujer extraordinaria. Sus facciones ejercieron sobre mí tal fascinación que, a pesar de no haber tenido tiempo sino para

dirigirles una rápida mirada, sería yo capaz, si tuviese habilidades de dibujante, para reproducirlas línea por línea en esta página de mi Diario. ¿Qué papel habrá representado esa mujer en la vida de nuestro capitán? Tiene colgado el cuadro al fondo de su litera, de modo que sus ojos puedan mirarlo siempre. Si el capitán fuese un hombre menos reservado, yo me permitiría hacerle alguna observación a ese respecto.

De todo lo demás que había en el camarote, nada merece ser mencionado —zamarras de uniforme, un taburete de campamento, un pequeño espejito, un estuche de tabaco y numerosas pipas, entre las que había un narguile oriental —, detalle este último dicho sea de paso, que parece dar cierto viso de probabilidad a lo que contó Mr. Milne sobre la participación del capitán en la guerra, aunque la relación entre una cosa y otra parezca bastante lejana.

11,20 de la noche

Acaba de marchar el capitán a acostarse después de haber mantenido una conversación larga e interesante sobre temas generales. Cuando él quiere sabe ser un compañero por demás encantador, porque ha leído mucho y sabe expresar sus opiniones con fuerza sin sentar plaza de dogmático. Yo siento rencor contra quienes me dan pisotones en la punta de los dedos de mis pies intelectuales. Habló acerca de la naturaleza del alma, y expuso someramente los criterios de Aristóteles y de Platón acerca del problema, expresándose de manera magistral. Él por su parte, parece inclinado a la teoría de la metempsicosis y a las doctrinas de Pitágoras. Al exponer éstas se refirió al espiritualismo moderno, lo que me dio ocasión de aludir en broma a las imposturas de Slade; con gran sorpresa mía, él me puso muy en guardia contra la tentación de confundir al inocente con el culpable, aduciéndome que sería tan falta de lógica como calificar el cristianismo de error porque hubo un Judas que profesaba esa religión que era un canalla. Poco después me dio las buenas noches y se retiró a su habitación.

El viento está adquiriendo fuerza y sopla de una manera persistente desde el Norte. Las noches son ya tan oscuras como las de Inglaterra. Confío en que mañana nos veremos libres de nuestras cadenas de hielo.

Septiembre 17

Otra vez el fantasma. ¡Gracias a Dios que tengo los nervios fuertes! La superstición de estos pobres hombres y los relatos circunstanciales, que hacen con la máxima seriedad y convicción, horrorizarían a cualquier hombre que no estuviese acostumbrado a sus cosas. Circulan muchas versiones acerca del asunto, pero la suma total de las mismas es que alguna cosa extraña y rara ha estado moviéndose durante la noche alrededor del barco, y que la han visto Sandie M'Donald, de Peterhead, y *el largo*, Peter Williamson, de Shetland, y también Mr. Milne, que estaba en el puente. Así, pues, como son tres los testigos, pueden defender mejor el caso que como lo hizo el segundo oficial. Hablé después del desayuno con Milne, y le dije que él debería estar por encima de tales absurdos, y que en su calidad de oficial estaba obligado a dar mejor ejemplo a la tripulación. Él movió de un lado a otro, con expresión ominosa, la cabeza curtida por la intemperie, pero me contestó con su cautela característica:

—Doctor, quizá sí y quizá no me parezca a mí un fantasma. Yo no puedo decir que preste fe a todas esas cosas de fantasmas del mar y otras por el estilo, aunque son muchos los que afirman haber visto uno de ellos por sus propios ojos. Yo no soy asustadizo, pero quizá se le hubiese helado la sangre también a usted un poco si, en lugar de hablar del asunto a la luz del día, hubiese estado conmigo la noche pasada y hubiese visto una forma espantosa, blanca y horrible, unas veces aquí, otras allí, gimiendo en la oscuridad igual que un corderito que ha perdido a su madre. Yo creo que estaría usted menos inclinado a decir que son cuentos de viejas.

Vi que era inútil ponerme a razonar con él, y me conformé con pedirle como favor personal que me llamase la próxima vez que apareciese el espectro. Él accedió a mi petición con grandes exclamaciones que demostraban su deseo de que no se presentase nunca semejante oportunidad.

Tal y como yo esperaba, el blanco desierto que teníamos a nuestras espaldas aparece roto por muchos canales estrechos de agua, que lo cortan en todas direcciones. Nuestra latitud en el día de hoy es de 80° 52' Norte, lo que demuestra que nuestro campo de hielo sufre un fuerte arrastre hacia el Sur. Si continúa siendo favorable el viento, ese campo de hielo desaparecerá con la misma rapidez con que se formó. De momento, lo único que podemos hacer es

fumar, esperar y confiar en la buena suerte. Me estoy convirtiendo rápidamente en un fatalista. El hombre no puede ser otra cosa cuando trata con factores tan inseguros como el viento y el hielo. Fueron quizá el viento y las arenas de los desiertos de la Arabia los que dieron a los primitivos discípulos de Mahoma su tendencia a inclinarse ante el Destino.

Las alarmas provocadas por el espectro ejercen malísima influencia en el capitán. Yo temí que pudieran excitar su temperamento sensible, y traté de ocultarle la absurda historia; pero, por desgracia, oyó que uno de los hombres de la tripulación aludía a la misma y exigió que se le informase de lo que ocurría. Tal y como yo calculé, esa historia sacó a la superficie toda su oculta locura de una forma exagerada. Yo casi no llegaba a creer que fuese el mismo hombre que la noche anterior había hablado de temas filosóficos con criterio penetrante y juicio sereno. En este momento se pasea de un lado a otro por el alcázar igual que un tigre enjaulado, deteniéndose de cuando en cuando para elevar las manos con un gesto de anhelo y para mirar fijamente, con impaciencia, por toda la extensión del campo de hielo. Habla de una manera constante y entre dientes consigo mismo, y en una ocasión ha gritado: «¡Falta ya poco tiempo, amor mío; falta ya poco tiempo!»

Es triste ver a un marino valeroso y a un cumplido caballero reducido a semejante situación, y pensar que la imaginación y la ilusión puedan acobardar a un alma para la que el peligro auténtico constituye la sal de la vida. ¿Cuándo se vio un hombre en situación igual a la mía, entre un capitán loco y un primer oficial que ve fantasmas? Hay ocasiones en que pienso que yo soy la única persona verdaderamente equilibrada en todo el barco, salvo, quizá, el segundo maquinista, que es una especie de rumiante, y que no se preocuparía de todos los demonios del mar Rojo mientras lo dejasen a él solo y no le revolviesen sus herramientas.

El hielo se deshace rápidamente, y existen las mayores probabilidades de que podamos lanzarnos a navegar mañana por la mañana. Cuando yo les cuente en mi casa todas estas cosas que me han ocurrido, van a creer que las estoy inventando.

12 de la noche

He sufrido un gran sobresalto, aunque ya me siento más tranquilo, gracias a un buen vaso de aguardiente. Sin embargo, como podrá testimoniarme mi letra, no he vuelto aún, ni con mucho, a ser el mismo. El hecho es que he atravesado por un incidente extraño, y empiezo a dudar de si tenía razón suficiente cuando calificué de locos a todos los hombres de este barco porque aseguraban haber visto cosas que mi entendimiento juzgaba carentes de toda razón. ¡Bah! Soy un estúpido dejando que semejante insignificancia me enerve; sin embargo, viniendo, como viene, después de todas estas alarmas, tiene un significado especial. Ya no puedo poner en tela de juicio los relatos de Mr. Manson y del oficial, después de haber pasado yo por aquello mismo de que antes me burlaba.

Después de todo, no fue nada alarmante..., un simple ruido y nada más. Yo no puedo esperar que todas las personas que lean esto, si es que alguien lo lee, simpaticen con mis sentimientos o se den completa cuenta del efecto que me produjo en aquel entonces. Habíamos acabado de cenar, y yo había salido a cubierta para fumarme tranquilamente una pipa antes de acostarme. La noche era muy lóbrega; tanto que, de pie y debajo de la lancha de la cuadra de popa, no alcanzaba a distinguir al oficial que estaba en el puente. Creo haberme referido ya al extraordinario silencio que reina en los mares helados. En otras regiones del globo, aunque sean completamente solitarias, hay siempre una leve vibración en el aire: un ligero runruno, ya proceda de lugares lejanos habitados por el hombre, de las hojas de los árboles, del aleteo de los pájaros o incluso del insignificante roce de la hierba que cubre el suelo. Es posible que no tengamos conciencia de tal runruno, pero si se detuviese súbitamente, lo echaríamos de menos. Sólo aquí, en los mares árticos, se nos mete en la conciencia, con toda su horrenda realidad, el silencio absoluto, de insondable profundidad. El tímpano se tensa para captar el más leve murmullo, y se regodea anhelante con cualquier ruido accidental que se produce dentro del barco. En tal estado de ánimo me encontraba yo, recostado en el antepecho, cuando se dejó oír desde el hielo, casi debajo precisamente de mí, rompiendo el silencio de la noche, un grito agudo y penetrante, que empezó por una nota que yo no creo que haya alcanzado jamás una soprano ligera, y que luego fue subiendo cada vez más hasta culminar en un largo gemido de agonía, que bien

podía ser el grito postrero de un alma en pena. Todavía resuena en mis oídos el grito fantasmal. Quien lo lanzaba parecía expresar dolor, un dolor indecible, y un inmenso anhelo; y, sin embargo, de cuando en cuando, la expresión del dolor estaba cortada por una nota de júbilo. El grito estalló muy cerca de mí; pero, por más que me esforcé por penetrar en las tinieblas, no conseguí distinguir nada. Esperé algún tiempo, pero no volvió a repetirse el grito, y entonces bajé a mi camarote, trastornado como jamás lo estuve en mi vida. Al bajar por la escotilla me crucé con Mr. Milne, que subía a relevar al oficial de guardia, y me dijo:

—Qué, doctor, ¿eran cuentos de viejas? ¿Oyó su lamento? ¿Se trata de supersticiones? ¿Qué opina ahora?

No tuve más remedio que disculparme ante aquel hombre honrado, y le confesé que estaba tan intrigado como él. Quizá mañana por la mañana vea las cosas de otro modo. En este momento casi ni me atrevo a escribir todo lo que pienso. Quizá si lo volviese a leer más adelante, cuando me haya liberado de este ambiente, sentiría desprecio de mí mismo por haber sido tan débil.

Septiembre 18

He pasado una noche intranquila y desasosegada, perseguido constantemente por aquel extraño ruido. Tampoco parece que el capitán haya descansado mucho, porque tiene el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre. No le he contado, ni le contaré, mi aventura de la noche pasada. Ya, sin eso, está inquieto y excitado, tan pronto de pie como sentado, incapaz de quedarse tranquilo en un sitio.

Esta mañana apareció en el campo de hielo un gran espacio libre, tal y como yo había calculado, y pudimos levantar nuestra ancla de hielo, navegando después unas doce millas en dirección Oeste-Sudoeste. Pero allí nos detuvo otro gran campo de hielo flotante, tan macizo como cualquiera de los que hemos dejado atrás. Nos cierra el paso tan por completo, que no nos queda otro recurso que echar de nuevo el ancla y esperar a que se rompa, cosa que ocurrirá probablemente antes de veinticuatro horas, si persiste el viento. Divisamos varios lobos marinos de nariz de vejiga, y matamos uno a tiros. Era un animal enorme, de más de once pies de largura. Son animales valerosos y

peleadores; según se dice, capaces de hacer frente a un oso. Por suerte, son lentos y torpes en sus movimientos, de modo que tiene escaso peligro el atacarlos sobre la superficie del hielo.

Es evidente que el capitán no cree que hayamos llegado al límite de nuestras dificultades, aunque no llevo a penetrar en las razones que tiene para juzgar la situación tan sombría, ya que todos los demás opinan que nos hemos salvado de una manera milagrosa, y están seguros de que llegaremos al mar abierto.

—Doctor, me imagino que pensará usted que ya pasó todo peligro, ¿verdad? —me preguntó cuando nos sentábamos a comer juntos.

—Así lo espero —le contesté.

—Pues no hay que estar demasiado seguro..., aunque, sin duda, tiene usted razón. ¿Verdad, joven que muy pronto nos veremos en brazos de las mujeres que constituyen nuestro leal amor? Pero no debemos estar demasiado seguros, no debemos exagerar nuestra seguridad.

Permaneció sentado unos momentos, balanceando pensativo las piernas atrás y adelante, y prosiguió:

—Escúcheme. Este lugar en que estamos es peligroso hasta en sus mejores momentos. Es traicionero y peligroso. Yo he visto a hombres que han desaparecido en un segundo en un suelo como éste. Algunas veces es suficiente un resbalón; un simple resbalón, y se hunde usted por una grieta, y sólo queda un burbujeo de aguas verdes para indicar el sitio en que se hundió.

Siguió diciendo con risa nerviosa:

—Es extraño, pero jamás se me ocurrió hacer testamento durante todo el tiempo que anduve por estos parajes. No porque yo tenga nada de particular que legar, sino porque el hombre que está expuesto a peligros debe tener siempre las cosas listas y arregladas. ¿No lo cree usted así?

—Desde luego —le contesté, preguntándome adónde iba a parar.

—El saber que uno lo tiene todo dispuesto produce alivio —prosiguió—. Pues bien: si algo me ocurriese, espero que usted cuidará de mis asuntos. En el camarote hay pocas cosas de valor; pero yo deseo que, tal y con lo que contiene, se venda, y que su producto se reparta entre los hombres de la tripulación, en proporción idéntica a como se reparte el dinero del aceite. Deseo que guarde usted el cronómetro como pequeño recuerdo de nuestra

expedición. Claro está que esto es una simple precaución, pero me pareció conveniente hablarle a ese respecto. Me imagino que, si llegase el caso, puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Con absoluta seguridad —le contesté—, y puesto que usted da este paso, creo que yo también...

—¡Usted! ¡Usted! —me interrumpió—. A usted no le pasa nada. ¿Qué tiene que ver nada de todo esto con, usted? Bien; me he dejado llevar del genio, pero la verdad es que no me gusta que un joven, que apenas ha empezado a vivir, se preocupe de la muerte. Suba a cubierta, respire un poco de aire puro, en lugar de estar conversando de cosas idiotas en la cámara, estimulándome a mí para que haga lo mismo.

Cuanto más pienso en aquella conversación nuestra, menos me agrada. ¿Por qué se le ocurre a ese hombre dejar arreglados sus asuntos en el momento mismo en que parece que estuviéramos saliendo fuera del peligro? Su locura debe de moverse dentro de una lógica determinada. ¿Piensa acaso suicidarse? Recuerdo que en cierta ocasión se expresó con profunda reverencia hacia la vida, exponiendo la atrocidad que supone el crimen de matarse a sí mismo. Sin embargo, no dejaré de vigilarlo, y aunque me es imposible entremeterme en su vida privada cuando se encuentra dentro de su camarote, haré por lo menos cuestión de honor permanecer sobre cubierta todo el tiempo que él esté allí.

Mr. Milne toma a chacota mis temores, y asegura que todo son tácticas del capitán. Él, por su parte, mira con gran optimismo la situación. Opina que para pasado mañana habremos salido de entre los hielos, cruzaremos dos días después por Jan Meyen, y avistaremos Shetland en poco más de una semana. Ojalá no sea demasiado optimismo el suyo. Ahora bien: como se trata de un marino viejo y experimentado, que mide bien sus palabras antes de pronunciarlas, su opinión puede servir de contrapeso a las sombrías precauciones del capitán.

* * *

Se ha producido, finalmente, la catástrofe que venía amenazando desde hacía tanto tiempo. No sé cómo describirla. El capitán ha desaparecido. Pudiera ser que regresase con vida a reunirse con nosotros en el barco, pero

abrigo muchos temores..., abrigo muchos temores. Son las siete de la mañana del día 19 de septiembre. Durante toda la noche he estado recorriendo, en compañía de un grupo de marineros, el gran campo flotante de hielo que tenemos delante de nosotros, con la esperanza de descubrir algún rastro suyo; pero todo ha sido en vano. Voy a tratar de relatar de alguna manera las circunstancias que concurrieron en su desaparición. Si alguien, por casualidad, lee las líneas que siguen, yo espero que tendrá muy presente que yo no escribo basándome en conjeturas ni porque me lo hayan contado, sino que, como hombre que está en su sano juicio y es persona educada, relato con exactitud las cosas que sucedieron ante mis propios ojos. Respondo de los hechos, aunque las suposiciones son cosa mía.

Después de la conversación que he copiado, el capitán se mantuvo del mejor humor. Sin embargo, se advertía que se encontraba nervioso e impaciente; a cada instante cambiaba de posición, y sus miembros se agitaban de la manera involuntaria y coreica que a veces le caracteriza. En el espacio de un cuarto de hora subió siete veces a cubierta, volviendo a bajar después de dar algunos pasos precipitados. En todas esas ocasiones fui yo tras él, porque advertí en su cara un algo que me confirmó en mi resolución de no perderlo de vista un momento. Debió de darse cuenta del efecto que sus idas y venidas habían producido, porque trató de tranquilizar mis recelos mediante una hilaridad exagerada, y riéndose a carcajadas al menor chiste.

Después de la cena volvió a subir a la cubierta por el lado de popa, y yo le acompañé. La noche era oscura y muy callada, sin más ruido que el melancólico gemir del viento entre la arboladura. Una espesa nube avanzaba desde el Noroeste, y los desgarrados tentáculos que despedía hacia adelante eran arrastrados y se interponían tapando el disco lunar, que sólo brillaba de cuando en cuando por algunas hendiduras de los nubarrones. El capitán iba y venía con paso rápido por la cubierta; dándose cuenta de que yo le seguía como una sombra, vino hasta mí para darme a entender que estaría mejor en la cámara. No hará falta decir que aquello sólo consiguió reforzar aún más mi resolución de permanecer sobre cubierta.

Creo que después de eso ya no se volvió a acordar de mí, porque permaneció en silencio y apoyado en el coronamiento del antepecho de popa, mirando hacia el gran desierto de nieve, una parte del cual se hallaba envuelto

en sombras, y la otra aparecía revestida de un brillo difuso del claror de luna. Me di cuenta, por sus movimientos, de que consultaba en varias ocasiones su reloj; en una de ellas pronunció una breve frase de la que sólo pude captar la palabra «dispuesto». Confieso que sentí reptar por todo mi cuerpo una sensación de terror al ver dibujarse su alta figura en la oscuridad, comprendiendo que respondía por completo a la idea de un hombre que ha acudido a una cita previa. ¿Pero con quién tenía la cita? A medida que iba atando cabos empecé a tener una vaga percepción; pero no sospeché ni remotamente la sucesión de los hechos.

Por la súbita intensidad de su actitud comprendí que estaba viendo algo. Me acerqué furtivamente por detrás. Parecía estar contemplando con mirada anhelante e interrogadora algo que a mí me pareció una guirnalda de nubes que el viento arrastraba rápido paralelamente a nuestro barco. Era un conjunto nebuloso y apenas visible, informe, que unas veces destacaba más y otras menos, según le diese o no la luz. En ese instante, la luna tenía un brillo más apagado por estar cubierta por el pabellón de una nube delgadísima como la tela que recubre una anémona.

—Voy, muchacha, voy —gritó el capitán con un tono de ternura y de compasión infinitas, como quien tranquiliza a la persona amada concediéndole un favor largo tiempo esperado, y tan dulce de otorgar como de recibir.

Lo demás ocurrió en un instante. De un salto se encaramó sobre el antepecho, y de otro pisó el hielo casi al pie mismo de la pálida figura nebulosa. Alargó sus manos como para abrazarla, y en esa actitud, con los brazos abiertos y pronunciando palabras amorosas, se metió en la oscuridad. Permanecí rígido e inmóvil, esforzándome en seguir con la mirada aquella figura que se alejaba, hasta que su voz se perdió en la lejanía. No creí volver a verlo, pero en ese instante brilló la luna con todo su claror por una grieta abierta entre los nubarrones, e iluminó el ancho campo de hielo. Entonces volví a ver la masa negra, ya muy lejos; corría con velocidad prodigiosa por la llanura helada. Fue la última imagen que de él tuvimos, y quizá la última que tengamos. Se organizó un grupo para ir en su busca, y yo forme parte del mismo; pero los hombres no realizaban con entusiasmo aquella tarea y nada se encontró. Dentro de unas horas se organizará otro grupo. Mientras pongo todo esto por escrito, tengo que hacerme fuerza para no creer que he estado

soñando o que he sido víctima de una horrenda pesadilla.

7,30 de la tarde

Acabamos de regresar, aspeados y muertos de cansancio, de una segunda e inútil búsqueda del capitán. El campo de hielos flotantes es de enorme extensión; porque, a pesar de que hemos atravesado veinte millas por lo menos de su superficie, no hemos hallado rastro alguno que constituya una prueba de que ha muerto. Las últimas horas han sido de un frío tan intenso, que la nieve de la capa superior está helada como si fuera granito; de no ser así habríamos podido guiarnos por las huellas de sus pies. La tripulación está ansiosa de que zarpeamos y contorneemos con nuestro buque el campo de hielo, dirigiéndonos hacia el Sur, porque durante la noche se ha abierto y se divisa el mar en el horizonte. Razonan diciendo que el capitán Craigie ha muerto con toda seguridad, y que estamos poniendo en peligro nuestras vidas sin ninguna finalidad, precisamente ahora que tenemos ocasión de salir de nuestra difícil situación. Nos ha costado grandísimo trabajo a Mr. Milne y a mí convencerlos de que debemos esperar hasta mañana por la noche, y no hemos tenido más remedio que prometerles que, bajo ninguna circunstancia, retrasaremos más nuestra marcha. Nos proponemos, pues, dormir algunas horas y emprender luego una última búsqueda.

Septiembre 20, noche

Esta mañana he recorrido el campo de hielo con un grupo de tripulantes, explorando la parte sur del mismo, en tanto que Mr. Milne lo hacía por el norte. Avanzamos diez o doce millas sin descubrir rastro de ningún ser vivo, fuera de una sola ave que se cernía a gran altura sobre nuestras cabezas, y que, a juzgar por su vuelo, me pareció un halcón. La extremidad sur del campo de hielo formaba una larga lengua que se metía mar adentro. Cuando llegamos al punto de arranque de ese cabo, los marineros se detuvieron, pero yo les rogué que siguiéramos hasta la punta misma, para que pudiéramos sentir la satisfacción de haber hecho todo cuanto era posible hacer.

Apenas habríamos avanzado un centenar de yardas, cuando M'Donald, de Peterhead, gritó que divisaba una cosa algo más adelante, y echó a correr.

Todos la vislumbramos también, y le seguimos corriendo. Al principio no era sino una confusa mancha negra sobre la superficie blanca del hielo; pero conforme fuimos avanzando tomó la forma de un hombre, y acabó siendo la del hombre que buscábamos. Yacía boca abajo en una loma helada. Muchos pequeños cristales de hielo y de copos de nieve habían sido arrastrados por el viento, quedando depositados encima de su cuerpo, y centelleaban sobre su oscura zamarra de marino. En el momento que nos acercábamos, una ráfaga suelta de viento levantó los minúsculos cristales y copos en su vórtice y formó con ellos un remolino en el aire; cuando volvieron a perder altura, volvió la ráfaga a recogerlos y los arrastró rápidamente hacia el mar. A mí me pareció aquello una ventisca solamente, pero muchos de mis compañeros afirmaron que se había alzado en forma de cuerpo de mujer; se inclinaron para besar el cadáver, lo besaron, y huyeron precipitadamente por el campo de hielo. He aprendido a no ridiculizar jamás las opiniones de los demás, por muy raras que, me parezcan. Lo indudable es que la muerte del capitán Nicholas Craigie no tuvo nada de dolorosa, porque su cara, pellizcada de moretones, tenía una sonrisa de felicidad, y sus brazos estaban aún tendidos, como abrazados a la extraña visitante que le había llamado para que la acompañase en el otro mundo que hay más allá de la tumba.

Lo enterramos aquella misma tarde, envuelto en la bandera del buque, y con un lastre de treinta y dos libras de plomo en los pies. Yo leí el servicio religioso de difuntos, mientras los rudos marineros lloraban como niños, porque eran muchos los que debían grandes favores a su bondadoso corazón, y que exteriorizaban entonces el cariño que sus desconcertantes actitudes habían rechazado en vida. Cayó del escurridero con un chapoteo melancólico y apagado, y yo me quedé mirando dentro de las verdes aguas, viendo cómo se hundía y se hundía, hasta que fue sólo un pequeño retazo blanco y ondulante que flotaba al borde mismo de la oscuridad eterna. Pero también la mancha blanca desapareció, diluyéndose en las tinieblas. Y allí descansará, con su secreto, con sus pesares y su misterio ocultos dentro de su pecho, hasta el gran día en que el mar devuelva sus muertos y en que Nicholas Craigie surja de entre el hielo con la sonrisa en su rostro y sus brazos rígidos alargados para dar la bienvenida. Yo pido a Dios que su suerte sea en aquella vida más feliz de lo que fue en ésta.

No quiero seguir redactando mi Diario. Nuestra ruta hacia la patria se extiende ante nosotros libre de obstáculos y llana, y el gran campo de hielo no será, dentro de poco, sino un recuerdo del pasado. Transcurrirá algún tiempo antes de que haya logrado sobreponerme al choque doloroso de los sucesos recientes. Cuando empecé a escribir este relato de nuestro viaje, estaba muy lejos de pensar que iba a verme obligado a terminarlo de esta manera. Escribo estas últimas líneas dentro de mi camarote, y hay momentos en que me sobresalto porque creo escuchar en la cubierta, por encima de mi cabeza, los pasos rápidos y nerviosos del muerto. Esta noche entré en su camarote, según estaba obligado, para hacer un inventario de todo lo que contenía, y asentarlo en el libro de navegación. Todo estaba tal y como lo vi en mi visita anterior, salvo el cuadro que describí como colocado al fondo de su litera, y que había sido cortado por la parte interior del marco, al parecer, con un cuchillo. No estaba ya el retrato. Con este último eslabón de una extraña cadena de hechos, cierro mi Diario del viaje del *Polestar*.

* * *

(NOTA DEL DOCTOR JOHN M'ALISTER RAY, PADRE.)

*He leído la serie de hechos extraños relacionados con la muerte del capitán del Polestar, tal como se relatan en el Diario de mi hijo. Estoy completamente seguro de que todo ocurrió tal y como él lo cuenta, porque me consta que es un hombre de nervios sólidos y falto de fantasía, que no se aparta nunca de la verdad. Con todo, parece, a simple vista, una historia tan vaga y tan improbable, que me opuse durante mucho tiempo a que la diese a luz. Sin embargo, he tenido, durante los últimos días, oportunidad de recoger, acerca del caso, varios testimonios independientes que arrojan nueva luz sobre el mismo. Acudí a Edimburgo para asistir a una reunión de la British Medical Association, y tropecé casualmente con el doctor P***, viejo compañero mío de Universidad, que ejerce actualmente en Saltash, Devonshire. Al hablarle yo de lo que le había ocurrido a mi hijo, me manifestó que él conocía mucho al hombre en cuestión, y procedió, con gran sorpresa mía, a describírmelo de manera que coincidía de un modo extraordinario con los datos del Diario, salvo en que mi amigo lo representó*

como más joven. Según el relato que me hizo, el capitán del Polestar estuvo comprometido con una joven de extraordinaria belleza que residía en la costa de Cornwall. Durante una ausencia de aquel hombre, la novia había muerto en circunstancias extraordinariamente terribles.

El demonio de la tonelería

No fue tarea fácil la de remontar el *Gamecock* hasta el interior de la isla, porque la ría había arrastrado tanto fango, que los bajíos penetraban muchos kilómetros dentro del Atlántico. Apenas si se distinguía la costa cuando el primer rizo blanco de las rompientes nos previno del peligro que corríamos, y de allí en adelante navegamos con mucho tiento, con sólo la vela mayor y el foque, dejando bien a la izquierda las rompientes, tal como nos lo indicaba la carta de navegación. Más de una vez la quilla tocó el fondo arenoso (en ese momento calábamos algo menos de seis pies), pero tuvimos siempre impulso bastante y mucha buena suerte para seguir adelante hasta el final. La profundidad de las aguas se reducía con mucha rapidez, pero nos enviaron una canoa desde la factoría, y el piloto de raza krooboy nos condujo a menos de doscientas yardas de la isla. Una vez allí echamos el ancla, porque el negro nos indicó, a fuerza de gestos, que no era posible avanzar más. El color azul del mar se había convertido en color marrón del río, y, a pesar del cobijo que nos proporcionaba la isla, la corriente gorgoriteaba y se encrespaba a uno y otro lado de nuestra proa. Daba el río la impresión de estar salido de madre, porque sobresalía por encima de las raíces de las palmeras, y veíamos por todas partes, en aquella superficie fangosa y grasienta, troncos de árboles y restos de todas clases que la corriente había arrastrado.

Una vez seguros de que flotábamos sin peligro en nuestro anclaje, creí preferible iniciar en el acto la tarea de la aguada, porque aquel lugar me produjo la impresión de que rezumaba fiebres. Lo lento de la corriente, las orillas fangosas y llenas de charcos, el brillante verdor venenoso de la manigua, el húmedo vapor que flotaba en la atmósfera, todo, en una palabra, eran otras tantas indicaciones de peligro para quien fuese capaz de

entenderlas. Despaché, pues, la lancha larga con dos grandes barricas, con cuyo contenido deberíamos tener agua suficiente hasta que tocásemos en San Pablo de Loanda. Yo, a mi vez, embarque en el chinchorro y me dirigí, remando, hasta la costa, porque se veía ondear por encima de las palmeras la bandera inglesa, que señalaba el lugar en que Armitage and Wilson tenían establecido su depósito comercial. Una vez que dejé atrás el bosque, surgió ante mí el depósito, que consistía en un edificio largo, bajo y enjalbegado, que tenía en la parte delantera una terraza profunda, con una pila inmensa de barriles de aceite de palmera amontonados a uno y otro lado. Una hilera de barcas de rompiente y de canoas se extendía a lo largo de la playa, y un único muelle pequeño se proyectaba dentro del río. Al final de ese muelle me esperaban dos hombres vestidos de blanco, con fajas rojas alrededor de la cintura. Uno de ellos era muy voluminoso y de barba entre cana. El otro era delgado y alto, de rostro pálido y alargado, medio oculto bajo el gran sombrero de forma de hongo. Este último me dijo cordialmente:

—Me alegro mucho de verle. Soy Walker, el agente de Armitage and Wilson. Permítame presentarle al doctor Severall, de la misma Compañía. No es cosa frecuente que aparezca por aquí un yate particular.

—Es el *Gamecock* —le expliqué—. Yo soy su propietario y su Capitán. Me apellido Meldrum.

—¿De exploración? —me preguntó.

—Soy lepidopterista, es decir, cazador de mariposas, y he venido recorriendo las costas occidentales desde el Senegal para abajo.

—¿Buena caza? —preguntó el doctor, mirándome con sus ojos pausados y estriados de amarillo.

—Llevo cuarenta cajones llenos. Hemos entrado para hacer aguada, y también por ver qué es lo que hay por aquí en mi especialidad.

Estas presentaciones y explicaciones dieron tiempo a que mis dos mozos negros amarrasen el chinchorro. Acto continuo caminé muelle atrás, llevando a cada lado a uno de mis nuevos amigos, que me asediaban a preguntas, porque llevaban muchos meses sin ver a ningún blanco.

—¿Que cómo lo pasamos? —dijo el doctor, una vez que empecé yo, a mi vez, a hacerles preguntas—. Nuestro negocio nos mantiene muy atareados, y en las horas de ocio charlamos de política.

—Sí, gracias a una merced especial de la Providencia, Severall es un izquierdista furibundo, y yo soy un unionista de los inquebrantables, de modo que todas las noches y durante dos buenas horas hablamos acerca del Home Rule.

—Y bebemos cocktails de quinina —dijo el doctor—. En la actualidad estamos ya bien empapados del producto; pero el año pasado nuestra temperatura normal solía oscilar por los 39°. Como consejero imparcial, yo no puedo recomendarle que permanezca en estos lugares mucho tiempo, a menos que se dedique a coleccionar bacilos lo mismo que colecciona mariposas. La desembocadura del río Ogowai no será nunca un lugar como para que vengan las gentes a cuidar de su salud.

No hay nada más hermoso que la manera que tienen estos avanzados lejanos de la civilización de destilar un humorismo áspero, aprovechando la misma desolación en que viven, y poniendo no sólo cara valerosa, sino también divertida a las posibilidades que les proporcionan sus vidas. En todas partes, desde Sierra Leona hacia abajo, he encontrado los mismos fangales pestilentes, las mismas poblaciones aisladas y atacadas de fiebres e idénticos chistes malos. Hay algo que se acerca a lo divino en esta capacidad del hombre para sobreponerse al ambiente en que vive y para emplear su inteligencia en mofarse de las miserias que padece su cuerpo. El doctor dijo:

—Capitán Meldrum, la comida estará lista de aquí a media hora. Walker marchó a prepararla, porque esta semana le corresponde hacer el papel de dueña de casa. Mientras tanto, si es de su gusto, podemos darnos un paseo y yo le mostraré los panoramas de la isla.

El sol se había ocultado ya debajo de la línea de palmeras, y el arco inmenso del firmamento parecía por encima de nuestras cabezas el interior de una concha inmensa, llena de trémulas tonalidades de color de rosa y de iridiscencias delicadas. Ninguna persona que no haya vivido en un país donde el peso y el calor de una servilleta resultan insoportables sobre las rodillas, puede imaginarse el alivio celestial que aporta consigo el frescor de la noche. En esa atmósfera más suave y más pura, nos paseamos el doctor y yo por la pequeña isla, mientras él me iba señalando los detalles de sus almacenes y me explicaba cuál era la rutina de su trabajo.

—Éste lugar tiene cierta atmósfera novelesca —me dijo, contestando a

unas observaciones más sobre lo monótono de sus vidas—. Vivimos en el borde mismo del gran país desconocido. Por allí —y apuntó en dirección al Nordeste— penetró Du Chaillu, y descubrió la patria de los gorilas. Ése es el país de Gabon, es decir, el de los grandes monos. En esta otra dirección —y apuntó hacia el Sudeste—, nadie ha avanzado mucho. La región cuyas aguas recoge este río es prácticamente desconocida para los europeos. Todos los troncos que la corriente arrastra por delante de nosotros proceden de un país no descubierto todavía. Muchas veces habría querido yo estar mejor preparado en botánica, al encontrarme en el extremo oriental de la isla con orquídeas por demás raras y con plantas de aspecto sumamente curioso.

El lugar al que el doctor se refería era una playa de color marrón y en pendiente, en la que se veían por todas partes los restos de objetos arrastrados por las aguas del río. La playa terminaba a uno y otro lado en una curva puntiaguda, es decir, en un pequeño rompeolas natural, y entre ambas puntas quedaba una pequeña bahía de aguas poco profundas. Esa bahía estaba cubierta de vegetación flotante, y un único e inmenso tronco de árbol, astillado y embarrancado en el centro de la misma, cortaba la corriente que se encrespaba ligeramente contra su costado grueso y negro.

—Todo esto procede de países muy lejanos. Embarrancan en nuestra pequeña bahía, hasta que sobreviene una corriente mayor, que los vuelve a poner a flote y los arrastra mar adentro.

—¿Qué árbol es ése? —le pregunté.

—Me imagino que debe de tratarse de una especie de teca, pero que, a juzgar por su aspecto exterior, está completamente podrida. Por aquí pasan flotando toda clase de gruesos árboles de madera dura, para no decir nada de las palmeras. Hágame el favor de entrar aquí.

Me llevó a un edificio largo, en el que se veía una cantidad enorme de duelas de barril y de zunchos de hierro amontonados por todas partes, y me dijo:

—Éste es nuestro taller de tonelería. Nos envían las duelas en fardos, y nosotros mismos las juntamos, formando el barril. ¿No observa usted nada especialmente siniestro en este edificio?

Yo examiné por todas partes el techo alto de hierro acanalado, las blancas paredes de madera y el suelo de tierra. En un rincón descubrí un colchón y una

manta.

—No veo nada que sea muy alarmante —le dije.

—Pues, sin embargo, hay aquí algo que se sale de lo corriente —me contestó—. ¿Ve usted esa yacija? Pues bien: me propongo dormir ahí esta noche. No quiero fanfarronear, pero creo que es una buena prueba para los nervios.

—¿Por qué?

—Pues porque han ocurrido algunas cosas raras. Usted hablaba de la monotonía de nuestras vidas, pero yo le aseguro que en ocasiones no pueden ser más emocionantes. Es mejor que regrese usted ahora a la casa, porque después de la puesta del sol empieza a levantarse de los pantanos la bruma febril. Fíjese: ahí puede ver cómo avanza cruzando el río.

Miré y vi unos largos tentáculos de bruma blanca que salía retorciéndose de entre el tupido verdor del bosque bajo y que reptaba en dirección a nosotros, por encima de la ancha superficie llena de remolinos del río color marrón. En el mismo instante el aire se volvió de pronto frío y húmedo.

—Ahí ha sonado el gong llamando a comer —dijo el doctor—. Si le interesa este asunto, le hablaré del mismo más tarde.

Me interesó muchísimo, porque viéndolo allí en la tonelería abandonada, sus maneras tenían un no sé qué de desasosiego y de misterio que excitó con gran fuerza mi fantasía. Era el doctor un hombre grueso, áspero y cordial: sin embargo, yo descubrí en sus ojos cuando miraba a su alrededor una expresión rara, una expresión que yo no calificaría de miedo, sino más bien la de un hombre que se mantiene alerta y en guardia. Cuando regresábamos a la casa, le dije:

—A propósito, usted me ha mostrado las chozas de gran número de sus obreros indígenas, pero no he visto a ninguno de éstos.

—Es cierto. Duermen en aquel pontón que hay allí enfrente —me contestó el médico, apuntando hacia una de las orillas.

—¿Cómo así? En ese caso no creo que necesiten las chozas.

—Hasta hace muy poco tiempo vivían en ellas, y sólo muy recientemente los hemos trasladado al pontón, hasta que vuelvan a recobrar un poco la confianza. Estaban todos ellos medio enloquecidos de miedo, y por eso les dejamos marchar. Actualmente no duerme nadie en la isla, fuera de Walker y

yo.

—¿Y qué fue lo que los asustó? —pregunté.

—Eso nos vuelve a traer a la misma historia. Me imagino que Walker no tendrá inconveniente en que se lo cuente todo. No sé por qué razón andamos con misterios, aunque se trate, sin duda alguna, de un asunto bastante feo.

No volvió a hacer alusión alguna al tema durante la excelente comida que habían preparado en mi honor. Por lo visto, en cuanto las gavias blancas del *Gamecock* aparecieron al doblar el cabo López, aquellos hombres cariñosos empezaron a preparar su célebre guisado de pimienta —plato picante característico de la costa occidental— y a cocer sus ñames y batatas. Fue una comida inmejorable, al estilo indígena, y nos sirvió un inteligente camarero negro de Sierra Leona. Estaba yo a punto de hacer notar a mis huéspedes que ese hombre, por lo menos, no había tomado parte en la fuga general, cuando, después de colocar los postres y el vino encima de la mesa, se llevó la mano al turbante y preguntó:

—¿Puedo hacer algo más. Mr. Walker?

—No, Mussa; creo que todo está completo —contestó mi anfitrión—. Sin embargo, no me siento muy bien esta noche, y me gustaría mucho que te quedases en la isla.

Observé en la negra cara del africano la lucha entre sus temores y su sentimiento del deber. La piel de su rostro había adquirido el color amarotado que equivale en los negros a nuestra palidez, y sus ojos miraban furtivamente en torno suyo. Por último, exclamó:

—No, no, Mr. Walker. Es preferible que venga usted conmigo al pontón, señor. En el pontón yo lo atendería mucho mejor, señor.

—Mussa, eso no puede ser. Los blancos no huyen de los puestos en que han sido colocados.

Nuevamente pude yo observar la lucha apasionada en la cara del negro, y nuevamente se sobrepusieron sus miedos.

—No puede ser, Mr. Walker, señor —exclamó—. Dios me valga, pero no puedo hacerlo. Quizá lo habría hecho ayer, y quizá lo haría mañana: pero ésta es la tercera noche, señor, y eso es superior a mis fuerzas.

Walker se encogió de hombros, y dijo:

—Lárgate, pues. Cuando llegue el barco del correo puedes regresar a

Sierra Leona, porque yo no quiero servidores que me abandonen cuando más necesito de ellos. Capitán Melbrum, supongo que todo esto es un misterio para usted, si es que el doctor no se lo ha explicado.

—Le he enseñado al capitán Melbrum la tonelería, pero no le he contado el asunto —dijo el doctor Severall.

Y agregó, fijándose en su compañero:

—Walker, tiene usted mal aspecto. Creo que le amenaza un fuerte acceso.

—Sí; he sentido durante todo el día los temblores, y mi cabeza parece en estos instantes una bala redonda de cañón. Injerí tres granos de quinina y me cantan los oídos como si tuviera dentro una olla hirviendo. Pero esta noche dormiré con usted en la tonelería.

—De ninguna manera, querido compañero. No quiero ni oír hablar de semejante cosa. Acuéstese inmediatamente, porque Melbrum sabrá disculparle; estoy seguro. Yo dormiré en la tonelería, y le aseguro que estaré aquí mañana antes del desayuno con su medicina.

Era evidente que Walker había sido atacado por uno de los violentos y súbitos accesos de fiebre remitente que son la plaga de las costas occidentales. Sus mejillas enjutas estaban encendidas y sus ojos brillaban por efecto de la fiebre. De pronto se sentó y empezó a canturrear con la voz chillona propia del delirio.

—Vamos, vamos, compañero, es preciso que te acostemos —dijo el doctor, y entre él y yo llevamos a su amigo al dormitorio.

Una vez allí, lo desvestimos, y de pronto, después de tomar un fuerte sedante, cayó profundamente dormido.

—Así pasará la noche sin dificultad —dijo el doctor cuando nos sentábamos y volvíamos a llenar nuestros vasos—. Unas veces me toca a mí y otras veces le toca a él, pero, por suerte, nunca hemos caído enfermos los dos a un tiempo. Me habría dolido el no estar en condiciones esta noche, porque tengo que aclarar un pequeño misterio. Le dije ya que me proponía dormir en la tonelería.

—Sí, eso me dijo usted.

Cuando hablé de dormir me refería a estar de guardia, porque esta noche no es de sueño para mí. La gente anda tan asustada, que ningún indígena se queda en la isla después de la puesta del sol, y yo me propongo averiguar esta

noche cuál es la causa de semejante pánico. Ha sido costumbre de siempre el que durmiese en la tonelería un vigilante indígena para evitar que roben los zunchos de hierro. Pues bien: hará seis días que el vigilante desapareció, sin que hayamos podido descubrir el menor rastro suyo. Es una cosa muy rara, porque no ha faltado ninguna canoa, y porque estas aguas están infestadas de cocodrilos, siendo imposible que nadie cruce el río a nado. Resulta, pues, un completo misterio el paradero del individuo y la forma en que abandonó la isla. A Walker y a mí el hecho nos produjo simplemente sorpresa, pero a los negros les produjo pánico y empezaron a circular extraños relatos sobre ritos de los Vudús entre la gente. Pero el pánico se convirtió en estampida cuando, hace tres noches, desapareció también el nuevo vigilante de la tonelería.

—¿Qué fue de él? —le pregunté.

—No sólo no lo sabemos, sino que ni siquiera podemos hacer una hipótesis que explique los hechos. Los negros juran que hay en la tonelería un demonio que exige cada tres noches una víctima. Por nada del mundo se quedarían en la isla. Hasta Mussa, que es un muchacho bastante leal, ha sido capaz, según ha podido ver usted, de abandonar a su amo, atacado de fiebres, antes que pasar aquí la noche. Si hemos de seguir con esta factoría, es indispensable que devolvamos la tranquilidad a nuestros negros, y no veo otra manera mejor de conseguirlo que pasando yo mismo allí una noche. Ésta es la tercera, de modo que, sea lo que sea, no puede dejar de presentarse.

—¿Pero no tienen ustedes alguna clave? —le pregunté—. ¿No se descubrió señal alguna de violencia, manchas de sangre, huellas de pies, nada en fin que permita hacer alguna suposición sobre la clase de peligro a que tiene usted que hacer frente?

—Absolutamente nada. Esos hombres desaparecieron, y nada más. El segundo de los dos fue el viejo Alí, que había tenido a su cargo el muelle desde que se fundó la factoría. Fue siempre tan firme como una roca, y sólo una acción criminal ha podido obligarle a faltar a su trabajo.

—Pues bien —le dije yo—: no creo que ésta sea tarea como para que se haga cargo de ella un hombre solo. Su amigo está rezumando láudano, y ocurra lo que ocurra, no le podrá prestar ayuda alguna. Tiene que autorizarme a que pase la noche con usted en la tonelería.

—Meldrum, eso es una acción magnífica por parte suya —me contestó

cordialmente, y me estrechó la mano por encima de la mesa—. Es algo que yo no me habría arriesgado a pedir a un visitante casual, porque resulta excesivo; pero si de veras está usted decidido...

—¡Claro que estoy decidido muy de veras! Si usted me perdona unos momentos, llamaré al *Gamecock* desde la orilla para decirles que no me esperen.

Cuando regresábamos de la punta del muelle, nos llamó la atención el aspecto que presentaba la noche. Del lado de tierra se había formado una mole enorme de nubes de un color negro azulado, y el viento soplaba desde aquella dirección con vaharadas ardientes que parecían salir de la boca de un horno y que nos quemaban la cara. Por debajo del muelle, el río hervía y siseaba, lanzando pequeños escupitajos blancos sobre el maderamen.

—¡Por vida de...! —exclamó el doctor Severall—. Para colmo de nuestras dificultades, parece que se nos va a echar encima una inundación. Esta subida del río significa que han caído grandes lluvias en el interior, y cuando empieza nadie puede saber lo que va a durar. Antes de ahora hubo ya una inundación que anegó casi por completo la isla. Bien; si le parece, iremos a ver si Walker necesita de algo, y luego nos situaremos en nuestro puesto de guardia.

El enfermo estaba sumido en un sueño profundo, y así lo dejamos, después de exprimir algunas limas en un vaso que colocamos al alcance de su mano por si se despertaba con sed por efecto de la fiebre. Después, marchamos en dirección a la tonelería, por entre la lobreguez extraordinaria proyectada por la nube amenazadora. Había crecido tanto el río, que la pequeña bahía que antes he descrito había perdido por completo su forma, porque las aguas habían cubierto la península que la flanqueaba. La gran masa de troncos flotaba de un lado para otro, teniendo en su centro el enorme tronco negro.

—La inundación tiene para nosotros eso de bueno —dijo el doctor—. Se lleva mar adentro todos los restos de vegetación que el río va depositando en el extremo oriental de la isla. Estos que ve usted los trajo una pequeña crecida que hubo el otro día, y estarán ahí hasta que la inundación lo arrastre todo hasta el centro mismo de la corriente. Bien; aquí tiene usted mi habitación, y aquí tiene libros y mi tabaquera. Trataremos de pasar la noche lo mejor que podamos.

El gran local solitario tenía un aspecto muy adusto y temeroso a la luz de una única linterna. Fuera de las pilas de duelas y de los montones de zunchos no había absolutamente nada más que el colchón preparado para el doctor en un rincón. Improvisamos con las duelas un par de asientos y una mesa y nos preparamos a pasar una gran vigilia juntos. Severall había traído para mí un revólver, y él se había provisto de una escopeta de dos cañones. Cargamos las dos armas, y las dejamos con los gatillos levantados al alcance de nuestras manos. Aquel pequeño círculo de luz y las negras sombras que formaban arco por encima de nuestras cabezas eran tan melancólicos, que el doctor regresó a la casa y volvió con un par de velas. Sin embargo, uno de los costados del edificio de la tonelería tenía varias ventanas abiertas, y sólo pudimos evitar que el viento apagase las luces formando mamparas con las duelas.

El doctor, que parecía ser un hombre de nervios de hierro, se puso a leer un libro; pero yo me fijé en que de cuando en cuando lo colocaba sobre la rodilla y miraba con ansiedad en torno suyo. Yo, por mi parte, aunque intenté un par de veces ponerme a leer, no logré concentrar mis pensamientos en el libro. Siempre volvían hacia aquel gran local vacío y silencioso y hacia el siniestro misterio que su sombra proyectaba sobre el mismo. Esforcé mi cerebro por ver si encontraba una hipótesis capaz de explicar la desaparición de aquellos dos hombres. Se daba el hecho trágico de que habían desaparecido, sin que hubiese la menor prueba del porqué de su desaparición o de su destino. Y nosotros estábamos esperando en aquel mismo lugar; esperando, sin tener la más remota idea de lo que esperábamos. Yo tenía razón en decir que aquélla no era una tarea para un hombre solo. Tal como estábamos era ya bastante dura, pero ninguna fuerza del mundo habría sido capaz de obligarme a estar en aquel sitio sin un camarada que me acompañase.

¡Qué noche más interminable y fatigosa! Desde fuera nos llegaban el gorgoriteo y el palmoteo de las aguas del gran río, además del murmullo del viento que se iba levantando. En el interior reinaba el más absoluto silencio, únicamente interrumpido por nuestra respiración, por el ruido que hacían las hojas del libro cuando el doctor las volvía y por el zumbido agudo y chillón de algún mosquito. En una ocasión se me subió el corazón a la boca al caer súbitamente al suelo el libro de Severall y saltar él en pie, con la mirada fija en una de las ventanas.

—¿Vio usted algo, Meldrum?

—No, ¿y usted?

—Tuve una vaga sensación de que algo se movía del lado de afuera de la ventana.

Empuñó su escopeta y se acercó a ella.

—No, no se ve nada; y, sin embargo, yo juraría que algo cruzó por delante de ella lentamente.

—Sería quizá alguna hoja de palmera —dije yo, porque el viento se iba haciendo a cada instante más fuerte.

—Es muy probable —me contestó él.

Y volvió a reanudar la lectura, aunque sus ojos lanzaban a cada momento rápidas miradas de recelo hacia la ventana. Yo también miraba, pero en el exterior todo estaba tranquilo.

El estallido de la tormenta llevó nuestros pensamientos en una nueva dirección. Un relámpago deslumbrador fue seguido por un retumbo que conmovió el edificio. Una vez y otra se fueron produciendo los blancos resplandores seguidos instantáneamente por el trueno, como el fogonazo y el estampido de una monstruosa pieza de artillería, y de pronto vino la lluvia tropical, redoblando con estrépito interminable en la techumbre de hierro acanalado de la tonelería. El enorme local vacío retumbaba lo mismo que un gran tambor. Desde las tinieblas brotaba una extraña mezcolanza de ruidos: gorgoteos, chasquidos, zumbidos, burbujeos, arrastre de aguas, goteo..., es decir, todos los sonidos líquidos que es capaz de producir la Naturaleza, desde el siseo y palmoteo de la lluvia hasta el retumbo profundo y constante del gran caudal de las aguas de un río. Horas y horas ese alboroto se fue haciendo más potente y más consistente.

—¡Por vida de... —dijo Severall—, que vamos a tener la más grande inundación de todos estos tiempos! Bien, aquí tenemos el alba, que llega como una bendición. De todos modos, hemos acabado por lo menos con la superstición de la tercera noche.

Una luz gris se filtraba por el interior del local, y un instante después se hizo de día. La lluvia había cesado; pero el río, de color café, pasaba bramando igual que una catarata. La fuerza que llevaba me hizo temer por el ancla del *Gamecock*, y dije:

—Tendré que ir a bordo, porque si la corriente arrastra el yate, no habrá manera de que vuelva a remontar el río.

—La isla actúa de rompeolas —me contestó el doctor—. Si me acompaña usted hasta la casa, puedo servirle una taza de café.

Yo estaba helado e incómodo, de manera que aquella invitación me pareció muy bien. Abandonamos la siniestra tonelería sin haber aclarado todavía su misterio, y cruzamos chapoteando hasta la casa.

—Ahí tiene la lámpara de alcohol. Mientras usted la enciende, voy a ver qué tal está Walker esta mañana.

Se dirigió al dormitorio, pero un instante después regresaba con expresión de espanto en la cara, y me gritó con voz ronca:

—¡Otro!

Esas palabras hicieron que corriese por todo mi cuerpo un escalofrío de espanto. Me quedé mirándole fijamente con la lámpara en la mano, y él repitió:

—¡Sí, otro! ¡Venga y vea!

Le seguí sin pronunciar palabra, y lo primero que vi al entrar en el dormitorio fue a Walker mismo, que estaba como arracimado sobre su cama, vestido con la ropa de noche de franela gris, que yo mismo le había ayudado a ponerse la noche anterior.

—Pero, ¡cómo!, ¿muerto? —exclamé adeante.

El doctor estaba terriblemente emocionado, y le temblaban las manos como hojas sacudidas por el viento.

—Lleva muerto varias horas.

—¿La fiebre acaso?

—¿La fiebre? ¡Fíjese en su pie!

Miré según me decía y se me escapó un grito de espanto. Uno de los pies estaba, no simplemente dislocado, sino vuelto completamente hacia atrás, en un retorcimiento de lo más grotesco.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Quién ha podido hacerle esto?

Severall había apoyado su mano en el pecho del muerto, y cuchicheó:

—Palpe usted aquí.

Coloqué mi mano en el mismo lugar. No ofrecía resistencia. El pecho Y todo el busto estaban absolutamente blandos y flácidos. Producían el mismo

efecto que si se presionase una muñeca de serrín.

—El esternón ha desaparecido —dijo Severall con el mismo susurro temeroso—. Está roto en pedazos. Gracias a Dios que se hallaba bajo los efectos del láudano. Puede usted ver por su cara que murió durmiendo.

—Pero ¿quién ha podido hacer esto?

—Yo no puedo resistir más —dijo el doctor, enjugándose la frente—. No creo ser más cobarde que mis convecinos, pero esto es superior a mis fuerzas. Si usted se marcha al *Gamecock*...

—¡Vamos allá! —dije, y nos pusimos en camino. Si no nos lanzamos a la carrera, fue porque lo mismo el uno que el otro deseábamos mantener un último vestigio de dignidad mutua. Era peligroso viajar con una canoa de poco peso en aquel río tan crecido, pero ni un solo instante nos detuvimos a pensar en ello. Él achicando el agua y yo remando con la pala, llegamos con bien hasta la cubierta de mi yate. Una vez allí, con doscientas yardas de agua entre nosotros y aquella isla maldita, volvimos a sentirnos otra vez dueños de nosotros mismos.

—Regresaremos dentro de una hora, más o menos —dijo él—. Pero nos hace falta un poco de tiempo para recobrar la serenidad. Ni por todo el salario de un año habría yo permitido que los negros me viesan tal como estaba hace un rato.

—Le he dicho al camarero que prepare el desayuno. Después regresaremos —le contesté—. Pero, por amor de Dios, doctor Severall, ¿qué idea tiene usted de todo eso?

—Es algo superior a mí; es algo de lo que no tengo ni idea. He oído hablar de los crueles ritos de los Vudú, y me he reído de ellos ante los demás. Pero que ese pobre Walker, un ciudadano inglés, honrado, temeroso de Dios, decimonónico, de la Prinrose-League, vaya a su tumba de esa manera, sin un solo hueso entero en su cuerpo, me da temblores, no lo niego. Pero oiga, Meldrum: ¿es que se ha vuelto loco ese marinero suyo, o es que está borracho, o qué le pasa?

—El más viejo de los hombres de mi tripulación, Patlterson, hombre tan incommovible como las pirámides, había sido colocado en la proa con un bichero para apartar a uno y otro lado los troncos que arrastraba la corriente. En ese momento lo vimos con las rodillas dobladas, mirando fijamente delante

de él, y apuñalando una y otra vez el aire con el dedo índice.

—¡Miren eso! ¡Miren eso! —vociferó.

Y en ese mismo instante vimos de qué se trataba.

Un enorme tronco de árbol negro venía río abajo, y las aguas golpeaban apenas su parte superior, ancha y reluciente. Delante del mismo —unos tres pies por delante—, arqueada hacia arriba, igual que el mascarón de proa de un barco, se alzaba una cabeza espantosa, balanceándose lentamente de un lado a otro. Era una cabeza aplastada, maligna, tan grande como un barril pequeño de cerveza, de un apagado color fungoso, pero el cuello que la sostenía estaba moteado de manchas amarillentas y negras. En el momento en que cruzó por delante del *Gamecock* entre los remolinos de las aguas, distinguí dos enormes anillos que salían de un gran hueco que tenía el interior del árbol, y la cabeza repugnante se alzó de pronto a una altura de ocho o diez pies, mirando hacia el yate con ojos mortecinos, recubiertos de piel. Un instante después, el árbol había dejado atrás al yate y se lanzaba con su horrible viajera hacia el Atlántico.

—¿Qué es eso? —grité.

—Es nuestro demonio de la tonelería —dijo el doctor Severall, e instantáneamente volvió a ser el hombre áspero, seguro de sí mismo, que yo había conocido el día anterior—. Sí, ése es el demonio que tenía embrujada nuestra isla. Es la gran serpiente pitón del Gabón.

Entonces recordé los relatos que había oído a todo lo largo de la costa sobre las monstruosas boas constrictor del interior del continente, de su apetito periódico y de las consecuencias bárbaras de su estrujamiento mortal. Entonces se me representó lo ocurrido con toda claridad. La semana anterior había habido una pequeña crecida, que arrastró río abajo, dentro del hueco de aquel tronco gigantesco, a su espantosa ocupante. ¿Quién sabe desde qué lejano bosque tropical venía? El tronco quedó embarrancado en la pequeña bahía oriental de la isla. La tonelería era el edificio más próximo. Por dos veces, cuando le acometió el hambre, se llevó al vigilante. La noche anterior volvió por allí, sin duda alguna, cuando Severall creyó ver que algo se movía cerca de la ventana, pero nuestras luces la hicieron alejarse de allí. En vista de eso, siguió reptando hacia adelante y había matado al pobre Walker, que estaba durmiendo.

—¿Y por qué no se lo llevó? —pregunté.

—Seguramente que los truenos y relámpagos la asustaron y la alejaron de allí. Meldrum, ahí está su mozo de comedor. Cuanto antes nos desayunemos y regresemos a la isla, mejor será, para evitar que esos negros piensen que nos hemos asustado.

El viaje de Mr. Jelland

-Verán ustedes —dijo nuestro anglo-japonés en el momento en que todos nosotros acercábamos nuestros sillones para colocarlos alrededor de la chimenea del salón de fumar—. Esto que voy a contarles es allí cuento viejo, y es posible que haya aparecido ya en letras de molde. Yo no quiero convertir este salón de reunión en un puesto de castañas, pero queda mucho viaje hasta el mar Amarillo, y es muy probable que ninguno de ustedes haya oído hablar nunca de la balandra *Matilda* y de lo que a bordo de ella les ocurrió a Henry Jelland y a Willy McEvoy.

Los años de la mitad de la década del setenta fueron muy movidos, allá en el Japón. Fue poco después del bombardeo de Simonosaki y antes del asunto del Daimio. Existía entre los naturales del país un partido de la aristocracia y existía también un partido liberal, consistiendo la diferencia que los separaba en la cuestión de si a los extranjeros había que cortarles o no el pescuezo. Les digo a ustedes que todas las cuestiones políticas las he encontrado desde entonces insustanciales. Viviendo en uno de los puertos abiertos al exterior por los tratados, no tenía uno más remedio que estar siempre ojo avizor y tomar mucho interés en la política del país. Para colmo de emoción, el extranjero no tenía medio de saber cómo andaba el juego. Si ganaba la oposición, no se publicaría en un periódico un anuncio haciéndoselo saber; el paso inmediato sería ver entrar por la puerta a un antiguo aristócrata revestido de traje de cota de malla y con una espada en cada mano, que nos enteraría de todo a fondo con un solo cintarazo de abajo arriba.

Como es natural, cuando los hombres viven al borde de un volcán de esa clase se hacen despreocupados y temerarios. Al principio se sobresaltan, pero llega un momento en que aprenden a disfrutar de la vida mientras no se la

quitan. Les digo a ustedes que no hay nada que embellezca tanto la vida como la sombra de la muerte cuando empieza a proyectarse sobre aquélla. Entonces resultan las horas demasiado preciosas para malgastarlas, y los hombres saborean todos los minutos de las mismas. Así lo hacíamos en Yokohama. Había muchas casas europeas de recreo que tenían que seguir funcionando, y los hombres que trabajaban en ellas las animaban y alegraban durante siete noches por semana.

Uno de los miembros más destacados de la colonia europea era el gran comerciante exportador Randolph Moore. Tenía sus oficinas en Yokohama, pero se pasaba una gran parte de su tiempo en su casa de comercio de Yedo, que acababa de abrirse al público. Cuando él estaba ausente, dejaba sus asuntos a cargo de su jefe de escritorio, Jelland, del que tenía pruebas de que era hombre de gran energía y resolución. Pero ya saben ustedes que la energía y la resolución son cualidades de doble filo, y cuando se emplean en contra de uno resultan bastante desagradables.

Lo que descarrió a Jelland fue el juego. Era un hombre pequeño, de ojos negros y cabellos negros ensortijados, con tres cuartas partes de celta, según yo creo. Se le veía todas las noches de la semana en el mismo lugar, es decir, a la izquierda del croupier del establecimiento de Matheson, junto a la mesa del *rouge et noir*. Durante mucho tiempo fue ganando, y vivía con más pompa que su mismo jefe. De pronto, la suerte dio vuelta y empezó a perder tanto, que al cabo de una sola semana su socio y él estaban en quiebra, sin un solo dólar en sus cuentas corrientes.

El socio era otro empleado de la misma casa, un joven inglés alto y rubio, apellidado McEvoy. Al principio era un muchacho bastante bueno, pero resultaba como de arcilla en las manos de Jelland, que lo moldeó en una especie de modelo débil de sí mismo. Ambos andaban siempre juntos al merodeo, pero era Jelland quien guiaba y McEvoy el que le seguía. Lynch, yo y una o dos personas más tratamos de hacer comprender al más joven que por aquel camino terminaría mal; cuando le estábamos hablando resultaba fácil convencerlo, pero Jelland deshacía en cinco minutos lo que nosotros habíamos conseguido. Es posible que aquello obedeciese a un simple magnetismo fisiológico, o como ustedes quieran llamarlo; el hecho es que el hombre pequeño era capaz de arrastrar al mayor lo mismo que un remolcador de

sesenta pies arrastra una embarcación de aparejo completo. Habían perdido ya todo su dinero y seguían ocupando sus sillas delante de la mesa, para mirar con ojos centelleantes a los que arramblaban con las fichas.

Pero una noche ya no pudieron aguantar más. El colorado había salido dieciséis veces seguidas, y aquello decidió a Jelland. Cuchicheó algo al oído de McEvoy, y luego habló unas palabras al croupier.

—Claro que sí, Mr. Jelland —le dijo—. Su cheque es tan bueno como los billetes de banco.

Jelland garrapateó un cheque y lo puso al negro. Salió el rey de corazones, y el croupier arreó con el trozo de papel. Jelland se puso furioso y McEvoy se puso lívido. Jelland garrapateó un cheque por una suma mayor y lo colocó en la mesa. Salió el nueve de diamantes. McEvoy apoyó la cabeza en las manos, como si fuese a desmayarse, y Jelland refunfuñó: «¡Por vida de... que no me doy por vencido!» Y colocó en la mesa otro cheque, que sumaba tanto como los dos anteriores. Salió el dos de corazones. Momentos después caminaban por el Bund adelante, sintiendo cómo el frescor de la noche jugueteaba en sus caras enfebrecidas. Jelland, encendiendo un cigarro trompetilla, dijo a su compañero:

—Supongo que ya comprenderás lo que esto significa. Significa que tendremos que transferir una cantidad de dinero de la casa a nuestra cuenta corriente. No hay por qué hacer aspavientos por una cosa así. El viejo Moore no revisará los libros antes de la Pascua de Resurrección. De aquí a entonces, con un poco de suerte, nos costará poco reponer la cantidad.

—¿Y si nos falla la suerte? balbució McEvoy.

—Bueno, hombre, hay que tomar las cosas tal como vienen. Tú no te apartas de mí, y yo sigo pegado a ti, y entre los dos saldremos adelante. Mañana por la noche serás tú quien firme los cheques, y vamos a ver si tienes mejor suerte que yo.

Pero si la suerte varió, fue para empeorar. La noche siguiente, cuando la pareja se levantó de la mesa, llevaba gastadas más de cinco mil libras del dinero de su jefe. Pero Jelland, hombre resuelto, seguía siendo optimista, y dijo:

—Tenemos por delante nuestras buenas nueve semanas para cuando sean revisados los libros. Es preciso que sigamos jugando, y todo se arreglará al

final.

McEvoy regresó aquella noche a sus habitaciones, presa de la más angustiada vergüenza y de los más vivos remordimientos. Cuando se encontraba junto a Jelland, era éste quien le proporcionaba fortaleza; pero cuando estaba solo se daba cuenta de lo peligroso de su situación, y la imagen de su anciana madre, que vivía en Inglaterra, y que tanto se enorgulleció cuando el hijo suyo recibió el nombramiento para el cargo, se alzaba con su cofia blanca para llenarlo de remordimiento y de desesperación. Todavía estaba sin dormir, revolviéndose en su cama, cuando entró en el dormitorio su criado japonés. McEvoy creyó por un instante que se había producido la sublevación, y se lanzó a buscar su revólver. Después escuchó, con el corazón en la boca, el mensaje que le había traído el criado.

Jelland estaba en la planta baja, y quería hablar con él.

¿Qué diablos podía querer a semejantes horas de la noche? McEvoy se vistió precipitadamente y corrió escaleras abajo. Su compañero, con sonrisa forzada que desmentía la palidez mortal de su rostro, estaba sentado a la tenue luz de una vela solitaria, y tenía en la mano una hoja de papel.

—Willy, siento mucho tener que venir a despertarte —le dijo—. Supongo que nadie puede oírnos, ¿verdad?

McEvoy movió negativamente la cabeza. No atrevía siquiera a hablar.

—Bueno, nuestro juegucito se ha terminado. Me encontré en casa con esta carta. Me la envía Moore, y me dice que el lunes por la mañana estará aquí para hacer un examen de la contabilidad. Nos coloca en situación apurada.

—¡El lunes! —jadeó McEvoy—. Hoy es viernes.

—Sábado, hijo mío, porque son las tres de la madrugada. Nos queda poco tiempo para maniobrar.

—¡Estamos perdidos! —chilló McEvoy.

—Lo estaremos muy pronto si tú armas un alboroto tan infernal —le dijo Jelland con aspereza—. Pues bien, Willy, yo te digo que todavía saldremos con bien del paso.

—Haré cualquier cosa, cualquier cosa.

—Eso ya está mejor. ¿Dónde tienes el whisky? Es una hora infame para que uno se mantenga erguido, pero no podemos ablandarnos, porque, de lo contrario, estamos perdidos. En primer lugar, yo creo que tenemos algunos

deberes con nuestra parentela. ¿No opinas tú lo mismo?

McEvoy se le quedó mirando con ojos dilatados.

—Es preciso que los dos nos salvemos o caigamos juntos. Yo, por mi parte, estoy bien resuelto a no comparecer por nada del mundo ante un tribunal, bajo la acusación de felonía. ¿Ves? Estoy dispuesto a jurarlo. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir? —preguntó McEvoy, retrocediendo.

—Mira, muchacho: todos tenemos que morir, y no hay más que apretar un gatillo. Yo juro que jamás me cogerán vivo. ¿Juras tú? Si no lo juras, te dejo abandonado a tu destino.

—Perfectamente; haré cuanto a ti te parezca bien.

—¿Lo juras?

—Sí.

—Pues bien: es preciso que estés a la altura de tu palabra. Disponemos de dos días completos para largarnos de aquí. La balandra *Matilda* está en venta, con todos sus aparejos y accesorios, y abundantes provisiones de conservas a bordo. Mañana por la mañana lo compraremos todo, y también compraremos otras cosas que nos serán necesarias, y después nos lanzaremos con ella al mar. Pero antes arramblaremos con todo lo que queda en las oficinas. Hay en la caja fuerte cinco mil soberanos. Nos los llevaremos después de oscurecer a la balandra, y correremos el albur de llegar a California. No es cosa para vacilar, hijo mío, porque, hacia dondequiera que nos volvamos, no existe salvación posible. O eso, o nada.

—Haré lo que me aconsejes.

—Perfectamente, y ten cuidado mañana de presentarte con cara alegre, porque si Moore recibe la noticia y se presenta antes del lunes... Como final de la frase se golpeó con la punta del índice encima del bolsillo del pecho de su chaqueta y miró a su socio con ojos preñados de un sentido siniestro.

Sus planes para el día siguiente les salieron a pedir de boca. La balandra *Matilda* fue adquirida sin dificultad, y, aunque era una embarcación muy pequeña para un viaje tan largo, tampoco habrían sido capaces de manejarla dos hombres si hubiese sido más voluminosa. Se cargó durante el día el agua necesaria, y los dos empleados se llevaron, después de oscurecido, el dinero de la caja fuerte y lo depositaron en la bodega. Para antes de medianoche habían embarcado todos los objetos de su propiedad sin despertar sospechas,

y a las dos de la madrugada soltaron amarras y salieron silenciosamente de entre las demás embarcaciones. Fueron vistos, desde luego, y se les tomó por balandristas entusiastas que salían a realizar un largo crucero dominical; pero a nadie se le ocurrió que el crucero podía lo mismo terminar en la costa de Norteamérica, que en el fondo del océano Pacífico del Norte. Con grandes esfuerzos lograron izar la vela mayor y largar la de trinquete y el foque. Soplabla una brisa ligera desde el Sudeste, y la pequeña embarcación avanzó con la proa inclinada. Sin embargo, cuando estaban a siete millas de distancia de la costa, cesó de soplar el viento y se quedaron en calma chicha, alzándose y bajando sobre el largo oleaje de un mar de cristal. En todo el día del domingo no avanzaron una sola milla, y por la noche seguía viéndose Yokohama en el horizonte. Randolph Moore llegó el lunes por la mañana desde Yedo, y marchó directamente a las oficinas. Alguien le había hecho llegar la noticia de que sus empleados gastaban más de la cuenta, y eso fue lo que le hizo trasladarse a Yokohama saliéndose de la rutina; pero cuando llegó a su casa de negocio y se encontró a los tres empleados subalternos esperando en la calle con las manos en los bolsillos, se dio cuenta de que se trataba de un asunto grave.

—¿Qué pasa? —preguntó. Era hombre de acción y que no se andaba en contemplaciones cuando arriaba sus masteleros.

—Que no podemos entrar —contestaron los empleados.

—¿Dónde está Mr. Jelland?

—No ha venido hoy.

—¿Y Mr. McEvoy?

—Tampoco ha venido.

Randolph adoptó una expresión seria y dijo:

—Hay que echar abajo la puerta.

En aquel país de terremotos no suelen construir muy sólidas las casas, y les bastaron un par de empujones para entrar en las oficinas. Lo que allí vieron lo explicaba todo: la caja fuerte abierta, el dinero desaparecido y los empleados en fuga. El dueño de la casa no perdió tiempo en palabras vanas:

—¿Dónde se les vio por última vez?

—El sábado compraron la balandra *Matilda* y salieron a realizar un crucero.

—¡El sábado! Si habían dispuesto de un par de días de ventaja, la cosa, no parecía tener remedio. Sin embargo, quizá hubiese un asomo de posibilidad. Corrió a la playa y recorrió el horizonte con sus gemelos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Allá lejos se divisa la *Matilda*. La conozco por la inclinación de su mástil. Después de todo, voy a poder echar el guante a esos canallas.

Pero allí tropezó con un obstáculo. No había ninguna lancha que tuviese las calderas a presión, y el impaciente mercader no tuvo paciencia para esperar. Las nubes iban formando grandes masas sobre la grupa de las colinas, y todo indicaba un cambio inminente de tiempo. Randolph Moore vio una lancha de policía que estaba preparada para entrar en acción y que tenía a bordo diez hombres armados; empuñó él mismo la palanca del timón y salió a toda velocidad en persecución de la balandra, que estaba en calma chicha.

Jelland y McEvoy esperaban, cansados, la brisa que no acababa de llegar; vieron aquella mancha negra que salió de la sombra proyectada por la tierra y que se fue haciendo mayor a cada golpe de remo de sus tripulantes. Cuando estuvo más cerca, vieron también que venía llena de hombres, y el brillo de las armas les hizo comprender de qué clase de hombres se trataba. Jelland estaba apoyado en la caña del timón, y miró sucesivamente al firmamento amenazador, a las velas lacias y a la barca que se aproximaba, y dijo:

—Willy, éstos vienen por nosotros. ¡Vive Dios que somos dos desgraciados sin suerte alguna, porque en ese cielo hay viento, y antes de una hora habría soplado sobre nosotros!

McEvoy gimió:

—Muchacho, nada se adelanta con lamentaciones —le dijo Jelland—. Esa lancha es, sin duda alguna, de la policía, y allí está el viejo Moore haciéndoles remar como condenados. Les habrá prometido diez dólares a cada uno.

Willy McEvoy se acurrucó contra el costado de la embarcación, con las rodillas en la cubierta, sollozando:

—¡Madre mía! ¡Pobrecita madre mía!

—Por lo menos, nadie podrá decirle que su hijo ha tenido que comparecer ante un tribunal —exclamó Jelland—. Mi familia nunca hizo gran cosa por mí; pero yo haré por ellos siquiera esto. No hay remedio, Mac. Démonos un

apretón de manos. ¡Que Dios te bendiga, viejo! ¡Aquí está la pistola!

Levantó el gatillo y ofreció la culata al más joven; pero éste retrocedió lanzando pequeños gritos y jadeos. Jelland miró la lancha que se acercaba, y que estaría a unos pocos centenares de yardas de distancia:

—No hay tiempo de andarse con tonterías —le dijo—. ¡Por vida de..., hombre! ¿De qué sirve el acobardarse? ¡Tú lo juraste!

—¡No, no, Jelland!

—Bueno, en todo caso yo juré que no nos echarían el guante a ninguno de los dos. ¿Lo harás?

—¡No puedo, no puedo!

—Pues entonces, lo haré yo por ti.

Los remeros de la lancha le vieron inclinarse hacia adelante, oyeron dos tiros de revólver y vieron cómo se doblaba cruzando la palanca del timón; pero entonces, antes de que se hubiese disipado el humo, se dieron cuenta de que ellos mismos tenían que pensar en otra cosa.

En aquel mismo instante estalló la tormenta, una de las turbonadas repentinas que son tan corrientes en aquellos mares. La *Matilda* se inclinó, sus velas se hincharon, hundió su amurada de babor en una ola, y salió disparada lo mismo que cierva perseguida. El cadáver de Jelland había atascado el timón, y la balandra siguió su ruta en línea recta, empujada por el viento, y se perdió a lo lejos dando saltos sobre la superficie del mar revuelto, lo mismo que una hoja de papel arrastrada por el viento. Los remeros trabajaron con verdadero frenesí, pero la balandra seguía escapándoseles, y antes de cinco minutos se había metido en lo más furioso de la tormenta destructora. Ya no volvería a ser vista por nadie. La lancha retrocedió, y llegó a Yokohama a punto de zozobrar por la cantidad de agua que había embarcado.

Así es como la balandra *Matilda*, con un cargamento de cinco mil libras y una tripulación de dos jóvenes ya muertos, se lanzó a cruzar el Océano Pacífico. Nadie sabe cuál fue el final del viaje de Jelland. Quizá naufragó en aquella tempestad, o quizá algún astuto barco mercante la recogió, quedándose con el dinero y callándose todo lo demás; y quizá sigue todavía navegando por la inmensa soledad de las aguas, empujada en dirección Norte, hacia el mar de Behring, o en dirección Sur, hacia las islas Malayas. Es preferible cuando se cuenta una historia auténtica, dejarla sin terminar, a agregarle un apéndice

fantástico.

La relación de J. Habakuk Jephson

En el mes de diciembre del año 1873 entró en el puerto de Gibraltar el barco británico *Dei Gratia*, trayendo a remolque el bergantín abandonado *Marie Celeste*, al que había recogido a los 38° 40' de latitud Norte y a los 17° 15' de longitud Oeste. En el estado y en el aspecto de la embarcación abandonada se daban determinadas circunstancias que despertaron en su tiempo considerables comentarios y excitaron una curiosidad que no ha sido nunca satisfecha. Esas circunstancias de que hablamos fueron resumidas en un artículo oportuno que apareció en la *Gibraltar Gazette*. Si mi memoria no me engaña, pueden, quienes sientan curiosidad, satisfacer ésta en el número correspondiente al 4 de enero de 1874. Sin embargo en atención a quienes se encuentren en la imposibilidad de consultar el número que cito, voy a insertar aquí algunos extractos que se refieren a las características principales del caso. Dice el anónimo escritor en la *Gazette*:

«Hemos estado personalmente a bordo del buque abandonado *Marie Celeste*, y hemos interrogado minuciosamente a los oficiales del *Dei Gratia* sobre todos los puntos que pudieran arrojar una luz en el asunto. Estos opinan que la embarcación llevaba días y quizá semanas abandonada cuando ellos la recogieron. El Diario de navegación que fue hallado en la cámara afirma que el *Marie Celeste* zarpó el día 16 de octubre del puerto de Boston con destino a Lisboa. Sin embargo, ese Diario ha sido llevado de un modo muy incompleto y apenas si suministra datos. No se hace en él ninguna referencia a temporales, y, a decir verdad, el estado en que se encuentra la pintura del barco y toda su arboladura hace desechar la idea de que lo hayan abandonado por esa razón. Su calafateo es perfecto y no hace agua por ningún lado. Tampoco se advierte señal alguna de violencias ni de luchas, y no hay absolutamente nada que

explique la desaparición de sus tripulantes. Hay varios detalles que parecen indicar que viajaba a bordo una mujer, porque en la cámara se ha encontrado una máquina de coser, además de algunas prendas femeninas de vestir. Éstas pertenecen probablemente a la esposa del capitán, que, según consta en el Diario de navegación, acompañaba a su marido. Como una demostración del buen tiempo con que navegaron, está el detalle de que se encontró colocada verticalmente en la máquina de coser una bobina de seda, siendo cosa sabida que el más pequeño balanceo del barco la habría hecho caer al suelo. Las lanchas estaban intactas y colgadas de los brazos de suspensión; y el cargamento, que consistía en sebo y en relojes norteamericanos, estaba intacto. Una espada, de forma antigua, ha sido encontrada en el castillo de proa entre un montón de leña, y se asegura que en la hoja de dicha arma se advierte una estría longitudinal, como si hubiese sido enjugada recientemente. Ha sido puesta en manos de la Policía y sometida al examen del doctor Monaghan, especialista en análisis. Todavía no se ha hecho público el resultado de ese examen. Para terminar, podemos decir que el capitán Dalton, del *Dei Gratia*, marino capaz e inteligente, opina que es muy posible que la *Marie Celeste* haya sido abandonada a mucha distancia del lugar en que fue recogida, puesto que por dicha latitud pasa una fuerte corriente que procede de las costas de África. Confiesa, sin embargo, que no puede exponer una hipótesis capaz de explicar todos los hechos. En ausencia de cualquier clave o indicio de prueba, es de temer que el destino de la tripulación del *Marie Celeste* venga a constituir un misterio más del piélago, que habrá que agregar a los muchos que no se aclararán hasta el gran día en que el océano devuelva sus muertos. Si se ha cometido algún crimen, y acerca de ello existen fuertes sospechas, hay pocas esperanzas de que quienes lo cometieron comparezcan ante la justicia.»

Como suplemento de este extracto de la *Gibraltar Gazette*, voy a copiar un telegrama de Boston que apareció en todos los periódicos ingleses, y en el que se encierra toda la información que ha sido posible recoger acerca del *Marie Celeste*:

«Era un bergantín de ciento setenta toneladas de carga, pertenecía a White, Russel and White, importadores de vino de esta ciudad. El capitán, W. Tibbs, era un antiguo empleado de la firma, además de hombre de reconocida

capacidad y de probada honradez. Iba acompañado de su mujer, que tenía treinta y un años, y del más pequeño de sus hijos, que tenía cinco. La tripulación la formaban siete hombres, entre los que se contaban dos de color y un muchacho. Iban en la embarcación tres pasajeros, uno de los cuales era el conocido especialista de enfermedades del pecho, establecido en Brooklyn, doctor Habakuk Jephson, que fue uno de los más destacados defensores de la abolición en los primeros tiempos del movimiento, y cuyo folleto titulado *¿Dónde está tu hermano?* ejerció gran influencia en la opinión antes de la guerra. Los demás pasajeros eran: Mr. Harton, escribiente al servicio de la firma, y Mr. Septimus Goring, caballero mestizo, procedente de Nueva Orleans. A pesar de todas las pesquisas que se han realizado, no se ha conseguido hacer luz sobre la suerte que hayan podido correr estos cuatro seres humanos. La pérdida del doctor Jephson será lamentada tanto en los círculos políticos como en los científicos.»

He resumido así, en beneficio de los lectores, todo cuanto se sabe hasta ahora acerca del *Marie Celeste* y de su tripulación, ya que en el transcurso de los diez últimos años no se ha adelantado nada en lo referente a la aclaración del misterio. Y ahora tomo la pluma con el propósito de contar todo lo que yo sé del desdichado viaje. Lo considero como una obligación que tengo con la sociedad, puesto que ciertos síntomas, cuyo alcance yo conozco por haber tenido ocasión de estudiarlos en otras personas, me hacen pensar que antes de que transcurran pocos meses mi lengua y mi mano no estarán ya en condiciones de suministrar esta información. Como prefacio de mi relato, permítaseme decir que soy Joseph Habakuk Jephson, doctor en Medicina de la Universidad de Harvard y ex director de consultorio en el Samaritan Hospital, de Brooklyn.

Serán muchos, sin duda, los que se preguntaran cómo es que no he salido al frente hasta ahora, y por qué razón he consentido que se hiciesen tantas conjeturas y suposiciones sin negar su veracidad. Si con revelar yo los hechos que conozco se hubiese dado satisfacción a las finalidades de la justicia, yo los habría revelado sin vacilación alguna. Me pareció, sin embargo, que no había posibilidad de conseguir semejante resultado; y cuando traté, después de ocurrido el hecho, de exponer mi caso ante un funcionario inglés, dio éste

muestras de una incredulidad tan ofensiva para mí, que decidí no volver a exponerme a ser tratado de manera tan indigna. Yo llego, sin embargo, a disculpar la descortesía del magistrado de Liverpool, cuando pienso en que mis propios parientes, que conocen mi carácter intachable, sólo acogieron con sonrisas de indulgencia mi relato, como si se tratara de las ilusiones imaginarias de un monomaniaco. Estigma semejante para mi veracidad dio lugar a una pelea que tuve con John Vanburger, hermano de mi mujer, y me afirmó en mi resolución de dejar que el asunto cayese en el olvido..., resolución que altero ahora a instancias de mi hijo. Para que mi relato resulte inteligible, tengo que contar de una manera superficial uno o dos incidentes de mi vida anterior que arrojan luz sobre los hechos posteriores.

Mi padre, William K. Jephson, fue predicador de la secta llamada de los Hermanos Plymouth y uno de los ciudadanos más respetados de Lowell. Al igual que la mayor parte de los puritanos de la Nueva Inglaterra, era un adversario resuelto del esclavismo, y yo recibí de labios suyos las enseñanzas que han caracterizado mi conducta en la vida.

Siendo todavía estudiante de Medicina en la Universidad de Harvard, me distinguí como abolicionista radical; y cuando, después de tomar el título, compré una participación de un tercio en el consultorio del doctor Willis, de Brooklyn, me las arreglé para compaginar mis deberes profesionales con la dedicación de una buena cantidad de tiempo a la causa que me era tan querida. Mi folleto *¿Dónde está tu hermano?* (Swarburgh, Lister and Co., 1859) fue acogido con gran interés.

Cuando estalló la guerra, abandoné Brooklyn y me agregue al regimiento 113 de Nueva York, en el que serví toda la campaña. Me hallé presente en las batallas de Bull's Run y de Gettysburg. Por último, caí gravemente herido en Antietam, y habría sucumbido probablemente en el campo de batalla de no haber sido por la bondad de un caballero de apellido Murray, que me llevó a su casa y me atendió con la mayor solicitud. Gracias a su caridad y a los cuidados de los criados negros, no tardé en poder pasearme por la plantación apoyado en una garrota. Durante ese período de mi convalecencia ocurrió un incidente que se halla íntimamente relacionado con mi relato.

Entre las negras que más solícitamente me atendieron mientras estuve en el lecho, había una, ya de edad, que parecía ejercer gran autoridad sobre las

demás. Se mostró muy atenta conmigo, y por lo poco que ella y yo hablamos, deduje que me conocía de referencias y que me estaba agradecida por la defensa que yo había hecho de su raza oprimida.

Cierto día que yo me encontraba sentado y solitario en la terraza, tomando el sol y pensando en si debería reintegrarme ya al ejército de Grant, quedé sorprendido viéndola avanzar cojeando hacia mí. Después de mirar con mucha cautela en torno suyo, para asegurarse de que estábamos solos, le vi que tanteaba en el pecho por entre sus ropas y que sacaba un pequeño bolso de gamuza que tenía colgado del cuello con un cordel blanco. Se inclinó a mi oído y me dijo muy quedo lo siguiente:

—Señor, yo moriré pronto. Soy ya muy vieja. No permanezca mucho tiempo en la plantación de Mr. Murray.

Yo le contesté:

—Marta, tú puedes vivir todavía mucho tiempo. Ya sabes que soy médico, de modo que si te sientes enferma, me avisas y yo procuraré curarte.

—No quiero vivir; lo que quiero es morir. Yo voy a reunirme con el Señor celestial.

Y empezó a explicarme una de esas leyendas medio paganas a que son tan aficionados los negros.

—Pero hay una cosa, señor, que yo no tengo más remedio que dejar aquí cuando me muera, porque no puedo llevarla conmigo a través del Jordán. Es una cosa de grandísimo valor, mucho más valiosa y más sagrada que todas las demás cosas del mundo. Yo, que soy una pobre negra, tengo eso que le digo porque mi gente, que era de gran categoría, creyó que iba a volver a su antiguo país. Pero usted no puede comprender esto como lo comprenderían los negros. A mí me lo dio mi padre, y a mi padre se lo transmitió el suyo; pero ¿a quién se lo daré yo ahora? La pobre Marta no tiene hijos, no tiene parientes, no tiene a nadie. Los negros que veo a mi alrededor son mala gente. Las negras son mujeres muy estúpidas. Nadie es digno de poseer la piedra. Por eso me dije: «Aquí tengo al señor Jephson, que escribe libros y combate por la gente de color, y que es, con toda seguridad, un hombre bueno. Pues a él se la daré, aunque no pueda saber el alcance que tiene y de dónde vino».

Al llegar a este punto, la anciana negra rebuscó dentro del bolso de gamuza y sacó del mismo una piedra negra plana con un agujero en el centro;

me la puso a la fuerza en la mano y me dijo:

—Tómela, tómela; una cosa buena nunca produce mal. Consérvela bien. ¡No la pierda nunca!

Y la anciana negra se retiró renqueando, de la misma manera que había venido, haciéndome un gesto de que tuviera cuidado, y mirando a todas partes para cerciorarse de que nadie nos había visto.

La seriedad con que se conducía aquella mujer me produjo más bien gracia que emoción, y si no me eché a reír mientras ella hablaba fue por no lastimar sus sentimientos. Después que ella desapareció, examiné detenidamente la piedra que me había dado. Era intensamente negra, de dureza extraordinaria y de forma ovalada, es decir, como uno de esos guijarros rodados que uno elegiría en una playa para tirarlos a gran distancia. Tendría unas tres pulgadas de larga y pulgada y media de anchura en el centro, pero estrechada y redondeada en las extremidades. Lo más curioso de ella era una especie de minúsculos canales en semicírculo que le daban la apariencia de una oreja humana. En conjunto, aquel nuevo objeto de que era propietario me interesó bastante y decidí someterlo, en la primera oportunidad, a título de muestra geológica, a mi amigo el profesor Shroeder, del Instituto de Nueva York. De momento, lo metí en el bolsillo, me levanté de mi silla y salí a dar un breve paseo por el arbustal, despreocupándome del incidente.

Como mi herida había cicatrizado casi, me despedí poco después de Mr. Murray. Los ejércitos de la Unión triunfaban por todas partes y convergían sobre Richmond, pareciéndome por ello innecesaria mi ayuda, y regresé a Brooklyn. Allí reanudé mi actividad médica y contraí matrimonio con la hija de Josiah Vanburger, grabador en madera muy afamado. Hice, en el transcurso de pocos años, muchas relaciones y adquirí notable reputación en el tratamiento de las enfermedades pulmonares. Todavía conservaba en el bolsillo mi piedra negra, y solía relatar con frecuencia la dramática historia del modo como llegó a poder mío. Seguí decidido a mostrársela al profesor Shroeder, y éste tomó el asunto con gran interés cuando le conté la anécdota, y se la entregué. Dictaminó que se trataba de un trozo de piedra meteórica, y me hizo notar que la semejanza que presentaba con una oreja humana no era puramente casual, sino obra de un esmeradísimo trabajo. Una docena de pequeños detalles anatómicos demostraban que quien la hizo era tan enterado

como hábil. El profesor me dijo:

—No me extrañaría que haya sido arrancada de alguna estatua grande, aunque no alcanzo a comprender cómo fue posible trabajar con tal perfección un material tan duro. Si ha sido arrancada de una estatua, me interesaría muchísimo conocer ésta.

Eso era lo que yo pensaba entonces, pero posteriormente he cambiado de opinión.

Mi vida transcurrió tranquila y sin sucesos notables durante los siete u ocho años siguientes. Las primaveras siguieron a los inviernos y los veranos a las primaveras sin que hubiese variación alguna en mis ocupaciones. Como la clientela iba creciendo, admití como socio, con una cuarta parte en los beneficios, a J. S. Jackson. Sin embargo, el esfuerzo constante se había dejado sentir sobre mi organismo, y acabé sintiéndome tan mal, que mi esposa insistió en que consultase con el doctor Kavanagh Smith, colega mío en el Samaritan Hospital. Este compañero me examinó, dictaminando que el vértice de mi pulmón izquierdo se hallaba en estado de endurecimiento, y me recomendó al mismo tiempo que me sometiese a un tratamiento médico y emprendiese un largo viaje por mar.

Mi propio carácter, que es naturalmente inquieto, me inclinó fuertemente a poner en práctica esta última parte de sus consejos. El asunto quedó resuelto definitivamente en una entrevista que celebré con el joven Russell, de la razón social White, Russell and White, que me ofreció pasaje en uno de los barcos de su padre, el *Marie Celeste*, que estaba a punto de zarpar de Boston. Me dijo que se trataba de una embarcación pequeña, pero muy cómoda, y que el capitán Tibbs era un hombre excelente. Agregó que para un hombre inválido no había nada tan beneficioso como un viaje en barco de vela. Yo participaba de esa misma opinión, de modo que cerré trato en el acto mismo.

Mi proyecto primitivo era que mi esposa me acompañase. Sin embargo, nunca resistió bien los viajes por mar, y hubo, por parte de la familia, razones poderosas para no exponerla, por aquel entonces, a los peligros de un viaje, de modo que decidimos que permaneciese en casa. Yo no soy hombre religioso ni muy efusivo; pero doy gracias a Dios por tal resolución. En cuanto a abandonar mi consultorio, no me costó gran trabajo, porque mi socio, Jackson, era hombre trabajador y digno de confianza.

Llegué a Boston el día 12 de octubre de 1873, y me dirigí inmediatamente a las oficinas de la Compañía para darles las gracias por su atención. Me encontraba en la sala, dándoles tiempo para que pudieran atenderme; de pronto, las palabras Marie Celeste atrajeron mi atención. Me volví para ver quién las había pronunciado, y descubrí a un hombre muy alto y muy seco que, de codos sobre el mostrador de caoba pulimentada, hacía algunas preguntas al empleado que tenía delante. La cara del que preguntaba, según pude ver, porque estaba casi vuelto hacia mí, ofrecía fuertes rasgos de raza negra, siendo probablemente un cuarterón, o quizá con un porcentaje todavía mayor de sangre de color. El perfil aguileño de su nariz y los cabellos rectos y lacios delataban la ascendencia blanca; pero los ojos negros, inquietos, la boca sensual y el bláncor centelleante de su dentadura proclamaban su origen africano. Su cutis era de un color amarillento enfermizo, y como se veían en su rostro las huellas profundas de la viruela, la impresión general que me produjo fue sumamente desfavorable y casi de repugnancia. Sin embargo, la voz era melodiosa, se expresó con frases muy oportunas y saltaba a la vista que era hombre de cierta cultura.

—Desearía hacerle algunas preguntas acerca de la *Marie Celeste* — repitió, adelantando el busto hacia el empleado—. ¿Es cierto que se hace a la mar pasado mañana?

—Sí, señor —dijo el joven empleado con una cortesía mayor de la corriente, porque le impresionó, sin duda, el centelleo de un grueso brillante que el desconocido lucía en la pechera de su camisa.

—¿Y cuál es su puerto de destino?

—Lisboa.

—¿Cuántos hombres lleva de tripulación?

—Siete, señor.

—¿Lleva pasajeros?

—Sí, dos. Uno de ellos es un señor joven, y el otro, un médico de Nueva York.

—¿No lleva ningún caballero procedente del Sur? —preguntó con ansiedad el desconocido.

—Ninguno, señor.

—¿Queda acomodado para otro pasajero?

—Queda para tres más —contestó el empleado.

—Pues entonces iré —dijo con acento resuelto el cuarterón—. Iré, y comprometo desde ahora mismo mi pasaje. Anote, por favor: Mr. Septimius Goring, de Nueva Orleáns.

El empleado llenó un formulario y se lo presentó al desconocido, señalándole el espacio en blanco al pie del mismo. Cuando Mr. Goring se inclinó para firmar, quedé horrorizado viendo que tenía los dedos de la mano derecha cortados al rape, y que sostenía la pluma entre el pulgar y la palma de la mano. Yo he visto millares de hombres muertos en combate y he presenciado todas las operaciones quirúrgicas que se pueden concebir, pero no recuerdo ninguno que me haya producido un escalofrío de repugnancia como aquella gruesa mano morena, parecida a una esponja, con un solo miembro saliente. Sin embargo, la empleó con mucha habilidad, trazó rápidamente su firma, saludó con una inclinación al empleado y salió de la oficina en el preciso momento en que Mr. White me pasaba aviso de que podía recibirme.

Aquella misma tarde marché al *Marie Celeste* y examiné mi camarote, que era extraordinariamente cómodo, si se tiene en cuenta el pequeño tamaño de la embarcación. Mr. Goring, es decir, el caballero al que yo había visto por la mañana, tenía destinado el camarote contiguo al mío. Frente por frente estaba el camarote del capitán, y había una pequeña litera para Mr. John Harton, que viajaba por negocios de la firma propietaria del barco. Estas pequeñas habitaciones estaban dispuestas a uno y otro lado del pasillo que conducía desde el puente principal hasta el salón. Era este último una habitación confortable, con el artesonado de mucho gusto, en roble y en caoba, una rica alfombra de Bruselas y sillones y sofás muy cómodos. Me agradó muchísimo todo aquello, y también me satisfizo el capitán Tibbs, hombre rudo y de tipo de marino, que hablaba con voz gruesa y acento cordial, y que me dio la bienvenida con efusión, y se empeñó en descorchar una botella de vino en su camarote. Me anunció que se proponía llevar en ese viaje a su esposa y a su hijo más pequeño, calculando que si teníamos buen tiempo llegaríamos a Lisboa en tres semanas. Mantuvimos una charla agradable, y nos separamos como los mejores amigos; me aconsejó que realizase mis últimos preparativos a la mañana siguiente, porque tenía toda la carga a bordo y se proponía zarpar

con la marea del mediodía. Regresé a mi hotel, donde me esperaba una carta de mi esposa, y después de un sueño reparador, me dirigí por la mañana al barco. De aquí en adelante puedo copiar el texto del Diario que redacté para alterar la monotonía del largo viaje por mar. Si en algunas páginas es algo seco, puedo, por lo menos, fiar en la exactitud de sus detalles, porque lo escribí concienzudamente día por día.

Octubre 16

Soltamos amarras a las dos y media y fuimos remolcados hasta la bahía, donde el remolcador nos dejó, y nuestra embarcación avanzó a velas desplegadas, desarrollando una velocidad de unos nueve nudos por hora. Yo permanecí en la popa contemplando cómo las costas bajas de Norteamérica se iban hundiendo gradualmente en el horizonte hasta que la bruma del atardecer las ocultó a mi vista. Sin embargo, he seguido distinguiendo a nuestras espaldas un único y ominoso resplandor rojo, que sigue todavía visible en el momento en que escribo estas líneas, aunque reducido a una pequeña mancha; trazaba ese resplandor en las aguas un largo camino rojo que parecía una huella de sangre. El capitán está de mal humor, porque a última hora le fallaron dos de sus tripulantes, y se ha visto obligado a embarcar en su lugar a una pareja de negros que encontró casualmente en el muelle. Los hombres que no se presentaron eran gente formal y de confianza, habían hecho con el capitán varios trayectos, y su ausencia de última hora lo intrigó y lo irritó. Cuando una tripulación de siete hombres tiene que manejar una embarcación de regular tamaño, la pérdida de dos marineros experimentados es una cosa seria, porque aunque los negros son capaces de encargarse de un turno en la rueda del timón o de fregar la cubierta, es gente que sirve de poco con mal tiempo. Nuestro cocinero es también negro, y Mr. Septimius Goring tiene también un criadito negro, de modo que formamos una comunidad bastante abigarrada. El contable, John Harton, promete ser una verdadera alhaja, porque es hombre joven, alegre y divertido. ¡Qué poco tiene que ver la riqueza con la felicidad! Este hombre tiene por delante todo el mundo y busca su fortuna en un país lejano, y, sin embargo, es todo lo claramente feliz que puede ser un hombre. Si no me equivoco, Goring es rico, y yo también lo soy; pero

yo sé que tengo un pulmón enfermo, y Goring, a juzgar por sus facciones, debe de padecer de algo todavía más grave. ¡Qué contraste más lamentable formamos nosotros dos con aquel empleado sin blanca y sin preocupación alguna!

Octubre 17

La señora de Tibbs salió esta mañana por primera vez a cubierta. Es una mujer simpática y enérgica, con un niño encantador que apenas sabe andar y chapurrear. El Joven Harton se lanzó en el acto sobre el niño y se lo llevó a su camarote, donde, con toda seguridad, estará sembrando en el estómago del niño las semillas de una futura dispepsia. ¡Vean ustedes cómo la medicina hace de todos nosotros unos cínicos! El tiempo es todo lo tranquilo que se puede desear, y sopla una brisa fresca y agradable del Oeste-Sudoeste. La embarcación navega tan segura que apenas se daría uno cuenta de que se mueve si no fuese por el crujir de las jarcias, el combeo de las velas y el largo surco blanco de nuestra estela. He paseado durante toda la mañana con el capitán en el alcázar, y creo que el aire fresco y punzante ha obrado de manera beneficiosa en mis pulmones, porque aquel ejercicio no me produjo fatiga de ninguna clase. Tibbs es un hombre extraordinariamente inteligente, y hemos mantenido una interesante conversación acerca de las explicaciones de Maury sobre las corrientes oceánicas, a la que pusimos fin bajando al camarote del capitán para consultar el texto mismo de la obra. Encontramos en el camarote a Goring, cosa que produjo bastante sorpresa al capitán, porque no es corriente que los pasajeros entren en aquel santuario, a menos de ser invitados especialmente. Sin embargo, él se disculpó por el entremetimiento alegando su ignorancia de las costumbres de a bordo; el marino, hombre simpático, se limitó a reírse del incidente, y le pidió que se quedase y nos honrase con su compañía. Goring señaló los cronómetros, cuya vitrina había abierto, y nos dijo que los había estado examinando con admiración. Posee, evidentemente, algún conocimiento práctico de instrumentos matemáticos, porque le bastó una ojeada para decir cuál era el más exacto de los tres, y también para calcular su precio con pocos dólares de diferencia. Mantuvo también discusión con el capitán acerca de las variaciones de la brújula, y cuando nos pusimos de

nuevo a tratar de las corrientes oceánicas, demostró que dominaba por completo el tema. Bien mirado, ese hombre gana en aprecio tratándolo, y posee indudable cultura y refinamiento. Su voz armoniza con su conversación, y ambas son la antítesis misma de su rostro y de su cuerpo.

Las observaciones del mediodía demuestran que hemos recorrido doscientas veinte millas. Hacia el anochecer la brisa empezó a soplar con más fuerza, y el primer oficial ordenó que se rizasen las gavias y los juanetes, porque esperaba una noche de fuerte viento. Me he fijado en que el barómetro ha bajado a veintinueve. Espero que nuestro viaje no sea tormentoso, porque me mareo con facilidad, y es probable que una travesía difícil empeorara mi salud en lugar de beneficiarla. Sin embargo, tengo la mayor confianza en las habilidades marineras del capitán y en la solidez de la embarcación. Después de la cena he jugado a las cartas con la señora de Tibbs, y Harton nos tocó un par de piezas en el violín.

Octubre 18

Los sombríos pronósticos de la pasada noche no se han cumplido, porque el viento desapareció, y en este momento nos encontramos navegando con un oleaje suave y lento, encrespado aquí y allá por una ventolina pasajera que no tiene fuerza bastante para hinchar las velas. La temperatura es más fresca que ayer, y yo me he puesto uno de los gruesos jerseys de lana que mi mujer me ha confeccionado. Harton vino por la mañana a mi camarote, y hemos fumado juntos un cigarro. Me ha dicho que recuerda haber visto el año 89 a Goring en Cleveland, Ohio. Resulta que ya entonces era un hombre tan misterioso como ahora, y que andaba de un lugar a otro, sin ocupación visible, manifestándose muy reservado en sus asuntos personales. A mí me interesa ese hombre como tema para un estudio psicológico. Esta mañana, mientras nos desayunábamos, tuve de pronto la vaga sensación de inquietud que experimentan ciertas personas cuando alguien las mira con fijeza; alcé rápidamente la vista y tropecé con los ojos de Goring que me miraban con una expresión tan intensa que casi parecía de ferocidad, aunque se suavizaron instantáneamente, al mismo tiempo que él me hacía alguna observación acerca del tiempo. Es curioso, pero Harton me asegura que ayer, estando sobre cubierta, experimentó

él una sensación idéntica. Me he fijado en que cuando Goring va de un lado para otro dirige con frecuencia la palabra a los tripulantes de color. Es éste un rasgo que yo admiro bastante, porque lo corriente en estos hombres de sangre mezclada es que hagan caso omiso de esta condición suya y traten a sus parientes negros con una intolerancia mayor todavía que la de los blancos. Por lo que parece, su criadito le es muy afecto, lo cual indica que lo trata bien. En conjunto, este hombre es una mezcla curiosa de cualidades incongruentes: y, si yo no me equivoco, me proporcionará materia de observación durante el viaje.

El capitán refunfuña porque sus cronómetros no registran todos con exactitud el mismo tiempo. Afirma que tal desacuerdo entre ellos no le había ocurrido nunca hasta ahora. Debido a la bruma, nos fue imposible hacer ninguna observación de mediodía. Por simple cálculo, habremos hecho ciento setenta millas en las veinticuatro horas. Como preveía el capitán, los marineros negros han resultado hombres poco hábiles en su oficio; pero como han demostrado que saben manejar bien la rueda del timón, se les encomienda la tarea de timonear, para que, de ese modo, los otros hombres, más experimentados, hagan las maniobras del barco. Son éstos unos detalles bastante triviales, pero las cosas pequeñas sirven para dar materia a las charlas a bordo de un barco. La aparición de una ballena al atardecer produjo entre nosotros un gran revuelo. A juzgar por su espalda en punta y por la cola ahorquillada, yo diría que se trata de una yubarta, o rorcual, como la llaman los pescadores.

Octubre 19

El viento ha sido frío, y como medida de prudencia permanecí en mi camarote todo el día; salí únicamente para comer. Tumbado en mi litera, puedo, sin necesidad de levantarme, echar mano a mis libros, a las pipas y a todo cuanto necesito, siendo ésta una ventaja de vivir en un compartimiento pequeño. Mi vieja cicatriz empezó hoy a dolerme un poquito, probablemente por efecto del frío. He leído los Ensayos de Montaigne, y me he cuidado. Harton vino a visitarme por la tarde, trayendo a Doddy, el hijo del capitán, y poco después acudió este mismo, de modo que celebré toda una recepción.

Octubre 20 Y 21

Sigue haciendo frío, llovizna constantemente y no me ha sido posible salir del camarote. El estar así encerrado me debilita y me deprime. Entró Goring a visitarme, pero su compañía no contribuyó a alegrar mi ánimo, porque apenas si habló, limitándose a mirarme fijamente, de un modo raro e irritante. Luego se levantó y salió del camarote sin decir palabra. Empiezo a sospechar que es un lunático. Creo haber dicho ya que su camarote está contiguo al mío. Ambos están separados por un delgado tabique de madera agrietado en muchos sitios, siendo algunas de las grietas lo bastante anchas como para que, cuando estoy tendido en la litera, lo vea yo ir y venir a él por su camarote. Sin el menor propósito de espiarlo, observo que está continuamente inclinado sobre algo que da la impresión de una carta de navegar, haciendo cálculos con el lápiz y los compases. Me ha llamado la atención el interés que demuestra por los temas relacionados con la navegación, pero me sorprende que se tome el trabajo de hacer el cálculo de la derrota de nuestra embarcación. Sin embargo, ésta es una diversión bastante inocente, y no dudo que compara los resultados que él obtiene con los del capitán.

No querría pensar tanto en ese hombre. La noche del 20 tuve una pesadilla, y durante ella creí que mi litera se había convertido en un féretro, que me habían metido en él y que Goring trataba de clavar la tapa del mismo, en tanto que yo forcejeaba por levantarla. Ni siquiera cuando me desperté acabé de convencerme de que no estaba metido en un féretro. Yo, como médico que soy, sé que toda pesadilla no es otra cosa que un desarreglo vascular de los hemisferios del cerebro; pero dado el estado de debilidad en que me encuentro, no consigo sacudir la mórbida impresión que a mí me producen.

Octubre 22

Día hermoso, sin una nube apenas en el cielo, y una brisa fresca del Sudoeste que nos empuja alegremente por nuestra ruta. Es evidente que no lejos de nosotros ha debido de hacer tiempo tormentoso, porque hay una fuerte marejada y el barco cabecea de manera que el extremo de la verga delantera toca casi el agua. Di un paseo —que me reconfortó mucho— por el alcázar de proa, a pesar de que todavía no he llegado a tener lo que se dice piernas de marinero. Varios pájaros pequeños, que a mí me han parecido pinzones, se

posaron en las jarcias.

4,40 de la tarde

Mientras esta mañana me paseaba por la cubierta oí una explosión que parecía haberse producido del lado de mi camarote; bajé corriendo y pude ver que había estado a punto de sufrir un grave percance. Parece que Goring estaba limpiando un revólver en su camarote, cuando se le disparó uno de los cañones del tambor que él creía estaba descargado. La bala atravesó el tabique divisorio y fue a empotrarse en el sitio exacto de la amurada en que suelo apoyar mi cabeza. He entrado en combate demasiadas veces para magnificar las cosas pequeñas, pero no cabe duda alguna de que si yo hubiese estado en mi litera, aquella bala tenía por fuerza que haberme matado. El pobre Goring ignoraba que yo había subido a la cubierta y debió de llevarse un susto terrible. No he visto jamás en una cara emoción tan grande como la que se pintó en la suya cuando, al salir él corriendo de su camarote con el revólver todavía humeante en la mano, se dio de manos a boca conmigo, que bajaba de la cubierta. Se deshizo desde luego en disculpas, pero yo me reí del incidente.

11 de la noche

Ha ocurrido una desgracia tan inesperada y tan horrible que, comparada con ella, el peligro de muerte que yo corrí esta mañana queda reducido a una insignificancia. La señora Tibbs y su hijito han desaparecido..., han desaparecido por completo y de una manera irremediable. Me resulta muy difícil serenarme para poner por escrito los tristes detalles del caso. El capitán Tibbs se precipitó a eso de las ocho y media dentro de mi camarote y me preguntó si había visto a su mujer. Le contesté que no. Él entonces corrió al salón, buscando por todas partes algún rastro de ella, y yo fui tras él, intentando convencerle de que aquellos temores suyos eran ridículos. Registramos durante una hora todos los rincones del barco, sin descubrir rastro alguno de la mujer ni del niño. El pobre Tibbs se quedó afónico de tanto llamarla por su nombre. Hasta los marineros, que son, por lo general, gente muy poco sentimental, se sintieron profundamente afectados viendo cómo iba y

venía con la cabeza al aire y los cabellos revueltos de un lado a otro de la cubierta, registrando con febril ansiedad los lugares más inverosímiles, y volviendo a registrar los mismos sitios una y otra vez con dolorosa terquedad. Fue vista por última vez a eso de las siete, cuando salió a la cubierta con su hijo para que respirase un rato el aire puro antes de acostarlo. No había en ese instante ninguna otra persona sobre cubierta, salvo el marinero negro que llevaba la rueda del timón, y éste asegura no haberla visto. Todo el suceso está envuelto en el mayor misterio. La hipótesis que yo hago es que la señora Tibbs estaba cerca de la amurada con su hijo en brazos, y que en un movimiento brusco del barco se le cayó por la borda; ella, entonces, intentó convulsivamente agarrarlo o salvarlo, y se tiró detrás. No encuentro otra manera de explicar la doble desaparición. Es perfectamente posible que ocurriese aquella tragedia sin que el hombre del timón se enterase de nada, y porque las claraboyas en punta del salón forman una especie de mampara que oculta la mayor parte del alcázar. Sea como sea, se trata de una catástrofe terrible que ha ensombrecido de la manera más espantosa nuestro viaje. El oficial ha hecho virar en redondo a la embarcación, pero no existe ninguna esperanza de dar con los desaparecidos. El capitán se encuentra acostado en su litera, presa del más profundo estupor. Le eché una fuerte dosis de opio en el café para que se amortigüe su dolor al menos por unas horas.

Octubre 23

Me he despertado con un vago sentimiento de opresión y de dolor; pero sólo después de unos momentos de meditación se me vino al recuerdo la desgracia de la noche anterior. Cuando subí a cubierta me encontré al pobre capitán en pie y mirando hacia la inmensa extensión de las aguas que íbamos dejando a nuestra espalda y en donde queda todo lo que más quería en el mundo. Traté de hablarle, pero se alejó bruscamente de mí y se puso a pasear por la cubierta con la cabeza caída sobre el pecho. Aún ahora, cuando la verdad es tan evidente, no cruza por delante de uno de los botes ni de una vela desamarrada sin que mire dentro o debajo. Parece diez años más viejo que ayer por la mañana. Harton se encuentra terriblemente consternado, porque le tenía gran cariño al pequeño Doddy, y también Goring parece dolido. Por lo

menos, ha permanecido todo el día encerrado en su camarote, y yo le he visto, al mirar casualmente a través de una rendija, con la cabeza apoyada en las dos manos y como sumido en una ensoñación melancólica. Creo que jamás navegó una tripulación más entristecida. ¡Qué dolorosa impresión recibirá mi esposa cuando tenga noticia del desastre! La marejada se ha amansado casi por completo y estamos haciendo unos ocho nudos con todas las velas desplegadas y una brisa suave. Hyson se ha hecho cargo prácticamente del barco, porque aunque Tibbs hace los mayores esfuerzos por reaccionar y mostrarse entero, es incapaz de realizar ninguna tarea importante.

Octubre 24

¿Qué maldición ha caído sobre este barco? ¿Qué travesía se inició con mejores auspicios, para luego cambiar de manera tan catastrófica? Durante la noche, Tibbs se ha pegado un tiro en la cabeza. A eso de las tres de la madrugada me despertó una explosión; salté de la cama inmediatamente y salí a toda prisa del camarote, corriendo al del capitán para averiguar la causa, aunque llevando en el corazón un terrible presentimiento. Por rápido que acudí, Goring había corrido más, y estaba ya en el camarote, inclinado sobre el cuerpo del capitán. El espectáculo era espantoso, porque el disparo le había destrozado la parte superior de la frente, y la pequeña habitación estaba inundada de sangre. En el suelo, junto al capitán, estaba la pistola que acababa de caérsele de la mano. Debió de habérsela llevado a la boca antes de apretar el gatillo. Entre Goring y yo lo levantamos con reverencia y lo acostamos en su lecho. Toda la tripulación había acudido al camarote, y los seis hombres blancos se mostraban profundamente conmovidos, porque eran marineros viejos que habían navegado a sus órdenes durante muchos años. Víéronse miradas y oyéronse murmullos ensombrecidos, y uno de los marineros dijo claramente que el barco estaba embrujado. Harton ayudó a sacar al pobre capitán, y entre nosotros lo envolvimos en un trozo de lona. A las doce del día se agarrochó hacia atrás la vela delantera, y entregamos el cadáver a las aguas profundas. Goring leyó el servicio religioso para entierros de la Iglesia de Inglaterra. La brisa sopla más fresca y hemos hecho diez y hasta doce nudos durante todo el día. Cuanto antes lleguemos a Lisboa y cuanto antes me vea

fuera de este barco maldito, mayor será mi satisfacción. Tengo la sensación de que estuviéramos navegando en un féretro flotante. No es de extrañar que los pobres marineros sean supersticiosos, cuando yo, que soy un hombre culto, estoy tan impresionado.

Octubre 25

Hemos navegado durante todo el día a mucha velocidad. Me siento deprimido y sin interés por nada.

Octubre 26

Esta mañana, Goring, Harton y yo hemos mantenido una conversación sobre cubierta. Harton trató de sonsacar a Goring cuál era su profesión y con qué objeto marchaba a Europa; pero el cuarterón hizo frente a todas sus preguntas sin proporcionarnos dato alguno. Hasta pareció algo molesto por la insistencia de Harton, y bajó a su camarote. ¿Por qué nos tomamos Harton y yo tanto interés en ese hombre? Me imagino que lo que nos pica la curiosidad es lo raro de su aspecto comparado con su aparente riqueza. Harton sostiene la teoría de que Goring es en realidad un detective que va persiguiendo a un criminal que se fugó a Portugal, y que si ha elegido este sistema de viajar es para llegar, sin ser advertido y caer sobre su presa cuando ésta menos lo espera. Creo que semejante suposición resulta un poco traída por los cabellos, pero Harton se basa para hacerla en un libro que Goring se dejó en la cubierta, y que él recogió y hojeó. Se trata, por lo visto, de un libro de recortes, porque contenía muchísimos sacados de periódicos. Todos ellos se referían a asesinatos cometidos en los Estados Unidos durante los últimos veinte años, más o menos. Un detalle curioso que observó Harton fue que todos ellos se referían a asesinatos cuyos autores no llegaron nunca a ser capturados y conducidos ante los jueces. Dice Harton que esos recortes se referían a crímenes llevados a cabo de toda clase de maneras y entre gentes de todos los estamentos sociales, pero que terminaban de una manera uniforme, con la coletilla de que la Policía esperaba fundamentalmente capturar muy pronto a los asesinos. Parece, en efecto, que ese detalle da visos de verosimilitud a la teoría de Harton, aunque bien pudiera tratarse de un simple capricho de

Goring o, según yo le sugerí a Harton, que estuviese recogiendo materiales para un libro que deje empequeñecido a De Quincy. Sea como sea, es cosa que nada nos importa a nosotros.

Octubre 27 Y 28

Seguimos teniendo viento favorable y avanzamos mucho. ¡Qué sensación más extraña produce el ver la facilidad con que un hombre desaparece de su puesto y cae en el olvido de los demás! Apenas si se habla ya de Tibbs; Hyson ha pasado a ocupar su camarote, y todo sigue su curso como antes. Si no fuese por la máquina de coser de la señora Tibbs, que está sobre una mesa lateral, ya no nos acordaríamos siquiera de que la desdichada familia hubiese existido. Hoy ha ocurrido a bordo otro accidente, aunque por fortuna no ha revestido importancia grande. Uno de los marineros blancos ha bajado a la bodega de popa en busca de un rollo de cuerda de repuesto, y uno de los cuarteles de escotilla que él había levantado cayó desde arriba con estrépito; pudo salvar su vida apartándose de un salto, pero uno de sus pies quedó terriblemente destrozado, y ese hombre va a servir de poco durante el viaje. Atribuye el accidente a falta de cuidado del compañero negro que le había ayudado a levantar los cuarteles de escotilla; pero el negro lo atribuye al balanceo del barco. Sea por la causa que sea, el hecho es que nuestra tripulación queda aún más mermada. Esta serie de desgracias parece haber deprimido a Harton, porque ya no demuestra el buen humor y jovialidad de antes. Goring es el único que conserva su animación. Sigue haciendo cálculos sobre su carta marítima dentro de su camarote. Sus conocimientos marinos podrían sernos útiles si le ocurriese algo a Hyson..., ¡cosa de la que Dios nos libre!

Octubre 29 Y 30

Seguimos avanzando con rapidez y suavidad, empujados por una brisa suave. Reina tranquilidad y no ha ocurrido nada digno de ser anotado.

Octubre 31

La debilidad de mis pulmones, unida a los emocionantes episodios de nuestro viaje, han quebrantado mi sistema nervioso hasta el punto de que los incidentes más triviales me impresionan. No parece que sea yo el mismo que en Antietam, y bajo un fuerte fuego de fusilería, ligó la arteria externa ilíaca, operación que exige la más delicada precisión. Soy tan nervioso como un niño. La noche pasada, a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, me encontraba amodorrado y con ganas de conciliar un sueño reparador. No había luz en el interior del camarote mío, pero por el ojo de buey penetraba un rayo de luna que proyectaba sobre la puerta un círculo plateado de trémula luz. Tenía fijos los ojos soñolientos en aquel círculo, con la sensación de que, a medida que me dormía, se iba esfumando: de pronto me desperté por completo al ver aparecer un pequeño objeto negro en el centro mismo del círculo luminoso. Permanecí inmóvil y con la respiración en suspenso, esperando. El objeto negro se fue haciendo gradualmente mayor y más visible, y de pronto me di cuenta de que se trataba de la mano de un hombre, metida cautelosamente por la rendija de la puerta a medio cerrar..., y sentí un espeluzno de espanto al observar que aquella mano estaba mocha de dedos. La puerta giró con gran tiento hacia atrás, y la cabeza de Goring siguió a su mano, surgiendo en el centro del claror de la luna, como rodeada de un halo cadavérico e indeciso sobre el que se destacaron con claridad sus facciones. Jamás he visto en rostro humano una expresión tan diabólica y tan implacable. Sus ojos estaban dilatados y centelleantes; sus labios, recogidos hacia arriba y hacia abajo para dejar a la vista sus blancos colmillos, y los cabellos negros y lisos aparecían erizados sobre su frente estrecha lo mismo que la caperuza de una cobra. Lo súbito y silencioso de la aparición me produjo tal efecto, que me senté de un brinco en la cama todo tembloroso, y alargué mi mano hacia el revólver. Pero me sentí completamente avergonzado de mi precipitación en cuanto me explicó el porqué de aquel entremetimiento, cosa que hizo con las expresiones más corteses. El pobre hombre estaba pasando un fuerte dolor de muelas, y venía a pedirme un poco de láudano, porque sabía que yo contaba con un botiquín. En cuanto a lo siniestro de su expresión, pienso que ese hombre no es nunca lo que se llama una belleza, y mi tensión nerviosa, combinada con el claror de la luna, no tuvo dificultad en ver en su cara un

aspecto espantoso. Le di veinte gotas, y él se retiró con grandes expresiones de gratitud. No encuentro palabras para expresar lo muchísimo que aquel incidente trivial afectó a mi sistema nervioso. Durante todo el día me he sentido como desmadejado.

Paso aquí por alto una semana entera de nuestro viaje, porque nada importante ocurrió en todo ese tiempo, y mi Diario sólo contiene unas pocas páginas de charlas insustanciales.

Noviembre 7

Harton y yo permanecimos sentados en la popa toda la mañana, porque a medida que entramos en las latitudes del Sur, la temperatura se va haciendo muy calurosa. Calculamos que llevaremos hechos dos tercios de nuestro viaje. ¡Qué alegría la nuestra cuando veamos las verdes riberas del Tajo y abandonemos para siempre este barco desafortunado! Yo trataba de divertir a Harton y de pasar el tiempo contándole algunos hechos de mi vida pasada. Le referí, entre otras cosas, de qué manera había entrado yo en posesión de mi piedra negra, y como final del relato rebusqué en el bolsillo lateral de mi vieja chaqueta de cazador, y le presenté el objeto mismo en cuestión. Estábamos él y yo inclinados, examinando los surcos curiosos que tenía en su superficie, cuando percibimos una sombra de algo que se interponía entre nosotros y el sol; nos volvimos a mirar, y nos encontramos con Goring que, de pie y detrás de nosotros, tenía los ojos fijos en la piedra. Por la razón que fuese, era evidente que aquello le había excitado profundamente, aunque tratase de dominarse y de ocultar su emoción. Antes de que se serenase lo suficiente para preguntar qué era aquello y cómo había llegado a mis manos, apuntó dos o tres veces hacia mi reliquia con su rechoncho pulgar, y me hizo la pregunta con tal brusquedad, que lo habría yo tomado como una ofensa si no supiese ya que aquel hombre era un excéntrico. Le conté la historia más o menos como se la había contado a Harton. Me escuchó con el más profundo interés, luego me preguntó si tenía alguna idea de lo que podía ser aquella piedra. Le dije que nada sabía, fuera de que era meteórica. Me preguntó si no había nunca probado el efecto que producía sobre un hombre de raza negra, y le contesté que no. Entonces me dijo: «Vamos a ver lo que dice nuestro amigo negro que

está en la rueda del timón.» Cogió la piedra en sus manos, se dirigió hasta el marinero, y ambos estuvieron examinándola cuidadosamente. Yo veía que el negro gesticulaba y hacía signos afirmativos de cabeza, expresándose con gran agitación, mientras su rostro delataba el máximo asombro, mezclado, según me pareció, con algo de reverencia. Goring volvió luego hasta donde estábamos nosotros, trayendo siempre la piedra en la mano, y nos dijo: «El negro opina que esto es una piedra que no vale nada ni sirve para nada, como no sea para tirarla por encima de la borda al mar.» Y diciendo y haciendo, alzó el brazo y me habría dejado para siempre sin mi reliquia si el marinero negro que estaba detrás no se hubiese abalanzado y le hubiese sujetado por la muñeca. Viéndose Goring imposibilitado de realizar lo que pensaba, se alejó de muy mal talante, a fin de eludir de ese modo las airadas censuras que yo me disponía a dirigirle por haber traicionado mi confianza. El negro recogió la piedra y me la entregó, haciéndome una profunda reverencia y con demostraciones del más profundo respeto. Todo este asunto resulta inexplicable. Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que Goring es un loco o anda muy cerca de la locura. Sin embargo, cuando comparo el efecto producido por la piedra sobre el marinero con el respeto que todos los negros de la plantación mostraban a Marta, y la sorpresa manifestada por Goring en el primer momento en que la vio, no puedo menos de llegar a la conclusión de que tengo efectivamente entre mis manos un talismán poderoso que ejerce influencia sobre todos los individuos de raza negra. No debo confiarla otra vez a las manos de Goring.

Noviembre 8 Y 9

¡Maravilloso tiempo éste de que disfrutamos! Fuera de un ligero ramalazo, no hemos tenido durante toda la travesía sino brisas frescas. Estos dos últimos días hemos hecho recorridos superiores a todos los que habíamos hecho con anterioridad. Es un espectáculo precioso el contemplar cómo nuestra proa corta las ondas levantando un hervor de espumas, en las que brilla el sol y se quiebra en infinitos arcos iris de miniatura o, como les llaman los marineros, perros de sol. Permanecí hoy por espacio de varias horas en la punta del castillo de proa, contemplando ese efecto y rodeado por un halo de todos los colores del prisma. El timonel ha debido de hablar a los demás negros acerca

de la piedra maravillosa, porque todos ellos me tratan con el máximo respeto. Hablando de fenómenos ópticos, ayer por la noche fuimos testigos de uno que me fue señalado por Hyson. Se trata de la aparición en el firmamento, y a gran altura, de un objeto triangular bien definido, al norte de nosotros. Me explicó que aquello presentaba exactamente el aspecto del pico de Tenerife visto desde gran distancia; pero en ese momento, dicho pico se encontraba a quinientas millas, por lo menos, hacia el sur de nuestra posición. Pudiera tratarse de una nube o de uno de esos extraños fenómenos de reverberación que suelen contarse. El tiempo es muy caluroso, y el oficial dice que jamás conoció semejante calor en estas latitudes. He jugado al ajedrez con Harton durante toda la velada.

Noviembre 10

La temperatura es cada vez más calurosa. A pesar de que todavía nos encontramos a gran distancia del término de nuestro viaje, hoy han venido algunos pájaros de tierra a posarse en nuestras jarcias. El calor es tan fuerte que nos ha invadido la pereza y apenas si hacemos otra cosa que permanecer tumbados en la cubierta, fumando. Goring se me acercó hoy y me hizo algunas otras preguntas acerca de mi piedra; pero yo le he contestado con bastante sequedad, porque todavía no he olvidado la manera fría con que trató de despojarme de ella.

Noviembre 11 Y 12

Seguimos navegando a buena velocidad. Jamás creí que la zona de Portugal fuese tan calurosa, y seguramente que en tierra la temperatura será más fría. El mismo Hyson parece sorprendido, y también lo están los tripulantes.

Noviembre 13

Ha ocurrido un hecho por demás extraordinario; tanto, que casi parece inexplicable. O Hyson se ha equivocado de una manera flagrante, o alguna influencia magnética ha perturbado el funcionamiento de nuestros instrumentos.

Casi cuando empezaba a rayar el alba, el vigía de la cubierta del castillo de proa gritó anunciando que oía ruido de rompientes por la parte delantera, y a Hyson le pareció que descubría la sombra de tierra. Se hizo virar la embarcación. Aunque no se distinguía ninguna luz, nadie de nosotros dudó de que habíamos dado en las costas de Portugal con algo de anticipación sobre lo que teníamos calculado. ¡Pero qué sorpresa la nuestra al contemplar el panorama que se nos descubrió al hacerse de día! A uno y otro lado hasta donde alcanzaba nuestra vista, divisamos una larga línea de rompientes, con olas grandes y verdosas que avanzaban y rompían levantando una nube de espuma. ¿Y qué había detrás de las rompientes? No los verdes taludes ni los altos acantilados de las costas de Portugal, sino una gran extensión arenosa que se alargaba hasta confundirse con la línea del horizonte, mirásemos hacia donde mirásemos, lo mismo a la derecha que a la izquierda, no se veía otra cosa que arena amarilla, que en ciertos lugares formaba dunas fantásticas, de varios centenares de pies algunas de ellas, y en otros presentaba superficies tan lisas como una mesa de billar. Harton y yo, que habíamos subido juntos a cubierta, nos miramos atónitos, y Harton rompió a reír. Hyson da señales de estar molestísimo por lo ocurrido, y asegura que alguien ha estropeado los instrumentos de navegación. No cabe la menor duda de que estamos junto al continente africano, y que era, en efecto, el pico del Teide el que vimos hace algunos días alzarse sobre el horizonte por el Norte. Cuando descubrimos algunas aves de tierra, es probable que estuviésemos cruzando por delante de las islas Canarias. Si hemos seguido navegando en la misma dirección, debemos estar al norte de cabo Blanco, cerca de la región inexplorada que bordea el Gran Sahara. Todo lo que podemos hacer es rectificar nuestros instrumentos, hasta donde nos sea posible, y tomar de nuevo la ruta de nuestro puerto de destino.

8,30 de la tarde

Durante todo el día hemos permanecido envueltos en una calma chicha. La costa se encuentra en estos momentos a cosa de milla y media de nuestra embarcación. Hyson ha examinado los instrumentos pero no acierta a descubrir la causa de su extraordinaria desviación.

Aquí termina mi Diario particular, y el resto de mi exposición tengo que hacerlo de memoria. No hay probabilidad ninguna de que me equivoque en lo referente a los hechos ocurridos, que han quedado como grabados a fuego en mi cerebro. Aquella misma noche estalló la tormenta que venía preparándose desde hacía tanto tiempo, y así es como descubrí hacia dónde se encaminaban todos los pequeños incidentes que he venido registrando tan deslavazadamente. ¡Qué ceguera la mía en no haberlos comprendido antes!

Me había retirado a mi camarote a eso de las once y media y me disponía a acostarme, cuando dieron unos golpes a mi puerta. Al abrirla me encontré con el criadito de Goring, que me comunicó que su amo estaba en la cubierta y deseaba hablar unas palabras conmigo. Me sorprendió bastante que me necesitase a una hora como aquélla pero subí sin vacilar. No bien puse mis pies en el alcázar cuando me sujetaron por detrás, me hicieron caer al suelo, de espaldas, y me amordazaron con un pañuelo. Forcejeé cuanto pude, pero me ataron un rollo de cuerda alrededor de mi cuerpo, luego me sujetaron a uno de los brazos de la serviola de un bote, de forma que no podía hacer ni hablar nada, y poniéndome la punta de un cuchillo en el cuello, me advirtieron que cesase en mis forcejeos. La noche era tan oscura que hasta aquel momento me fue imposible reconocer a mis asaltantes; pero a medida que mis ojos se fueron haciendo a la oscuridad y la luna salió de entre las nubes que la ocultaban, pude ver que estaba rodeado por los dos tripulantes negros, el cocinero negro y mi compañero de pasaje Goring. Había otra persona acurrucada a mis pies sobre cubierta pero estaba a la sombra y no logré distinguir quién era.

Todo eso ocurrió con tal rapidez, que apenas si transcurriría un minuto desde que salí de la escalera de escotilla hasta que me encontré amordazado e impotente. Fue tan inesperado, que casi no comprendí lo que me ocurría ni lo que aquello podía significar. La cuadrilla que me rodeaba empezó a hablar entre cuchicheos breves y agresivos, y un secreto instinto me hizo comprender que era mi vida lo que estaba en juego. Goring hablaba en tono autoritario y colérico, y los otros le contestaban a una y con obstinación, como si se negasen a obedecerle. Por fin se alejaron en grupo hasta el lado opuesto de la cubierta, donde les oí que seguían en sus cuchicheos, aunque las claraboyas del salón me impedían verlos.

En todo este tiempo se oían al otro extremo del barco las voces de los tripulantes de la guardia que charlaban y se reían; sus voces me llegaban con toda claridad; los veía reunidos en un grupo, muy ajenos a los tenebrosos manejos que tenían lugar a menos de treinta yardas de distancia. ¡Si yo hubiese podido ponerlos sobre aviso, aunque sólo fuese dándoles una voz, y aunque esa voz me costase la vida! Pero me era imposible. La luna brillaba incierta por entre las nubes desgarradas, y yo distinguía el brillo plateado de las rompientes, y más allá de éstas, el desierto inmenso y extraño, con sus fantásticas dunas. Al bajar la vista, advertí que el hombre al que había visto acurrucado sobre cubierta seguía allí en la misma postura; mientras yo le miraba, cayó sobre su rostro vuelto hacia arriba un vacilante claror de luna. ¡Santo Dios! Hoy mismo, cuando han pasado más de doce años, me tiembla la mano al escribir que en aquella cara, a pesar de que tenía las facciones contorsionadas y los ojos saltándosele de las órbitas, reconocí la de Harton, el jovial empleado que había sido mi compañero durante el viaje. No hacía falta ser médico para comprender que estaba completamente muerto; el pañuelo retorcido alrededor de su cuello y la mordaza que tenía en su boca denunciaban la manera silenciosa con que aquellos perros del infierno habían realizado su obra. Contemplando al cadáver de Harton, se me representó con la claridad de un relámpago la clave que explicaba todo lo acaecido en nuestro viaje.

Oí el roce de una cerilla al encenderse al otro lado de las claraboyas, y vi la figura alta y trasijada de Goring de pie sobre la amurada, sosteniendo en la mano lo que parecía ser una linterna sorda. La bajó un instante alumbrando hacia el costado del buque, y entonces vi con asombro indecible que otra luz le contestaba inmediatamente de entre las dunas de arena de la playa. Esa luz se dejaba ver y se apagaba con tal rapidez, que no habría llegado a distinguirla si no hubiese mirado en la dirección en que lo hacía Goring. Nuevamente repitió éste la operación, y nuevamente le contestaron desde la costa. Entonces se bajó de encima de la amurada, pero resbaló e hizo tanto ruido que me dio un vuelco el corazón, confiando en que los hombres de la guardia lo habrían oído y se fijarían en los manejos de aquel hombre. La noche era tranquila y la embarcación no se movía, razones por las que habían descuidado la vigilancia que les imponía su deber. Hyson, que desde la muerte de Tibbs mandaba las

dos guardias, había bajado a su camarote para dormir unas horas, y el contra maestre, que le sustituía, estaba con los otros dos hombres, al pie del palo del trinquete. Impotente, mudo, sintiendo que la cuerda se me clavaba en las carnes, y con el cadáver del hombre asesinado a mis pies, esperé el acto siguiente de la tragedia.

Los cuatro bandidos se habían trasladado al otro costado del buque. El cocinero empuñaba una especie de maza; los demás negros blandían cuchillos y Goring estaba armado de un revólver. Apoyados en el antepecho, miraban todos hacia el agua, como esperando que apareciese algo. Vi cómo uno de ellos le agarraba a otro del brazo y parecía señalarle con el dedo en una dirección; miré hacia allí y distinguí confusamente una gran sombra negra que avanzaba en dirección al barco nuestro. Cuando surgió de las tinieblas vi que se trataba de una gran canoa llena de hombres e impulsada lo menos por una veintena de palas. También los hombres de guardia la vieron cuando pasó por detrás de nuestra popa como una flecha, y dieron la alarma, corriendo hacia allá. Pero era tarde, porque un enjambre de negros gigantescos trepó a cubierta y avanzaron por ésta como torrente irresistible, guiados por Goring. En un instante quedó dominada toda resistencia; los inermes hombres de la guardia se vieron derribados por el suelo y atados, mientras que a los que dormían se les sacaba violentamente de sus literas, y quedaban igualmente privados de todo movimiento. Trató Hyson de defender el estrecho pasillo que conducía a su camarote, oí ruido de lucha y los gritos que daba pidiendo socorro. Pero no había nadie que pudiera acudir a dárselo, y lo arrastraron a cubierta con un tajo en la frente del que manaba la sangre en abundancia. Fue amordazado lo mismo que todos los demás, y los negros celebraron consejo para decidir nuestra suerte. Vi que nuestros marineros negros me señalaban a mí, al mismo tiempo que explicaban a los salvajes algo que levantó murmullos de incredulidad entre ellos. Uno de los salvajes se adelantó, metió la mano en mi bolsillo, extrajo la piedra negra y la estuvo examinando. Después se la entregó al que parecía ser su jefe, que la examinó con toda la minuciosidad que permitía la poca luz, y luego la pasó al guerrero que tenía a su lado, farfullando algunas palabras; éste hizo lo mismo, y la piedra pasó de mano en mano por todos. Entonces el jefe dijo algunas palabras a Goring en su idioma nativo, y este último me las tradujo al inglés. Me parece estar viendo ahora

mismo aquel cuadro. Los altos mástiles, desde los que caía en cascada el claror de luna, plateando las vergas y poniendo de relieve toda la red de cabos y aparejos; el grupo de guerreros negros apoyados en sus lanzas; el hombre muerto a mis pies; la hilera de prisioneros blancos y, delante de mí, el repugnante mestizo, formando por la blancura y elegancia de sus ropas un extraño contraste con sus asociados. Con su tono más dulce de voz, me dijo:

—Quiero que sea usted testigo de que yo no entro para nada en perdonarle la vida. Si de mí dependiese, moriría usted de la misma manera que van a morir esos otros. Ni contra ellos ni contra usted tengo ningún rencor personal, pero yo he consagrado mi vida a la destrucción de la raza blanca y es usted el primer blanco de cuantos he tenido en mi poder que se escapa con vida. Puede dar las gracias a esa piedra que lleva encima y que es la que le salva la vida. Estos pobres diablos la reverencian. Realmente, si es lo que ellos aseguran, creo que son ellos quienes tienen razón. Si cuando hayamos desembarcado se comprueba que están en un error y que la materia y el trabajo de esa piedra son cosa de casualidad, no habrá nada que le salve la vida. Mientras tanto, queremos darle buen trato, y si entre los objetos de su propiedad hay algo que desea conservar, queda usted en libertad de recogerlo.

Cuando acabó de hablar hizo un ademán, y una pareja de negros me desató, aunque sin quitarme la mordaza. Me bajaron a mi camarote, y yo guardé en mis bolsillos algunos objetos de valor, además de una brújula de bolsillo y el Diario de mi viaje. Acto continuo, me descolgaron por encima del antepecho a una canoa pequeña que tenían junto a la grande, embarcaron en ella mis guardianes y se pusieron a remar con sus palas, en dirección a la costa. Nos habríamos alejado cosa de un centenar de yardas, cuando el timonel levantó la mano y los remeros dejaron de palear y se pusieron a escuchar. Llegó hasta mí, en medio del silencio de la noche, una especie de sollozo apagado, seguido de una serie de chapoteos de objetos lanzados al agua. Eso es todo lo que sé de la suerte que corrieron mis pobres compañeros de barco. Casi en seguida apareció en nuestra dirección la canoa grande, y el barco solitario quedó a la deriva, como un espectro lamentable. Los salvajes no se llevaron nada de la embarcación. Todo el endemoniado asunto se realizó con el respeto y la templanza de un rito religioso.

Cuando cruzamos las rompientes y llegamos a la orilla, aparecía por el

Oriente el primer rayo gris del alba. Media docena de hombres quedaron al cuidado de las canoas, y el resto de los negros se alejó cruzando por entre las dunas; me llevaron con ellos, pero me trataron con mucha bondad y respeto. El caminar resultaba muy pesado, porque nos hundíamos por encima de los tobillos en las arenas sueltas y movedizas; yo me encontraba medio muerto de cansancio cuando llegamos a la aldea indígena, o más bien a la ciudad, porque era un poblado de grandes dimensiones. Las casas consistían en estructuras cónicas que tenían cierta apariencia de panales de abejas, y estaban construidas de algas marinas revestidas de una tosca capa de mortero, porque ni en la costa ni en muchos centenares de millas de distancia era posible encontrar palo ni piedra de ninguna clase. Cuando entramos en la población, fuimos recibidos por una enorme muchedumbre de ambos sexos que acudió tocando tam-tams y dando alaridos y gritos. Al verme, redoblaron sus vociferaciones y adoptaron una actitud amenazadora; pero bastaron algunas frases de los hombres de mi escolta para cortar aquello de una manera tajante. Un murmullo de admiración sucedió a los gritos de guerra y a los alaridos, y la espesa masa de gentes avanzó por la ancha calle central, llevándonos en medio a mí y a mi escolta.

Esta exposición mía puede parecer de aquí en adelante tan extraña, que quizá levante dudas en los que no me conocen; pero la ofensa que me hizo mi cuñado con su abierta incredulidad nació de lo que ahora voy a contar. Yo no puedo hacer otra cosa que relatar lo sucedido con las palabras más sencillas, confiando en que la casualidad y el tiempo demostrarán su verdad. Había en el centro de aquella calle mayor un edificio construido con los mismos materiales que los demás, pero mucho más alto; estaba rodeado por una empalizada de troncos de ébano admirablemente pulimentados; la puerta estaba formada por dos magníficos colmillos de elefante, hundidos en el suelo a cada lado, pero que se juntaban por las puntas en lo alto, y el hueco de la misma cerrado con una mampara de rica tela indígena bordada en oro. Nos dirigimos hasta aquella construcción de aspecto imponente; pero al llegar a la abertura de la empalizada, la muchedumbre se detuvo y se puso en cuclillas, mientras algunos de los jefes y ancianos de la tribu me hacían pasar al interior. Nos acompañaba Goring, que era en realidad el que lo dirigía todo. Al llegar a la mampara que servía de puerta del templo —porque era, evidentemente, un

templo— me quitaron el sombrero y los zapatos, y luego me hicieron entrar siguiendo a un venerable negro que marchaba delante llevando en la mano la piedra que me habían quitado del bolsillo. El edificio no tenía más luz que la que recibía por algunas rendijas largas que había en el techo, por las que entraba el sol tropical, dibujando en el suelo de arcilla anchas franjas doradas que alternaban con intervalos de oscuridad.

El interior de este edificio era todavía más espacioso de lo que uno se imaginaba por su aspecto exterior. Los muros estaban decorados con esterillas indígenas, conchas y otros adornos, pero el resto del templo estaba completamente vacío, con excepción del centro, en el que se veía la figura de un negro colosal. Creí, a primera vista, que se trataría de algún rey o gran sacerdote vivo y de corpulencia titánica; pero conforme fui acercándome comprendí, por la forma como se reflejaba la luz, que se trataba de una estatua admirablemente tallada en piedra de azabache. Me condujeron hasta cerca de aquel ídolo —pues eso parecía ser—, y al examinarlo de cerca y detenidamente, vi que, si bien era perfecto en todo, tenía cortada de raíz una oreja. El negro de cabellos blancos que tenía en la mano mi piedra se subió encima de un escabel, alargó el brazo y encajó la piedra negra de Marta en la superficie mellada del lado de la cabeza. No cabía la menor duda de que la piedra había sido arrancada de la estatua. Las dos superficies coincidían y encajaban con tal exactitud que la piedra permaneció por algunos momentos sujeta por sí misma, sin apoyo alguno, y luego cayó en la palma de la mano del anciano. Al ver aquello, el grupo que me rodeaba dejó escapar una exclamación reverente y se postró de hinojos en el suelo, mientras la muchedumbre que aguardaba en la parte exterior, y a la que se comunicó la noticia, lanzaba frenéticos vítores y aclamaciones.

Me vi convertido instantáneamente, de prisionero que era, en un semidiós. Me condujeron en triunfo y con un cortejo por la población; todos querían tocar mis ropas y recoger el polvo donde yo había posado mis pies. Pusieron a mi disposición una de las chozas mayores, y me sirvieron un banquete de los manjares indígenas más delicados. Sin embargo, comprendí que no era libre, porque colocaron varios lanceros de guardia a la entrada de mi choza. Mi pensamiento trabajó durante todo el día en idear planes para huir, pero ninguno de ellos me parecía viable. De un lado tenía el gran desierto árido que se

extendía hasta Tombuctú, y del otro, un mar por el que no cruzaba embarcación alguna. Cuanto más meditaba en el problema, más imposible de solución lo encontraba. ¡Cuán lejos estaba de soñar en la inminencia de la misma!

Había cerrado la noche, y las manifestaciones de júbilo de los negros se fueron apagando gradualmente. Estaba yo tendido en la yacija de pieles que me habían preparado, y seguía meditando sobre mi porvenir, cuando Goring entró furtivamente en mi choza. Mi primera idea fue la de que venía para dar cima a su holocausto de asesinatos, acabando con la vida del último superviviente, y me puse en pie, dispuesto a defenderme hasta el final. Él se sonrió viendo mi actitud, y me indicó que volviese a acostarme, sentándose a su vez en el otro extremo de mi yacija, y dio comienzo a la conversación con esta pregunta extraordinaria:

—¿Qué opinión se ha formado de mí?

—¿Qué opinión me he formado de usted? —le dije casi vociferando—. Opino que es el más ruin y canalla de los renegados que mancharon con su presencia esta tierra nuestra. Si no estuviéramos entre estos endemoniados negros suyos, lo estrangularía Con mis propias manos.

—No grite tanto —me contestó, sin que pareciese que mis palabras le hubiesen irritado lo más mínimo—. No quiero que nadie interrumpa nuestra conversación —prosiguió con divertida sonrisa—. ¡De modo que usted me estrangularía! Pues ya ve usted cómo yo devuelvo bien por mal, ya que si estoy aquí es para ayudarle a fugarse.

—¡Usted! —le contesté, atónito.

—Yo, sí —me contestó—. Eso no tiene ningún mérito por mi parte. Yo soy lógico en mi conducta. No existe razón alguna para que no le hable con absoluta franqueza. Quiero ser rey entre esta gente, lo cual no es tener grandes ambiciones, desde luego; pero ya recordará lo que dijo César sobre el ser el primero en una aldea de las Galias. Pues bien: esta malhadada piedra suya no sólo le ha salvado la vida, sino que ha trastornado las cabezas de todos éstos hasta el punto de que creen que usted ha bajado de los cielos. Mi influencia, pues, habrá desaparecido si usted no se aparta de mi camino. Por esa razón, ya que no puedo matarlo, le ayudaré a fugarse.

Todo esto me lo dijo sin alterar el tono de su voz de falsete, como si aquel propósito suyo fuese la cosa más natural del mundo. Después de una pausa,

siguió diciendo:

—Usted daría cualquier cosa por hacerme algunas preguntas, pero se lo impide su orgullo. Pues bien: yo seré quien satisfará su curiosidad, porque quiero que sus compañeros los blancos se enteren de ellas cuando usted regrese a su país, si es que tiene la suerte de conseguirlo. Hablemos, por ejemplo, de esa condenada piedra suya. Estos negros fueron primitivamente mahometanos, o por lo menos, así lo asegura una leyenda. En vida de Mahoma se produjo un cisma entre sus discípulos y el partido menos numeroso se marchó de la Arabia y llegó a cruzar el continente africano. Al salir para su destierro, se llevaron una reliquia valiosa de su antigua fe: esa reliquia consistía en un gran bloque de la piedra negra de La Meca. Ya habrá oído usted decir que esta piedra, procede de un meteoro, y que al caer a tierra se partió en dos pedazos. Uno de éstos se conserva todavía en La Meca. El pedazo mayor fue llevado a Berbería, donde un artesano hábil lo trabajó, dándole la forma que usted ha visto hoy. Estos hombres son los descendientes de aquellos primeros herejes de Mahoma, y han ido conservando su reliquia durante todas sus idas y venidas, hasta que se asentaron en este lugar extraño, en donde el desierto los protege de sus enemigos.

—¿Y la oreja? —le pregunté yo, casi involuntariamente.

—Pues verá usted: fue una repetición de la leyenda primitiva. Algunos miembros de la tribu se marcharon hacia el Sur hará un centenar de años, y uno de ellos penetró durante la noche en el templo y se llevó una de las orejas para que les diese buena suerte en su empresa. Desde entonces corre entre los negros una tradición que asegura que la oreja volverá a este lugar algún día. Es seguro que el individuo que se la llevó fue hecho prisionero por algún esclavista, y de ese modo llegó a Norteamérica, hasta venir a parar a las manos de usted..., y usted ha tenido el honor de que se cumpliera la profecía.

Se calló durante algunos minutos, apoyando la cabeza en las manos, como si esperase que yo le dirigiese la palabra. Cuando volvió a levantar la vista, toda la expresión de su rostro había cambiado: sus facciones estaban rígidas y firmes, el aire de frivolidad con que antes me había hablado era ya de severidad y casi feroz.

—Deseo que lleve usted un mensaje a la raza blanca, a la gran raza dominadora, a la que yo odio y desafío —dijo—. Dígales que por espacio de

veinte años me he cebado en sangre suya; que maté blancos hasta que llegó a cansarme lo que al principio constituía para mí un júbilo; que hice eso sin que nadie me descubriese ni recelase de mí, frente a todas las medidas de precaución que era capaz de dictarles su civilización. No hay goce en la venganza cuando su enemigo no sabe quién lo ha castigado. No me pesa, pues, el servirme de usted como mensajero. No hace falta que le explique cómo nació en mí este odio terrible, pero —y al decirlo me mostró su mano mutilada—, ¡vea esto! Es obra del cuchillo de un hombre blanco. Mi padre era blanco, y mi madre era esclava. Cuando murió mi padre la vendieron de nuevo a ella, y yo, que entonces era un niño, vi cómo la azotaban cruelmente para despojarla de algunas de las pequeñas gracias y encantos que su difunto amo había cultivado en ella. ¡Y también mi joven esposa! ¡También mi joven esposa! —Todo su cuerpo fue sacudido por un temblor—. ¡Pero eso no importa! Hice un juramento y lo cumplí. Desde el estado de Maine hasta el de Florida y desde Boston hasta San Francisco, podría usted ir siguiendo la huella de mis pasos guiándose por muertes súbitas, que desconcertaban a la Policía. Yo hice la guerra a toda la raza blanca, de la misma manera que ésta la había hecho por espacio de siglos a la raza negra. Pero ya le he dicho que acabé por sentir repugnancia de la sangre. Pero bastaba que viese un rostro blanco para que mi aborrecimiento se despertase; decidí entonces reunir algunos negros libres y valerosos y unir mi suerte con la suya, cultivando sus capacidades ocultas y formando el núcleo de una futura gran nación de raza negra. Esta idea llegó a ser para mí una obsesión, que me hizo viajar por el mundo durante dos años en busca de lo que yo deseaba. Llegué casi a desesperar de encontrarlo. No había esperanzas de regenerar a los sudaneses, que eran comerciantes de esclavos, ni a los envilecidos fantis, ni a los negros norteamericanizados de Liberia. Regresaba ya de mi correría, cuando la casualidad me puso en contacto con esta tribu magnífica de moradores del desierto, y uní mi suerte a la suya. Sin embargo, mi viejo instinto de venganza me llevó a realizar antes una última visita a los Estados Unidos, de donde regresé en el *Marie Celeste*. En cuanto al viaje mismo, ya usted habrá comprendido ahora que, gracias a manipulaciones mías, tanto las brújulas como los cronómetros arrojaban indicaciones completamente falsas.

»Únicamente yo, valiéndome de instrumentos de mi propiedad que

funcionaban correctamente, iba trazando la ruta, con ayuda de mis amigos negros que estaban en la rueda del timón, Fui yo quien tiró por encima de la borda a la esposa de Tibbs. ¿Qué? Veo que la cosa le sorprende y que retrocede usted. Seguramente que ahora ya lo había barruntado usted. El día del disparo que atravesó el tabique divisorio quise matarlo a usted, pero por desgracia no estaba en el camarote. Intenté matarlo en otra ocasión, pero estaba usted despierto. Fui yo quien mató a Tibbs de un tiro, y creo que lo dispuse todo con gran limpieza para que se creyese en un suicidio. Claro está que cuando llegamos a la costa resultó ya todo sencillo. Yo había decidido que muriesen todos los que venían a bordo, pero esa piedra suya trastornó mis proyectos. También dispuse que no se saquease nada. Nadie puede afirmar que nosotros seamos piratas. Hemos obrado en todo por una cuestión de principios y no por móviles de naturaleza sórdida.»

Yo escuchaba atónito el resumen que de sus crímenes me iba haciendo aquel hombre extraño, que se expresaba en un tono de voz tranquilo y muy sereno, como si relatase incidentes de la vida cotidiana. Todavía me parece estar viéndolo como en una pesadilla siniestra, sentado en el extremo de mi yacija, mientras la luz vacilante de una tosca lámpara iluminaba sus facciones cadavéricas.

—Y ahora le diré que no hay dificultad alguna para que usted se fugue de aquí. Estos estúpidos hijos adoptivos míos afirmarán que usted ha vuelto al cielo de donde vino. El viento sopla desde la tierra hacia el interior del mar. Tengo dispuesta una lancha con provisiones y agua en abundancia. Deseo desembarazarme cuanto antes de usted, de modo que puede tener la seguridad de que no he descuidado nada. Levántese y sígame.

Hice lo que me mandaba, y él salió fuera de la choza seguido por mí. La guardia había sido retirada, o Goring tenía arregladas las cosas con ellos. Cruzamos la población sin que nadie nos diese el alto, y luego nos metimos por la llanura arenosa. Volví a escuchar el bramido de las aguas del mar, y distinguí la larga línea blanca de la rompiente. En la playa había dos hombres arreglando el aparejo de una lancha pequeña. Eran los dos marineros que habían hecho la travesía con nosotros. Goring les dijo:

—Dejadlo a salvo más allá de las rompientes.

Los dos hombres saltaron dentro de la lancha, en la que me hicieron entrar

también a mí, y se apartaron de la orilla. Valiéndonos de la vela mayor y del foque, cruzamos a salvo las rompientes. Hecho esto, y sin una sola palabra de despedida, mis dos acompañantes se lanzaron al agua; vi flotar sus cabezas como dos puntos negros sobre la espuma blanca cuando nadaban hacia la costa, mientras yo era empujado por el viento y me perdía en las tinieblas de la noche. Miré hacia atrás y tuve una última vislumbre de Goring. Estaba de pie en lo alto de una colina arenosa, y el claror de la luna naciente que lo iluminaba por detrás presentaba con fuerte relieve su cuerpo enjuto y anguloso. Agitaba frenético los brazos hacia adelante y hacia atrás; quizá pretendía con ello darme ánimos, pero en aquel momento sus gestos me parecieron a mí de amenaza, y he pensado muchas veces que lo más probable era que su antiguo instinto salvaje se hubiese apoderado de él otra vez cuando me vio fuera del alcance de sus manos. Sea lo que sea, fue la última visión que tuve y que tendré jamás de Septimius Goring.

No hay necesidad de que entre en detalles de mi viaje solitario. Tomé lo mejor que pude la derrota de las islas Canarias, pero fui recogido al quinto día por la embarcación Monrovia, de la Compañía de Navegación a Vapor de Inglaterra y África. Aprovecho esta oportunidad para expresar mi más sincera gratitud al capitán Stornoway y a sus oficiales, por el trato cariñoso que me dieron hasta desembarcar en Liverpool, donde pude tomar pasaje en uno de los buques de la Compañía Guión, que me llevó a Nueva York.

Poco es lo que yo he hablado de las peripecias de mi viaje cuando volví a encontrarme en el seno de mi familia. Ese tema sigue siendo todavía para mí intensamente doloroso, y lo poco que he hablado no ha merecido crédito. Pongo ahora los hechos en conocimiento del público tal y como ocurrieron, sin preocuparme de que sean o no creídos, haciéndolo únicamente porque la enfermedad de mis pulmones va en aumento y deseo salvar mi responsabilidad. No hago afirmaciones vagas. Que los lectores examinen un mapa de África. Allí, por encima del cabo Blanco, donde la tierra firme se aleja hacia el Norte y hacia el Sur desde la punta más occidental del continente, sigue Septimius Goring reinando sobre sus negros súbditos, a menos de que le haya alcanzado su castigo; y allí donde las largas olas verdes corren veloces a romperse y sisear sobre las calientes arenas doradas yacen Harton, Hyson y los demás infortunados compañeros que fueron muertos a

bordo del *Marie Celeste*.

Aquella cajita cuadrada

-¿Todos a bordo? —preguntó el capitán.

—Todos a bordo, señor —contestó el primer oficial.

—Pues entonces, prepárese a soltar amarras.

Eran las nueve de la mañana de un miércoles. El *Spartan* estaba amarrado en el muelle de Boston con todo su cargamento en las bodegas, los pasajeros a bordo y todo listo para emprender el viaje. El pitido anunciador había sonado por dos veces, y las campanadas finales se habían dejado oír. El bauprés apuntaba en dirección a Inglaterra, y el siseo del vapor que se escapaba constituía una demostración de que el barco estaba dispuesto para su carrera de tres mil millas. Igual que un galgo tira de su traílla, el vapor tiraba de sus amarras.

Yo tengo la desgracia de ser hombre muy nervioso. La vida sedentaria del literato ha contribuido a incrementar la morbosa afición a la soledad, que constituye desde mi niñez uno de mis rasgos característicos. Mientras estaba en el puente del alcázar de aquel vapor transatlántico, renegaba con encono de la necesidad que me forzaba a regresar al país de mis antepasados. Los gritos de los marineros, el estrépito de los cables, los adioses de mis compañeros de pasaje y los vítores de la multitud ponían en vibración, todos juntos y cada uno por separado, la sensibilidad de mi temperamento. Me sentía también triste y me perseguía una sensación indescriptible, como si alguna calamidad amenazase caer sobre mí. El mar estaba tranquilo y soplaba una brisa ligera. No se advertía nada capaz de perturbar la serenidad de los hombres menos acostumbrados a la vida del mar; pero, sin embargo, yo me veía como al borde de un peligro grande, aunque indefinido. Me he fijado en que esta clase de presentimientos asaltan con frecuencia a hombres de temperamentos parecidos

al mío, y que no es nada extraordinario el que se realicen. Según cierta teoría, ese fenómeno es consecuencia de una especie de segunda capacidad visual de una comunicación espiritual sutil con el porvenir. Recuerdo muy bien que el eminente espiritualista Herr Raumer comentó en cierta ocasión el que yo era el sujeto de mayor sensibilidad para los fenómenos extranaturales de cuantos él había tratado a lo largo de su extensa actividad. Sea como sea, lo cierto es que estaba yo muy lejos de sentirme feliz mientras me abría camino por entre los grupos, llorosos unos y alegres otros, que formaban puntos negros sobre las bancas cubiertas del magnífico vapor *Spartan*. Si yo hubiese sabido lo que me iba a ocurrir en el transcurso de las próximas doce horas, habría saltado a tierra hasta en el último momento, huyendo de aquel buque maldito.

—¡Es hora ya! —dijo el capitán, cerrando con un chasquido la tapa de su cronómetro y volviéndole a meter en el bolsillo.

—¡Es hora ya! —dijo el primer oficial.

Se oyó el último lamento del silbato de vapor, y los amigos y parientes bajaron precipitadamente a tierra. Se soltó una amarra, y ya empezaban a retirar la pasarela, cuando lanzaron un gato desde el puente y surgieron dos hombres que venían corriendo por el muelle al mismo tiempo que agitaban las manos con ademanes frenéticos, con el propósito visible de hacer que el barco esperase. «¡Cuidado!», gritó la multitud. «¡Sostenga firme!», gritó el capitán. «¡Afloje! ¡Detenga! ¡Arriba la pasarela!» Y los dos hombres saltaron a bordo en el instante mismo en que se aflojaba la segunda amarra y en que un golpeteo convulsivo de la máquina nos alejaba rápidamente de la orilla. Estalló a bordo una salva de aplausos y otra en el muelle mismo, ondearon gran número de pañuelos, el enorme buque salió lentamente del puerto y avanzó majestuosamente por la tranquila bahía.

Habíamos iniciado de ese modo nuestro viaje de quince días. Hubo un enfrascamiento general de los pasajeros en busca de sus literas y de su equipaje, mientras que el estallido de corchos en el salón venía a demostrar que más de un viajero solitario recurría a medios artificiales para ahogar las angustias de la separación. Recorrí con la mirada la cubierta e hice un rápido inventario de mis compañeros de viaje, encontrando los tipos corrientes en tales ocasiones. No había entre ellos ninguna cara que se destacase de las demás. Hablo como hombre experimentado, porque el estudio de las caras es

una especialidad mía. Lo mismo que el botánico busca en una flor los rasgos distintivos, yo los busco en los rostros, y me quedo con ellos para analizarlos tranquilamente; luego los clasifico y etiqueto en mi pequeño museo antropológico.

Allí no había nada que mereciese mi atención. Veinte tipos de la joven Norteamérica que marchaban a *Yurropa*, algunas parejas respetables de edad mediana, como antídoto de los anteriores; un chorreo de clérigos y de hombres profesionales, mujeres jóvenes, viajantes de comercio, británicos exclusivistas y toda la olla podrida de un vapor transatlántico. Les volví la espalda y me puse a contemplar las costas de Norteamérica, que se iban alejando. Al alzarse delante de mí la nube de recuerdos, mi corazón se llenó de afecto hacia mi tierra de adopción. En un lado de la cubierta había un montón de maletas y de equipajes, que esperaban turno para ser bajados al interior del buque. Llevado de mi amor habitual hacia la soledad, caminé hasta colocarme detrás de aquel montón, y tomé asiento sobre un rollo de maroma, entre los equipajes y el costado del buque, entregándome acto seguido a mis ensoñaciones melancólicas. Me sacó de ellas un cuchicheo que oí a mi espalda.

—Aquí estamos en lugar tranquilo —dijo una voz—. Siéntese, y podemos hablar del asunto sin que nadie nos oiga.

Por una rendija que quedaba entre dos enormes baúles vi que al otro lado del montón de equipajes estaban los dos pasajeros que habían subido a bordo en el último instante. Era evidente que no me habían visto a mí, porque yo estaba agazapado a la sombra de los baúles. El que acababa de hablar era un hombre alto y muy delgado, de barba negrísima y cara descolorida. Sus maneras eran nerviosas y excitadas. Su compañero era un hombre pequeño y pletórico, de aire vivo y resuelto. Mordisqueaba un cigarro y llevaba sobre su brazo izquierdo un gran abrigo Ulster. Ambos miraron en torno suyo con recelo, como si quisieran asegurarse de que se encontraban solos, y oí que el otro contestaba:

—Sí, éste es el lugar más indicado.

Sentáronse sobre un fardo, vueltos de espaldas hacia mí, y yo me encontré, muy a pesar mío, representando el desagradable papel de fisgón de lo que hablaban.

—Bien, Muller; hemos llegado a bordo por suerte —dijo el más alto de los dos.

—Sí, a bordo estamos seguros —asintió el hombre al que el otro apellidaba Muller.

—Ha estado en un tris que nos quedásemos en tierra.

—Sí que fue por muy poco, Flannigan.

—Habría sido una desgracia que hubiésemos perdido el barco.

—Sí; habría hecho fracasar nuestros planes.

—Los habría arruinado por completo —dijo el hombre pequeño, y durante algunos minutos estuvo dando chupadas furiosas a su cigarro, diciendo por último—: Lo tengo aquí.

—Déjame verlo.

—¿Nadie nos mira?

—Nadie, porque casi todos están abajo.

—Todo cuidado es poco cuando es tanto lo que se juega —dijo Muller recogiendo el abrigo que tenía colgado del brazo, y exponiendo a la vista un objeto negro que colocó sobre el suelo de la cubierta.

Me bastó una ojeada para ponerme en pie, dejando escapar una exclamación de espanto. Por suerte, ellos estaban demasiado embebidos en lo que se traían entre manos, y pasó inadvertida. Si ellos hubiesen vuelto la cabeza, no habrían podido menos que descubrir mi pálido rostro con la mirada fija en sus personas por encima del montón de equipajes.

Un recelo espantoso se había apoderado de mí desde que empezaron su conversación, y a medida que yo contemplaba la escena, iba confirmándose y reforzándose. El objeto que habían colocado sobre cubierta era una cajita cuadrada de madera negra con rebordes metálicos. Tendría, según mi cálculo, un pie cúbico de volumen. Me hizo pensar en una caja de pistolas, pero su altura resultaba mucho mayor. Sin embargo, mis ojos se clavaron en un apéndice de la caja, que hacía pensar en una pistola más aún que su receptáculo. Ese apéndice era un dispositivo en forma de gatillo que sobresalía de la cubierta; un rollo de cordelillo estaba atado a ese dispositivo. Tenía, además, la madera una pequeña abertura cuadrada. El hombre alto, es decir, Flannigan, como su acompañante lo había llamado, arrimó el ojo a la abertura, y estuvo mirando hacia el interior por espacio de varios minutos, con

expresión de profunda ansiedad.

—Parece que está perfectamente —dijo por último.

—He procurado no darle sacudidas —contestó su acompañante.

—Estas cosas tan delicadas hay que tratarlas con tiento. Muller, echa dentro algo de lo que se necesita.

El hombre más pequeño estuvo unos momentos registrando en su bolsillo, y sacó por último un paquetito de papel. Lo abrió, extrajo medio puñado de granulaciones blancuzcas y las echó por el agujero de la caja. Se oyó en el interior un curioso tintineo, y los dos hombres se sonrieron satisfechos.

—No parece que ocurra nada malo ahí dentro —dijo Flannigan.

—Todo está perfectamente —contestó su acompañante.

—¡Cuidado! Alguien viene. Llévatelo a nuestra litera. No conviene que nadie sospeche el juego que nos traemos, o, peor aún, que manosee el artefacto y lo ponga en movimiento por equivocación.

—Bueno, si alguien soltase el mecanismo, el resultado sería igual —dijo Muller.

—Quien tirase del gatillo sufriría un buen chasco —dijo el hombre más alto, con siniestra risa—. ¡Figúrate la cara que pondría! Yo digo con orgullo que es un trabajo muy bien acabado.

—Sí, no está mal —dijo Muller—. Me han dicho que usted lo ha proyectado todo hasta en sus menores detalles.

—Sí, el resorte y el postigo corredizo son de mi invención.

—Deberíamos patentarlos.

Los dos hombres volvieron a soltar una risa fría y rechinante, mientras recogían la pequeña caja con refuerzos de metal y la ocultaban dentro del voluminoso abrigo de Muller.

—Acompáñeme abajo y la ocultaremos en nuestra litera —dijo Flannigan—. Hasta esta noche no la necesitamos, y allí estará bien guardada.

Su compañero asintió, y ambos se alejaron por la cubierta cogidos del brazo, llevándose la misteriosa cajita. Las últimas palabras que oí fueron un requerimiento que hacía Flannigan a su compañero para que la llevase con cuidado, sin golpearla con las amuradas.

Nunca sabré cuánto tiempo estuve sentado en aquel rollo de maroma. La sensación de espanto que me había producido la conversación se agravaba con

los primeros síntomas de mareo que me estaban acometiendo. El largo oleaje del Atlántico se dejaba sentir en el buque y en los pasajeros. Me sentí abatido de cuerpo y de espíritu, y caí en un estado de desmayo, del que me sacó, por último, la voz cordial de nuestro digno cabo de mar, que me dijo:

—¿Quiere tener la bondad de trasladarse a otro sitio, señor? Vamos a dejar limpia la cubierta de todos esos bultos.

En el estado en que yo me encontraba, aquella manera áspera de hablar y la cara rubicunda de quien me hablaba me parecieron casi una ofensa. Si yo hubiese sido hombre valiente o fornido, creo que lo habría abofeteado. Pero lo que sí hice fue contestarle con una mirada enfurruñada y melodramática, que le produjo no pequeño asombro, y pasé al otro lado de la cubierta. Lo que yo necesitaba era soledad, una soledad que me permitiese meditar en el espantoso crimen que se estaba incubando ante mis propios ojos. Una de las lanchas de cuadra colgaba bastante baja de sus serviolas. Me asaltó una idea: trepé al antepecho y desde allí salté a la lancha vacía, tumbándome en el fondo de la misma. De ese modo, tendido de espaldas, sin nada más que el cielo azul por encima de mí y alguna vislumbre casual del popel mayor cuando el barco se balanceaba, me encontré por fin a solas con mi enfermedad y con mis pensamientos.

Traté de recordar las palabras que se habían cambiado en el diálogo terrible escuchado por mí. ¿Admitirían otra explicación fuera de la que se me aparecía cara a cara? Mi razón me obligaba a reconocer que era esta la única explicación posible. Traté de poner en orden los distintos hechos que constituían la cadena de pruebas circunstanciales, para ver si descubría en ellos algún fallo; pero no, no faltaba ningún eslabón. En primer lugar, teníamos la extraña manera como aquellos dos pasajeros habían subido a bordo de modo que nadie pudiera examinar su equipaje. El mismo apellido de Flannigan atufaba a fenianismo, y el de Muller no podía sugerir otra cosa que socialismo y asesinato. Venía luego lo misterioso de sus maneras; su observación de que sus planes habrían fracasado si hubiesen perdido el barco; su miedo a que nadie los viese, y por último, aunque no en último lugar de importancia, aquella cajita cuadrada con el gatillo, y su agria broma sobre la cara que pondría la persona que le diese al gatillo por equivocación. ¿Podían todos esos hechos llevar a otra conclusión que no fuese la de que aquellos hombres

eran unos emisarios, capaces de todo, de alguien, político o no, que se proponía sacrificarlos a ellos, sacrificar a sus compañeros de travesía y sacrificar el barco en un inmenso holocausto? Los granulados blancuzcos que yo les había visto echar al interior de la caja serían, sin duda, un cebo o reguero, destinado a hacerla estallar. Hasta mis oídos mismos había llegado un tintineo, que bien pudiera ser producido por algún mecanismo delicado. ¿Pero a qué podían aludir cuando se refirieron a la noche próxima? ¿Sería posible que tratasen de poner por obra sus espantosos propósitos la misma primera noche de nuestro viaje? Sólo con pensarlo me entraban escalofríos, y hasta llegaba a sobreponerme a las angustias del mareo.

He dicho ya que físicamente soy un cobarde. También lo soy moralmente. Es raro que esos dos defectos se den en una sola persona hasta el extremo que se dan en mí. He conocido muchas personas sumamente sensibles al peligro físico, pero que se distinguían por la independencia y la energía de su espíritu. Sin embargo, yo lamento tener que confesar respecto a mí que mi manera de vivir sedentaria y apartada había fomentado en mí el miedo a hacer nada que llamase la atención o que me destacase en primer término, y que ese miedo superaba, si eso era posible, al que me inspiraba el peligro personal. Una persona que se hubiese encontrado en las circunstancias en que me encontraba yo habría ido sin más a hablar con el capitán, le habría confiado sus temores y puesto el asunto en sus manos. Pero semejante idea me repugnaba, por mi especial manera de ser. La idea de ser el punto de mira de todos los observadores, de verme sometido a un interrogatorio por un desconocido y enfrentado con dos conspiradores temerarios, me resultaba odiosa. ¿No existiría alguna remota posibilidad de que yo estuviese equivocado? ¿Cuáles serían mis sentimientos si resultaba que mi acusación carecía de fundamento? No; yo daría largas al asunto, sin perder de vista a los conspiradores, siguiéndoles todos sus pasos. Todo era preferible a la posibilidad de equivocarme.

Pero entonces se me ocurrió que quizá en aquel mismo instante estuvieran desarrollando alguna nueva fase de la conspiración. Mi excitación nerviosa parecía haber alejado mi incipiente ataque de mareo; pude ponerme en pie y bajarme de la lancha sin sufrir recaída alguna en el mismo. Crucé por la cubierta con el propósito de bajar a mi camarote y averiguar lo que estaban

haciendo los dos conocidos míos de aquella mañana. En el momento de poner mi mano en la barandilla de la escalera, me quedé asombrado al sentir que me daban unas palmadas en la espalda con tal exuberancia que estuvieron a punto de hacerme bajar por las escaleras con más precipitación que dignidad. Una voz que me pareció conocida me dijo:

—¿Tú por aquí, Hammond?

Al dar media vuelta, no pude menos de exclamar:

—¡Válgame Dios! No acabo de creer lo que veo ¡Dick Merton! ¿Cómo estás, viejo?

En medio de mis perplejidades, aquello suponía una buena suerte inesperada. Dick era el hombre que yo necesitaba: de temperamento amable y agudo, era rápido en actuar. Ninguna dificultad tendría yo en explicarle mis sospechas, y podía confiar en su buen criterio, con la seguridad de que me expondría el mejor camino a seguir. Dick había sido mi consejero y mi protector desde que yo era un mocito de segundo curso en Harrow. Le bastó una ojeada para darse cuenta de que algo malo me había ocurrido, y me preguntó con su acento afectuoso de siempre:

—Pero, Hammond, ¿qué es lo que te trae a mal traer? Estás blanco igual que una hoja de papel. Mareado, ¿verdad?

—No, no se trata sólo de eso —le contesté—. Acompáñame a dar un paseo, Dick. Quiero hablarte. Deja que me apoye en tu brazo.

Sosteniéndome en la fornida humanidad de Dick, avancé vacilante a su lado, pero pasó algún tiempo antes de que me decidiese a hablar.

—¿Quieres un cigarro? —me preguntó, para romper el silencio.

—No; gracias —le contesté—. Dick, para esta noche seremos todos cadáveres.

—Ésa no es razón para que no fumes ahora un cigarro —me contestó con la serenidad que le caracterizaba, pero mirándome con gran fijeza mientras hablaba, con sus ojos sombreados por cejas tupidas.

Era evidente que creyó que desvariaba un poco Pero yo proseguí:

—No es cosa de risa, te lo aseguro, y te estoy hablando sereno y con la mayor seriedad. He descubierto una conjuración infame para volar este buque con todos los que vamos a bordo del mismo, Dick.

Y a continuación le expuse de una manera metódica, por su orden, toda

aquella cadena de pruebas que había recogido, y terminé diciéndole:

—Ése es el asunto, Dick, y dime ahora lo que piensas del mismo y, sobre todo, qué es lo que debo hacer.

Con gran asombro mío, Dick rompió a reír con risa desmesurada y despreocupada, y me contestó:

—Si eso me lo hubiese contado otra persona, me habría dado miedo. Pero tú, Hammond, siempre te las arreglaste para descubrir cosas fantásticas. Me agrada el ver cómo reaparecen las características de antaño. ¿Te acuerdas de cuando en el colegio jurabas que había un fantasma en la sala larga, y luego resultó que era tu propia imagen reflejada en el espejo? Vamos a ver, hombre —prosiguió—: ¿qué finalidad puede nadie perseguir con la destrucción de este barco? No viajan a bordo grandes personajes políticos. Al contrario, la mayoría de los pasajeros son norteamericanos. Además, en este nuestro siglo XIX, de impulsos poco arrebatados, hasta los asesinos al por mayor tienen buen cuidado de no incluirse a sí mismos entre las víctimas. Estate seguro de que has interpretado mal lo que decían, y que has confundido una cámara fotográfica o algo no menos inofensivo con una máquina infernal.

—Nada de eso, señor mío —le contesté, bastante molesto—; me temo que aprenderás a costa tuya que en esta ocasión no he exagerado ni he interpretado de mala manera una sola palabra. En cuanto a la caja, desde luego que yo no he visto nunca cosa igual hasta ahora. Encerraba maquinaria delicada, y estoy convencido de ello por la manera como aquellos dos hombres la manejaban y hablaban de la misma.

—Mira, muchacho, que tú eres capaz de tomar por un torpedo cualquier cajón de artículos comestibles percederos. De modo que tu opinión es como para ponerla en tela de juicio —dijo Dick.

—El apellido de uno de aquellos hombres es Flannigan —agregué yo, y mi amigo me contestó:

—No creo que por ese camino llegases lejos ante un tribunal de justicia; pero vamos a ver, ahora que he terminado mi cigarro: ¿no te parece que haríamos bien en bajar al salón y abrir una botella de clarete? Te lo digo porque de ese modo podrías indicarme quiénes son esos Orsinis, si es que se encuentran todavía en la cámara.

—Perfectamente —le contesté—. Estaba resuelto a no perderlos de vista

en todo el día. Sin embargo, procura hacerte el desentendido, para evitar que ellos crean que se les vigila.

—Estate seguro de que pondré cara de un inocente cordero —me contestó Dick, y bajamos por la escalera de escotilla, entrando en el salón.

Eran muchos los pasajeros sentados aquí y allá alrededor de la gran mesa central; unos forcejeaban con maletas y correas de mantas de viaje que se les resistían, otros estaban almorzando, y unos pocos leían o se entretenían de diversas maneras. Los personajes que buscábamos no se encontraban allí. Cruzamos el dormitorio, mirando en todas las literas, pero no se veía rastro de ellos por ninguna parte. Yo pensé: «¡Válgame Dios! ¡Quizá en este mismo instante se encuentran debajo de nuestros pies, en la bodega o en la sala de máquinas, preparando su diabólico artilugio!»

Era preferible enterarse de lo peor a permanecer en semejante duda. Dick llamó al camarero y le preguntó si no andaban por allí otros señores. El camarero le contestó:

—Hay dos señores en la sala de fumar, señor.

La sala de fumar era un saloncito muy bien arreglado y acogedor, situado junto a la repostería. Abrimos la puerta y entramos. A mi pesar, se me escapó del pecho un suspiro de alivio. Lo primero que se ofreció a mi vista fue el rostro cadavérico de Flannigan, con su boca adusta y su mirada fija. Frente a él se hallaba sentado su compañero. Los dos estaban bebiendo, y encima de la mesa había una baraja, estando empeñados en una partida cuando entramos. Le di con el codo a mi amigo para darle a entender que aquélla era la presa que perseguíamos, y tomamos asiento junto a ellos con el aire más despreocupado posible. Pareció que los dos conspiradores se habían fijado muy poco en nuestra presencia. Yo los examiné minuciosamente. Se entretenían en el juego llamado Napoleón. Ambos parecían embebidos en la partida, y hube de admirar la insuperable serenidad de unos hombres que, teniendo en sus corazones un secreto como el que tenían, eran capaces de dedicar su atención a las complicaciones de aquel juego. El dinero cambiaba rápidamente de manos, pero parecía que la mala suerte se cebaba en el más alto de los dos jugadores. Llegó un momento en que tiró las cartas encima de la mesa lanzando un taco, y ya no quiso seguir jugando.

—No; que me ahorquen si sigo jugando —dijo—. Llevo cinco bazas en

que sólo he tenido dos cartas del mismo palo.

—No te importe —le contestó su camarada, recogiendo sus ganancias—. Cuando hayamos hecho el trabajo de esta noche, poca importancia tendrán unos dólares más o menos.

Me dejó atónito la audacia de aquel granuja, pero tuve buen cuidado de mirar al techo como abstraído, y seguí bebiendo mi vaso de vino de la manera más despreocupada posible. Me di cuenta de que Flannigan me miraba con sus ojos lobunos para ver si yo había captado la alusión. Dijo algunas palabras cuchicheando a su compañero, pero yo no pude oírlas. Me imagino que le recomendaba cautela, porque el otro contestó bastante irritado:

—¡Tonterías! ¿Por qué no he de decir lo que me da la gana? El exceso de cautela es precisamente lo que podría echarlo todo a perder.

—Estoy creyendo que a ti no te interesa el que la cosa se lleve adelante —dijo Flannigan.

—Usted no cree nada de eso —contestó el otro, hablando con rapidez y en voz alta—. Tú sabes tan bien como yo que cuando emprendo una cosa me gusta salir adelante con ella. Pero lo que no tolero es que ni tú ni nadie critique mis palabras y pretenda cerrarme la boca. Yo tengo tanto interés como puedas tenerlo tú en el éxito de nuestra empresa; quizá más.

Aquello le sulfuró, y estuvo algunos minutos dando furiosas chupadas a su cigarro. La mirada del otro bergante se posaba tan pronto en Dick Merton como en mi persona. Yo tenía conciencia de encontrarme en presencia de un hombre dispuesto a todo, y que bastaría un solo movimiento de mis labios para que él me clavase un puñal en el corazón, pero demostré tener un dominio de mi mismo que jamás habría creído en circunstancias tan difíciles. En cuanto a Dick, se mostraba tan incommovible y tan inconsciente en apariencia como la Esfinge de Egipto.

Reinó durante algún rato el silencio en el salón de fumar, un silencio interrumpido únicamente por el chasquido seco de los naipes que el llamado Muller barajaba antes de volver a meterlos en el bolsillo. Parecía estar aún algo excitado e irritado. Tiró la colilla de su cigarro en la escupidera y dirigió una mirada de desafío a su compañero, al mismo tiempo que se volvía hacia mí para preguntarme:

—¿Podría decirme, señor, cuándo se publicarán las primeras noticias

acerca de la travesía de este barco?

Aquellos dos hombres me miraron; pero aunque es posible que yo empalideciese un poquito, mi voz era tan segura como siempre, al contestarle:

—Me imagino, señor, que las primeras noticias circularán cuando el barco entre en el puerto de Queenstown.

—¡Ajajá! —exclamó riéndose el hombrecito irritado—. Ya sabía que usted iba a contestar eso. Escucha, Flannigan: no me pegues por debajo de la mesa, porque no se lo consiento. Sé lo que me hago.

Se volvió hacia mí, y me dijo:

—Pues bien, caballero, está usted equivocado; está usted completamente equivocado.

—Quizá lleve noticias de nuestro barco algún otro con el que nos crucemos —sugirió Dick.

—No, tampoco es eso.

—Navegamos con tiempo bueno —le dije yo—. ¿Por qué no se han de tener noticias nuestras cuando reguemos al punto de destino?

—Yo no he dicho que no se tendrán noticias nuestras cuando lleguemos al punto de destino. A lo mejor, no llegamos nunca, y siempre puede darse el caso de que se tengan noticias nuestras antes.

—¿Antes? ¿Dónde? —preguntó Dick.

—Eso sí que no se lo diré. Bástele saber que se tendrán noticias nuestras antes de que termine el día, gracias a un sistema rápido y misterioso que señalará nuestras andanzas. ¡Ajajá! —volvió a cloquear de risa.

Su camarada refunfuñó:

—¡Ven a cubierta! Has bebido una cantidad excesiva de ese maldito aguardiente con agua. Eso es lo que te ha soltado la lengua. ¡Vamos de aquí!

Agarró a su compañero por el brazo y lo condujo, medio a las buenas, medio a las malas, fuera del salón, y luego les oímos subir dando tropezones por la escalera de escotilla y salir a la cubierta.

—¿Y qué piensas ahora, Dick? —le pregunté casi sin aliento, volviéndome hacia mi amigo.

Éste, tan imperturbable como antes, me contestó:

—¿Qué pienso? Pues pienso lo mismo que su compañero; es decir, que ese hombre estaba medio borracho y deliraba. La verdad es que atufaba a

aguardiente.

—¡Eso es una tontería! —dije—. Ya viste cómo el otro trataba de impedirle que hablase.

—¡Naturalmente! No quería que su amigo se pusiese en ridículo ante unas personas desconocidas. Además, quizá el más pequeño de los dos es un lunático, y el otro está encargado de cuidarlo. Esta hipótesis es muy posible.

—¡Oh Dick, Dick! —exclamé yo—. ¿Cómo puedes ser tan ciego? ¿No te das cuenta de que todas sus palabras son una confirmación de nuestra previa sospecha?

—¡Paparruchas, hombre! —exclamó Dick—. Tú mismo te estás poniendo en un estado de excitación nerviosa. ¿Qué diablos sacas de las tonterías que ha dicho referentes a un agente misterioso que comunicará las andanzas de este barco?

—Yo te voy a decir lo que eso significa, Dick —le contesté, inclinando el busto hacia adelante y agarrando el brazo de mi amigo—. Quiso decir que algún barco pesquero solitario que navega frente a las costas de Norteamérica distinguirá de pronto a lo lejos un súbito resplandor seguido de incendio. A eso es a lo que él se refirió.

—Hammond, jamás creí que fueses tan estúpido —me dijo Dick Merton con impertinencia—. Si pretendes tomar en un sentido literal los disparates de un borracho, sacarás muy extrañas y sorprendentes conclusiones. Imitémosles, y subamos a la cubierta. Creo que necesitas respirar aire fresco. Créeme, eso que te ocurre es consecuencia de desarreglos del hígado. Esta travesía marítima te beneficiará enormemente.

—Te prometo que si ésta de ahora termina bien, ya no me aventuraré en otra —le contesté con acento lastimero—. Están poniendo los manteles en la mesa, de manera que casi no vale la pena de subir a cubierta. Me quedaré abajo y sacaré mis cosas del baúl.

—Espero que para la hora de la cena estés de mejor humor —me dijo mi amigo.

Y se marchó, quedando yo entregado a mis meditaciones, hasta que la llamada estrepitosa del gran gong me anunció que era hora de marchar al comedor.

No hará falta que diga que los acontecimientos del día no habían

contribuido mucho a mejorar mi apetito. Me senté, sin embargo, mecánicamente a la mesa y escuché las conversaciones que se entablaban a mi alrededor. Los pasajeros de primera clase eran cerca de un centenar, y a medida que fue circulando el vino, las voces y el estrépito de los platos se combinaron, formando una completa babel. Me tocó estar sentado entre una señora de edad, muy gruesa y muy nerviosa, y un curita muy acicalado. Como ni el uno ni el otro se adelantaron a trabar conversación conmigo, yo me recogí dentro de mi concha y pasé el tiempo examinando las caras de mis compañeros de viaje. Distinguí a distancia a Dick, que repartía su atención entre un ave sin articulaciones que tenía en el plato y una joven muy poseída de sí misma que tenía a su lado. En el extremo de la mesa, y no lejos de mí, el capitán Dowie hacía los honores, y el médico de a bordo ocupaba la otra cabecera. Me alegré viendo que a Flannigan lo habían colocado casi frente por frente de mí. Mientras yo lo tenía delante de mis ojos, estaba seguro de que no corríamos de momento peligro. En esta ocasión mostraba en su adusta cara una sonrisa que quería ser de agrado. No me pasó por alto el detalle de que bebía vino en abundancia..., en tan gran abundancia, que ya antes de los postres hablaba con un tono de voz completamente ronco. Su amigo Muller estaba sentado algunas sillas más lejos. Comía poco, y parecía nervioso e inquieto.

Nuestro simpático capitán dijo de pronto:

—Señoras, yo confío en que se encontrarán ustedes en mi barco lo mismo que en su casa. Respecto a los caballeros, no tengo temor alguno. Camarero, sirva una botella de champaña. ¡Levanto mi copa para que tengamos una brisa fresca y una rápida travesía! Confío en que nuestros amigos de Norteamérica tendrán noticias dentro de ocho días, o a lo sumo, dentro de nueve, de que hemos llegado con toda felicidad.

Alcé la vista, y pude interceptar la mirada que se cruzó entre Flannigan y su confederado, por muy rápida que fuese. La sonrisa de los labios de Flannigan se hizo siniestra.

Las conversaciones variaban de temas. Se habló de política y, sucesivamente, de cosas del mar, de diversiones y de problemas religiosos. Yo no abrí la boca, pero escuché con interés. Me pareció que no se perdía nada planteando el tema que yo no lograba apartar de mi pensamiento. Era posible tratarlo de una manera indirecta, pero que surtiría, por lo menos el efecto de

llevar los pensamientos del capitán en esa dirección. Al mismo tiempo, me fijaría muy bien en el efecto que producía en las caras de los conspiradores.

Hubo una repentina calma en la conversación, porque parecían haberse agotado los temas corrientes de interés. La oportunidad era favorable. Incliné el busto hacia adelante, y pregunté, vocalizando bien las palabras:

—¿Puedo preguntarle, capitán, lo que usted opina de los manifiestos del partido feniano?

El rostro rubicundo del capitán se ensombreció un poco por efecto de su honrada indignación, y contestó:

—Son unos documentos cobardes, y tan estúpidos como malvados.

—Son amenazas impotentes de una pandilla de granujas anónimos —dijo un caballero anciano y de aspecto solemne que estaba a un lado del capitán.

—Dígame, capitán: ¿verdad que usted no los cree capaces de poner una bomba en un barco? —dijo la señora gordinflona que yo tenía junto a mí.

—No me cabe la menor duda de que serían capaces de hacerlo si pudiesen. Pero yo estoy completamente seguro de que al buque mío no lo volarán.

—¿Y qué precauciones se han tomado contra semejante posibilidad? —preguntó un anciano desde el otro extremo de la mesa.

—Todos los bultos que se suben a bordo son examinados rigurosamente —dijo el capitán Dowie.

—¿Y si un pasajero trae consigo mismo los explosivos al subir a bordo? —apunté yo.

—Son demasiado cobardes para arriesgar sus vidas de esa manera.

Durante este diálogo, Flannigan no había demostrado el más leve interés en la materia. Pero al llegar a ese punto, levantó la vista y miró al capitán, diciendo:

—¿No cree, capitán, que al decir eso los aprecia muy por debajo de su verdadero valor? Todas las sociedades secretas han producido hombres resueltos a todo. ¿Por qué no ha de ocurrir eso mismo con los fenianos? Para muchos hombres constituye un orgullo y un privilegio el morir en servicio de una causa que ellos creen justa, aunque a los demás les parezca injusta.

—El asesinato en bloque no puede parecer justo a nadie —dijo el curita.

—El bombardeo de París no fue otra cosa que un asesinato en bloque —

dijo Flannigan—, y, sin embargo, todo el mundo civilizado se puso de acuerdo para ver aquello con los brazos cruzados, y en lugar de la fea palabra asesinato empleó la de guerra, que suena mejor. A los ojos de los alemanes, aquello fue una cosa justa. ¿Por qué, pues, no les ha de parecer justo a los fenianos el empleo de la dinamita?

—Sea como sea, sus huera fanfarronadas no han llegado hasta ahora a convertirse en realidades —dijo el capitán.

—Perdone —le contestó Flannigan—, pero yo creo que todavía se presta a dudas lo ocurrido al Dotterel. Yo he oído asegurar en Norteamérica a muchas personas que decían saberlo personalmente, que a bordo del barco había un torpedo de carbón.

—Pues mintieron —dijo el capitán—. En el tribunal militar quedó demostrado, sin lugar a dudas, que la causa del hundimiento fue una explosión del gas del carbón...; pero creo que haríamos bien en cambiar de tema, para que las damas no pasen una noche intranquila.

La conversación volvió a deslizarse por los cauces anteriores.

En el transcurso de esta breve discusión supo Flannigan exponer su punto de vista con una deferencia caballeresca y una energía serena de que yo no había creído capaz. Yo no podía menos de sentir admiración por aquel hombre que, en vísperas de una empresa desesperada, era capaz de discutir cortésmente acerca de un tema que tan íntimamente le afectaba. He dicho ya que había ingerido una fuerte cantidad de vino; pero aunque tenía algo encendidas sus pálidas mejillas, se expresaba con la reserva de siempre. No volvió a intervenir en la conversación, y pareció absorto en sus meditaciones.

Un torbellino de ideas contradictorias batallaba dentro de mi cerebro. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Me pondría de pie y denunciaría a aquellos hombres delante de los pasajeros y del capitán? ¿Le pediría a este último que me concediese unos minutos de conversación en su propio camarote y se lo revelaría todo? Estuve un momento a pique de hacerlo pero mi timidez congénita se apoderó de mí con mayor fuerza que nunca. Después de todo, podía tratarse de una equivocación. Dick había escuchado el relato que yo le había hecho y se había negado a creer en mis conclusiones. Decidí, pues, dejar que las cosas siguiesen su curso. Me invadió un sentimiento extraordinario de indiferencia. ¿Por qué había yo de acudir en socorro de unas gentes que se

mostraban ciegas al peligro que corrían? Era obligación de los oficiales el protegernos a nosotros y no lo era el que nosotros los pusiésemos en guardia a ellos. Me eché al cuerpo un par de vasos de vino y subí tambaleante a cubierta, muy decidido a guardarme mi secreto dentro de mi propio corazón.

Era una noche magnífica. A pesar de la excitación de mi ánimo, no pude menos de apoyarme en el antepecho para disfrutar de la brisa refrescante. Muy lejos, hacia el lado de Poniente, se destacaba una vela solitaria como una mancha negra sobre el fondo de la inmensa sábana luminosa que proyectaba el sol poniente. Me estremecí contemplando aquello. Era un espectáculo grandioso, pero aterrador. Una única estrella parpadeaba débilmente por encima de nuestro mastelero mayor, pero a cada golpe de la hélice brillaban en el agua un millar de ellas. La única mancha en aquel panorama luminoso era la larga columna de humo que íbamos dejando a nuestras espaldas y que parecía una cinta negra sujetando una cortina de color carmesí. Resultaba difícil creer que un pobre y miserable ser mortal pudiera perturbar la paz inmensa que envolvía a toda la Naturaleza. Contemplando las profundidades azules que se extendían debajo de mí, pensé: «Después de todo, si ocurre lo peor que puede ocurrir, siempre es preferible morir aquí que sufrir una larga agonía en tierra, inmovilizado en un lecho de enfermo».

Entre las grandes fuerzas de la Naturaleza, la vida de un hombre resulta cosa por demás mezquina. Sin embargo, toda mi filosofía no me libró de un estremecimiento cuando, al volver mi cabeza, distinguí al otro lado de la cubierta dos sombras que ningún trabajo me costó identificar. Parecían estar hablando con gran seriedad, pero yo no pude escuchar lo que decían, y me contenté con pasearme arriba y abajo, sin perder ni un momento de vista sus movimientos.

Fue para mí un alivio el que Dick subiese a cubierta. Tener un confidente, aunque éste sea incrédulo, es siempre mejor que no tenerlo.

—Como ves, viejo, todavía no hemos volado por los aires —me dijo, dándome un metido en las costillas a título de broma.

—No, todavía no; pero eso no quiere decir que no vayamos a volar —le contesté.

—¡No digas paparruchas, hombre! —me respondió—. No llego a comprender cómo se te ha metido en la cabeza esa idea tan extraordinaria. He

conversado con uno de tus supuestos asesinos, y me ha parecido hombre bastante simpático; por la manera de expresarse, yo creo que es un personaje muy aficionado al juego y a las apuestas.

—Dick —le contesté—, estoy tan seguro de que esos hombres disponen de una máquina infernal y de que nos encontramos al borde de la eternidad, como si estuviese viendo aplicar la cerilla a la mecha.

—Pues bien —me dijo Dick, algo impresionado momentáneamente por la seriedad con que yo me había expresado—: si tan seguro estás, el deber tuyo es poner tus sospechas en conocimiento del capitán.

—Tienes razón —le contesté—. Lo haré, y ha sido mi absurda timidez la que me ha impedido cumplir antes con ese deber. Yo creo que sólo pueden salvarse nuestras vidas poniendo al capitán en antecedentes de todo.

—Si es así, vete y hazlo ahora mismo —dijo Dick—; pero, ¡por amor de Dios!, no me mezcles a mí en el asunto.

—Le hablaré cuando salga del puente —le contesté yo—. Mientras tanto, me propongo no perderlos de vista un momento.

—Ya me tendrás al corriente del resultado —dijo mi compañero.

Me saludó con una inclinación de cabeza y se alejó, según yo supuse, en busca de su compañera de mesa.

Cuando quedé a solas, me acordé del lugar que por la mañana me había ofrecido cobijo apartado, y trepando al antepecho, subí a la lancha de cuadra y me acosté dentro de ella. Una vez allí, repasé todo lo hecho en el transcurso del día, y levantando la cabeza, pude seguir desde aquel sitio en todo momento a mis desagradables vecinos.

Transcurrió una hora, y el capitán no salió del puente. Conversaba con uno de los pasajeros, oficial de Marina retirado, y ambos estaban enfrascados en una discusión acerca de algún abstruso problema del arte de navegar. Desde mi retiro distinguía yo las puntas rojas de sus cigarros. Ya entonces había oscurecido, hasta el punto de que apenas podía distinguir las figuras de Flannigan y de su cómplice, que continuaban en el mismo lugar en el que se habían situado después de la cena.

Algunos pasajeros estaban desparramados por la cubierta, pero eran muchos los que habían bajado a sus camarotes. Un extraño silencio parecía rezumar en el aire. Lo único que lo rompía eran las voces de la guardia y el

traqueteo de la rueda del timón.

Transcurrió otra media hora, y el capitán seguía en el puente de mando. Se habría dicho que no tenía el propósito de moverse nunca de allí. Mis nervios se encontraban en un estado de extraordinaria tensión, hasta el punto de que unos pasos que se oyeron sobre la cubierta me hicieron incorporarme con un respingo violento. Miré por encima del borde de la lancha, y vi que nuestros sospechosos pasajeros habían cruzado desde el otro lado de la cubierta y se encontraban casi en una línea perpendicular por debajo de mí. Una luz de la bitácora iluminó por un instante el rostro cadavérico del bergante de Flannigan, y pude distinguir también a Muller que llevaba flojo, encima del brazo, el abrigo Ulster, cuya finalidad conocía yo tan perfectamente. Me dejé caer hacia atrás lanzando un gemido, porque creí que aquel fatal retraso mío equivalía al sacrificio de un centenar de vidas inocentes.

Yo había leído relatos de venganzas demoníacas con que habían sido castigados los delatores. No ignoraba que unos hombres que iban a jugarse la vida no se detendrían ante nada. No me quedaba otro recurso que encogerme en el fondo de la lancha y escuchar en silencio los cuchicheos que se oían debajo de mí.

—Este sitio resultará bien —dijo una voz.

—Sí, el lado de sotavento es el mejor.

—¿Funcionará el gatillo?

—Estoy seguro de que sí.

—La hora de soltarlo es a las diez, ¿verdad?

—Sí, a las diez en punto; de modo que nos quedan todavía ocho minutos.

Hubo una pausa, y luego volvió a oírse la voz:

—El golpe del gatillo se oirá, ¿no es cierto?

—No importa que lo oigan, porque será demasiado tarde para que puedan impedir que funcione.

—Eso es cierto. ¿Verdad que esto provocará alguna emoción entre las personas que hemos dejado en tierra?

—Bastante.

—¿Cuánto tiempo crees tú que tardarán en saber noticias nuestras?

—Las primeras noticias les llegarán a eso de las doce, lo más temprano.

—Y me lo deberán a mí.

—No, a mí.

—¡Ajajá! Eso ya lo veremos.

Se produjo una pausa, y luego oí la voz de Muller que cuchicheaba con acento siniestro:

—Sólo faltan cinco minutos. ¡Qué lentos me parecieron a mí! Hubiera podido contarlos por los latidos de mi corazón.

—Va a producir sensación en tierra —dijo una voz.

—Sí, va a armar un alboroto en los periódicos.

Levanté la cabeza y miré por encima del costado de la lancha. No parecía haber esperanza ni socorro posible. La muerte me miraba cara a cara, lo mismo si daba la voz de alarma que si no la daba. El capitán había abandonado, por fin, el puente. La cubierta estaba solitaria, fuera de aquellas dos sombras negras agazapadas debajo de la lancha.

Flannigan tenía un reloj abierto en la palma de la mano, y dijo:

—Faltan tres minutos —dijo—. Pon la caja sobre la cubierta.

—No; está mejor aquí, encima del antepecho.

Era la cajita cuadrada. Por el mido comprendí que la habían colocado cerca de la serviola, y casi exactamente debajo de mi cabeza.

Volví a mirar por encima del borde de la lancha. Flannigan estaba echándose a la palma de la mano algo que sacaba de un papel. Era blanco y granuloso, es decir, lo mismo que le había visto emplear por la mañana. Sin duda alguna, aquello era el cebo, porque lo echó en el interior de la cajita, y oí el mismo ruido extraño que por la mañana me había llamado la atención.

—Falta sólo minuto y medio —dijo—. ¿Tirarás tú o tiraré yo de la cuerda?

—Tiraré yo —dijo Muller.

Estaba arrodillado y tenía el extremo de la cuerda en la mano. Flannigan permanecía de pie detrás de Muller, cruzado de brazos, y con un aire de adusta resolución en su cara.

No pude resistir más. Pareció que mi sistema nervioso se desplomaba en un momento. Me puse en pie de un salto y grité:

—¡Deténganse ustedes! ¡Deténganse, hombres equivocados y desprovistos de moral!

Los dos retrocedieron tambaleándose. Debieron de pensar que yo era un

fantasma, porque el claror de la luna se proyectaba sobre mi rostro pálido. Me sentí entonces animado de valor, porque ya no podía retroceder, y les grité:

—Caín fue condenado y sólo había matado a uno. ¿Os atreveréis a cargar sobre vuestras almas la sangre de doscientos?

—Está loco —dijo Elannigan—. Es la hora, Muller. Ponlo en marcha.

Salté a la cubierta, y grité:

—¡No lo permitiré!

—¿Con qué derecho pretende impedirnoslo?

—Con todos los derechos, divinos y humanos.

—Éste no es asunto que a usted le incumba. Apártese.

—¡Jamás! —dije.

—¡Maldito sea! Es mucho lo que nos jugamos para andarnos en contemplaciones. Yo lo sujetaré, Muller, mientras tú tiras del gatillo.

Un instante después forcejeaba yo sujeto por la presa hercúlea del irlandés. Toda resistencia era inútil; yo era como un niño en sus manos. Me empujó contra el costado del barco y me mantuvo allí sin que pudiera moverme. Luego dijo:

—¡Ahora! ¡Con cuidado! No puede impedirnoslo.

Me sentí al borde de la eternidad. Medio estrangulado entre los brazos del bergante de mayor estatura, vi cómo el otro se acercaba a la caja fatal. Se inclinó y agarró la cuerda. Recé entre dientes una oración al ver que empezaba a tirar de la misma. Se oyó un chasquido seco y un ruido raspante muy raro. El gatillo había caído, uno de los costados de la caja se había abierto hacia afuera, y por el hueco salieron... ¡dos palomas mensajeras grises!

* * *

Poco es lo que hace falta agregar. No tengo interés en insistir en el tema. Todo el suceso resultaba demasiado mortificante y absurdo. Quizá lo mejor que puedo hacer es retirarme con gracia del escenario y dejar que ocupe mi indigno lugar el corresponsal del New York Herald. He aquí un recorte sacado de sus columnas poco después de haber zarpado nosotros de Norteamérica:

«*Extraordinario vuelo de palomas mensajeras.* —La pasada semana ha

tenido lugar un nuevo desafío entre las palomas de John H. Flannigan, de Boston, y Jeremías Muller, conocido ciudadano de Lowell. Ambos han dedicado mucho tiempo y cuidados a producir una raza mejorada de estas aves, y el desafío databa de muy atrás. Ambas palomas estaban respaldadas por fuertes apuestas, y el interés en ambas poblaciones era muy grande por conocer el resultado. La suelta se realizó desde la cubierta del transatlántico *Spartan*, a las diez de la noche del día en que había zarpado, calculándose que estaba a un centenar de millas de tierra. Debía declararse ganadora a la paloma que llegase antes a su palomar. Creemos que fue necesario adoptar considerables precauciones, porque hay capitanes que son muy contrarios a que tengan lugar a bordo de sus barcos esta clase de apuestas deportivas. A pesar de que a última hora hubo una pequeña dificultad, se abrió la trampilla exactamente a las diez de la noche. La paloma de Muller llegó a Lowell en un estado de extremo agotamiento, a la siguiente mañana, y de la de Flannigan nada se ha sabido todavía. Los apostantes en favor de ésta tienen, por lo menos, la satisfacción de saber que el asunto se llevó noblemente en todos sus detalles. Las palomas se hallaban encerradas en una trampa de nueva invención, que sólo podía abrirse haciendo funcionar un resorte. Esto hizo posible alimentarlas por medio de un agujero que había en la tapa, pero imposibilitaba por completo el manipular en las alas de los animales. Unas cuantas carreras de esta clase contribuirían a popularizar la cría de palomas mensajeras en Norteamérica, constituyendo una desviación agradable de ciertas exhibiciones mórbidas de resistencia humana que han asumido extraordinarias proporciones en el transcurso de los últimos años.»



Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo (Escocia) en 1859. En su ciudad natal cursó estudios de medicina, especializándose en medicina naval en 1881. Ejerció su profesión primero en Portsmouth, donde practicaría diferentes deportes rugby, golf, fútbol, boxeo de forma semiprofesional, y luego a bordo de un navío mercante. Se casó por primera vez en 1885. Pocos años después se muda a Londres, donde ejerce la oftalmología con poco éxito, lo que le lleva a emplear su tiempo libre en la escritura. Tras el fallecimiento de su esposa se casa de nuevo en 1907. De ambos matrimonios tiene cinco hijos. Fallece en 1930 de un ataque al corazón. Es mundialmente conocido como padre del detective Sherlock Holmes.

Notas

[1] Los balleneros no miden las ballenas por la longitud del cuerpo, sino de la barba. <<